Del finalista del Premio Literario Amazon 2021

LAS TRECE CASAS

JOSE ANTONIO CÁMARA



Todo aquello nunca debió ocurrir

VADEALOBOS

LAS TRECE CASAS

Todo aquello nunca debió ocurrir

Jose Antonio Cámara

Título: Las trece casas

Diseño de portada: Jose Antonio Cámara

Índice

Por vosotros
y para vosotros.
Ahora y siempre.
Principio y final.

NOTA DEL AUTOR

Vadealobos es un pueblo ficticio.

Tanto el lugar protagonista de la narración como todos los personajes y acontecimientos acaecidos en la novela, surgen única y exclusivamente de la imaginación del autor. Cualquier parecido con la realidad es simple coincidencia.

1

Vadealobos (León)
Principios de junio

«Sin él, todo será más fácil».

Javier miró al cielo y soltó el aire con calma.

La noche ya había caído sobre los tejados de piedra de Vadealobos en aquel atardecer de inicios de junio. Corría una ligera brisa de cristalizada y fría humedad que, de tan tenue, parecía no haber soplado. Era una de esas que no se sabe que está ahí hasta que los huesos castañean. Una típica de la zona, de las que coge desprevenido como lo hace un grito en mitad de la madrugada. El hombre se estremeció un instante y se subió el cuello de su chaqueta de montaña, una Millet de color gris oscuro que le había costado un riñón, pero que cumplía su cometido a las mil maravillas. Había pasado por poco los cuarenta, y las canas que comenzaban a afianzarse en sus cabellos desvelaban secretos de un cuerpo que ya no era tan indemne a los vientos y las lluvias, aunque aún se irguiera con altanería ante ellos. No podía ocultar que andaba cansado. Tras toda una jornada pateando las entrañas del Valle del Silencio en busca de sendas aisladas, y después del buen trecho que había tenido que recorrer en coche para llegar al pueblo, ahora le tocaba sentarse por fin a tomar una buena cerveza y llenarse un poco el buche. Se lo había ganado.

Javier entró en la taberna Los Riscos, que estaba muy cerca de la Plaza Mayor de Vadealobos, y se sentó en un taburete frente a la barra, donde un hombre de mediana edad y expresión afable, con una incipiente calva y suaves arrugas junto a los ojos, estaba preparando unas bebidas que al momento sirvió con una agilidad admirable a varios parroquianos que departían entre risas al otro extremo de esa misma barra. El hombre miró alrededor prestando atención a los detalles. Él siempre miraba de la misma manera. Era meticuloso y observador. Le gustaba comprobar bien cuanto veía para no dar pasos en falso ni cometer errores, pero pronto comprendió que allí dentro estaba en lugar seguro. Las luces no eran especialmente intensas, pero su calidez calentaba lo suficiente en esas fechas como para que los dueños del local no precisaran de poner en marcha la calefacción. A su espalda había varias mesas de una robusta madera de caoba, y al final del establecimiento se abría un amplio espacio con mesas y sillas, sin

duda preparadas para las comilonas de los muchos visitantes que solían visitar aquellas tierras en épocas estivales, aunque aún era un poco pronto para eso. La decoración era sencilla, pero representaba bien las bondades de esa zona de El Bierzo en la que se aposentaba. A medio camino entre Astorga y Ponferrada, las paredes de piedra de la taberna estaban convenientemente ornamentadas con viejos elementos de labranza y desvencijadas ruedas de carros que, sin duda, antaño debían haber prestado servicios honorables. Tras la barra, a espaldas del tabernero, una fila de botellas de alcoholes con graduaciones dispares centelleaban lujuriosas, y al frente, bajo unas mamparas transparentes, varios platos humeantes de tortilla guisada o morcilla aromatizaban el local con esencias que se incrustaban con firmeza en las fosas nasales. La taberna estaba a medio aforo, pero había suficiente clientela como para que sus voces apenas dejaran oír lo que decía la televisión, aunque para Javier eso no era una molestia, pues hacía tiempo que no solía prestar mayor atención a aquel maldito trasto más que para ver las predicciones meteorológicas. Para adentrarse en la naturaleza, era preciso estar prevenido.

Al poco, el hombre comenzó a entrar en calor y se quitó la chaqueta que colgó bajo la barra. Miró de reojo al camarero y este, al cerciorarse de su presencia, se acercó, solícito.

—Buenas noches. ¿Qué se le ofrece?

Javier titubeó un momento, pero sus ojos ya se habían posado sobre la presa que quería degustar.

—Pues póngame una cerveza y una ración de esa tortilla de ahí —dijo señalando la mampara.

—De acuerdo —respondió el tabernero—. ¿Tercio o doble?

—¿Cómo? —preguntó extrañado Javier, que ya había distraído un tanto su atención.

—La cerveza —insistió—. ¿Tercio o doble?

—Ah, disculpe. Tercio. Un tercio está bien.

El barman asintió con viveza.

—Marchando.

El hombre se retiró para cumplir con la comanda mientras Javier erguía su columna sobre el taburete todo cuanto podía. Había salido temprano del hotel Montelares, donde se alojaba. Este estaba situado junto a unos barrancos al oeste del pueblo, en una bucólica zona que gozaba de las vistas más espectaculares de todo El Bierzo. La estancia le había costado bastante más cara de lo que acostumbraba a pagar en otros lugares, pero ese paraje era tan embriagador, y sus instalaciones tan amplias y dispuestas, con aquel jardín infinito, que no había hecho ascos a pasar un par de noches allí. Era un hotel portentoso y señorial, de eso no cabía duda. El caso es que su paseo por el Valle del Silencio le había llevado más tiempo de lo previsto, y eso había hecho que

ahora llegara a la cena con más avidez por el sueño que ansia por el hambre, aunque de ambos guardaba un amplio anhelo. Estaba agotado, y no pensaba más que en saciar su apetito y su sed para poder volver de inmediato al hotel en busca de colchones mullidos y sábanas suaves. Esa noche no quería nada más.

Tras unos instantes, el tabernero llegó hasta él, puso un plato lleno a rebosar de tortilla ante sus ojos y abrió con soltura un tercio de cerveza que aún tenía algo de escarcha junto a la boquilla.

—¿Quiere que le ponga un poco de pan?

Javier se relamió y miró el plato con voracidad en el aliento.

—Sí, por favor.

El camarero se retiró y el hombre sujetó con firmeza la botella y se la llevó a los labios para, seguidamente, volcarla hasta dejar que el amargo sabor de la cebada embriagara por completo su gaznate. Al poco, apartó la botella de su boca y suspiró satisfecho.

—¿Forastero?

Javier abrió los ojos ante esa voz que le llegaba desde la nada, y miró a su izquierda en busca de la garganta de la que procedía. La palabra había sonado gutural y rasgada, como si brotara de unas cuerdas vocales corrompidas por el humo o el alcohol, o quizá por ambos. Allí no había nadie, de modo que volteó la cabeza y miró a su derecha. De improviso, sus ojos chocaron contra unas pupilas dilatadas que lo observaban desde la mirada hundida de un rostro agrietado y cubierto de una enrevesada barba descompuesta. Estas lo examinaban con curiosidad y cierta suspicacia, aunque esa última sensación podía ser perfectamente impostada. En aquellos ojos podían haber mil impresiones distintas, pero había una que era imposible de obviar: lo enrojecido de los surcos que rodeaban aquellos orificios no dejaban lugar a dudas. Quizá pudiera haber algo de humo en aquella garganta, quién sabe, pero en lo referente a alcohol, de eso había seguro.

Javier sonrió levemente y puso la botella sobre la mesa.

—Sí, soy forastero. Es mi primer día en Vadealobos. Tienen un bonito pueblo.

El borracho suspiró con gravedad y asintió levemente.

—Bonito pueblo, sí. Las piedras son bonitas. Muchos vienen a ver las piedras. ¿Tú vienes a verlas?

Javier torció un poco el gesto y chasqueó la lengua.

—Me gustan las piedras, pero más que verlas en los edificios, prefiero visitarlas en la naturaleza. Soy montañero, hago senderismo.

—Eres montañero… —dijo el hombre con cierto desdén—. Has venido a andar entre las rocas.

—Sí, bueno, es lo que me gusta. Vivo en una ciudad llena de asfalto y hormigón, no tengo de esto cerca de casa.

—Claro, entiendo. ¿Y por qué no te vas a vivir a la montaña?

Javier se encogió de hombros y se sorbió los mocos con cierta brusquedad. La humedad había hecho mella en su enfriada nariz.

—El trabajo, supongo. Mi trabajo está en la ciudad.

—Ya.

Pero ese «ya» había sonado con la tibieza de la desconfianza más que con el convencimiento de una verdad. Javier miró al hombre de refilón, y después perdió su vista en el plato. La tortilla humeaba apetitosa, y estaba deseoso de hincarle el diente, pero presuponía que no iba a poder disfrutar de ella como debiera mientras ese viejo lo estuviera observando. Quería quitárselo de encima, pero era preferible no ser descortés para no entrar en batalla siendo apenas un recién llegado. Era mejor ser diplomático. La tortilla aún estaba muy caliente y tardaría en enfriarse. Había tiempo suficiente como para librarse de ese tipo con tacto.

—¿Y usted? —preguntó Javier, entonces—. ¿Es del pueblo?

El viejo sonrió y afirmó con la cabeza.

—De toda la vida. Nací aquí, me crie aquí… y supongo que moriré aquí. Nunca se sabe.

—Nunca se sabe, no. Tampoco vale la pena pensar mucho en ello. Cuando toque, tocará.

El borracho soltó entonces una socarrona carcajada, y se bebió de un trago el tostado líquido que había en el vaso de chupito que tenía en la mano. Al tragarlo, el viejo apretó los dientes, y una nueva sonrisa satisfecha afloró en sus labios. Miró hacia adelante, a la nada, y cabeceó como si le estuviera dando la razón a un silencioso pensamiento perdido en su cabeza.

—Cuando toque, tocará —repitió entonces el borracho con sorna sin girar la cabeza. Era como si hablara solo—. Tocará, sí. A veces toca. Como a los que se los lleva la carretera, a los que se ahogan en las olas o a los que se caen por los barrancos o… o como a los que los devora el fuego. Ese fuego… Esas trece casas…

El viejo detuvo su lengua y Javier lo miró boquiabierto. No había entendido nada acerca de esas reflexiones extrañas que habían emponzoñado de repente el ánimo de ese hombre, pero era evidente que este se había quebrado un tanto. Pensó que quizá debería dar una respuesta ante lo que acababa de escuchar, pero no encontraba palabras que en ese momento tuvieran algo de sentido. Una cosa estaba clara: ese tipo era un beodo de esos a los que era mejor evitar, y por todos los santos que eso era en lo único en lo que estaba pensando.

Entonces, el tabernero, que acababa de servir unos botellines a unos metros de allí, se acercó a ellos y puso sus manos sobre la barra.

—Rafael, deja a este hombre cenar tranquilo. No seas pesado.

El viejo miró al barman con inquina, y volvió a apretar los dientes mientras musitaba palabras que más bien parecían esputos.

—Vamos —insistió el camarero mientras señalaba las mesas que había junto a la ventana—. Vete a sentar ahí detrás.

Javier los miró sin decir nada, y al instante sintió cómo el viejo borracho lo observaba de nuevo de reojo.

—¿Has probado el hidromiel de El Bierzo?

—¿Cómo? —contestó Javier, confuso.

—Hidromiel —insistió el viejo—. ¿No lo has probado? —Y entonces se giró hacia el tabernero—. Celso, ponle un chupito de tu hidromiel a mi amigo y otro a mí.

El barman resopló con tibieza y ojeó de soslayo al montañero para, un momento después, mirar de nuevo al borracho.

—De acuerdo. Os pondré dos chupitos, pero este es el último, Rafael. Luego te sentarás ahí, y después te irás a casa. Ya has bebido demasiado por hoy.

El viejo hizo un aspaviento, como pidiendo que le dejara en paz, y el camarero se giró hacia el estante a su espalda. Al poco, este se dio la vuelta con dos vasos de chupito en una mano y una botella con un líquido tostado en la otra. Los puso sobre la mesa y sirvió con ligereza. Después, cerró la botella y se echó a un lado a atender a otros clientes que solicitaban su atención. El viejo, con la mirada iluminada al ver los vasos llenos, cogió uno de ellos y acercó el otro a Javier, que lo sujetó con cierto reparo.

—De un trago, amigo.

Sin esperar a que su acompañante se mojara los labios, el hombre levantó la mano y se bebió de un empellón el chupito. Después, como había hecho antes, apretó los dientes y resopló. Entonces miró a Javier, y con un gesto lo apremió a beber. Este, deseoso de que ese hombre se marchara, tomó aire y, de un solo empellón, inundó su tragadero con ese fogoso líquido. Al instante notó cómo un ardor inundaba todo su cuerpo, y las aletas de sus fosas nasales tintinearon por el calor. No tosió, pero no le faltaron ganas. Su rostro enrojeció de inmediato y sus ojos se abrieron de par en par. Era fuerte, sí. Ese hidromiel era jodidamente fuerte. Entonces, una sonora carcajada proveniente de aquella misma garganta quebrada le hizo girar la cabeza. El borracho sonreía, como si una parte de él se sintiera orgulloso de que su vástago se comportara con hombría, aunque este no tuviera ni una gota de sangre en común con él. Al poco, el viejo se levantó de su taburete y puso una mano sobre el hombro de Javier.

—Bienvenido a *Las trece casas* —dijo, y una tos seca le hizo doblarse sobre sí mismo.

El viejo fue hacia la ventana, se sentó en una mesa vacía y apoyó su cabeza sobre uno de sus brazos. Javier lo miró de refilón y torció el

gesto. Después, volvió a mirar al frente y observó como aún se podía notar el aroma cálido de esa tortilla que barruntaba un paladar delicioso. Gargajeó para tratar de desembarazarse del amargor del alcohol, y se relamió de nuevo. Por fin podía cenar tranquilo. Ahora, sí.

Se había hecho tarde y el hambre había remitido. Javier miró su reloj de pulsera, y después miró hacia el interior del local. Muchos habían abandonado ya la taberna, pero aún había varios grupos de clientes departiendo con el mismo fragor del principio. Sin embargo, para él ya no había más espacio para la jarana. Sus piernas vacilaban y sus párpados invitaban al sueño, de modo que sacó la cartera del bolsillo de su pantalón, cogió un billete de veinte euros y se lo tendió al tabernero para que se cobrara. Este tomó el dinero, y después miró hacia la ventana. Allí Rafael dormitaba sobre la mesa sin hacer mayor ruido que el de una ronca respiración. Celso hizo un gesto a un chico de rizada y abultada cabellera que andaba entre las mesas con un mandil negro y una bandeja en la mano.

—Sergio, manda a Rafael a casa, que es tarde.

El tipo, camarero también de la taberna, se acercó al viejo con mirada tosca y lo despertó de un ligero zarandeo. Este abrió los ojos con dificultad y frunció los labios buscando una humedad cuya falta había resecado aquella boca.

—Vamos, Rafael, es hora de que te vayas a dormir.

El viejo se levantó con lentitud y estiró su espalda. Pareció querer girarse para decir algo, pero de tan intoxicada que tenía la cabeza, apenas acertó a despedirse con un torpe gesto de la mano. Fue hasta la puerta, acompañado por Sergio, la abrió y salió fuera.

Javier lo vio marchar con cierto recelo. El tabernero ya le había traído sus vueltas, pero, aun así, esperó unos instantes más a que el borracho se hubiera apartado lo suficiente como para no encontrárselo en la puerta. Al poco, se levantó de su silla, se puso su chaqueta y se subió la cremallera hasta el cuello. Si antes de entrar a la taberna ya refrescaba, ahora era fácil que pudiera helar. Se giró para despedirse del camarero, que lo miraba desde la barra, y salió fuera. Un viento helado aprisionó de improviso sus pulmones, pero no fue eso lo único que le cortó el aliento. Allí, a apenas unos metros de la entrada, estaba el viejo apoyado en una columna. Este, al notar una presencia a su espalda, levantó la vista y miró a los ojos a Javier. Sin embargo, en lugar de iniciar de nuevo una conversación que al montañero no le apetecía nada, el borracho bajó de nuevo la vista y se rebulló dentro de su abrigo. Javier, viendo clara una vía de escape, no perdió más tiempo y salió casi a la carrera en dirección opuesta a la que parecía querer tomar el otro. Con poca prisa que se diera, lo dejaría de lado.

El hotel estaba a un buen paseo, y quería llegar pronto. Una ducha caliente y una almohada esponjosa. Eso era todo.

Rafael, por su parte, no reparó más en él.

Ese tipo no era más que otro turista de aquellos que solían llegar al pueblo cada cierto tiempo, más con los calores que con los fríos. Si es cierto que solo había venido en busca de montañas, entonces él no tenía nada que temer, aunque el viejo siempre recelaba de todo y de todos. Demasiados años de miedo había vivido ya.

El hidromiel había castigado sin piedad su cuerpo esa noche, pero esa no era una sensación nueva, en modo alguno. Desde hacía muchos años, el alcohol controlaba más su carácter que la cordura o la precaución. Cuando bebía, aparte de molesto, se volvía incauto. Su lengua se disparaba y soltaba enigmas que bien podían contar secretos inconfesables como relatar historias irracionales, aunque a veces ambas podían llegar a ser lo mismo. No todos descifraban esos acertijos, porque incluso él mismo no entendía bien cómo estaban hilvanados. Rafael hacía mucho tiempo que se había convertido en una boca muy abierta y demasiado indiscreta capaz de atraer problemas indeseados.

Y eso, la sombra que iba tras él, lo sabía.

Rafael, de tan nublado que tenía el sentido, apenas lograba poner un pie delante del otro en su camino de regreso a casa. Había girado hacia la izquierda al salir de la taberna, y se había metido de lleno en la noche por una calle empedrada junto a varias casas con las luces apagadas. Apenas un suave resplandor llegaba desde las farolas que iluminaban la calzada con calidez cada treinta metros, más o menos. El hombre continuó caminando, bamboleante, hasta que el suave murmullo de un riachuelo comenzó a inundarle los oídos. Ese sonido de agua fluyendo agitó algo en sus entrañas, y una súbita necesidad de mear hizo que su cuerpo se estremeciera. Al lado derecho del camino, varios árboles de grueso tronco y espeso ramaje le ofertaron un lugar donde poder vaciar la vejiga con cierto decoro. El hombre se acercó a uno de ellos y apoyó una mano en su contorno, al tiempo que con la otra bregaba por liberar su bragueta de unos rebeldes botones que se negaban a apartarse del ojal. Al poco, el sonido hueco de un chorro impactando contra el suelo hizo que de los labios del borracho surgiera un gemido de placer contenido. Fueron unos largos segundos que al hombre le resultaron la más deliciosa de las sensaciones.

Pero la sombra, paciente a su espalda, le tenía reservada otra cosa.

El viejo se irguió tras acabar de orinar, y se abrochó los botones del pantalón con torpeza. Entonces, desconocedor de aquellos pasos que lo habían seguido hasta la oscuridad de aquella vereda, Rafael se giró y se encontró de bruces con la sombra. Esta permanecía impertérrita delante de él, sin moverse ni un milímetro. El borracho,

todo lo sorprendido que podía estar dentro de su espesura, levantó la cabeza y trató de enfocar la vista. Estaba demasiado oscuro como para reconocer los rasgos que se ocultaban en la noche, de modo que guiñó los ojos y volvió a abrirlos. Entonces, durante un instante, su vista se aclaró, y aquellas facciones que se diluían entre las tinieblas se esclarecieron cristalinas ante él. Abrió mucho los párpados, confuso, y movió la lengua dentro de su boca, pero sus labios no formaron sonido alguno. De repente, la sombra, consciente de que lo había reconocido, puso una mano sobre el hombro del viejo y lo miró con intensidad, apretando los dientes y conteniendo el aire. Rafael ladeó la cabeza y miró a la sombra con dudas entre las sienes. Y entonces, en un arrebato de cordura ausente hasta ese momento, miró a los ojos de esa silueta oscura, y apenas pudo dibujar en sus labios una pregunta que a la vez mostraba vacilación y extrañeza.

—¿Qué estás haciendo?

De súbito, las palabras del hombre se desvanecieron en el aire. La sombra, sin dar respuesta alguna, sujetó con fuerza el hombro de Rafael y hundió su otra mano apretada en el estómago del viejo. Este abrió mucho los ojos y boqueó, sobrecogido, al notar cómo un filo largo y puntiagudo se clavaba con saña en sus tripas.

Nunca antes había notado un dolor tan lacerante como ese.

Nunca antes había advertido cómo el aliento abandonaba de golpe sus entrañas.

Nunca antes había sentido cómo su vida se escapaba.

La sombra dio un paso atrás y sujetó al viejo mientras este caía a plomo sobre el suelo con su vida en un hilo. Lo observó desde las alturas y guardó el cuchillo en su bolsillo. Vio cómo Rafael tosía con sequedad unos instantes más, hasta que esa tos se convirtió en el eco de un muerto.

El viejo borracho ya no se levantaría de ahí. Había llegado su día. A veces toca.

2

La cabo de la Guardia Civil, Carla Ibáñez, siempre llegaba pronto a su puesto de trabajo en el cuartel de Vadealobos. Llevaba menos de un año allí destinada, pero se había adaptado con prontitud a sus nuevas funciones en el cuerpo tras su ascenso. Se lo había ganado a pulso gracias a su buen hacer en la Comandancia de León, donde había pasado sus primeros años. Una vez conseguida esa promoción, la oportunidad de trabajar en el pueblo le había parecido adecuada para seguir creciendo en su carrera. Hubiera preferido haber podido llegar a los puestos de Astorga o Ponferrada, mucho más grandes y, por tanto, activos, pero Vadealobos, a mitad de ambos, podía ser un buen paso.

Lo malo era eso, que casi nunca pasaba nada.

Era un pueblo tranquilo levantado sobre piedras tranquilas. Era un lugar turístico que había crecido al mismo ritmo que su reputación, hasta convertirlo en una urbe que nada tenía que envidiar a las grandes poblaciones de alrededor. En Vadealobos había todo cuanto se necesitaba, y, si no, pocos kilómetros había que recorrer para encontrar lo que se echara en falta. El pueblo era una buena puerta de acceso a las montañas, pero también constituía por sí mismo un buen lugar para quedarse, aunque solo fueran unos días. Ese crecimiento era lo que más había llamado la atención de Carla: a mayor turismo, mayor trabajo, aunque sabía bien que en su profesión lo ideal era que no tuviera que intervenir. Pero claro, para una agente de raza como ella, no actuar era lo mismo que ser no más que un objeto decorativo.

Sin embargo, ahora era temporada baja.

Comenzaba junio, y ya se veían algunos turistas merodeando por el pueblo, pero al grueso de estos aún le faltaba semanas para llegar. Hasta entonces, apenas algunas riñas vecinales o algunos conductores despistados que se saltaban alguna señal, eran la mayor parte del trabajo. Cosas fáciles que se lidiaban con sencillez. Ningún rastro de esa acción que convirtió en guardia civil a Carla Ibáñez.

Hasta esa mañana.

La cabo estaba sentada en su mesa, repasando documentación sobre una pelea en una de las plazas del pueblo, cuando escuchó alboroto en la lejanía. Alzó la cabeza y apartó de su frente un mechón de pelo negro y liso que había escapado a la coleta que había anudado en su cabello esa misma mañana. Era una voz de mujer. Sonaba aturdida y desesperada. Galleaba en los tonos, como les suele ocurrir a aquellas personas a las que los nervios les roban la entereza. Nervios o, quizá, miedos. Incertidumbres. Lo que fuera. El caso es que aquellos

alaridos que en la distancia no parecían formar frase alguna, surgían de una garganta que lo estaba pasando muy mal.

Carla se levantó de su silla y avanzó hacia el griterío. Se detuvo a escuchar, y entonces, junto a los lamentos de la mujer, pudo oír con claridad la voz del guardia Lorente tratando de sosegarla. El barullo provenía de la puerta de entrada, de modo que se giró en su dirección y avanzó a buen paso hacia allí.

—Cálmate, Blanca. Tranquilízate y respira —se escuchó decir al guardia.

Al llegar al lugar, Carla pudo ver cómo Lorente sujetaba por ambos brazos a una mujer de unos sesenta años. Tenía el pelo ensortijado y revuelto. Sus ojos estaban hundidos y humedecidos por lágrimas recién vertidas. Vestía con bata, y debajo llevaba puesto lo que parecía un camisón. Estaba, en efecto, muy nerviosa. Temblaba convulsa y descontrolada, de tal manera que hasta el pobre Lorente penaba por sostenerla.

—Mujer, cálmate —insistió el hombre.

Pero ella no atendía. Se llevaba las manos a la cara y miraba hacia todas partes sin fijar la vista en ningún punto en concreto. Respiraba con dificultad, como si el aire no encontrara la vía de entrada a su cuerpo. Pero las palabras no tenían sentido. Balbuceaba y emitía quejidos entre letras. Carla miró su reloj y comprobó que eran apenas las ocho de la mañana: demasiado temprano para estas cosas… Aunque si el pálpito que acababa de sentir no erraba, igual era demasiado tarde.

Entonces, la cabo se acercó a la mujer y la cogió de la mano para tratar de ayudar al guardia en su propósito. De inmediato notó la rugosidad y encogimiento de aquellos dedos hinchados por la artrosis.

—Tranquila, mujer. Dime qué ha pasado. ¿Qué ocurre?

—Pues que mi… mi… ¡Por dios! Mi…

La mujer no parecía ser capaz de hilvanar dos palabras seguidas.

—Tranquila. Respira, Blanca. Dinos qué pasa —intercedió Lorente.

El guardia la llamaba por su nombre, por lo que era evidente que esa señora no era una desconocida, pero, claro, el pueblo no era muy grande y Lorente llevaba toda su vida allí. Para ella ese era otro cantar. Aún necesitaba tiempo para familiarizarse con todos los habitantes del pueblo. Al poco, Blanca pareció detener un instante sus temblores. Bajó la cabeza y tomó aire con apuro, pero con más calma. Después, la volvió a levantar y miró a los agentes. No estaba de ningún modo serena, pero ahora no parecía sacudirse tanto.

—Mi… Mi marido. Mi marido no está. No lo encuentro, por favor. Mi marido…

Carla sujetó la mano de la mujer con mayor firmeza y buscó con la mirada sus ojos llorosos.

—¿Su marido? ¿Se ha marchado su marido?

La mujer agitó negativamente la cabeza.

—No. No se ha ido. Mi marido no está. Él…

Pero un nuevo arrebato de nerviosismo volvió a engrilletar su lengua. La mujer bajó la frente y la apoyó desconsolada sobre sus manos. Carla y Lorente se miraron, y ambos compusieron un gesto de incertidumbre. La cabo no conocía a esa mujer ni a su marido, de modo que no guardaba referencias, pero su compañero, sí, y no parecía tenerlas todas consigo.

De repente, la puerta de entrada al puesto se abrió, y entró por ella un hombre que iba vestido de calle, pero cuyas hechuras dejaban bien claro que no era un civil cualquiera, sino un agente como ellos. Un agente de cargo, para más datos. Uno de nivel. Era un hombre mayor, con el pelo corto y encanado, y una expresión afable bien disimulada entre los pliegues de la piel que rodeaban su boca y que le conferían un aspecto rudo de hombre de campo. Carla levantó la vista e hizo un leve gesto a modo de saludo. Ese hombre era el teniente Joaquín Blasco, el superior de Carla, el oficial con el que trabajaba.

Pero no fue en ella en quien el teniente reparó, sino en Blanca.

Blasco llevaba más de treinta años trabajando en el puesto de Vadealobos, además de haber nacido en el propio pueblo, de modo que él sí que conocía a todo el mundo. Y si no lo conocía, tenía contactos suficientes como para que ninguna identidad se le escapara. Blanca y él no parecían estar muy alejados en sus edades, pero fue su forma de mirarla lo que le dejó claro a Carla que Blasco y ella no eran dos desconocidos. Entonces, la mujer se giró levemente y, al ver al teniente, abrió mucho los ojos y se le echó a los brazos.

—Joaquín… Por dios, Joaquín… Mi marido…

El hombre la sujetó por los codos con suavidad y le miró a los ojos.

—Tranquila, Blanca. ¿Qué ocurre? ¿Qué le pasa a Rafael?

La mujer se agitó y rompió de nuevo a llorar.

—Mi marido no está, Joaquín. No está en casa.

—Vale, vale. De acuerdo, Blanca. Rafael no está. ¿Se ha ido esta mañana?

Blanca volvió a mover su cabeza para negar ahora con mayor vehemencia.

—No se ha ido, Joaquín. Rafael no se ha ido. Rafael no ha vuelto a casa. Desde anoche. Por dios… Mi Rafael…

—¿No ha vuelto? ¿Adónde se fue anoche? Blanca, escúchame. ¿Adónde fue Rafael?

La mujer se sacudió y se sorbió la nariz con brusquedad. Entonces abrió las manos e hizo un gesto de desquiciante desconocimiento.

—A la taberna, como siempre. Él se fue a la taberna, pero nunca

volvió. Y él siempre vuelve, tú lo sabes. No sé qué le ha pasado. He ido a buscarle, pero no lo he encontrado. No sé qué hacer. Yo…

Blanca volvió a embutir su cara entre sus manos, y un sollozo ahogado escapó de su garganta. Después, levantó la cabeza, mordiéndose los labios, y su rictus serio y plomizo hizo comprender a Carla que esa desaparición podía traer cola.

—De acuerdo, Blanca. No te preocupes. Vamos a buscar a Rafael. Puede que se haya desorientado y esté durmiendo en algún banco por ahí. Tranquila, que daremos con él. —Y entonces Blasco miró al guardia—. Lorente, acompáñala a casa, y avisa a todos los agentes disponibles para que salgan a buscarlo. Que vayan a la parte alta del pueblo y a los campos de las afueras. Mirad en los barrancos y en el río. No demos nada por sentado. Ya le conocéis. Imagino que se habrá emborrachado otra vez.

El guardia afirmó con la cabeza y se llevó a Blanca sujeta con ternura por el brazo. Blasco observó cómo se alejaban y resopló. Esa expresión sombría de antes no parecía querer abandonar su rostro. Carla lo miró y trató de escudriñar lo que había encerrado ahora mismo en esa cabeza, pero pensó que le sería más fácil descubrirlo si eran palabras las que lo describieran.

—¿Es grave? —preguntó ella de improviso.

Blasco se giró y chasqueó la lengua.

—No tiene por qué.

—Pero estás muy serio…

El teniente ahora se encogió de hombros.

—A Rafael lo conocemos todos. Antes era otra cosa, pero hace muchos años que se dio a la bebida y se convirtió en el borracho del pueblo. Pero siempre vuelve a casa. Siempre… No sé, espero que esté por ahí durmiendo la mona.

La cabo Ibáñez suspiró unos instantes y le miró con cierto recelo.

—Estás preocupado.

—Ya —admitió Blasco mientras ponía sus brazos en jarra—. Bueno, aquí en Vadealobos no suele desaparecer la gente, y no quiero que nadie se asuste. Además, Blanca hace tiempo que se ha convertido en una persona un poco… digamos… inestable. No sé, son gentes del pueblo de toda la vida… —Y entonces pareció meditar unas cavilaciones que no llegaron a brotar de sus labios—. Voy a salir a buscarle. ¿Vienes?

Carla parpadeó ante la petición, pero respondió con prontitud a la misma.

—Sí, claro. Dame un momento que coja la cartera y voy contigo.

La cabo se dio la vuelta y se dirigió a su mesa. Cogió la cartera, dónde llevaba su tarjeta de identificación, y guardó su arma reglamentaria en la funda. La desaparición de un borracho no es que

fuera el más fascinante de los casos, pero teniendo en cuenta la relajada actividad del pueblo, eso era mejor que nada. Además, la expresión de Blasco insinuaba que era mejor dar con él antes de que corriera la voz. Era preferible tener un pueblo tranquilo a uno alterado. Eso, siempre.

3

La taberna Los Riscos tenía el cierre subido, aunque no parecía que hubiera mucho trasiego en su interior. Celso Arias, el dueño de la taberna, solía abrir temprano para dar desayunos, pero a veces la hora de apertura dependía de lo tardía que hubiera sido la hora de cierre. Por norma general, solían estar funcionando cerca de las ocho de la mañana. Blasco había contado con ello, de modo que había esperado encontrarse al hombre en el local a esas horas. Si Rafael había pasado por allí la noche anterior, quizá Celso podría darle alguna información relevante, porque si ese borracho no había puesto su culo en alguno de sus taburetes, entonces esa desaparición podía ir a mayores.

Los agentes dejaron el coche aparcado junto a la fachada del local y entraron en la taberna, cuyas puertas estaban abiertas de par en par. Al hacerlo, de inmediato vieron al tabernero tras la barra colocando una ristra de vasos en una estantería que estaba a su espalda. Al fondo del local, Blasco pudo ver al otro camarero, a Sergio, al que Celso había contratado un par de meses antes, escoba en mano y mirando al suelo, afanándose por recoger los restos caídos de los platos servidos la noche anterior. El tabernero, cuyo afinado oído había escuchado el cloqueo de las pisadas de los agentes sobre el suelo cerámico, se giró, atento, y miró a ambos con cierta afabilidad en los ojos. Blasco, entonces, levantó una mano a modo de saludo y se acercó a la barra.

—Buenos días, Celso. ¿Mucho jaleo anoche?

El hombre se encogió de hombros.

—Un poco, lo normal. Estamos aireando un poco la taberna, a ver si va entrando gente.

—Ya veo. Dentro de unas semanas se te llenará más esto. Parece que llegarán muchos turistas este verano. Los hoteles lo tienen casi todo reservado.

—Y yo que me alegro. A más gente en el pueblo, más gente en la taberna.

—Claro.

Blasco sonrió, y Celso le devolvió el gesto. Carla, tras su superior, emuló a ambos. Ella también conocía al tabernero. Había entrado en algunas ocasiones a ese local, a veces estando de servicio y otras de ocio, aunque para gente como ella, estar de guardia o no estarlo era casi lo mismo. Un guardia civil nunca deja de trabajar del todo. Sin embargo, su nivel de confianza con ese hombre distaba mucho del que tenía Blasco. Con todos los del pueblo difería. Cosas de la experiencia. Cosas de patear las mismas calles durante años.

—¿Queréis tomar un café? —preguntó, entonces, el barman.

—No, gracias, Celso. Andamos un poco ocupados ahora. De hecho hemos venido a hacerte unas preguntas.

El hombre contrajo su expresión ante esas inesperadas palabras que rezumaban una gravedad oculta.

—¿Preguntas? Sí, por supuesto. ¿Qué pasa?

—Rafael —pronunció Blasco, escueto—. Rafael Dimas. Ya sabes. ¿Estuvo aquí anoche?

Al escuchar ese nombre, Celso torció el gesto, y en sus facciones se dibujó el intenso hartazgo de quienes se cansan de algo.

—¿Rafael? Sí, claro. Estuvo aquí anoche, como casi siempre. Y se emborrachó, como casi siempre. Tuve que llamarle la atención varias veces porque estaba molestando a la clientela. Un día voy a tener que prohibirle la entrada.

—Entiendo —afirmó Blasco—. ¿Sabes más o menos a qué hora se fue?

Celso se rascó la cabeza y levantó el mentón tratando de recordar. Entonces, miró hacia el fondo del local y alzó la voz.

—¡Sergio! Ven un momento, hazme el favor.

El chico, al oír el grito, levantó la cabeza, dejó la escoba apoyada en una mesa y se acercó con premura a la entrada del local. Carla miró al muchacho y escudriñó sus rasgos con atención. Era deformación profesional. Ella no podía mirar a nadie de otra manera. Siempre investigaba. Siempre sospechaba. En el caso de Sergio no hubo excepción alguna. Lo observó bien. Era de rasgos delicados y jóvenes, pero engañosos. Algo en su expresión lo situaba en una edad alejada de las apariencias, una más cercana a la treintena. Era de mirada esquiva, como lo son los tímidos o los asociales, pero parecía esconder cierto talante resuelto en su carácter. Cuando erguía la cabeza, sus ojos brillaban, aunque sus labios temblaran. Daba la impresión de ser algo apocado, de los que callan más que hablan; de los que viven más felices consigo mismos que con los demás.

—Oye —preguntó Celso al verlo llegar—. ¿Recuerdas a qué hora echamos a Rafael anoche?

El chico ladeó la cabeza y respondió con prontitud.

—Pues serían cerca de las doce.

—Las doce —repitió el tabernero—. Cierto, fue cerca de medianoche.

—¿Y se fue solo? —preguntó Blasco.

El chico afirmó con la cabeza.

—Estaba solo cuando lo saqué. Lo dejé fuera apoyado en una columna. Le pregunté si quería que llamara a alguien para que lo acompañara a casa y me dijo que no. Después volví a entrar en la taberna.

—De acuerdo. ¿Visteis si habló con alguien o hizo algo extraño?

—intercedió Carla.

Sergio frunció los labios y se encogió de hombros. Celso hizo ademán de emular la mueca de su camarero, pero al instante sintió como si una luz se encendiera en su cabeza. Un recuerdo olvidado volvió a su mente de golpe. Un extraño. Un tipo al que no conocía. Aquel que se puso a hablar con Rafael.

—Ahora que lo pienso, sí. Rafael habló con un hombre al que no había visto nunca. Anoche entró un tipo, se sentó junto a la barra y se pidió una cerveza y algo para cenar. Rafael se acercó a él y se puso a darle la chapa.

—¿Recuerdas de qué hablaron? —interrogó Carla.

—No, lo siento. No pude escucharlos, pero tuve que ir a llamarle la atención para que dejara cenar a ese hombre. Cuando Rafael se pone pesado no hay quien lo aguante. Y ayer el viejo se había pasado con el hidromiel.

Blasco alzó las cejas y miró al tabernero con censura en el rostro.

—Joder, Celso. ¿Cómo se te ocurre darle hidromiel a Rafael?

—Pero ¿qué quieres que haga? Mi negocio es darle a la agente lo que pide, si no cerraría.

—Pero sabes que ese infeliz no tiene control.

—Bueno, tampoco es ningún peligro. Rafael es inofensivo.

—Aun así…

Se produjo entonces un embarazoso silencio entre ambos. Sergio, a un lado, bajó la cabeza de nuevo, dudando si marcharse o no de allí. Carla, en cambio, miraba a los hombres sin prestarles mucha atención. Cuando la agente organizaba sus ideas era capaz de abstraerse en la mayor de las tormentas. Entonces, sin que nadie lo esperara, se giró hacia Sergio y verbalizó las dudas que le latían entre las sienes.

—Cuando sacaste a Rafael, ¿viste a alguien en la calle o salió alguien detrás de vosotros?

El chico volvió a negar sin vocalizar las palabras que describía. Sin embargo, Celso sí que parecía recordar algo más.

—Fuera no tengo ni idea de si había alguien porque no me fijé, pero el tipo de la barra, ese que habló con Rafael, salió de aquí un momento después de que echáramos al viejo. No sé qué hizo ni adónde fue. Por si les sirve de algo.

Los dos agentes se miraron y ambos parecieron llegar a la misma conclusión: si cabía la posibilidad de que aquel tipo hubiera sido el último en ver a Rafael, lo mejor que podían hacer era sondearlo en busca de alguna pista.

—Vale —rumió Blasco—. ¿Recuerdas cómo era ese hombre?

—Sí, bueno. Debía rondar los cuarenta. Pelo liso y revuelto, con canas. Mirada viva y sonrisa franca. Vestía con ropas de montaña, ya sabes. La chaqueta era de color gris oscuro y tenía pinta de ser cara.

—¿Oíste su nombre o sabes si estaba hospedado por aquí?

Celso arrugó la frente.

—Ni idea, no le pregunté nada de eso. No suelo interrogar a los turistas, no vaya a ser que se espanten.

—Claro —admitió Blasco, y entonces se giró hacia su compañera—. Vamos a acercarnos a todos los alojamientos del pueblo, a ver si alguien cuadra con esa descripción.

Ambos agentes se dieron la vuelta y se dirigieron hacia la puerta de la taberna, pero, entonces, la voz de Celso los detuvo antes de dejar que los rayos del sol cayeran sobre sus cabezas.

—¿Qué es lo que ha hecho Rafael? Me ha dejado a deber la cuenta de anoche.

El agente Blasco se giró, y un velo sombrío cubrió de inmediato su rostro.

—El viejo no volvió ayer a casa. Lo estamos buscando.

—¿Qué no volvió? Rafael siempre vuelve.

—Ya, pues anoche no lo hizo.

El tabernero no respondió y sintió cómo su aliento se helaba. A su lado, Sergio levantó la cabeza y observó de soslayo cómo se marchaban los agentes. Estos, con una información que bien les valía para poner una primera piedra en esa investigación, caminaron con profesional inercia hacia el coche. Tenían que encontrar a ese hombre y sonsacarle todo cuanto pudieran. Él podría abrirles los ojos, o bien podía contar cosas que no llevaran a ninguna parte. En una desaparición, las incógnitas pueden ser más voraces que las clarividencias. En una desaparición, puede saberse todo o puede no saberse nada.

4

Esa mañana Javier no se había levantado tan temprano como acostumbraba.

La paliza que se había dado el día anterior aún palpitaba en sus rodillas, y aunque tenía pensado volver al Valle del Silencio para abordar el circuito que había planeado antes de viajar allí, ese día su camino iba a ser más plácido y relajado, de modo que podía permitirse unos minutos de asueto para disfrutar de las bondades del hotel y, de paso, de su copioso desayuno.

Porque abundante era, sin duda.

El hombre se había encontrado un lustroso comedor con varios estantes llenos a rebosar de bollería, cereales, embutidos y frutas de todo tipo, así como cafés, zumos y otros líquidos que no tenía mucha idea de lo que eran. Sin embargo, para esas cosas, Javier sabía cómo mantener a raya una gula cuyo poder era capaz de tumbar al más férreo. Él podía empacharse como cualquiera con los ojos, pero a sus labios solo llegaba aquello que realmente necesitaba, más algún que otro capricho bien seleccionado. Comer por comer no podía traer nada bueno, pero la ansiedad bien alimentada podía dejar a uno totalmente satisfecho. Esa mañana, aparte de un zumo de naranja y un café bien cargado, tan solo había dejado que su paladar disfrutara de unos donuts de azúcar que le habían retraído a recuerdos de cuando era niño y se llenaba ambos carrillos con ese maravilloso manjar. Había tomado dos; más era excesivo, porque esas botas de montaña que se había atado con esmero a los pies esa mañana, sin duda serían muy críticas con él si aumentaba en demasía el peso a arrastrar. Dos estaba bien. Además, aún tenía aferrado a algún lugar de su garganta el sabor amargo de aquel hidromiel que ese viejo le había hecho tragar la noche anterior, y convenía no aderezarlo más de la cuenta. Sin embargo, si hubiera sabido con antelación lo que le esperaba esa mañana, seguramente se hubiera dejado llevar más por el ansia en el desayuno… aunque también era posible que no hubiera podido dar un solo bocado.

Apenas estaba terminando con los últimos tragos de café, cuando observó cómo dos personas se acercaban a él. No sabía quiénes eran, pero por su circunspecta expresión, de inmediato sintió cómo una neblina oscura ennegrecía sus ojos. No hacía falta ser ningún experto para aseverar que aquellas dos personas, un hombre mayor y una chica joven, eran dos agentes de la ley cumpliendo con su deber. Tan solo tuvieron que enseñar su identificación para confirmar sus sospechas, aunque para entonces el ánimo de Javier estaba más

perdido indagando en sus recuerdos en busca de qué ley se había saltado para recibir tal visita, que en preguntar directamente a los agentes. Que dos guardias civiles vayan de buena mañana en tu busca, no puede ser por nada bueno.

—Somos los agentes Ibáñez y Blasco de la Guardia Civil —se identificó Carla al llegar a su altura—. ¿Es usted Javier Izaguirre?

El hombre titubeó, pero de inmediato admitió ser esa persona. Mostrar demasiadas dudas no parecía una buena idea.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo?

—Tenemos que hacerle unas preguntas. Será solo un momento.

—Sí, por supuesto. Por favor, siéntense.

—No se preocupe, no hace falta —respondió Carla, pero al instante vio por el rabillo del ojo cómo su compañero sí que se sentaba.

—Si me permitís, tengo la espalda un poco machacada —dijo Blasco mientras se acomodaba en una silla frente al montañero, que los miró a ambos y enarcó las cejas.

—Muy bien. Ustedes dirán.

Carla, como acostumbraba en todo interrogatorio en que participaba, miró con intensidad a los ojos del hombre guardando un estudiado silencio. Ese era el método que utilizaba para tratar de hacer retemblar el ánimo del interrogado. En caso de mentiras premeditadas, la mayoría solía derrumbarse ante miradas inquisitorias y silencios condenadores. Si jugaba bien sus cartas, el incriminado pronto se vendría abajo, y con solo un par de preguntas bien orientadas, una confesión irrefutable podría lucir brillante en su próximo informe.

Pero a veces eso no funcionaba.

El rostro de ese hombre no mudó lo más mínimo ante su pétrea mirada, de modo que abrió los labios y comenzó a husmear en ese tipo como lo haría un perro en una bolsa atada de la que hiende un olor delicioso.

—¿Puedo preguntarle a qué ha venido a Vadealobos?

—Sí, claro. Pues verá, soy montañero aficionado. Senderista. Estoy visitando León en busca de nuevas rutas de montaña.

—¿Ha venido usted solo?

—Sí, he venido solo. No pude cuadrar mis vacaciones con nadie, así que…

—De acuerdo —casi susurró Carla—. ¿De dónde viene usted?

—Bueno. Yo soy asturiano, de Oviedo. Hice una noche en Ponferrada y luego vine a Vadealobos. Desde aquí es más fácil acceder a las rutas.

La cabo afirmó con la cabeza.

—¿Y piensa quedarse mucho en el pueblo?

—Pues esta que viene será mi última noche. Mañana tengo planeado ir a los Picos de Europa, pero… ¿Me pueden decir a qué viene todo esto?

Carla calló un instante y repitió esa mirada que antes no parecía haber surtido el efecto deseado. Era eso, o que de verdad ese hombre no tenía ni idea de por qué estaban ellos allí. Sin embargo, ahora fue Blasco quien se echó hacia adelante en su silla y miró con fijeza al hombre.

—¿Sabe quién es Rafael Dimas?

Javier vaciló unos instantes y se rascó la cabeza con un dedo.

—Pues… No, no me suena. ¿Tendría que conocerlo?

—Verá —suspiró el teniente—. Tenemos testigos que le vieron anoche hablando con él en la taberna Los Riscos. ¿Se acuerda?

—¿En la taberna? Allí solo hablé con el camarero que estaba en la barra. Tomé una cerveza y… bueno… Ahora que lo pienso, sí. Allí también había un hombre mayor que se puso a hablarme, pero fue solo un momento. ¿Se refieren a él?

Blasco asintió con gravedad mientras Carla ladeaba la cabeza pendiente de lo que el hombre pudiera contar.

—Sí, es ese hombre —intercedió la cabo Ibáñez—. ¿Lo conocía?

—No— respondió el montañero con un leve velo de excitación en la voz. Era consciente de que ese pequeño matiz en sus palabras podía actuar en su contra, pero algo le decía que esa conversación buscaba en él algo más que simple información. Aquel tono con el que le preguntaban, la forma en que lo observaban… Era como si miraran a un imputado, un señalado—. No conocía de nada a ese hombre. Es la primera vez que entraba en la taberna. Me senté a cenar algo y ese tipo se puso a hablarme. Nada más.

—¿Y de qué hablaron?

—De nada. No lo sé, no lo recuerdo bien. El hombre iba borracho y decía cosas sin sentido. Me invitó a un chupito y se fue. Yo solo le seguí un poco el rollo, pero ya está. Incluso tuvo que venir el tabernero a quitármelo de encima. Pregunten a ese hombre. Él se lo dirá.

—Ya lo hemos hecho —intervino Blasco—, por eso hemos venido a buscarle.

Los nervios de Javier, que hasta ese momento habían estado a resguardo, comenzaron a aflorar en su pecho ante las veladas acusaciones que estaba atisbando encerradas entre las preguntas de aquellos agentes. No sabía de qué iba la cosa ni quién era ese hombre. No sabía si había pasado algo o no lo había hecho, pero lo que le estaba quedando claro es que, fuera lo que fuese, le estaban metiendo de lleno en el meollo. Entonces, Javier, con la incertidumbre bien clavada en su ánimo, abrió los brazos, interrogante.

—¿Me pueden decir qué está pasando?

La agente Ibáñez tomó aire y puso sus manos en jarra.

—¿Salió usted de la taberna después de Rafael?

—¿Cómo? Sí, sí, salí después de allí, pero no fui tras él. Le vi salir y esperé un poco a que se alejara porque no quería volver a encontrarme con él. Por favor, díganme qué ocurre.

—Pero se lo encontró fuera…

—¿Qué? —balbució el hombre con un gallo en el tono que dejó claro que los nervios ya se habían apoderado de él—. Sí, le vi fuera, apoyado en una columna, pero yo no me paré con él. Me fui al hotel. No sé de qué demonios va todo esto, pero no me está gustando nada. Yo…

Entonces, el estridente sonido de un teléfono móvil hizo que el hombre detuviera su lengua, que ya a esas alturas temblaba tanto como lo hacían sus piernas. Javier nunca se las había visto con agentes de la ley, de modo que esa situación estaba superando con creces su templanza. El teniente Blasco se palpó los bolsillos, sacó su teléfono del interior de la chaqueta, se levantó de su asiento y se lo puso al oído mientras se apartaba de la mesa. En ella, Javier, boquiabierto, no dejaba de observar al agente mientras Carla hacía lo propio con él. El juego de miradas por fin estaba dando su fruto. El esfuerzo con denuedo, al final siempre consigue su premio.

Tras unos instantes en que el teniente parecía conversar con alguien entre susurros, este se dio la vuelta, guardó de nuevo el móvil en su bolsillo, se acercó a Carla y se agachó para murmurarle algo al oído.

—Han encontrado un pequeño charco de sangre en la vereda que sube desde la taberna. Está bajo un árbol, junto a una mancha de orina seca. Han cogido una muestra de esa sangre para el laboratorio. —Y entonces miró de reojo a Javier—. Nos lo llevamos.

El montañero, con la garganta encogida ante unos cuchicheos de los que estaba seguro de que él era el objetivo, abrió los ojos todo cuanto pudo y tartamudeó unas palabras que ni siquiera salieron de sus labios. En su lugar, fue Carla la que se acercó a él, y con toda la profesionalidad y tacto que pudo, le dijo unas palabras que al hombre le sonaron como si fueran una sentencia.

—Señor Izaguirre, va a tener usted que acompañarnos.

5

Seguía muy nerviosa, pero hacía rato que había dejado de hablar.

A Lorente no le resultaba extraña esa actitud en Blanca. Cuando la ansiedad se apropia de la voluntad de la gente, esta suele reaccionar de múltiples formas: puede vociferar y soltar un torrente de palabras sin freno alguno, o también podía ser que la angustia atenazara sus sentidos y, con ellos, su garganta. Pero también, según la persona, podía ver fantasmas ocultos entre las sombras de la noche… aunque fuera mediodía. Blanca, en su caso particular, podía ser todas ellas. Hacía tiempo que su personalidad se había agrietado un tanto, y de sus gestos y reacciones se podía esperar casi cualquier cosa. Parecía paranoia, aunque ningún médico se la hubiera diagnosticado nunca. Quizá, la volubilidad de Rafael, y su dependencia del alcohol, habían hecho que la mujer perdiera un poco el contacto con la realidad. En el pueblo no eran pocos los que la tildaban de loca, pero nadie se atrevía a decírselo a la cara. Era mejor así: cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Blanca, quédate en casa y espera a que te llamemos, ¿de acuerdo? —le dijo Lorente mientras le ayudaba a sentarse en el sofá de su casa—. No te preocupes que pronto daremos con él.

El guardia pensó en decirle algo más, pero la mirada huidiza de la mujer le conminó a cerrar la boca y salir de la vivienda. Había cierto hedor a viejo y a humedad en ella. Las paredes estaban cubiertas de un papel antiguo y resquebrajado que ya se desconchaba por algunas de sus juntas. El hombre miró de refilón a las ventanas, que tenían unas desfasadas persianas de madera verde de esas que llaman alicantinas, y observó bien cómo ciertas manchas de grasa embadurnaban los bajos de las amarillentas cortinas que se extendían frente a ellas. La decoración era escueta e igualmente añeja. Era como si esa casa se hubiera quedado anclada en el pasado.

—Bueno… Eso, Blanca. Espera aquí y tranquilízate.

La mujer miró de soslayo al guardia, pero no abrió la boca. En su lugar, se hundió un poco más en el sofá y giró la cabeza para perder la vista en el embaldosado suelo del salón. Lorente, consciente de que no iba a recibir respuesta alguna, salió de la casa, entró en su vehículo oficial, pero, para cuando arrancó el motor, Blanca ya se había levantado de su asiento para perder sus agrietados dedos entre los pliegues de la cortina del ventanal. Se mordía los labios con angustia mientras observaba por las rendijas de la persiana cómo ese guardia se marchaba de allí. Tras ir al cuartel de la Guardia Civil a denunciar la desaparición de su marido, algo se había agitado en su cabeza de tal

manera que, lo que antes habían sido palabras entrecortadas y llantos desmesurados, de un momento a otro se habían transformado en silencios elaborados y miradas recelosas. Algo en la mente de Blanca la había convencido de dar un paso atrás y sospechar de todo y de todos… aunque aún le quedaba alguien a quien le podía transmitir su angustia. Alguien en quien podía confiar.

Aún esperó la mujer junto a la ventana unos instantes más para asegurarse de que ese guardia no iba a volver. Después, se dio media vuelta y se acercó a una mesa redonda cubierta por una saya de color cobrizo, y descolgó el teléfono que tenía sobre ella. Pulsó los números con torpeza, rehaciendo el trabajo varias veces ante las fallas de su memoria. Al fin pareció acertar con la numeración correcta y se puso, temblorosa, el auricular al oído. Esperó todo lo paciente que pudo, tamborileando el suelo con los pies de puro nerviosismo. Al poco, la señal cambió, y una voz sonó opacada al otro lado de la línea. Blanca se irguió de golpe y miró en derredor, como para asegurarse de que no había sombra alguna escuchándola. Lo que iba a decir, la confidencia que buscaba, exigía privacidad. Solo teniéndola abriría la boca.

—Soy… Soy yo. Es por Rafael. Algo le han hecho, Tito, estoy segura de que algo le han hecho. Ya… Ya… Lo sé, lo sé, pero… No, no… No creo que se haya perdido. Mi Rafael no se ha ido, tú lo sabes. Tito, yo… Creo que ellos se lo han llevado y Dios sabe lo que le habrán hecho. Ya sabes que Rafael… Por todos los santos, Tito, mi Rafael…

La mujer se llevó el teléfono al pecho y sollozó desconsolada. Miró de nuevo hacia la ventana y estiró el cuello en busca de una figura difusa que pudiera estar husmeando al otro lado, pero esa misma figura parecía ser más real en su cabeza que más allá de las persianas. Al poco, se puso una mano en la frente y volvió a llevarse el auricular al oído.

—Sí, vale, vale…. De acuerdo. Me quedaré aquí, a ver qué me dicen. Si yo lo sabía, Tito, yo sabía que esto iba a pasar. Si ya le habían advertido, pero él… ¡Maldita sea! ¡Malditos sean todos! Ya… Ya… Te avisaré. Sí, no te preocupes. Vale. Adiós, Tito. Adiós, adiós…

Aún con la congoja atravesada en la garganta, Blanca colgó el teléfono y se sentó en el sofá. Ya habían pasado unas horas desde que había ido al cuartel de la Guardia Civil en busca de ayuda, y ella sabía que cuanto más tiempo pasara sin recibir noticias sobre Rafael, más posible sería que estas fueran funestas. En su mente, esas palabras trágicas ya estaban tomando forma. Eran sombrías y tormentosas. Frías como los hielos de las altas cumbres. Oscuras como las noches que las ciegan. Eran dolor pese al silencio. Sí, eso. Eran dolor.

6

La vereda discurría entre las altas paredes de un edificio de piedra gris y una amplia cuenca, donde un riachuelo bajaba discreto entre tupidas hileras de nogales.

Carla bajó del vehículo y miró de soslayo a Javier, sentado en la parte trasera del coche, buscando en sus formas un oculto destello que destapara verdades escondidas entre excusas y reniegos, pero no lo vio. Ni siquiera intuyó un leve cambio en su expectante expresión. En aquellas facciones había sorpresa, agobio e, incluso, ansiedad, pero no logró reconocer la tensión enmascarada que todo criminal muestra cuando le llevan al lugar del crimen… si es que allí había algún crimen. Tras salir del hotel, Blasco había conducido hasta el lugar que le había indicado Lorente en su llamada. Para llegar a ese punto había bajado la carretera principal del pueblo hasta la taberna de Celso, y desde allí había ralentizado la marcha para introducirse por el peatonal y pedregoso camino que subía a mano izquierda desde Los Riscos. La prohibición de circular por esa vía hacía imposible ver coches pasar por allí, salvo el caso de algún vecino aprovechado que se adentraba por ella buscando acortar trecho hasta su vivienda.

Blasco cerró la puerta del coche y buscó con la mirada a Lorente. Este estaba un poco más adelante, junto a un par de guardias que también habían aparcado sus vehículos en la vereda. Caminó resuelto hacia él, mordiéndose los labios. Carla, que a esas alturas ya tenía muy claro que la relación de su teniente con el desaparecido era algo más que la de un agente veterano con un vecino veterano, caminó detrás de él mirándole de reojo. Lorente se giró al verlo llegar, se cuadró e hizo un gesto con el mentón señalando al suelo bajo uno de los nogales.

—Está ahí. Lo han encontrado los compañeros mientras batían la zona en busca de Rafael.

Blasco dio un paso adelante y se acuclilló junto al espeso y oscuro charco de sangre. Acercó uno de sus dedos y rozó su pastosidad con la yema.

—Aún no está seco del todo. Es bastante reciente.

—Cierto. Ya hemos recogido las muestras —contestó Lorente, y después señaló a la base del árbol—. Parece que el que perdió esa sangre, antes vació ahí su vejiga.

El teniente se incorporó y ladeó la cabeza para observar la mancha oscura que había en el tronco del árbol. Bajo ella, en su alcorque, aún se vislumbraba el reguero de orina que había rociado aquel lugar. Ya estaba seca, pero aún humedecía lo suficiente aquella

madera como para asegurar que tampoco hacía mucho que se había vertido allí.

—¿Habéis encontrado algún indicio como para creer que sea de Rafael? —preguntó Blasco.

Lorente se encogió de hombros.

—No, nada, salvo que está cerca de la taberna, a algo más de doscientos metros. Y que el camino hacia su casa pasa por aquí, pero más allá de eso no tenemos nada.

Blasco torció el gesto y suspiró con nervio. Aquellos restos podían ser de Rafael o podían no serlo. Los primeros indicios indicaban que esa no era una opción del todo descabellada, pero que no hubiera nada que aseverara lo que le gritaba su instinto le obligaba a permanecer cauto. La sangre era tan reciente como lo era la desaparición del viejo, y en un lugar como Vadealobos, donde un incidente como ese era toda una excepción, pocas piezas podían cuadrar tanto como lo hacían las que ahora tenían sobre la mesa.

La cabo Ibáñez había escuchado las pesquisas de sus compañeros con mucha atención, como hacía siempre. Su cabeza elucubraba alternativas a una velocidad endiablada, pero solía ser reticente a verbalizar sus ideas, no fuera a ser que acabara dándose de bruces contra una pared. En su lugar, prefería observar y meditar las preguntas a realizar. A veces era mejor interrogar con palabras escuetas que dar demasiadas vueltas a las historias. Entonces, retrocedió unos metros y se giró en redondo.

—Por aquí no pueden circular vehículos, ¿verdad? —preguntó.

Lorente se dio la vuelta y avanzó hacia ella.

—No. Esto se peatonalizó hace muchos años. Está prohibido.

—De acuerdo. ¿Y el río? ¿Lo habéis mirado?

—Riachuelo, dirás. Esto, salvo en días de fuertes lluvias, como las de otoño, suele tener un caudal muy bajo. Y sí, hemos revisado todo este tramo y no hemos encontrado nada. También hemos mirado al otro lado, en aquellas viviendas, pero allí nadie ha visto ni oído nada. Estos árboles son muy frondosos y hay distancia. Fuera lo que fuese que pasó aquí, no hizo mucho ruido.

Blasco se unió a ellos y observó cómo su compañera seguía escudriñando la zona con ojos inquisitivos. Aunque aún no había pasado mucho tiempo desde que la destinaron allí, muy pronto él se había dado cuenta de que le habían adjudicado a una agente capaz. Era joven, pero razonaba como si tuviera las tablas que daba una larga experiencia, y eso había hecho que el teniente relajara con ella las formalidades básicas en el trato entre mandos hasta parecer que ambos transitaban en el mismo escalafón sin ser así. Confiaba en ella. De hecho, ya varias veces le había recomendado buscar un destino más activo que ese, pues Vadealobos destacaba en toda la comarca por

su placidez, de modo que no parecía lugar para guardias sedientos de acción. La capacidad de Carla era superior al trabajo habitual, pero ella no parecía tener prisa. Carla siempre había pensado que los pasos había que darlos uno tras otro, pues aquellos que prefieren superar varios escalones de un solo salto están condenados a darse un buen golpe contra la profesión. Mejor avanzar despacio y bien, que rápido y salir escaldado.

La cabo miró entonces al amplio edificio que estaba junto a los árboles. A diferencia de la mayoría de las construcciones del pueblo, este estaba elaborado a base de grandes losas grises, aunque la base sí que estaba decorada con la piedra tan común de la zona. Varios ventanales enrejados de grandes dimensiones se disponían equilibrados en una misma línea a varios metros del suelo. Tras sus cristales no se veía luz alguna, pero estaban tan próximos al lugar que buenamente podían haber albergado alguna mirada indiscreta que pudiera arrojarles algo de luz sobre lo acaecido allí. Carla observó el bloque con detenimiento, y después miró hacia el charco de sangre.

—¿Qué edificio es este? —preguntó.

Blasco miró hacia la mole de piedra.

—Es la escuela de música. No hace muchos años que la construyeron.

Entonces, Carla señaló a los ventanales.

—¿Puede ser que alguien viera algo desde alguno de ellos? ¿Alguien que pernocte en la escuela?

Lorente carraspeó mientras estiraba su columna.

—No, imposible. Ya hemos preguntado. La escuela se cerró a las nueve de la noche y nadie duerme ahí. Al menos eso es lo que nos han asegurado.

—¿Nadie? ¿No hay vigilante de seguridad ni nada?

Blasco enarcó las cejas y levantó las manos.

—Carla, en estos edificios los vigilantes se van a casa cuando cierran. Nadie roba nada en Vadealobos, salvo en los supermercados, y, quizá, a algún turista demasiado confiado. Ya lo sabes. Ni siquiera haría falta poner rejas en ventanas como esas.

—Ya, entiendo.

Claro que lo entendía. Su compañero no estaba falto de razón. En el tiempo que llevaba por allí, había acudido a más incidencias por riñas que por hurtos. El pueblo era uno de esos lugares con cierto aroma a antaño, donde se podían dejar las puertas de las casas abiertas y las llaves puestas en los coches porque no había riesgo de que uno u otro faltara. En la práctica, nadie hacía eso, claro, pero por la lógica de aquellos lares, si lo hicieran no pasaría nada.

La agente giró en redondo y volvió a observar el coche donde permanecía sentado Javier en busca de algún cambio en su postura.

Desde la distancia apenas podía reconocer sus rasgos, pero albergaba la esperanza de ver cómo algún nervio rebelde le hacía torcer el gesto. Sin embargo, este seguía contemplando la escena con la misma expresión pasmada con la que lo había dejado. Después, miró de nuevo hacia el edificio, a sus esquinas, y musitó algo por lo bajo. Viró entonces hacia Lorente y volvió a alzar la vista.

—¿Cámaras?

El guardia agitó su cabeza, sorprendido, sin entender muy bien la pregunta.

—¿Cómo?

—Qué si hay cámaras. ¿La escuela tiene alguna cámara de seguridad que apunte a la calle?

El hombre negó con la cabeza.

—¡Qué va! No tiene ninguna cámara. Hay pocas cámaras en el pueblo, más allá de las que tenemos en las carreteras y en el ayuntamiento.

—Vaya —se lamentó Carla chasqueando la lengua.

Blasco, consciente de que los baches de la investigación parecían ofrecer más abismos que verdes prados, metió las manos en sus bolsillos y resopló con crudeza.

—Bueno. No va a ser fácil. No podemos dar nada por sentado, ni tampoco podemos descartar ninguna hipótesis. Mientras no aparezca Rafael, y no tengamos los resultados de los análisis, esta sangre puede ser de cualquiera. Lorente, seguid buscando por la zona. Preguntad a todo el mundo a ver si alguien lo ha visto. Aún es muy temprano. Si está durmiendo la borrachera, puede que esté tirado en alguna esquina o…, no sé… Mirad también en la iglesia, a ver si está dentro; no sería la primera vez.

El guardia se llevó una mano a la gorra que portaba y se cuadró. Después, se acercó a los otros agentes que permanecían en la zona y les trasladó las peticiones de su superior. Estos marcharon hacia los coches, y Lorente cogió su radio y se la acercó a los labios. Mientras, la cabo Ibáñez parecía seguir perdida en sus propios pensamientos, mirando a ambos lados de la calle, al edificio, al árbol, a sus ramas, sus hojas y al cielo mismo. Ese caso parecía que podía ser otra cosa, uno de esos por los que se había metido en la profesión, y una leve excitación espabiló sus instintos…, pero también podía ser tan solo una coincidencia vacía. Podían recibir de improviso alguna llamada que indicara que habían encontrado a Rafael durmiendo en algún banco, que la sangre de la vereda pertenecía a algún perro herido, y que ese caso que parecía iluminar su despertar no era más que una ilusión.

Tan ensimismada estaba en sus fantasías, que no se dio cuenta de que Blasco ya se dirigía hacia el coche. Este, al ver que su compañera

no se movía, se dio la vuelta y alzó la voz.

—Carla, vamos a llevar a Izaguirre al cuartel. Lo interrogamos a ver si le sacamos algo más, aunque me huelo que no sabe nada.

La cabo cabeceó y movió sus pies en dirección al coche.

—A veces los sabuesos se equivocan con el olor del hueso, y este no está donde parece —dijo ella.

—¿Qué hueso? —preguntó él, extrañado.

—Ya sabes, el hueso.

—No, no lo sé.

—¡Bah!, —añadió con desdén ella agitando una mano—. Es igual.

Blasco se encogió de hombros y observó a su compañera.

—No sé qué es lo que os enseñan ahora a los jóvenes en la academia, pero a veces no entiendo de qué cojones habláis.

Carla sonrió entre dientes. A veces solía utilizar unas metáforas para describir sus pensamientos que solo tenían sentido en su cabeza, pero era cuando veía a su superior contraer el rostro cuando comprendía que igual no tenían que haber salido de su boca.

Entraron ambos en el coche, e Ibáñez miró de soslayo a Javier. Este no abría la boca, pero miraba a los agentes como miraría un perro apaleado al verdugo que sostiene la vara. Había miedo en esos ojos, pero no podía diferenciar si ese temor era el propio del culpable que ha sido descubierto o del inocente que ve cernirse una injusticia. Eso lo descubriría pronto. Depende de lo que aquella lengua quisiera contar.

7

—¿Otra vez?

Javier estaba nervioso, mucho, y que le volvieran a preguntar por lo mismo no hacía más que acrecentar esa irritabilidad. Ya desde esa misma mañana, cuando los agentes se presentaron en el hotel con su nombre y apellido en los labios, el hombre había notado cómo su templanza se había ido agrietando a pasos agigantados. Presenciar lo que había presenciado desde el coche había saturado su desánimo, pese a no entender bien de qué se trataba, pero acabar en las dependencias de la Guardia Civil, sentado en una mesa de interrogatorio con dos agentes mirándole con ojos desdeñosos y escupiéndole palabras acusatorias, era algo que le estaba destrozando. Él tan solo era un apasionado al senderismo que se había alojado en Vadealobos en busca de parajes de montaña, pero ahora lo único que tenía claro es que todas sus decisiones de la noche anterior habían sido un cúmulo de despropósitos: había ido a la taberna equivocada y había hablado con la persona equivocada. Nada más. Esa era su pena; ese era su castigo.

—Sí, señor Izaguirre, cuéntenoslo otra vez, por favor —inquirió con cierta dureza el teniente Blasco—. Desde el principio.

Javier se rebulló en el asiento, incómodo, y miró al oficial, para después desviar su vista hacia la cabo en busca de unos ojos menos belicosos… que no pudo hallar.

—Ya se lo he dicho. Fui a la taberna a cenar algo. Ese hombre del que hablan, y que les juro que no conozco de nada, se dirigió a mí. Noté de inmediato que estaba bebido, pero no quise ser descortés. Me invitó a un chupito y se fue a sentar detrás de mí. El barman le puede confirmar todo esto. Se lo juro.

Blasco suspiró con gravedad y desvió la mirada un instante. Al poco, volvió a mirar al hombre.

—¿Y de qué hablaron?

Javier tomó aire y trató de espabilar los recuerdos que permanecían dormidos en su cabeza. La tensión puede llegar a ser férrea en su cruzada contra la cordura, y la mente del hombre no parecía regir con toda claridad. Entrecerró los ojos y se llevó los dedos a las sienes, confuso.

—No… No me acuerdo bien. No le presté demasiada atención. El hombre no vocalizaba mucho, y su voz era áspera.

—Inténtelo, señor Izaguirre —insistió ahora Carla.

El montañero miró de reojo a la agente, y después perdió su vista en el blanquecino techo del cuarto. Allí, entre las estrías reblandecidas

de la pintura que cubría el hormigón, Javier creyó encontrarse con los retazos de decenas de otras miradas perdidas de condenados que buscaron en ese mismo techo, antes que él, las palabras adecuadas que les libraran de las rejas. Allí debían estar. Allí debía descubrirlas.

—Pues…. Me preguntó si era forastero y que si me gustaban las piedras… No sé, decía cosas extrañas. A ratos hablaba conmigo, y otros parecía hacerlo solo.

Ambos agentes se miraron. Carla observó a su compañero buscando un gesto que le aclarara si lo que decía ese hombre le convencía o no. Ella no tenía muy localizado a Rafael Dimas, pero era evidente que el teniente sí que lo conocía bien. Sin embargo, el rictus de Blasco permaneció imperturbable.

—¿Dijo o hizo algo que llamara su atención? —preguntó de repente Blasco.

Javier se encogió de hombros.

—Todo era raro en ese hombre, agentes.

—Ya.

Se hizo un instante de silencio. Los dos guardias musitaban por lo bajo sus recelos sin separar la vista del interrogado en busca de flaquezas, y esas flaquezas estaban ahí, pero no eran por la culpa, sino por el desasosiego, por el miedo. Javier tenía tanto temor dentro que parecía que iba a explotar.

Entonces, Carla se irguió sobre su asiento y miró de nuevo al hombre.

—¿Y dice que cuando se marchó lo vio en la calle?

—Sí, sí —balbució el hombre—. Lo vi allí apoyado en una columna. Esperé dentro de la taberna a que se fuera, y cuando salí me lo encontré allí, pero no le dije nada. Me fui en dirección contraria, hacia el hotel, y no sé qué pasó con él.

Carla miró de reojo a su compañero y suspiró. El interrogado había contado ya varias veces esa historia, y en todas había repetido idénticas palabras. Su instinto profesional, en ese caso, estaba batallando en una disyuntiva que no le permitía dejarse llevar por lo que presentía cierto. Por un lado, como buena agente, no podía dar un cien por cien de credibilidad a una declaración como esa por muy repetitiva que fuera. No eran pocos los que se habían librado de la cárcel por ser especialmente solventes defendiendo una coartada inventada, pero, por otro lado, sus sensaciones eran que ese hombre decía la verdad. A la inmensa mayoría de aquellas personas a las que había interrogado en su vida las había cogido en algún renuncio, por tenue que fuera, que le había mostrado las cartas que ocultaban bajo la mesa, pero solo a los realmente inocentes los había presentido como tales… y en ese caso estaba prácticamente segura de que era así. Sin embargo, en un trabajo como el suyo, caminar con pies de plomo era

toda una obligación.

Blasco, por su parte, mascullaba pensamientos tenebrosos que no verbalizaba. Él ya era veterano y sabía bien de qué iba el negocio. Conocía el pueblo y a sus gentes como a la palma de su mano, y sabía bien que un caso como aquel, en tierras tranquilas, podía asustar a muchos. Tenía claro cómo eran los habitantes de Vadealobos. Conocía a Rafael del mismo modo que conocía al tabernero, al cartero o al panadero, pero no conocía a ese extraño que había aparecido en el pueblo justo la misma noche en que Rafael había desaparecido. Para él, eso era demasiada coincidencia… y no creía en ellas. Sin embargo, como también le pasaba a su compañera, algo en el semblante de ese hombre le convencía de que decía la verdad. Algo mitigaba su desconfianza. Al poco, ante la lengua apagada de los agentes, el ánimo de Javier vaciló en sus entrañas.

—¿Me pueden decir, por favor, qué está ocurriendo? ¿Qué ha pasado con ese hombre?

Carla volvió a mirar a Blasco, pero ante el silencio de este, tomó la palabra.

—Rafael Dimas está ahora mismo desaparecido. Tan solo estamos intentando dar con su paradero, y usted es la última persona que lo vio.

—¿Desaparecido? —tartamudeó Javier, nervioso—. ¿Y creen que yo he tenido algo que ver?

—No hemos dicho eso —afirmó entonces Carla alzando una mano para sosegar al hombre—. Solo le estamos haciendo unas preguntas rutinarias que espero que comprenda. Es el protocolo.

El hombre miró a ambos agentes y respiró con dificultad. Estaba alterado, pero comprendía bien que, si de verdad él era la última persona que había visto al desaparecido, era lógico que lo interrogaran, pero también pensó en que ser el último lo convertía, con ciertas razones, en sospechoso, y eso le hizo estremecer.

—Sí, lo entiendo, pero les juro que no le hice nada a ese hombre. Yo no sé dónde está.

—No lo ponemos en duda, señor Izaguirre, pero todo lo que pueda recordar de esa noche nos puede ser de mucha ayuda para encontrarle, de modo que le pedimos, por favor, que colabore.

Por un instante, Javier pensó en montar en cólera y silenciar su lengua. Aunque directamente no lo estaban señalando, a sus espaldas quedaba claro que lo estaban tratando como a un sospechoso, y eso le hacía hervir la sangre. Él no había hecho nada, así que sintió el arrebato irreprimible de levantarse de su silla y mandarles al infierno…, pero se contuvo. Pensó con calma y bajó la vista. A veces, los actos impulsados por la ira de un inocente al que se le acusa pueden acabar por retratarle como culpable. A veces, perder las

formas quitan la razón… y, quizá, con ello, también la libertad. No, Javier no quería eso. Él sabía que su conciencia estaba limpia, y quería que siguiera igual, así que iba a colaborar, por supuesto, pero no quería continuar allí sentado. No en esa silla. No en ese cuarto.

—¿Estoy detenido? —preguntó de repente.

Los dos agentes se miraron. Entonces, el teniente ladeó la cabeza.

—No. No lo está.

—De acuerdo. Pues si no les importa, me gustaría volver al hotel.

Blasco suspiró y se levantó de su silla. Carla y Javier hicieron lo mismo.

—Muy bien, puede volver a su hotel, pero no se puede ir del pueblo porque volveremos a necesitarle.

—¿Cómo? —preguntó alzando las cejas el hombre—. Yo solo había venido aquí para pasar un par de días. Tengo que viajar a…

—Señor Izaguirre —intervino Carla—. Mientras la investigación esté en curso, debe permanecer en el pueblo. Seguramente todo esto se esclarezca en las próximas horas, pero hasta entonces es imprescindible que esté localizable.

Javier se agitó unos instantes y abrió los brazos.

—El hotel en el que estoy hospedado es caro. Yo no puedo pagar más noches.

Blasco levantó entonces una mano para apaciguarle.

—No se preocupe usted por eso. Llamaré al dueño del hotel y no tendrá que abonar el resto de su estancia. Puede marcharse.

Javier, con más dudas que certidumbres en su cabeza, miró a ambos guardias y, después, a la puerta de salida de la habitación. Blasco se adelantó para abrirla, y Javier salió al exterior. Sin embargo, antes de marcharse, el hombre sintió de repente cómo un chispazo iluminaba su memoria, y se giró en redondo.

—Ahora que recuerdo, no sé si les valdrá de algo porque para mí no tiene ningún sentido, pero al despedirse de mí, ese hombre me dio la bienvenida a *Las trece casas*. No sé a qué se refería ni por qué dijo eso. Tampoco le di importancia. No sé.

Carla, al oír eso, frunció el ceño incapaz de comprender qué estaba diciendo. Entonces miró a Blasco, y una alerta restalló de golpe en su cabeza. Había sido solo un instante. Un destello tan apagado que parecía no haber resplandecido. Un leve gesto, tan rápido como un parpadeo acelerado, que aullaba secretos que parecían desterrados. Carla no podría ni siquiera aseverar que lo vio, pero estaba casi segura de que era cierto. Ella no había oído nunca hablar de *Las trece casas*, pero creyó entrever que Blasco, sí. Él sabía algo o, al menos, conocía aquellas palabras. Algo había ahí.

Javier se dio la vuelta y se dirigió a la salida mientras ambos oficiales lo observaban, aunque la atención de Carla parecía más

orientada a su compañero que al sospechoso. Al poco, tras perder de vista a Izaguirre, la cabo Ibáñez se giró hacia el veterano agente.

—Le creo —confesó.

Blasco la observó con cierto reparo, pero, al momento, desvió la vista.

—Yo también, y eso me incomoda.

Carla agitó la cabeza consciente de que ambos estaban en la misma tesitura.

—Siento lo mismo. Temo que caigamos en su trampa…, pero es que lo mismo no la hay.

—Ya. Hasta que no tengamos los resultados del laboratorio no podemos hacer más que seguir buscando. Puede que todo esto acabe en una absurda confusión, no lo sé. Ese puñetero Rafael…

Carla guardó silencio, pero al momento volvió a tomar la palabra.

—¿Deberíamos avisar a Comandancia? Igual hay que ampliar el radio de búsqueda y…

—No —terció Blasco levantando una mano—. Aún es pronto. Esperemos que pasen las veinticuatro horas pertinentes y, si no aparece, avisamos.

El protocolo era el protocolo. Carla sabía que debía transcurrir al menos un día para dar por desaparecida a una persona, y que actuar como pretendía, antes de ese tiempo, podía dar pie a embarazosas reprimendas. Pero en el semblante de Blasco adivinaba algo más; algo que no decía; algo que no compartía. Cuando Izaguirre nombró *Las trece casas*, su compañero contrajo el rostro con levedad, pero lo hizo. Ella no estaba familiarizada con esas casas, pero algo había en ellas, de modo que no pudo evitar inmiscuirse.

—¿Qué son *Las trece casas*?

—¿Qué? —preguntó Blasco, que parecía haber despertado de repente de un profundo sueño.

—*Las trece casas*. Lo que acaba de decir Izaguirre. Nunca lo había escuchado.

Blasco se encogió de hombros y torció el gesto, pensativo.

—Desvaríos de borracho. Cosas de hace muchos años que solo tienen importancia en los cuentos de los viejos. Algo absurdo.

—Ya, vale.

Pero no valía. Esa no era respuesta suficiente como para apaciguar un alma escéptica. Eran palabras huecas que igual podían esconder secretos como también podían contar la verdad. Ella no tenía razones para dudar de su superior, pues fácilmente podía estar equivocada. En los pueblos hay leyendas que se agigantan o menguan según las lenguas que lo recuerden, y a veces esas mismas lenguas convierten en mitos historias que no valen ni una moneda. Pero ella dudaba, y no le gustaban las incertidumbres. Pensó en insistir y buscó en su cabeza las

preguntas adecuadas. Debía asaltar ese caso con tacto si no quería que…

—¡Me cago en la puta!

La exclamación de Blasco cogió tan desprevenida a Carla que no pudo evitar dar un respingo. Miró a su compañero con los ojos abiertos de par en par, pero este no la correspondía. En su lugar, el teniente miraba hacia delante, hacia unas mesas situadas cerca de la entrada del cuartel, donde un guardia conversaba con un hombre de anchas espaldas y barriga prominente. Tenía el cabello ralo y grisáceo, y amplias arrugas alrededor de unos labios cuya expresión anunciaba malas pulgas y lengua viperina. Su edad no distaba mucho de la del propio Blasco, y sus hechuras mostraban altanería y costumbre de mando. Carla lo miró, y reconoció de inmediato a Lorenzo Marín, un acaudalado empresario con funciones de presidente de la asociación de hostelería y turismo de Vadealobos. Sabía quién era. Ya lo había visto otras veces, y también le había tocado en alguna ocasión olfatear el mismo aire viciado que expulsaba ese hombre cada vez que vociferaba. Tenía carácter y era huraño, tosco, hasta ofensivo. Era una mala pieza.

Blasco dejó de atender a su compañera y se acercó al hombre, al tiempo que el guardia que lo había recibido abandonaba la escena con una expresión de sincero alivio.

—Buenos días, Lorenzo —saludó.

—Hola, Joaquín —respondió el otro sin demasiada cortesía en el tono.

—¿Qué haces aquí?

Blasco hablaba con tensión y prudencia. Marín era del pueblo como él, de modo que se conocían de antaño, aunque Carla no podía descifrar en sus gestos si su relación había sido cercana o distante. Ambos se miraban con cierta dureza, con margen. Ella no podía escuchar sus voces, pero en sus mandíbulas apretadas podía atisbar tensiones.

—He oído cosas y estoy preocupado, Joaquín —dijo Lorenzo bajando la voz.

—¿Qué es lo que has oído?

El empresario suspiró un instante y miró de refilón hacia un lado como para asegurarse de que nadie los escuchaba.

—Pues he oído que el borracho de Rafael ha desaparecido.

Blasco, entonces, resopló incómodo.

—Bueno, aún es pronto para decir eso. Lo estamos buscando.

—Ya, pero también he oído que habéis encontrado un charco de sangre junto a la escuela de música.

Ahora el teniente chasqueó la lengua visiblemente disgustado. Ese dato no debería haber circulado más allá de los efectivos del cuerpo

que habían contemplado la escena, pero las fauces de Marín eran inmensas y sus colmillos estaban afilados. Pocas cosas se escapaban del conocimiento de ese hombre en Vadealobos. Allí, en el pueblo, Marín mandaba más de lo que debería gracias a su puesto como presidente, pero menos de lo que le gustaría a un tipo como él, con sus ademanes de mafioso rural.

—Igual te han exagerado las cosas —afirmó Blasco.

—No lo creo. ¿Qué ha hecho ahora ese capullo de Rafael?

El teniente arrugó de nuevo los labios, molesto por el tono del hombre.

—Ya te he dicho que lo estamos buscando, pero nada más.

—¡Joder, Joaquín!

Al oír esto, el agente dio un paso adelante mirando con intensidad y nervio a Marín mientras tensaba sus mandíbulas.

—No vuelvas a levantarme la voz, Lorenzo.

Este, en lugar de achantarse ante la iracunda mirada del oficial, sonrió con levedad y guiñó un ojo.

—Tranquilo, Joaquín, tranquilo. Verás, te lo voy a explicar bien por si no lo recuerdas. Sabes que estamos a las puertas de las vacaciones de verano, ¿verdad?, y que Vadealobos está preparada para recibir a muchos turistas. Y como sabes eso, también sabes que algo como esto: un desaparecido, un charco de sangre… —describió mientras soltaba un bufido—, es de todo menos buena prensa, y no nos podemos permitir un incidente de ese tipo, ni de ningún otro, en estas fechas. ¿Entiendes?

Blasco resopló con los puños apretados, y se mordió los labios mientras aguantaba la mirada del hombre.

—Márchate, Lorenzo. Aquí no tienes nada que hacer.

Marín dio un paso atrás y levantó las manos, conciliador.

—Muy bien, de acuerdo. Pero más te vale encontrar a Rafael y acabar con todo esto pronto y en silencio. Hemos invertido mucho dinero en este verano. Los hoteles están llenos, los restaurantes prevenidos… Joaquín, ningún padre traerá aquí a sus hijos si hay sangre en las calles y desaparece gente, así que, arréglalo.

Marín vocalizó esta última palabra inundando cada letra con un pestilente halo de furia. Blasco acusó el golpe, y aunque tenía razones para haber detenido a ese hombre en ese momento por su desconsideración, sabía que a la larga eso le podía traer más problemas que placeres, de modo que siguió sin despegar sus labios mientras observaba cómo el empresario abandonaba el edificio. Después, puso sus brazos en jarra, relajó un poco la expresión y mordió el aire, encolerizado. Carla, que había esperado a que el hombre se marchara, se acercó a su teniente y miró hacia la calle, hacia la sombra que se alejaba. Entonces, sin ni siquiera girar la

cabeza, moderó su tono de voz y eligió las palabras adecuadas que no alimentaran la marejada.

—¿Problemas?

Blasco soltó el aire con crudeza.

—Ese hombre siempre trae problemas.

Carla no dijo nada, porque no había nada que decir. Ella apenas había tratado con ese tipo más que en algún evento oficial, pero ya en esos pequeños momentos había atisbado en él motivaciones ocultas tras sus malos modos. Era uno de esos caballos rabiosos que nadie quiere montar. Uno de esos que muerde cuando le das de comer. Entonces, Blasco se giró en redondo y se dirigió hacia su mesa.

—Vamos. A ver si encontramos de una puta vez a ese viejo.

8

Había estado toda la tarde dando vueltas por el pueblo sin que nada ni nadie le pusiera sobre la pista de su marido.

Blanca estaba desesperada, casi rozando la desquicia. Pese a que el guardia le había dicho que se quedara en casa, ella no había podido hacerlo más que unas horas. Sus nervios no estaban dispuestos a esperar. Su cordura, tampoco, aunque a veces dudaba de que aún hubiera algún retazo de esta en su cabeza. Eran tantos los que habían dudado de su sensatez durante los últimos años, que incluso ella misma había llegado a pensar que estaba loca.

Pero no era eso.

Blanca no confiaba en nadie, salvo en Rafael y en Tito. Algo en su cabeza, como una voz apagada, le contaba historias acerca de felonías y vilezas de las que ellos eran víctimas y no verdugos. No, Blanca no era ninguna lunática, sino que había aprendido a vivir con reparos y suspicacias. Lo único era que, los demás, todos aquellos vecinos que la miraban por encima del hombro, no la entendían. Eran todos unos idiotas.

La mujer, con los ojos hundidos por la falta de descanso y las lágrimas vertidas, caminaba por las empedradas calles agudizando la vista en busca de una figura que se asemejara a su Rafael. Vestía con descuido ropas desgastadas por el uso, y su corto y enmarañado cabello encanado ondeaba a la suave brisa de la noche que ya había caído sobre el pueblo. La luz de las farolas iluminaba las aceras, pero su intensidad era del todo insuficiente como para reconocer algún rostro familiar. La mirada de Blanca, castigada por los años y varias molestas dioptrías, bregaba por enfocar lo que no podía ver con claridad.

Pero ella no renunciaba.

Sabía que la Guardia Civil seguía buscando a su marido. De eso no dudaba. Conocía demasiado al teniente Joaquín Blasco como para ni siquiera pensar que este pudiera haberse tomado a la ligera la desaparición de su marido. Sabía de primera mano que el agente y Rafael tenían una relación más cercana que la de un guardia con el vecindario que protege, de modo que en él, si bien no confiaba del todo, sí que lo hacía lo suficiente. Pero, a pesar de ello, a esas horas de la noche ella seguía sin noticias. Rafael no había vuelto a casa ni daba señales de vida, y eso, para una mujer como ella, mal agüero resultaba. Lo tenía claro: algo le habían hecho. ¡Esos hijos de puta algo le habían hecho!

—¿Habéis visto a mí Rafael? —rogó Blanca, con voz temblorosa, a

una pareja que bajaba la calle. Estos, que parecían no conocerla, la miraron con distancia, como quien se encuentra con un lunático—. Él es mayor, bajito, el pelo muy corto y….

Pero no continuó con la descripción. La pareja negó con prisas y siguió camino adelante. Sin duda, ellos no debían tener ni idea de quién era ese Rafael que la mujer buscaba con tanto ahínco, y los nervios mostrados por esta al requerirles su ayuda, estaba claro que los habían espantado. No eran los primeros que le eran esquivos, ni tampoco serían los últimos. Durante toda la tarde, y esa noche ya entrada, eran al menos una decena las personas que habían huido de ella. Otros casos en los que Blanca, ya fuera porque los conocía o por haber dado con gente piadosa, había recibido mayor atención, tampoco le habían supuesto un aumento de sus esperanzas: nadie había visto a Rafael; nadie sabía que había sido de él.

La mujer siguió caminando hacia la Plaza Mayor de Vadealobos sin apenas levantar la cabeza más que para echar alguna ojeada furtiva. La oscuridad caía a plomo, y con esa penumbra era imposible seguir con la búsqueda. Aunque su corazón le empujaba a continuar, su cabeza y sus piernas le rogaban por volver a casa. La mujer comenzó a cruzar a grandes zancadas la hermosa plaza. De forma cuadrada, eran decenas los arcos de piedra gris ennegrecida por el tiempo que daban paso a los amplios soportales que albergaban los restaurantes, bares y pequeñas tiendas que germinaban por doquier ese espacio. Los edificios de cuatro alturas, construidos de la misma piedra común de la zona, dotaban a la plaza de un aura medieval que solía hacer las delicias de los turistas. Esa plaza era quizá uno de los mayores reclamos del pueblo, sobre todo por la imponente estatua que destacaba espléndida en mitad de esta. Como quedaba impreso en el propio nombre del pueblo, sobre un pedestal de piedra pulido a conciencia, cuatro lobos esculpidos con maestría y grandiosidad sobre el mismo material estiraban su figura y alzaban la cabeza con orgullo mirando sobre los tejados de Vadealobos, como si ellos mismos fueran los dueños de todo lo que les rodeaba. Sus patas y sus torsos eran musculosos, y en sus fauces cerradas podía adivinarse la tensión de afilados colmillos dispuestos a la dentellada. Blanca, al pasar junto a ellos, alzó la cabeza, pero al poco volvió a bajarla. En su mente, esos lobos representaban a aquellos que le habían robado el último sustento que le ataba a la vida: a su marido.

Un ligero murmullo, como un latigazo del viento, llegó difuso hasta sus oídos, y se detuvo.

Blanca no pudo reconocer las voces, porque eran dos, ni tampoco había distinguido palabra alguna, pero un grito ahogado y acallado con premura había llamado su atención. Tras la estatua de los lobos, bajo los soportales que había delante de una tienda con el cierre

echado, dos sombras conversaban con el ánimo encendido, dando bruscos aspavientos. Blanca miró hacia ellas y trató de enfocar la vista, pero entre la propia noche, y la oscuridad que había bajo los arcos, apenas fue capaz tan solo de vislumbrar dos figuras sin rostro ni expresión.

Sin embargo, un estremecimiento la hizo tambalear.

No podía verles la cara, ni tampoco podía afirmar identidades que no divisaba, pero algo en sus formas varoniles y rudas iluminó un recuerdo nítido: los conocía. Sabía quiénes eran esas dos sombras que habían sosegado su discusión al reparar en su presencia. Porque ellos también la habían reconocido, y ante ella era mejor callar.

Por un instante, la mujer no supo qué hacer. Por un lado, sintió el deseo de correr hacia ellos y exigirles por su marido, pero otra parte de ella, una más asustadiza y coherente, la conminó a volver a bajar la cabeza y seguir adelante. Si le habían hecho algo a Rafael, ella, mayor, debilitada y con las manos arrugadas y casi inútiles por culpa de la artrosis, no les duraría ni un suspiro. El miedo la invadió y sus piernas comenzaron a temblar. Las sombras, sin abandonar su tenebrosa pose, siguieron mirándola sin apenas parpadear. Ellos también dudaban si dar un paso adelante o no. El tiempo se heló como lo hacen las cumbres de las montañas en invierno. El viento sosegó su impulso, la luna cerró los ojos y la noche se hizo ausente.

Conteniendo la respiración mientras se sujetaba una mano con la otra, Blanca bajó la frente, ladeó su cuerpo y dio un paso detrás de otro, primero con titubeo, pero después con urgencia, y abandonó la plaza dejando que las dos sombras se perdieran en la oscuridad. Estas no se movieron ni volvieron a levantar la voz. Que esa mujer, precisamente esa, los hubiera visto discutir con fiereza en mitad de la noche, no era algo bueno. Los errores cometidos pueden hacer que las heridas supuren con más ansia, y ellos no querían desangrarse más de lo hecho ya. Esa sangre que manchaba la piedra no debía ser suya. Esa, no.

9

Veinticuatro horas.

Ya había pasado el suficiente tiempo como para asegurar que Rafael Dimas era un desaparecido. Quizá, incluso eso era demasiado. En todas esas horas, quien se marcha por propia voluntad sin decir a su gente que quiere largarse, puede andar ya muy lejos, pero si ese desaparecido lo hace contra su voluntad, tanto tiempo puede ser proclive a noticias funestas.

Y de Rafael no había noticia alguna.

Cuando Carla llegó con su vehículo al pie del bosque que circundaba el pueblo, Blasco ya llevaba un par de horas con los párpados abiertos y su atención volcada en los campos y las montañas. Desde muy temprano, a la primera luz del alba, el veterano agente había organizado partidas de búsqueda por los senderos tratando de localizar alguna pista que diera con el paradero del hombre. Un equipo de guardias civiles, así como un nutrido grupo de voluntarios del pueblo, habían salido a rastrear los parajes tras no hallar nada en su recorrido por las calles de Vadealobos. Más allá de la sangre encontrada en la vereda, y que hasta ese momento no era más que una sospecha, no tenían ni una sola pista viable que seguir. Era como si a Rafael se lo hubiera tragado la tierra. No lo habían encontrado durmiendo en ningún banco ni tirado en alguna esquina. Parecía que el hombre no había dado con sus huesos en ninguno de los hoteles, ni tampoco había amanecido en ninguna de las casas abandonadas del pueblo. Nadie lo había visto; nadie sabía de él. El único clavo ardiente al que podían agarrarse era ese hombre que lo vio por última vez al salir de la taberna, pero los interrogatorios a los que lo habían expuesto les habían dejado claro que ese tipo no parecía ocultar nada bajo la transparencia de sus declaraciones. Por supuesto, como era propio de la profesión, no podían dar por seguro todo cuanto creyeran, pues el Diablo sabe bien cómo jugar faroles para parecer santo, pero tanto la cabo Ibáñez como el teniente Blasco habían sentido lo mismo, y, ante ello, la certeza de sus instintos raro era que errasen en demasía.

Carla aparcó junto a los otros vehículos de la Guardia Civil, se bajó del coche y caminó hacia los agentes que estaban reunidos en un claro al poco de entrar en el bosque. Afianzó la goma que sujetaba su cabello en una alta coleta y se puso una chaqueta de entretiempo para protegerse de la humedad de la mañana. Allí, Blasco la vio llegar de refilón, dio un par de órdenes vagas y los agentes se movieron para cumplirlas con celeridad.

—Es temprano —susurró Carla mirando hacia el bosque mientras se detenía a su altura.

—O tarde. Eso ya lo veremos.

La cabo suspiró con ligereza.

—¿Habéis encontrado algo?

Blasco negó con rotundidad y miró hacia el suelo con desazón. Carla lo observó de reojo y percibió cierta congoja en su gesto. La sombría intuición que sintió al principio acerca de la relación entre el teniente y el desaparecido, se afianzó entonces hasta convertirse en certeza. Ese detalle confirmó sus augurios. En la búsqueda de ese hombre, había algo personal.

—Ya están avisados en Comandancia, ¿no? —preguntó ella.

—Sí. Nos han enviado hombres y están comprobando las cámaras de las carreteras por si ha salido del pueblo.

—De acuerdo. —Y entonces Carla titubeó—. Lo de la sangre, ¿también lo saben?

Blasco torció el gesto y miró a su compañera.

—Sí, también, pero les he dicho que por ahora no hay nada seguro. Que estamos pendientes del laboratorio.

—Vale. ¿Y qué te han dicho ellos?

—Pues eso, que nos mandarían ayuda, y que, hasta no saber más, lo vamos a tratar como un caso de desaparición común, pero que si la sangre es de Rafael…

El teniente silenció su lengua, mordiéndose nervioso los labios. Carla volvió a mirar al bosque y soltó el aire con brusquedad.

—Vamos, que quieren que atajemos esto antes de que los de arriba se alteren.

Blasco afirmó con un tenue gesto, confirmando cada una de las palabras que acababa de pronunciar su compañera. Entonces, suspiró y se encogió de hombros, murmurando casi más para sí mismo que para la cabo.

—¿Dónde se habrá metido ese condenado viejo?

Pero Carla no contestó, aunque tampoco era pregunta para ella. Estaba cansada porque la noche anterior le había costado conciliar el sueño. Siempre le pasaba. Cuando tenía un caso entre manos, su cabeza no dejaba de dar vueltas buscando pistas imaginarias y hallando verdades que solo toman vida en su mente. Durante gran parte de la madrugada había estado elucubrando suposiciones que bien podían convertirse en humo si al final resultaba que la sangre era de algún perro herido y no de ese hombre, pero hasta que no confirmaran una cosa u otra, teorizar líneas de tiempo sobre lo sucedido era algo que no podía evitar. Para ella, la visita a la vereda había sido demasiado ligera. Estaba convencida de que allí se habían dejado algo sin revisar; que algo se les había escapado. Era muy

extraño que un hombre desapareciera en la nada y no hubiera mayor rastro que el encontrado. Algo en su interior le empujaba a volver allí a mirar de nuevo bajo los árboles, bajo las fachadas y bajo las piedras si era preciso. Tenía que hacerlo.

—Teniente, creo que deberíamos volver a la vereda. Quiero echar otro vistazo. ¿Vienes?

Blasco le miró un instante, y después miró a la montaña. Quizá fuera posible que el cuerpo de Rafael estuviera tirado en algún rincón entre los árboles, pero hasta que no lo hallaran, era posible que esa búsqueda resultara una inutilidad, de modo que afirmó con un leve gesto, hizo una seña a un guardia para pedirle que le mantuviera informado y se giró sobre sí mismo para ir hacia los coches.

—Vamos —respondió—. A ver si encontramos algo.

No tardaron mucho en llegar. Las distancias en Vadealobos eran recogidas, y aunque el tráfico a esa hora de la mañana, con la gente dirigiéndose a sus puestos de trabajo, era más denso de lo común, este no tenía nada que ver con los grandes atascos de la gran ciudad.

Los agentes se detuvieron junto a la fachada de la escuela de música, que a esa hora había comenzado a encender sus luces, y caminaron hasta el árbol bajo el que habían encontrado la sangre. Esta ya estaba reseca y oscurecida, pero permanecía allí como un turbio recuerdo. La cabo Ibáñez observó la mancha y, al instante, alzó la vista. Ya había estudiado la zona la mañana anterior y nada parecía haber cambiado. Miró en dirección a la ruta que llevaba a la taberna, bajando la calle, y torció el gesto: ya habían investigado ese camino y no habían encontrado lagunas en él. Entonces miró arriba, al final de la vereda, que un centenar de metros más adelante curvaba su camino hacia la derecha, hacia una carretera serpenteada por árboles a un lado y una pronunciada loma cubierta de vegetación al otro. Allí, justo antes de la curva, vislumbró una calle que se abría al lado izquierdo. Sin decir nada, Carla encaminó sus pasos en esa dirección. Blasco, al ver a su compañera alejarse, la siguió. Poco a poco, ese camino se fue abriendo a su vista. Era una calle sin peatonalizar, cuya carretera se cegaba justo antes de salir a la vereda. Estaba situada en una cuesta pronunciada junto a una hilera de edificios de cuatro alturas con locales comerciales en los bajos. A un lado de la carretera, una ristra de coches permanecían aparcados en perfecto orden, mientras el otro lado, con una gruesa línea amarilla pintada junto al bordillo, mostraba el desocupado aspecto de toda zona donde está prohibido el estacionamiento. Carla observó las tiendas y musitó por lo bajo. Allí había una mercería, un par de bares, una panadería, una tienda de repuestos informáticos… Nada fuera de lo normal; nada fuera de lo común…

Pero entonces lo vio.

Eso es lo que estaba buscando. Sí, eso era. Tenía que haber algo ahí.

Blasco, situado a su espalda, también miraba la calle, pero a diferencia de ella, él no tenía claro lo que estaba viendo. Se acercó más a Carla y puso sus manos en jarra.

—¿Qué estamos mirando?

La cabo, al escuchar al teniente, dio un paso atrás y miró a su izquierda, hacia el árbol y la sangre, y después volvió a mirar a las tiendas.

—¿Crees que Rafael pudo pasar por aquí?

Blasco torció el gesto y miró hacia arriba. Entonces, se encogió de hombros.

—Por poder… Puede, pero su casa está hacia el otro lado.

—Ya, pero es posible, ¿no?

—Claro que lo es, pero también es posible que no pasara del lugar donde encontramos la sangre. Ni siquiera sabemos si Rafael estuvo en la vereda. ¡Joder, no sabemos nada!

Carla se giró hacia su superior y vislumbró cómo un rictus desesperado se apropiaba de su expresión. Parecía que lo llevaran los demonios. Pero ella ahora estaba pensando en otra cosa. Dentro de su teoría, sí que era factible que ese hombre hubiera pasado por allí. O él, o quien fuera que se lo llevara. Era solo una opción, una alternativa que podía ser tan viable como ser tan solo un cuento, pero llegados a ese punto toda posibilidad sumaba.

Blasco, con cierta urgencia en el ánimo, miró de nuevo a la cabo y alzó las palmas de las manos.

—Carla, ¿me puedes decir qué estamos mirando?

Esta se giró hacia el hombre y agitó la cabeza.

—Bien. Supongamos que, como nos han contado, Rafael salió de la taberna y subió por la vereda. Según parece, lo hizo solo, pero no sabemos si se encontró con alguien por el camino. Está la sangre y la orina, pero aún no podemos certificar que sea suya. Está bien, no tenemos mucho en que apoyarnos. La taberna no tiene cámara de seguridad en el exterior. La escuela de música, tampoco, así que estamos ciegos. La única opción es que pasara por aquí.

Blasco ladeó la cabeza, reflexionando sobre lo que ella relataba, pero sin terminar de encontrarle el sentido.

—Es una posibilidad, sí —contestó—, pero nada lo confirma. Ya preguntamos por aquí, pero nadie lo vio. No parece que pasara.

—Ya, lo sé, nadie sabe nada, pero igual hay algo que sí lo ha visto.

—¿Algo? ¿Algo cómo qué?

—Algo como eso.

Y entonces, la cabo señaló a un lado de la calle con tanta firmeza

que Blasco, al observar la pulida uña de ese dedo, no reconoció atisbo alguno de duda en él. Siguió la dirección que indicaba y… también lo vio. Allí, apenas en el tercer local, junto a la línea de coches aparcados, se levantaba la fachada de una de las dependencias de la Caja de Ahorros de Vadealobos, el pequeño banco de la localidad. Era un establecimiento pequeño a pie de calle, que tenía sus puertas abiertas y luz en su interior, pero no eran esas puertas lo que señalaba Carla, sino más arriba, sobre el letrero que en grandes letras anunciaba el nombre del banco. Allí, cableada y con su frontal dirigido calle abajo, una cámara de seguridad se erguía solemne bajo las ventanas de la vivienda del primer piso. Blasco la miró y murmuró por lo bajo.

—¿Crees que esa cámara pudo grabar algo?

Carla tomó aire con brusquedad y chasqueó la lengua.

—Ni idea, pero teniendo tan poco como tenemos, no perdemos nada por comprobarlo.

10

Javier había amanecido temprano, aunque siendo fiel a la verdad, cabía más decir que se le había hecho de día. No había dormido bien. Es difícil conciliar el sueño cuando a uno lo asalta la Guardia Civil con graves sospechas, y más aún cuando se es totalmente inocente.

Y Javier lo era, de eso no tenía duda.

Es cierto que, a veces, cuando los dedos te señalan con ahínco, uno puede llegar a dudar de que esa inocencia de la que se jacta, realmente no es tal, y que quizá se ha cometido un crimen que ni siquiera se recuerda. Da por pensar que la mente juega contigo, que te esconde la realidad, y entonces, solo entonces, algo en tu interior te ahoga en una profunda vacilación que te hace desconfiar de ti mismo, de tu pasado, de tu presente y de tu futuro. Dejas de ser quién eres para convertirte en quien te dicen que eres. Una sombra, un recuerdo, la nada.

Pero no.

El senderista tenía muy claro que él era Javier Izaguirre: un tipo que amaba la montaña y no le haría daño a una mosca. Un hombre íntegro, educado y… amable. ¡Joder, eso era! Había sido demasiado amable. En lugar de ignorar la conversación que demandaba aquel borracho, había preferido ser cordial, y eso le había llevado a acabar siendo interrogado como si fuera un criminal. ¡Maldita sea la simpatía! Si alguien volvía a dirigirle la palabra en algún momento, tardaría un santiamén en mandarle a la mierda. Estaba decidido. Se había acabado eso de ser amable.

—Precioso jardín, ¿no cree?

Una voz rasgada y serena le habló desde un costado, y a Javier le faltó tiempo para olvidar el juramento mental que acababa de hacer.

—¿Qué? —preguntó, confuso, y miró a su derecha sin soltar la taza de café que sujetaba entre las manos. Esa mañana se había sentado en la terraza exterior de la cafetería del hotel para desayunar. No había querido comer nada, de modo que se había puesto un café bien cargado y había salido fuera para no tener que confraternizar con nadie. A esas alturas de la película no sabía si su retención por la Guardia Civil había trascendido, y no quería que ninguna mirada incriminatoria lo persiguiera. Ahí fuera, solo estaban él y el precioso jardín que ahora contempló con mayor curiosidad—. Ah, sí, sí. Es precioso. Y está muy bien cuidado.

A su lado, un hombre entrado en años, con el pelo muy corto, barba espesa y el rostro surcado por un millar de arrugas tostadas por el sol, sonrió tenuemente y levantó una mano en la que portaba una

tijera de podar.

—Vaya. Gracias por lo que me toca.

Javier lo miró y comprendió que ese hombre debía ser precisamente el jardinero. Vestía ropas típicas de la profesión. Sus manos, de dedos rudos, estaban plagadas de callos. En la mano libre llevaba una bolsa de la que sobresalían los tallos cortados de los rosales y restos también de orquídeas, violetas, azaleas y otras flores que no pudo reconocer. El jardín, sobre un manto de impoluto verdor, poseía jardineras distribuidas en varios de sus extremos, especialmente dispuestas con coloridas flores y arbustos perfilados. Se notaba que la mano que las tallaba lo hacía con destreza. Con cariño, se atrevería a asegurar. Quien lo cuidaba lo hacía a conciencia, y esa persona debía ser ese hombre, por supuesto.

—Hace usted un gran trabajo con él.

El hombre calló un instante y se sentó en una silla cercana a Javier. Este, que prefería estar en soledad, observó con disgusto cómo el jardinero se acomodaba y apretó los dientes. Pensó en ser arisco para quitárselo de encima, pero él no era así. Javier era un tipo cercano, de esos que siempre dan los buenos días, y de los que siempre contesta a quienes le dirigen la palabra, aunque a veces eso lo empujara al interior de oscuros agujeros.

Javier carraspeó, incómodo. El operario no se movió un ápice mientras permanecía con la mirada perdida en el horizonte, pero él sabía que no atendía a las nubes que esbozaban formas difusas en el cielo. Sabía, de seguro, que solo le prestaba atención a él. Ese hombre no hablaba, pero sus labios se fruncían con palabras enlazadas que no terminaban de fluir. Quería decirle algo, pero parecía no atreverse, o quizá estaba buscando el momento adecuado. Por eso, cuando le hizo esa pregunta, Javier se sorprendió más por el contenido de la misma que por la propia voz. Iba directo al grano, sin medias tintas ni frases edulcoradas. Iba directo a la herida.

—Es usted, ¿verdad?

Javier se azoró en su asiento.

—¿Cómo?

—Sí, es usted. Es el hombre al que vino a buscar la Guardia Civil, por lo de Rafael.

—Disculpe, creo que se equivoca —trató de mentirle el montañero para desembarazarse de una situación que comenzaba a insinuarse tormentosa.

El viejo soltó una breve risotada.

—No se preocupe, señor Izaguirre, no voy a juzgarle. Sé que usted no tiene nada que ver con lo que le ha pasado a Rafael.

Javier miró de reojo al hombre con recelo, pero también con asombro. Ese tipo parecía saber cosas que él mismo desconocía.

Hablaba resuelto, como si estuviera en posesión de una verdad absoluta. El viejo, ante la expresión estupefacta de Javier, continuó con otra pregunta que hizo que su interlocutor diera un respingo.

—Ni siquiera llegó a ver la sangre, ¿verdad?

—¿La sangre? ¿De qué sangre me habla?

El hombre miró a Javier y enarcó las cejas, extrañado.

—¿No se lo han dicho? Hay que ver cómo es esta gente de la Guardia Civil, todo se lo callan. La sangre, sí. Cuando le llevaron en coche hasta la vereda, lo que investigaban allí era un charco de sangre que encontraron bajo los árboles.

Un escalofrío recorrió de golpe el cuerpo de Javier de los pies a la cabeza. A él lo habían interrogado por una desaparición, nada más. Si había sangre, entonces la historia se complicaba. Eso tornaba todo en locura. En una jodida demencia en la que lo querían incriminar, y que ni siquiera comprendía.

—Espere, espere. A mí me han hablado de una desaparición, no de nada que tenga que ver con esa… sangre —hasta pronunciarlo le costaba—. ¡Joder! Solo hablé con ese hombre por educación. ¡Le juro que yo no le he hecho nada!

El viejo, mirándole de costado sin apenas pestañear, alzó la callosa palma de su mano y esbozó una suave sonrisa.

—Tranquilo, señor Izaguirre, ya le he dicho que sé que usted no tiene nada que ver. Verá, este pueblo no es tan grande como para que no nos conozcamos la mayoría. Rafael era dado a hablar con forasteros más que con sus propios vecinos. Era huraño y confiaba en muy pocos, pero prefería hablar con extraños para contarles historias que aquí, en Vadealobos, ya importan muy poco. Historias que murieron en el tiempo. Cosas que se llevaron las tormentas.

Nervioso y con cierta angustia aferrada a su estómago, Javier dejó la taza de café sobre la mesa incapaz de tomar un trago más. Lo que le estaba contando ese hombre trastocaba de todas las formas posibles las teorías que había alimentado en su mente desde que los guardias vinieron a buscarle. Ahora todo tomaba unos tintes faraónicos, brutales. El pozo que se abría ante él era oscuro y profundo, tanto que si lanzaba una piedra dentro, tardaría milenios en oírla estamparse contra las aguas… si las había. Observó al hombre y trató de adivinar sus secretos entrecerrando los ojos. Había una cosa le había llamado la atención en aquellas últimas palabras: ese viejo hablaba de Rafael en pasado, como si ya no existiera. Eso no tenía sentido, a menos que… Javier agitó su cabeza y tomó aire. Entonces, abrió los labios. Quería saber más. Necesitaba saber más.

—¿Cree usted que ese hombre está muerto?

El jardinero suspiró unos instantes con calma, como meditando una respuesta certera.

—No lo sé, no tengo ni idea, pero siento un regusto extraño en el paladar. No sé si será por el café que he tomado esta mañana, similar a ese suyo, o porque hay algo amargo en el ambiente.

Javier se agitó aún más, y la urgencia le hizo temblar.

—¿Habla usted de un presentimiento? ¿De una corazonada? ¡Venga ya! Hay algo que no quiere contarme, ¿verdad?

El viejo se removió en su asiento.

—Yo solo le digo que ha tenido usted mala suerte. Habló con la persona equivocada, nada más, pero eso ya lo sabe. Todo lo que rodea a la desaparición de Rafael no va con usted, pero la Guardia Civil sospecha, claro. Y quizá a otros les interese que sea así… De modo que ándese con ojo y cubra sus espaldas. Es un consejo.

—¿Cómo? ¿Qué me cubra las espaldas? —balbució Javier visiblemente alterado—. ¿Cubrirme de qué? Oiga, señor, le ruego que me diga qué cojones está pasando en todo este asunto, porque estoy a punto de volverme loco. Yo solo pasaba por el pueblo de visita. No conozco a nadie y no sé quién es ese hombre. Yo…

El jardinero trató de apaciguar su ánimo alzando las manos.

—Lo sé, lo sé. Usted no se preocupe por nada. Ya le digo que sé que es inocente, y la Guardia Civil también lo sabe, pero mientras no encuentren más pistas que seguir, usted es lo único que tienen. Dígales la verdad, colabore, y todo irá bien.

Aunque aquellas palabras recitadas con toda calma sonaban conciliadoras, algo en sus consejos resonó con tintes graves en la cabeza de Javier. Que un extraño se sentara junto a él, contándole cosas que no debería saber y pidiéndole colaboración, para Javier resultaba tan sospechoso como si un criminal le pusiera una pistola en la cabeza mientras le sonreía diciéndole que todo iba bien. El montañero, en ese momento, sintió cómo sus tripas se rebullían en su interior, y cómo la congoja aprisionaba su garganta. Temor, pánico… miedo. Lo que sentía era miedo. Entonces, se armó de todo el valor que pudo encontrar en los rincones más ocultos de sus entrañas y tartamudeó entre dientes.

—¿Está usted amenazándome?

De golpe, el gesto del viejo se transformó por la sorpresa, y sus ojos se abrieron de par en par ante la impresión que parecía haber dejado en aquel hombre al que realmente trataba de tranquilizar.

—No, no, por Dios, señor Izaguirre, ni mucho menos. Si le he dado esa sensación, ruego que me disculpe. No me distingo por tener un tacto muy desarrollado al hablar, pero le aseguro que no soy su enemigo. Al contrario. Igual usted no me cree, pero en todo esto, ahora mismo soy el único que está de su lado.

Ese cambio de tono, y esas palabras sencillas y honestas, borraron de un plumazo la congoja en la mirada de Javier. Algo en esa actitud

había calmado el torbellino que inundaba su cuerpo. Le creía. Creía aquellas letras atadas con templanza. Al fin y al cabo, el hombre le había contado cosas que la Guardia Civil le había ocultado. De algún modo le estaba ofreciendo opciones para que pudiera defenderse en igualdad de oportunidades. Le estaba abriendo los ojos.

—Entonces… ¿Ha venido usted a ayudarme?

—Bueno… Ayudarse lo hará perfectamente usted solo, pero considero que lo justo es que pueda hacerlo con todas las cartas boca arriba, ¿no cree?

Javier resopló y miró al viejo con intensidad, con duda.

—¿Y por qué lo hace?

El jardinero, entonces, se giró sobre su asiento, se frotó una mano contra la otra mientras suspiraba profundamente y perdió la mirada en el horizonte.

—¿Sabe usted de dónde viene el nombre de Vadealobos? ¿No? Pues escuche. Hace muchos, muchísimos años, cuando aquí no había más que pastos y árboles, este terreno formaba parte de un camino que llevaba desde la meseta hasta las ricas y frondosas tierras del norte. Muchos tomaban ese camino en busca de riquezas y un lugar donde asentarse, y debían pasar por aquí, pero este era un trecho complicado, no era fácil de cruzar. ¿Sabe por qué? Pues por ellos, por los lobos. Esta zona estaba plagada de lobos. Los más osados, los que se creían intocables, ignoraron el peligro y se introdujeron a través de las montañas por nuestros valles y nuestras lomas… pero muchos no llegaron al otro lado. Los lobos son animales territoriales, y son muy fieros defendiendo lo suyo… y saciando su hambre. Muchos fueron despedazados por su bocado, de modo que los más cautos, los que valoraban más la vida, optaron por vadear esta tierra. Tardaban varios días más en llegar a su destino, pero lo lograban. Desde entonces, a este tramo del camino se le conoció como Vadealobos. Con el tiempo, los lobos desaparecieron de aquí y se levantaron las primeras aldeas, pero el nombre se quedó. Es una gran historia, ¿verdad? —añadió el viejo mirando de soslayo al hombre—. Y se preguntará, ¿por qué este viejo carca me cuenta esto ahora? Pues verá, se lo digo porque puede que aquellos lobos se marcharan hace años, pero aún quedan algunos por aquí de los que resguardarse. Caminan erguidos, hablan e incluso sonríen…, pero son lobos. Cuídese de ellos.

Entonces, el viejo se agachó para coger las tijeras y la bolsa que antes había dejado en el suelo, y se puso en pie con un ahogado gruñido de dolor entre los labios, dispuesto a marcharse. Javier, que había escuchado atentamente el consejo, se puso igualmente de pie y miró al hombre con aún muchas preguntas sin responder en la cabeza, pero consciente de que ninguna de ellas iba a ser saciada. Aun así, soltó unas palabras al aire que de inmediato llamaron la atención del

jardinero.

—*Las trece casas* —aulló.

El viejo, al oírlo, frenó en seco y ladeó la cabeza para mirar al hombre.

—¿Qué sabe usted de eso? —preguntó el jardinero, suspicaz.

—Nada, ese es el problema. Las nombró Rafael. Se lo dije a la Guardia Civil, y al hacerlo noté que algo pasaba con ello. He buscado por internet, pero no he encontrado nada. ¿Qué son *Las trece casas*? ¿Usted lo sabe?

El operario miró al hombre mientras meditaba con gravedad, y se mordió los labios. *Las trece casas* era casi un tema tabú en Vadealobos. Era una de esas historias que se han olvidado. Recuerdos perdidos. Palabras acalladas. Cosas que solo nombran los ancianos con demasiadas batallas que contar… o los borrachos con la lengua demasiado suelta. El jardinero vaciló un instante y miró a los ojos a Javier.

—Busque más información sobre eso, señor Izaguirre, pero busque bien.

El viejo se dio la vuelta y se marchó de camino a sus rosales. Javier se quedó quieto observando su partida, y notó cómo los nervios le hacían desfallecer. Se sentó de nuevo en su silla y caviló tantas cosas que creyó que su cabeza iba a explotar. Algo había en esas trece casas que todos parecían conocer, pero fingían haber olvidado. Tenía que saber de qué iba todo. Era eso o dejarse devorar por la incertidumbre y el miedo. Ya ni siquiera sabía si su vida dependía de ello. Era todo una locura.

11

—¿Tenemos algo?

—Aún no.

Y no lo tenían. Carla llevaba ya un buen rato visionando las cintas que le habían proporcionado desde el banco, pero todavía no había visto nada que llamara su atención. El espacio de tiempo en el que podía haber ocurrido algo era amplio, de modo que debía ser muy cautelosa al acelerar la grabación en busca de una imagen donde se viera a Rafael atravesando la calle… si es que la había. Blasco, que se había acercado a la mesa de su compañera para conocer sus avances, se inclinó sobre la pantalla y frunció el ceño.

—No se ve mucho.

—Lo sé —admitió Carla—. Ya nos avisaron los del banco. La cámara está enfocada hacia la puerta de entrada del local, y si se ve algo de fondo es solo por casualidad. Tenemos suerte de que se distinga un poco el final de la calle. La imagen es buena, pero el plano es muy limitado. No sé si tendremos suerte.

—Es difícil —afirmó Blasco volviendo a erguir su columna mientras soltaba un quejido—. Esperemos que haya algo.

—Esperemos.

Pero él no confiaba mucho. El ángulo no era bueno como para reconocer figura alguna con total nitidez. Además, si Rafael, o quien fuera, entraba en esa calle por la acera opuesta, su presencia sería del todo indetectable para la cámara. Cierto era que no tenían muchas más bazas que jugar, pero esa suponía una centésima parte de la más pequeña de las esperanzas.

En una mesa cercana, Lorente también miraba la pantalla de su ordenador con las pupilas fijas en la imagen. Para agilizar el trabajo, Carla había hecho una copia de las cintas y le había pedido al guardia que las echara un vistazo desde un tramo de tiempo más avanzado y diferente al suyo. Este no había levantado la vista del ordenador mientras sujetaba con firmeza el ratón con el que controlaba la velocidad del vídeo, pero tampoco había abierto la boca con buenas noticias en su búsqueda. Hasta ese momento, en los vídeos no habían hallado más que noche y quietud. Nada más.

Carla pulsó el botón de pausa y se echó para atrás en su silla mientras se restregaba sus cansados ojos verdes. Por fortuna, aún era joven, y la viveza de su mirada le ayudaba a localizar cosas que a otros se les escapaban, pero a veces era mejor tomar un descanso para poder recuperar el resuello que obcecarse en una persecución que te puede llevar al vacío. Bajó las manos y miró al teniente. Blasco

permanecía en silencio, pensativo, con una mano bajo la barbilla y tocándose con mesura el labio superior con el dedo índice. Carla lo observó bien y reconoció en su gesto cierta inquietud. Se había jurado a sí misma que no se entrometería donde creía que no debía entrometerse, pero había promesas que cuando se hacía a sí misma, lo hacía con los dedos de las manos cruzados a la espalda, como adelantándose a la traición. Era una coraza que ella levantaba sobre su propia conciencia. Se conocía demasiado como para confiar en sus propios actos. Los controlaba, pero solía darles cierta rienda suelta. Eso, hasta ahora, siempre le había funcionado, de modo que lamió sus labios para humedecer su boca y verbalizó lo que guardaba dentro.

—Le conoces, ¿verdad?

Al principio, Blasco no pareció haber escuchado a su compañera, pero un instante después, como si la voz le hubiera llegado con retraso, este se giró hacia ella y entrecerró los ojos.

—¿Qué?

—A Rafael Dimas. Le conoces, ¿no?

El teniente observó a Carla con un gesto de extrañeza.

—Ya te dije que sí. Muchos lo conocemos del pueblo.

—No, no, no me refiero a eso. Le conoces de antes, ¿verdad? Sois amigos.

Blasco dudó. Aunque durante ese tiempo había tratado de ser comedido para que la realidad no saliera a flote, era evidente que ante una compañera tan avispada como esa, sus dotes como actor habían quedado al descubierto. Por un momento pensó en negar la mayor, pero en los ojos de Carla vislumbró que ella no iba a tragar con cualquier burda mentira. Tocaba morderse la lengua y contar lo que ocultaba. A fin de cuentas, ella trabajaba con él, y ambos remaban en la misma dirección.

—Fuimos amigos de jóvenes.

Carla cabeceó con satisfacción al cerciorarse de que sus pesquisas eran acertadas.

—¿Y ahora?

—Bueno, hace tiempo que nos distanciamos. Seguimos siendo amigos, pero ya no es lo que era.

—¿Alguna discusión? —indagó la cabo, que incluso en una charla amigable no podía evitar que aflorara de ella una pequeña parte de su alma investigadora.

—No, qué va. El tiempo. Fue por los años. Cada vez teníamos menos cosas en común, y eso, a veces, hace que la gente pierda el contacto. Además, el carácter de Rafael cambió. Se alejó. Cada vez bebía más y, bueno, ya no era lo mismo.

—Vaya, lo siento. ¿Hacía mucho que no hablabas con él?

—No demasiado. Es cierto que no pasábamos tiempo juntos, pero

viviendo en el pueblo no llegas a desconectarte del todo. Además, no han sido pocas las veces que he tenido que llevarle a casa de lo borracho que estaba. Siempre que acababa así, a mí era al único agente al que permitía que le tocara. No es mal hombre Rafael, pero la jodida bebida lo estaba matando. Una pena.

Blasco detuvo su discurso y Carla lo miró con cierta compasión. Aunque fuera cierto que ya no se relacionaban como antes, se podía sentir a la legua que su desaparición era especialmente dolorosa para el teniente, por eso se estaba volcando tanto en el caso: era comprensible.

—Y a su mujer, ¿tienes trato con ella?

—¿Con Blanca? También poco. La conozco, claro, de hecho estuve en su boda, pero cuando perdí el contacto con Rafael, también lo perdí con ella. El trastorno de su marido la afectó y se convirtió en una mujer poco fiable, incluso paranoica. Siempre está pensado que alguien va tras ellos. A veces se comporta de un modo algo errático. Los dos son buenas personas con muy mala cabeza. No te creas todo lo que le escuches decir, su imaginación llega a ser muy perturbadora.

—Entiendo.

Y entendía. Ya cuando la vio entrar en el puesto la mañana después de la desaparición de Rafael, intuyó en sus formas, y en el desequilibrio de su lengua, que la mujer no regía con claridad. Evidentemente, el nerviosismo es una sensación virtuosa en convertir en loco a cuerdos, pero en Blanca había atisbado algo más intenso que la propia desazón. Algo más interno, más neuronal.

—¡Teniente! —gritó de improviso Lorente —. Creo que tengo algo.

Ambos agentes se levantaron y corrieron a ver qué era eso que el guardia veía en pantalla. Allí estaba la misma imagen de la cámara de seguridad que había estado viendo Carla, pero, en esta ocasión, la grabación estaba congelada. Lorente había detenido la imagen a propósito, y al llegar estos a su mesa volvió a activar el vídeo.

Durante unos segundos, no pareció que ocurriera nada. Era el mismo dibujo oscuro e inmóvil que habían estado visualizando. A los pocos segundos, Blasco sintió que su paciencia mermaba.

—¿Qué es lo que has visto?

—Un momento, teniente —imploró Lorente tratando de apaciguar su turbación—. Ahora mismo lo veréis.

Y lo vieron.

Fue apenas un momento, quizá demasiado exiguo como para asegurar que lo que habían observado era lo que parecía. Durante un instante, una sombra cruzó a alta velocidad la vereda. En el plano de la cámara, que no abarcaba todo el espacio de la calle, esa sombra ni siquiera se podía ver en toda su longitud, pero al menos era suficiente como para reconocer su silueta.

—¿Eso era un coche? —preguntó Carla, confusa.

—Sí, es un coche —contestó satisfecho el guardia—. Es un coche subiendo por una vereda por donde se supone que no pueden subir los coches.

—Vale, pero apenas se ve bien. ¿Puedes ponerlo a cámara lenta?

—Sí, claro.

A cámara lenta se podía ver algo más. Al contemplar las imágenes, todos pudieron confirmar que, efectivamente, eso era un coche. El color negro de su carrocería lo mimetizaba un poco con la noche, pero varias de las farolas que iluminaban esas calles alumbraron lo suficiente al vehículo como para hacerlo razonablemente identificable. Carla ladeó la cabeza y entrecerró los ojos buscando que sus pupilas gozaran de una imagen con mayor nitidez.

—Parece el logo de Seat.

Sus compañeros callaron unos instantes. Entonces, Lorente detuvo el vídeo, rebobinó la cinta apenas unas milésimas de segundo y suspiró con suficiencia.

—Es que es un Seat. Un Seat León, para ser más exactos.

—¿Estás seguro? —preguntó Blasco.

—Sí, sí, seguro. Es un Seat León. Ese frontal es muy reconocible. Lo sé porque mi hermano tuvo uno de esos muchos años. Pero no es de los nuevos, ese es antiguo: de principios del dos mil. Los de ahora son distintos.

—Vale, de acuerdo —reflexionó en alto Blasco—. Tenemos un Seat León que pasó por la vereda la misma noche que desapareció Rafael, pero eso no prueba nada.

—Me dijisteis que no pueden circular los coches por ahí —intercedió de repente Carla.

—Y no pueden, pero que esté prohibido no quiere decir que no haya algún capullo que lo haga. Iba rápido, igual quería acortar camino para llegar a la carretera principal…

—… O puede que lo hiciera porque estaba huyendo —terció de nuevo Carla—. Tenemos que valorar todas las posibilidades.

—Por supuesto —admitió Blasco—. Lorente, ¿sobre qué hora ocurrió eso?

El guardia dirigió su vista a la parte superior del vídeo, donde un temporizador iba señalando la hora de grabación.

—Según esto, eran las tres y diecisiete de la madrugada.

Carla afirmó con la cabeza, pensativa.

—Puede cuadrar —dijo.

—Puede —repitió Blasco—. ¿Ahí algo más que se vea? ¿La matrícula? ¿Algún golpe en la carrocería? ¿Lo que sea?

Lorente se inclinó sobre la pantalla y ladeó un tanto su cabeza. Después, sujetó con firmeza el ratón y pulsó sobre el botón derecho.

—Golpes no parece que tenga, aunque siendo negro, y con esa luz, tampoco se distingue bien. Pero si amplío un poco la imagen, pese a que se emborrona…, creo que parte de la matrícula se puede leer.

—¿En serio? —preguntó Blasco, esperanzado—. ¿Qué reconoces?

Lorente entrecerró los ojos hasta que unas marcadas arrugas atravesaron su frente de parte a parte.

—A ver… Las letras son: D, F… No, esperad, eso no es una F, eso es una… H. Es una H. Tenemos D, H y una… —Ahora balanceó de nuevo su cabeza, pero hacia el otro lado—. S. La tercera es una S. DHS son las letras, y los números… eh… vaya. Los dos primeros no los puedo ver, está muy oscuro, pero los dos últimos… Sí, los dos últimos son el 7 y el 9. De modo que tenemos 79DHS. No puedo ver más.

Blasco afirmó con la cabeza y Carla resopló con satisfacción. Tenían la mayor parte de la matrícula de un coche que estaba donde no debía en la noche que no debía. Por supuesto, esa pista podía ser tan solo humo, uno de esos que se pierde en la brisa, pero menos era nada. Debían investigar cada piedra fuera de lugar, cada rama partida… y cada coche perdido.

—Muy bien. Lorente, buscad un Seat León de principios del dos mil que coincida con lo que tenemos de esa matrícula —ordenó Blasco —. Quiero también que miréis las cámaras de vigilancia de carreteras, a ver si damos con él. Puede que saliera del pueblo si iba con prisas. Es urgente. Vamos.

—Enseguida.

Lorente se levantó de su mesa como un resorte y se acercó a otra donde varios guardias conversaban con documentos en las manos. Carla y Blasco dieron media vuelta y se dirigieron a sus mesas mientras cavilaban opciones que no podían ignorar. Durante unos minutos, que se hicieron eternos, ambos permanecieron sentados en sus sillas sin dirigirse la palabra, trasteando sobre las pantallas de sus ordenadores en busca de pistas plausibles para un caso que no las tenía. Las cuadrillas de búsqueda habían estado todo el día rastreando hasta el último arbusto en busca de Rafael, pero ninguno de ellos había encontrado la más mínima huella que les hiciera albergar unas esperanzas que parecían vanas. Al menos para Joaquín. Era mucho tiempo desaparecido, y para un hombre como Rafael, con sus achaques y sus debilidades, quizá demasiado. No tener nada de donde rascar es algo que puede sacar de quicio hasta al agente más brillante, sobre todo cuando el reloj corre en contra y sus manillas marchan al doble de velocidad.

De repente, un guardia se acercó a la mesa del teniente y le tendió una carpeta cerrada. Carla, al verle llegar, alzó la vista y miró con inquietud cómo su compañero abría la carpeta y ojeaba los papeles que había dentro. Blasco se llevó un dedo a los labios, en un gesto que

Carla le había visto hacer decenas de veces antes cuando algo le preocupaba, y la cabo lo miró a los ojos. Las pupilas de Blasco se balanceaban de un lado a otro del papel siguiendo los trazos de las frases dibujadas. De pronto, estas se detuvieron en seco, y en ellas, Carla, conteniendo el aire para poder fijar aún más su atención, reconoció el tintineo brillante y húmedo de quien ha leído algo que nunca hubiera querido leer. Sus párpados retemblaron un instante y sus dedos apretaron el papel. Ahí escrito había letras funestas y oscuras. Letras dolorosas. Letras crueles.

—¿Qué pone ahí? —preguntó Carla sin apenas levantar la voz.

Blasco resopló, y en ese detalle también liberó parte de sus nervios contraídos.

—Son los resultados del laboratorio. De la sangre de la vereda.

—¿Y? —insistió ella ante el distante gesto del teniente.

Blasco volvió a resoplar.

—La coincidencia es total, no hay duda. La sangre es de Rafael.

Se hizo el silencio.

El ánimo de Blasco se había ensombrecido de inmediato, y Carla no sabía cómo incidir en sus pesquisas sin que eso afectara a su compañero. Cuando un agente se implica personalmente en un asunto de ese tipo, la dimensión de este puede hacer que la bola de nieve crezca hasta límites insospechados. En casos así, es común que ese agente sea sustituido por otro para no perjudicar las investigaciones, pero en Vadealobos no iban precisamente sueltos de recursos, y menos de la capacidad del veterano teniente.

—Eso cambia las cosas —murmuró Carla casi más para sí que para su compañero.

—Lo cambia todo —añadió Blasco—. Esto ya no es solo un caso de desaparición, hay mucho más.

—Ya. Ahora lo del coche de la vereda puede ser importante.

—Sí, puede serlo. Y tiene que serlo, porque si no lo es, la cosa se va a complicar. Y hay gente a la que no le va a gustar. Intereses, ya sabes. Hay mucho dinero invertido para este verano. Si en Madrid ven que no nos hacemos con esto y nos mandan a los de la UCO, saldremos en los jodidos telediarios y nos darán a todos por el culo. Tenemos que encontrar a Rafael como sea. ¡Joder! —bramó ahora casi entre dientes—. Tenemos que hacerlo.

Como si hubiera estado escuchando esas urgencias, Lorente llegó hasta sus mesas con un papel en la mano, disimulando la media sonrisa propia de alguien emocionado por un trabajo bien hecho.

—Lo tenemos.

Blasco, aún cabizbajo, alzó la cara con los ojos muy abiertos y se levantó de su silla.

—¿Lo has encontrado?

—Creo que sí. Metí la matrícula en la base de datos y claro, con todo lo que teníamos, me salió una lista muy reducida. De todos los vehículos de esa marca, modelo y color de principios de siglo, coincidentes con la matrícula apenas han salido tres referencias. De ellos, dos hace tiempo que están criando malvas en algún desguace, pero el tercero aún está matriculado.

Carla se levantó de su silla, tomó la hoja de papel que le tendía Lorente y leyó en voz alta.

—Seat León negro del 2005. Matrícula 9579DHS. Aquí hay un nombre: Emilio José Sánchez, de Madrid. ¿Madrid? ¿Y qué pinta ese coche aquí? Eso está demasiado lejos. ¿Has conseguido contactar con él?

Lorente cabeceó afirmativamente.

—Lo he hecho. He hablado con él y me ha confirmado que ese coche era suyo, pero que ya no lo tiene.

Carla y Blasco se miraron de reojo.

—¿Crees que ha mentido? —indagó Carla.

—No lo creo. Parecía un buen tipo. Me ha enviado los documentos de venta y todo parece legal.

—¿Entonces?

—Eso es lo mejor —dijo Lorente hinchando el pecho de orgullo—. Quien aparece como comprador del vehículo es Eusebio Garrido, el dueño del taller Daytona.

Carla miró a Lorente, pero este tan solo fijaba su vista en Blasco. El teniente se mordía los labios mientras soltaba el aire con prudencia. Por un instante pareció que el tiempo se detenía.

—¿Y dónde está ese taller? —preguntó entonces la cabo con el ardor de la impaciencia golpeándola entre las sienes.

—Pues está aquí —afirmó Blasco con gravedad—. Está en Vadealobos.

12

El taller Daytona rendía honores en su logo a la mítica carrera de la que heredaba ese nombre. Para Eusebio Garrido, su dueño, vestir su negocio de aquel emblemático certamen que le enamoraba desde niño, era casi una obligación. Las 500 millas de Daytona era una de las más importantes citas automovilísticas de la Nascar, la gran competición estadounidense de carreras en circuitos ovales. En ella, decenas de turismos modificados con potentes motores, bajo llamativas y aerodinámicas carrocerías repletas de colores y pegatinas, daban vueltas al recinto a altas velocidades, buscando los laureles de una victoria que estampara su nombre en el altar de la historia. Eusebio, desde la distancia de su pueblo leonés, siempre se las había ingeniado para estar al tanto de la misma, aunque no fue hasta febrero del año 2001 que no pudo presenciarla en directo. Tras pasarse un año entero ahorrando, el joven Eusebio tomó un avión hasta Florida y plantó su culo en aquellas míticas gradas para que sus ojos contemplaran en vivo lo que siempre habían visto a través de una pantalla o en las vistosas fotos de alguna vieja revista. Ese era el viaje de su vida, aunque la desdicha quisiera grabar en su memoria la silueta de una tragedia que nunca hubiera querido vivir. Allí, justo en esa carrera, en la última curva de la última vuelta, Eusebio contempló con sus propios ojos como el Chevrolet Monte Carlo número 3 de Dale Earnhardt Sr., impactaba contra un muro a una velocidad endiablada. Al principio, pensó que había sido un accidente menor, algo común en ese tipo de carreras, pero cuando una vez fuera del estadio se enteró de que el piloto había fallecido, el mundo se le cayó encima. Su ídolo, el tipo que le había hecho amar los coches, había muerto. Aún con la congoja aferrada a su garganta, Eusebio se subió a un avión de vuelta a casa, y en ese mismo viaje su mente dibujó en el aire los esbozos del nombre y el emblema del taller que quería montar en el futuro: se llamaría Daytona, y su logo serían los trazos difusos de un Chevrolet de color negro con el número 3 pintado en el lateral. Y así fue. El taller Daytona hacía casi quince años que había abierto sus puertas en el polígono industrial de Vadealobos.

Pero ni Carla ni Blasco conocían esa historia.

Para ellos ese solo era un taller como cualquier otro, con coches aparcados por todas partes esperando un arreglo y mecánicos afanosos con los dedos llenos de grasa. Los dos agentes se bajaron de su coche y entraron en el taller. Allí, varios muchachos trabajaban inclinados sobre el motor de un Mercedes, mientras otro iba de un lado a otro con un neumático en las manos. Blasco se quitó las gafas de sol y

barrió el espacio con la mirada. Él no había tratado nunca con el dueño del taller, pero lo conocía de vista, como a casi todo el pueblo. De repente, un tipo vestido con un mono azul tiznado con manchas negras por todas partes salió de un cuarto cerrado con unos papeles en las manos. Era un hombre de alta estatura y brazos fuertes. Se notaba en los pliegues de su frente que pasaba la cincuentena, pero en sus formas se atisbaba más gracilidad de la que se esperaba a esas edades. Blasco lo miró, y reconoció en él al hombre que buscaba. Eusebio, al ver a ambos agentes en la puerta, se detuvo, esbozó una tenue sonrisa y se acercó a ellos.

—Hola, buenas. ¿En qué puedo ayudarles?

—Buenos días —se adelantó Joaquín mientras se identificaba—. Soy el teniente Blasco y ella es la cabo Ibáñez, de la Guardia Civil. ¿Es usted el dueño del taller?

Eusebio, al cerciorarse de la identidad de sus interlocutores, mudó ligeramente el gesto y abrió mucho los ojos. Él no tenía nada que esconder, pero no estaba acostumbrado a recibir en su local a agentes de la ley, y menos como en el caso de esos dos, que le miraban con gravedad y silencios.

—Sí, soy yo. ¿Qué desean?

—Pues verá. Estamos buscando un vehículo que creemos que es de su propiedad.

El hombre torció el gesto.

—Muy bien. ¿Y qué coche es?

Carla, entonces, sacó un papel de su bolsillo, lo abrió y leyó en voz alta.

—Buscamos un Seat León negro del 2005 con matrícula 9579DHS.

Eusebio se acarició la rala barba de su perilla y miró al techo, pensativo.

—¿Del 2005? Pues no sé bien qué decirle, no me suena mucho esa matrícula.

—Hemos hablado con el antiguo dueño y nos ha corroborado que se lo vendió a usted.

—¿Sí? —vaciló el mecánico, inseguro—. Es posible, sí. Verán, aquí, además de arreglar coches, a veces compramos modelos antiguos que están en desuso. Si están bien y tienen mercado, los rehabilitamos y customizamos, y si no, los desguazamos para utilizar sus piezas.

—¿Y le suena haber adquirido algún Seat León antiguo? —insistió Blasco.

—Pues… Sí, sí me suena. Ese fue un coche que se vendió mucho en su época, y aún hay nostálgicos que lo quieren. Tenemos una nave cerca de aquí donde solemos guardarlos, pero creo recordar que debemos tener como dos o tres de esos.

—Bien, perfecto —dijo el teniente—. ¿Tiene uno negro con esa

matrícula?

—Puede ser. Tendría que buscar la documentación en mi despacho. ¿Ha pasado algo con él?

Entonces, Blasco miró de soslayo a su compañera, dudoso de si abrir la boca o no, pero fue esta quien tomó la palabra.

—Estamos inmersos en una investigación y ese coche puede sernos útil.

La expresión de Eusebio, que antes se había oscurecido al conocer la identidad de aquella pareja, ahora se convirtió en la noche más absoluta al saber que un coche comprado por él estaba involucrado en una investigación de la Guardia Civil. Esa noticia era mala, muy mala, tanto para él como para el negocio.

—¿Es algo serio? —titubeó el hombre con el tono de voz quebrado por el temor.

—Disculpe, pero no podemos darle ese tipo de información.

—Sí, sí, claro. Entiendo. Déjenme ir a mirar o… bueno, esperen. La verdad es que la gestión de los coches que tenemos en la nave la lleva Yago, un chico que trabaja para mí. Él conoce todos los coches que entran y salen de allí. Un momento, que creo que está por aquí —el hombre se giró en redondo, miró hacia todas partes e hinchó sus pulmones —. ¡Yago!

Entonces, al final del taller, junto a una de las salidas de este, el mismo chico que habían visto antes llevando en las manos un neumático viejo, levantó la cabeza y miró en dirección a la llamada. Vestido con el mismo mono azul que el resto, se trataba de un muchacho joven, con el pelo casi rapado, expresión huraña y espaldas anchas. El chico miró a su jefe con curiosidad, pero al percatarse de los dos agentes que también lo observaban, esa mirada se tornó en recelo. Aunque iban vestidos de calle, el muchacho reconoció de inmediato las hechuras de la ley en ellos.

—Yago, ven aquí un momento —reclamó Eusebio.

Pero el chico no se movió. Carla ladeó un tanto su cabeza y lo miró con intensidad. En él, la agente atisbó un destello de nervio, como si todo su cuerpo se hubiera tensado al unísono. En sus ojos, el chico mostró trazos de aprensión y desconfianza. En el nimio temblor de sus manos, la cabo identificó culpa… y hasta condena.

—Es él —susurró Carla, convencida.

Pero apenas pudo dar un paso adelante. Yago, de golpe, tiró al suelo el neumático y salió corriendo como llevado por el Diablo por la puerta que estaba a su lado. Los agentes, al contemplar la violenta huida del chico, apremiaron a sus miembros y trataron de salir en su persecución. El muchacho era rápido, y se notaba que corría con ansia. Carla, cuya esbeltez siempre había destacado en la academia por su sobresaliente vigorosidad, corrió a su estela. Blasco, cuya figura

ya tendía a ser más oronda que delgada, cambió de dirección y se dirigió hacia el coche.

—¡Voy a pedir refuerzos!

Pero Carla apenas escuchó al teniente, de tan fija que tenía las miras en dar caza a su presa.

Porque era difícil.

El chico se movía con agilidad, cambiando de rumbo a cada poco. La cabo, con el corazón latiendo a mil por hora, trataba por todos los medios de no perderle de vista, aunque era consciente de que corriendo, a menos de que este cometiera un error, no podría atraparle. Era veloz y conocía el polígono. Carla, en cambio, aunque había estado por allí en varias ocasiones, era totalmente ajena a los escondrijos de las fachadas.

—¡Para, cabrón, para!

Pero no paraba.

Yago, al escuchar los gritos de la cabo a su espalda, apretó los dientes y giró hacia su izquierda. Allí, varios edificios de ladrillo descascarillado abrían un espacio entre ellos separados por una valla. El muchacho se encaramó a ella y saltó al otro lado con habilidad para internarse en el callejón. Algunos de los trabajadores de esos edificios, que en ese momento se cruzaban a su huida, se apartaron con prisa al verle acercarse para evitar el encontronazo. Carla, al llegar a la valla, contuvo el aire, y de un salto se subió a ella. El brutal esfuerzo le hizo restallar los dientes al sentir cómo todos sus músculos se tensaban, pero logró superarla con cierta suficiencia. Después corrió tras él, pero el esfuerzo le hizo resoplar. El resuello comenzaba a escapar de su cuerpo con urgencia, y si no lograba cerrarle el camino, aquel chaval acabaría desapareciendo en la nada.

De repente, el eco de varias sirenas desacompasadas resonaron alrededor. De seguro, la petición de ayuda de Blasco parecía haber sido atendida con prontitud, y varios vehículos del cuerpo debían rondar cerca. Yago, al oír ese repiqueteo de sirenas, se frenó en seco antes de salir del callejón. Temía que los guardias estuvieran esperándole al otro lado, de modo que miró con desesperación a los edificios, hasta que su vista se fijó en una puerta de aluminio cubierta de polvo que estaba cerrada en los bajos de uno de los bloques. Sin pensárselo dos veces, pateó con saña la puerta hasta que esta, al segundo envite, cedió entre crujidos. El chico empujó entonces la puerta con las manos y pasó dentro. Carla, al verle entrar al edificio, fue menguando la intensidad de su paso, y al llegar a la puerta, se detuvo. Debía ser cauta. No a pocos agentes les habían rebanado el pescuezo por entrar con excesivo fulgor en un lugar cerrado donde las sombras pueden esconder demonios, de modo que afirmó sus pies, sacó la pistola de su cartuchera mientras contenía el aire y entró en el

edificio apoyando la espalda contra la pared.

Estaba oscuro, y la mezcla de humedad y el polvo propio del abandono, de inmediato invadió sus fosas nasales. Ese local era un viejo almacén deteriorado que mostraba una evidente falta de uso. Había cajas y estantes por todas partes, y solo un ventanal medio cegado iluminaba un tanto su interior. Carla, con la pistola sujeta con eficacia profesional, caminaba prudente con los ojos bien abiertos y la respiración contenida, esperando escuchar el más leve jadeo que revelara el refugio del perseguido. Paso a paso, la cabo fue avanzando con el sigilo aprendido tras múltiples prácticas bien representadas, pero el chaval, mostrando buena conjunción con el silencio, no rindió su escondite.

Sin embargo, tenía que estar ahí.

—Yago, solo queremos hablar contigo. Sal ahora mismo con las manos en alto —exigió.

Quietud y mutismo.

Carla dio un par de pasos más, y al bordear un armario cubierto de polvo, apuntó a la nada.

—Vamos, chaval, no te compliques más la vida. Sal de ahí.

Pero nada. Era como si Yago se hubiera esfumado. El local parecía abarcar todo el bajo del edificio. Aparte de la puerta por la que habían entrado, otra puerta similar a esa permanecía cerrada justo en la pared contraria. La cabo llegó hasta la mitad de la habitación y miró a su derecha. Entre dos pilas de grandes cajas de cartón que se erguían hasta media altura, se abría un pasillo con varias puertas enfrentadas y otra más al fondo. La oscuridad allí era mucho más intensa, pero tenía sentido pensar que el muchacho se hubiera metido allí dentro en busca de un lugar donde agazaparse. Carla meditó un instante y valoró sus opciones. La prudencia le exigía mantener la posición y reclamar la ayuda de sus compañeros, mientras que el instinto le obligaba a dar un paso adelante y enfrentarse a sus desconfianzas. Pero la templanza de Carla solía ser más débil que su impulso, de modo que levantó la pistola y dio un paso hacia el pasillo.

—Yago, sal ahora mismo de ahí con las manos en alto.

Silencio.

Otro paso.

—Vamos, no lo pongas más difícil.

Silencio.

Otro paso.

—Estás complicando las cosas, chaval.

Silencio.

Otro paso.

—Vamos, Yago…

Un crujido.

Carla se detuvo.

El movimiento fue tan rápido e inesperado, que la agente apenas pudo reaccionar. Un fuerte dolor en el costado le hizo encogerse sobre sí misma cuando una masa recia y pesada le embistió. De detrás de unas grandes cajas, colocadas a traición para ocultar su figura, Yago brincó con una energía brutal para saltar sobre la cabo en un supremo esfuerzo por atraparla. Esta, sorprendida por su agresor, liberó una mano de su arma y agarró del mono de trabajo al chico mientras este la levantaba en el aire hasta estamparla contra la pared. Un agudo quejido brotó de la garganta de la agente, y la magulladura del golpe le hizo perder la pistola. Yago, como poseído por todos los demonios del averno, hundió sus dedos en el cuerpo de la cabo, que forcejeó mostrando los dientes. El chico era fuerte, y en sus lozanos y fibrosos músculos, Carla intuyó la derrota.

Pero ella no podía perder.

No era eso lo que le habían enseñado. La agente, presa de más ansia que cordura, trató de rebullirse y buscó el modo de hallar una abertura que le permitiera meter sus uñas por un resquicio ganador. No las llevaba largas, sino cortas, pero bien utilizadas estas podían agrietar una garganta, reventar unos ojos o aplastar unos… genitales. Cualquier cosa que le permitiera zafarse.

Los ojos.

Carla enervó los dedos, y por el único espacio que podía atisbar desde su posición, levantó la mano y llevó sus uñas directas a las pupilas del chico. Este, asombrado por la virulenta revuelta de su rival, gruñó entre esputos al notar la presión, cerró sus párpados con toda la fuerza que pudo, y giró su cuerpo con presteza para llevar la pelea a otro nivel. Carla apenas pudo refrenar el movimiento de Yago, y cuando se quiso dar cuenta, no solo sus dedos se habían alejado del objetivo, sino que el muchacho se había dispuesto a su espalda y su cuello había caído en las fauces de un poderoso abrazo que la asfixiaba.

Carla, de inmediato, llevó sus manos hacia el brazo de Yago y trató de hacer palanca mientras hundía la barbilla buscando una liberación. Si el gesto se hacía bien, podría encontrar el aliento que se le escapaba, porque si no era así, si ella no batallaba lo suficiente, pronto ese chico le haría perder el sentido, cuanto menos.

Pero no lo hizo bien.

No había espacio en el que meter los dedos. Yago apretaba con furia y Carla apenas alcanzaba a boquear con desesperación buscando un aire esquivo. Entonces trató de encorvar la columna y mirar al suelo. Allí debía estar su arma perdida, y la necesitaba tanto como necesita la tierra a la lluvia para cultivar, pero el otro no cejaba. Su abrazo era intenso, y su avidez, indomable… como indomable era

Carla.

Ella no se había hecho guardia civil para dejarse vencer a la primera. No era eso lo que sentía dentro. Desde niña, cuando le dijo a sus atónitos padres que de mayor sería agente de la ley, esta se había convencido a sí misma de que para que alguien le pasara por encima, ella debía estar muerta. Había defendido esa máxima con celo y determinación, y solo esa misma determinación le había ayudado a llegar tan lejos como había llegado… y por todos los jodidos santos que ese cabrón no iba ahora a acabar con ella. No así. No tan fácil.

La cabo, convencida, hinchó sus pulmones con el poco aire que les llegaba, afianzó en el suelo la punta de sus pies, hundió sus hombros y alzó las manos. Yago, al percibir ese movimiento, creyó que esta había llegado a su límite, y pensó que se rendía, de modo que apretó un poco más. Debía deshacerse pronto de ella y salir por patas, antes de que aquel almacén se llenara de agentes y lo detuvieran.

Pero se equivocaba.

Carla no renunciaba, sino que se preparaba.

Carla no desfallecía, sino que se enfervorizaba.

Carla no se rendía, sino que atacaba.

Y atacó.

En un esfuerzo brotado del corazón de su propia alma, la cabo llevó sus manos hacia la coronilla de Yago, anudó sus dedos para sujetar la cabeza del chico con firmeza, y de un solo y brutal aspaviento, dio un salto mientras tiraba con sus brazos hacia abajo. El chico no fue consciente de la situación hasta que notó cómo la cabeza de la agente se hundía contra su mentón. El dolor fue entonces tan lacerante que el abrazo del muchacho flojeó de golpe, y con el mismo vigor, el aire volvió en tropel al interior de Carla. Yago dio un paso atrás y se llevó, entre blasfemias y bufidos, la mano a la barbilla. La cabo se había revuelto con eficacia, y él sintió, aparte de ese dolor físico, uno aún mucho más profundo por la vergüenza de verse vencido. Observó a la cabo y vio cómo ella le devolvía la mirada. Durante un segundo, ambos se mantuvieron quietos, contemplándose el uno al otro. Midiéndose. Retándose. Al unísono, ambos bajaron la cabeza y miraron al suelo: buscaban lo mismo. Por allí, en algún recodo debía reposar la pistola caída de Carla. También a la vez, ambos divisaron el brillo del cañón, y los dos descubrieron la pistola junto a la pared de enfrente. Tantearon la distancia y el siguiente paso a dar para ganar la batalla… y ambos encontraron su opción.

Entonces Carla se movió primero.

Según sus cálculos, ella estaba más cerca del arma, y por su experiencia profesional sabía de sobra que podría cogerla con rapidez y apuntar con la misma celeridad. Yago, que también había valorado esa posibilidad, dobló un tanto las rodillas y dispuso su cuerpo para

actuar… pero su fin era otro.

La cabo dio un salto y se agachó para coger el arma, pero entonces oyó un estruendo que le hizo mirar hacia arriba. Lo que vio sobre su cabeza le hizo perder el foco, y no pudo hacer otra cosa más que levantar las manos para protegerse. Las cajas que ahora caían sobre ella, de una pila que estaba su izquierda, no es que fueran demasiado pesadas, pero sus dimensiones enturbiaban cualquier movimiento distinto al de resguardarse. Carla, con un reniego en los labios, agitó las manos en un estéril intento por evitar que le sepultaran. Yago, que había estudiado bien sus opciones, había aguardado a que la agente se agachara para lanzar sobre ella las cajas, y así poder salir corriendo en dirección a la puerta cerrada del lado contrario del local. Se aferró al pomo de esta y tiró con toda la fuerza que albergaba en sus brazos hasta que, con un estridente chirrido, los marcos de la puerta cedieron abriendo paso franco al exterior.

La cabo, tirada en el suelo con varias cajas encima, guiñó los ojos por el dolor y trató de incorporarse con urgencia. Al hacerlo, un latigazo recorrió toda su espalda magullada por el golpe, aunque fue la herida de su orgullo la que más le hizo maldecir. Ese chico le había tomado la retaguardia en un despiste, y eso le dolía mucho más que cualquier moratón en su piel. Si no se levantaba rápido, el sospechoso se evaporaría, y quién sabe cuándo podrían volver a dar con su paradero. Era una bala perdida, y una deshonrosa derrota que no estaba dispuesta a asumir sin pelear, de modo que se puso en pie y corrió renqueante hacia la puerta por la que había salido el chico y por la que entraban ahora varios cegadores halos de luz.

Lo que vio al salir le hizo trastabillar.

Allí, dándole la espalda, arrodillado y con las manos en la nuca, Yago permanecía todo lo quieto que le permitía el violento vaivén de su pecho por una respiración agitada. Frente a él, varios guardias civiles le apuntaban mientras vociferaban exigiendo obediencia. Carla los observó, y reconoció de inmediato a sus compañeros. De entre ellos, su vista se detuvo en uno, y eso le hizo bajar una pistola que ya no tenía mucho que hacer allí.

Vestía de calle, se presentían galones y miraba con la firmeza propia de la veteranía.

Era Blasco.

13

—Dice que se asustó. Que creía que le buscábamos por el robo de una joyería en Ponferrada. Que por eso huía.

Blasco arrugó la frente ante lo que le contaba Carla.

—Miente —aseveró.

—Claro que miente —confirmó la cabo—. Está temblando. Sea lo que sea que oculta, tiene que ser algo jodido. Finge muy mal.

—Ya, pero no suelta prenda.

Carla se encogió de hombros mientras se acariciaba su cuello dolorido por la pasada pelea.

—No lo hace, no. Ha pedido que venga su abogada. Él dice que esa noche no estaba en el pueblo, pero su coartada hace aguas por todas partes. Se contradice continuamente.

Blasco suspiró y se llevó una mano a la mandíbula.

—¿Habéis llamado a su abogada?

—Sí, está de camino. Estaba en los juzgados de León. Tardará en llegar.

—De acuerdo —murmuró entonces el teniente—. Vamos a intentarlo de nuevo.

—Bien, pero no creo que le saquemos mucho. No quiere declarar.

—Aun así…

El teniente abrió la puerta de la habitación y pasó dentro con la cabo Ibáñez tras sus pasos. En aquel austero cuarto, Yago aguardaba sentado con la cabeza gacha como un perro asustado y las manos engrilletadas delante de él. Sus ojos eran esquivos. Bajo su rasurada cabeza cubierta de un incipiente velo de pelo negro apenas visible, su expresión esbozaba agonía y miedo. Era joven y su figura mostraba esbeltez, pero ante los agentes que ahora se sentaban delante de él con gesto inquisidor, esa lozanía parecía proclive a la debilidad.

Estaba asustado.

Carla miró al muchacho y, después, miró de reojo a Blasco. Este observaba a Yago como quien mira a un río que está a punto de desbordarse. Callaba y respiraba despacio, con gravedad. Esa intensidad no era natural, sino forzada. Era su forma de amedrentar sin hablar; de atemorizar sin amenazar; de quebrar un ánimo que se cree fuerte. El chico, durante un instante, levantó ligeramente la cabeza y miró a los agentes, pero su templanza era tan extraña como lo es la nieve en verano. No estaba seguro de lo que hacía ni decía. Estaba desorientado y aturdido, pero al menos una pequeña región de su cabeza había estado lo suficientemente avispada como para aferrarse a su derecho a no declarar. Había tardado en acordarse de

eso, pero lo había hecho.

—Así que no sabes nada, ¿verdad? —preguntó de repente Blasco.

El muchacho observó al hombre y negó con firmeza.

—Ya les he dicho que no.

—Sí, lo has dicho, chaval, pero no te creo.

—Me da igual lo que usted crea.

—Pues que no te lo dé.

La velada amenaza no cayó en saco roto. Por un instante, la frente del chico, que estaba perlada en sudor, tintineó ante tal intimidación. Se notaba a la legua que ese muchacho era novato en duelos con la ley. La cabo había investigado su ficha policial, pero estaba limpio. No tenía antecedentes, de modo que la excusa que este había utilizado para justificar su huida, y sobre todo la agresividad de su ataque, no tenían sentido. No había denuncia alguna sobre un robo de ese tipo en Ponferrada. Nadie buscaba por ello a ese tipo.

—¿Dónde decías que estaba la joyería? —preguntó el teniente.

Yago vaciló.

—Es… Estaba en una calle pequeña. Fue de madrugada.

—¿Qué calle?

—Pues en… no sé… en…

—¿En qué calle? —porfió ahora el teniente endureciendo el tono al verle titubear.

—No lo sé. No me conozco las calles de Ponferrada.

—Muy bien. No sabes que calle era. Vas a hacer un robo, pero no sabes dónde. Vale. ¿Y la joyería? ¿Cómo se llamaba?

—Pues… —el muchacho comenzó a agitarse con cierto descontrol —. No me acuerdo del nombre. Yo…

—No te acuerdas del nombre, claro. ¡Cómo no! Chico, eres un genio. Mientes de cojones, ¿eh? Un puto genio…

Blasco, entonces, apretó los dientes y se levantó de su silla visiblemente irritado. Rodeó la mesa y se inclinó sobre Yago, que se encogió en su asiento. El teniente lo miraba con rabia e ira. Parecía un lobo, de esos que aparecen en la estatua de la Plaza Mayor de Vadealobos, olisqueando la carne que ha de morder.

Enseñó los dientes.

Refulgieron sus colmillos.

Bufó entre esputos.

—Dime qué has hecho con Rafael —susurró, severo.

Carla observó la escena conteniendo el aire. Pocas veces había contemplado la cólera en los labios de su compañero, aunque también era cierto que tampoco se había encontrado con un asunto de ese calibre desde que había llegado al puesto. Que hubiera un componente emocional explicaba un tanto aquel comportamiento, pero su celo profesional le exigía estar alerta. En todo asunto hay

límites, y su función, en ese momento, era evitar que se sobrepasaran.

Yago, amedrentado como pocas veces antes, apenas alzó un poco la cabeza y compuso un gesto de extrañeza.

—¿Qué? ¿De qué Rafael me hablas? —le tuteó perdiéndole el respeto.

No por esperada esa respuesta, el ánimo del teniente se sintió más templado. Las mentiras son cenizas que, aun estando el fuego apagado, todavía queman, y en ese momento Blasco notó que los embustes de aquel muchacho ardían dentro de él. Se acercó un poco más al chico y respiró con crudeza a solo unos milímetros de sus ojos.

—¿Dónde está Rafael? ¿Dónde está el Seat León?

Yago, entonces, tomó aire y frunció los labios con cierta soberbia encerrada en ellos. Era como si hubiera decidido, de un instante a otro, que la única manera de salir en pie de allí era dando un bocado a quien había de devorarle. El chico se irguió, y sus facciones se arrugaron con asco.

—No sé de qué cojones me hablas. No conozco al mierda ese de Rafael. Ya os he dicho que yo no estaba en el pueblo. No sé por qué seguís…

Pero no pudo decir nada más. De inmediato, su rostro se deformó y sus ojos se abrieron de par en par al notar cómo su aliento se detenía ante unos dedos rudos y ásperos que ahora apretaban su garganta. Yago tanteó al teniente, y la tensión de aquella mirada enloquecida le hizo desfallecer. El agente movía los labios con nervio, sin apenas decir nada, mientras el chico boqueaba y se agitaba salvajemente tratando de liberarse.

—¿Qué has hecho con él? —apenas vocalizó entre aullidos, Blasco.

Pero tal y como tenía el gaznate de aprisionado Yago, era evidente que aquellas palabras no esperaban respuesta. Los segundos se hicieron interminables, y el muchacho sintió de súbito la urgencia de orinarse encima. Carla, sobrecogida ante el arrebato de Blasco, corrió desde su asiento y tiró del teniente tratando de que soltara a su presa. Este se sacudió para quitársela de encima, pero la cabo se aferraba a él con decisión.

—¡Suéltalo, teniente! —gritó ella.

—¡Dime dónde está…! —gritó a su vez él, sin atender a su compañera.

—¡Blasco, joder!

Y como si hubiera escuchado en los confines más alejados de su mente ese último alarido de Carla, el teniente enfocó la vista, agitó su cabeza y sus manos soltaron al chico. Este, al verse liberado, se llevó los dedos a su dolorida garganta y tosió con rudeza. Temblaba como un crío que cree haber visto a un monstruo bajo su cama. Había

comprobado en su propia piel que mostrarse débil lo hacía vulnerable, pero que comportarse con altanería no lo llevaría por un mejor camino. Estaba perdido y aterrorizado. ¡Él no debería estar ahí, joder!

Sin dejar de soltar al teniente, la cabo se interpuso entre ambos y miró a su superior. De primeras, este no pareció reparar en ella, perdida como tenía la vista en la blanca pared del otro lado, pero, al poco, sus ojos se cruzaron con los de ella. Carla no dijo nada, pero tampoco hizo falta. El teniente era un tipo comedido y templado, pero todo volcán dormido puede llegar a despertar en algún momento. Él no se reconocía en ese proceder. Esos embates eran impropios, por eso no necesitó que las palabras de su compañera lo hicieran entrar en razón. Él entraría solo. Siempre lo había hecho.

De repente, la puerta de la habitación se abrió, y a través de ella asomó la aguileña nariz de Lorente.

—Teniente.

Blasco, al divisar urgencia en la expresión del guardia, miró de soslayo a su compañera.

—Sigue tú. A ver si le sacas algo.

Entonces salió y cerró la puerta tras de sí. Carla se mantuvo unos segundos mirando esa misma puerta mientras meditaba por lo bajo. Al poco, se giró y se sentó frente a Yago. Este, aún aterrado ante lo que acababa de sufrir, alzó sus lastimeros ojos mientras tartamudeaba.

—Él… Él no puede hacer… hacer eso —alcanzó a decir con la voz entrecortada—. Voy a denunciaros.

Carla ladeó la cabeza y chasqueó la lengua.

—Hazlo, aunque no conseguirás mucho.

—Sí, lo haré. Esto es abuso de autoridad. No… No podéis…

—No, no podemos. Tienes razón, pero creo que no eres muy consciente de lo que te estás jugando.

Yago entornó los ojos ante la cabo. Quiso protestar, pero algo en su interior lo retuvo. Presintió que lo que iba a escuchar no le iba a gustar.

—Verás, Yago —continuó Carla—. No sé qué has hecho con ese hombre, pero por tu bien espero que nos lo digas. Ahora mismo eres nuestro único sospechoso. Has tratado de huir de nosotros, intentaste estrangular a una agente y nos has mentido a la cara. Tu coartada es una basura. Ningún juez creerá ninguna de tus estúpidas excusas, pero eso ya lo sabes. De modo que, por lo que a nosotros respecta, tú eres el culpable de la desaparición de Rafael Dimas, ya sabes, ese hombre al que dices que no conoces… aunque ambos sabemos que sí lo haces.

—No es cierto. Te juro que no lo conozco —balbució desesperado el chico mientras intuía cómo un abismo se iba abriendo bajo sus pies.

—No jures, Yago, no jures, que por menos han ardido otros en el infierno. Te lo voy a explicar por si no lo pillas. Lo que hiciste en la

vereda fue una chapuza. Te olvidaste de limpiar un charco con sangre de Rafael en el suelo, junto al árbol. Nos dejaste una pista. ¿Entiendes?

Entonces, la agente silenció su lengua, y el centelleo de un parpadeo insurrecto y amotinado frente a una fingida extrañeza en el rostro del chico, le dejó claro que había dado en el blanco. Sí, ese muchacho había estado en la vereda aquella noche; ese muchacho había estado con Rafael; ese muchacho callaba la verdad.

—Bien, veo que sí lo estás entendiendo, pues entonces también entenderás que, en este momento, estamos investigando este caso como un posible asesinato. ¿Lo has oído? Y un asesinato son muchos años.

El vacilar que había intuido antes Carla, ahora se hizo totalmente visible. Yago se rebulló en su silla y comenzó a respirar a bocanadas con dificultad. Tenía sentido. El chaval era aún muy joven, y presentir cómo toda su juventud se desvanecía ante la certidumbre de acabar tras unos barrotes, le hizo tambalear. Los nervios ahora afloraban como los halos del sol en pleno verano, con ardor. Estaba a punto de claudicar. El cemento de los cimientos de su defensa se estaba desmigajando. La torre se derrumbaba. Era el momento, así que la agente se inclinó hacia él y compuso un teatralizado gesto de piedad tratando de que Yago sintiera el impulso de ser confidente.

—Aún tienes una oportunidad. Dime qué pasó esa noche y te aseguro que te ayudaremos. ¿De acuerdo?

Entonces, el chico miró con ojos vidriosos a la agente y abrió los labios. Por un instante, un tenue hilo de voz salió de su garganta, pero este no dibujó palabra alguna en el aire. Carla ladeó la cabeza para tratar de entender lo que decía, pero aquellos dientes no dejaban que sílaba alguna saliera de ellos. Sin embargo, pese a lo que parecía inevitable, Yago hinchó sus pulmones y recapacitó. Algo en su cabeza le hizo cerrar la boca y recuperar la compostura. Miró a la agente y se lamió los labios resecos por el miedo.

—Ya os he dicho que yo no he hecho nada. No hablaré más hasta que llegue mi abogada.

La cabo, defraudada ante una inminente derrota, se echó hacia atrás en la silla y sonrió.

—Muy bien. No tengo ni idea de qué me estás ocultando, pero no voy a poder ayudarte si tú no me ayudas a mí. Imagino que eres consciente de eso.

El chico agitó su cabeza, gargajeó y escupió al suelo.

—Ayudarme… Ya, claro, lo entiendo. Sé de qué va este juego. Así que aquí ese cabrón hace de poli malo y tú eres el poli bueno, ¿no?

Entonces, Carla se cruzó de brazos, miró con intensidad al muchacho y volvió a esbozar la suave sonrisa de antes.

—No, te equivocas, Yago. Aquí los dos somos el poli malo.

De repente, a su espalda, la puerta se abrió y Blasco entró en la habitación con prisas.

—Creo que hemos encontrado el coche. Las cámaras grabaron a este hijo de puta conduciendo desde Vadealobos hacia Astorga, pero no llegó allí. Un helicóptero ha rastreado la zona y ha localizado en un desvío, oculto entre la maleza, lo que parece un coche calcinado. Varias patrullas ya van de camino. Vamos también nosotros a ver qué encontramos.

Blasco no había dicho esto en voz baja para que Yago también pudiera escucharlo. La cabo miró al muchacho, pero este tenía la vista perdida en el suelo. Temblaba. Cierto era que lo había hecho durante toda la velada, pero ahora su convulsión era mayor. Cuando caen las máscaras, los secretos perecen al instante. Las cartas estaban sobre la mesa, y Carla siempre jugaba para ganar.

—Estás jodido, Yago. Estás muy jodido.

Ambos agentes salieron del cuarto y cerraron la puerta. Durante un momento, como un rumor lejano y silencioso, un sollozo inundó los oídos de los agentes. Ninguno de ellos había creído al chico, pero ahora era evidente que sabía mucho más de lo que decía. Sin embargo, antes debían ir a comprobar si aquel coche era el Seat León que buscaban. Quizá allí pudieran hallar más pistas, o quizá, solo quizá, allí podrían encontrar…

14

Lorenzo sonreía a carcajadas mientras se echaba hacia atrás en su asiento y se soltaba un poco el cinturón. Como de costumbre cada vez que tenía una de sus comilonas de negocios, el empresario era proclive a llenarse el buche de carnes profusas regadas por vinos reserva de lustroso apellido. Para ello solía ir a alguno de los elegantes restaurantes del pueblo que tanto esplendor le daban. Eran locales lujosos, de tratos exquisitos y cubiertos relucientes, porque el éxito había que decorarlo a conciencia.

Esa tarde, ya con la sobremesa hecha, varios hombres trajeados se habían quedado con él sentados alrededor de una misma mesa. Había contratos por firmar y mordidas que cerrar, y en asuntos de dineros, Lorenzo Marín era algo así como un sabueso adiestrado en la búsqueda de alijos de droga: no se le escapaba ni uno. Hacía muchos años que ejercía de presidente de la asociación de hostelería y turismo. Al principio tuvo un encarnizado combate con un hostelero que le había reñido el puesto, pero tras varias legislaturas como tal, ahora se había apoltronado de tal modo que nadie osaba entrar en disputa. Era duro al trato cuando convenía y plácido cuando no había riesgos. Sustituía simpatía por sobriedad y solía hablar con hechuras déspotas, como quien cree que solo él está en posesión de la verdad. Pero en sus labores era implacable. La hostelería y el turismo de Vadealobos estaban en auge, y eso, en gran parte, era gracias a las decisiones y pactos cerrados por Lorenzo Marín. Desde hacía años, el pueblo, pese a sus limitadas fronteras, se había convertido en una de las puntas de lanza vacacional de toda la comunidad, y eso, para los pequeños y medianos empresarios que vivían de ello, valía cualquier posible desaire de su presidente: mejor un insulto en riqueza que un abrazo en escasez.

—Este verano pinta bien —aseguró Lorenzo a sus acompañantes —. Tenemos casi todo reservado. Si nos respeta el tiempo, puede haber fuertes ganancias.

Uno de los tipos, tras unos instantes de duda, se rascó la nariz mientras miraba de soslayo al tercer tipo, y exhaló el aire con calma.

—Parece que ha habido algo de jaleo en el pueblo. ¿Debemos preocuparnos?

Lorenzo, que no era ajeno a lo que se contaba en los corrillos, se agitó en su asiento y corrió a tranquilizar los ánimos.

—No hay nada que temer, tranquilos. Es un incidente menor. Ha desaparecido un tipo que siempre traía problemas. Un borracho. Seguro que lo encontrarán pronto. Eso no afectará al turismo.

—Ya, entiendo. Pero si la noticia aparece en los medios de comunicación…

—No lo hará, os lo aseguro —afirmó Lorenzo con rotundidad mientras alzaba una mano—. Yo me ocuparé de eso. Ya os digo que es poca cosa. No saldrá de Vadealobos.

Pero ni siquiera él estaba convencido de eso. Lorenzo tenía una gran capacidad para disfrazar temores con sosiegos. Era capaz de tejer un velo tan opaco, que si lo ponía donde debía, la luz del sol podía transformarse en un segundo en el oscuro alumbrar de la penumbra. Tenía esa capacidad. Era su modo de sobrevivir a la jauría. Por esa razón se había presentado la otra mañana en el puesto de la Guardia Civil: era muy importante que aquella historia no trascendiera más allá de las piedras de sus fachadas, aunque para eso tuviera que apretarle las tuercas a todo un teniente. Él era así: la victoria se había de alcanzar por las buenas o por las malas.

De repente, Lorenzo escuchó un leve zumbido cercano y sus ojos se posaron sobre el móvil que había dejado encima de la mesa. Como tenía por costumbre en esas reuniones, Marín solía apagar el sonido de su teléfono, pero dejaba la vibración activada. En ese momento, él no esperaba llamada alguna, de modo que observó el aparato con extrañeza, lo cogió y lo desbloqueó con el dedo índice. En pantalla aparecía escrito un escueto mensaje que leyó de una pasada. Entonces, como si un latigazo de dolor hubiera atravesado su cuerpo de parte a parte, Lorenzo contrajo sus músculos y su rostro palideció.

«Han detenido a Yago».

Sin poder apartar la vista de la pantalla, el empresario contuvo el aliento, y un leve temblor hizo que sus dedos tintinearan. Uno de los trajeados, al atisbar cierta crispación en Lorenzo, se irguió sobre su silla y dejó su copa en la mesa.

—¿Anda todo bien, Lorenzo?

Este, que seguía absorto mirando la pantalla, sacudió la cabeza y pareció despertar de su letargo.

—¿Cómo? Ah… Sí, sí, todo bien, tranquilos. Es un mensaje de casa que debo atender. Si me disculpáis un momento, vuelvo enseguida.

Los hombres accedieron con recelo, y Lorenzo se levantó de la mesa y salió fuera del establecimiento. En la calle corría buena temperatura. Aún no habían llegado los calores del verano, aunque en esas latitudes estos solían ser un tanto benévolos. El ligero frescor de la brisa heló las gotas de sudor que caían desde las sienes del hombre. Este, con la respiración acelerada, alzó el teléfono y tanteó sobre la pantalla con torpeza. Entonces, se lo puso al oído y esperó. Al poco, el pitido de la línea se cortó de golpe y una voz sonó al otro lado. Lorenzo, con el temblor de sus manos ahora aferrado a su garganta,

comenzó a hablar con crudeza, pero al instante bajó el tono, celoso de su privacidad, aullando entre dientes con los colmillos dispuestos a la dentellada.

—¡¿Cómo cojones ha podido pasar?! Joder, ¡joder! ¡Vaya puta mierda todo! Sí… Sí, ya lo sé, pero es un puto chapucero. Mira, escúchame, ese muchacho no puede hablar, ¿me oyes? Si dice una sola palabra, estamos jodidos. Hay que asegurarse de que cierra la boca. Que se haga lo que haga falta, no me importa. Ya… Ya… Si es que esto nos pasa por hacer las cosas mal, por no pensar. ¿Es que no podía estarse jodidamente quieto ese imbécil? Esto es una cagada como una catedral. Sí… Sí… Vale, te entiendo. Nos estamos jugando mucho. Ya no es solo por el dinero, ya lo sabes. ¿Qué? ¡Cómo que esté tranquilo! ¡No estoy tranquilo! Joder… Vale, tú te ocupas, me fio de ti. De acuerdo. Adiós, adiós.

Lorenzo colgó el teléfono y se llevó una mano a la frente mientras jadeaba. La cabeza le daba vueltas. Él era uno de esos tipos que no está a gusto en situaciones que no están del todo bajo control. Odiaba las improvisaciones, las sorpresas. Era un hombre hecho a certezas recurrentes y a negocios cerrados desde la firma hasta el cobro, y ese caso tenía más flecos sueltos que el más desarrapado de los abrigos. Apartó la mano y la miró con curiosidad. Estaba perlada en sudor y sus dedos vacilaban. Miró a su espalda, al restaurante, y pensó en los tipos que aguardaban dentro. Eran empresarios de fuera del pueblo, y él se los había trabajado a conciencia para tratar de convencerles de que invirtieran parte de sus rentas en Vadealobos. Si se gestionaba bien, esos tipos sacarían sustanciosos beneficios, y al mismo tiempo él llenaría su cartera hasta rebosar. Entonces, sacó un pañuelo de su bolsillo y se secó las manos y la frente. Respiró hondo y trató de relajar su expresión. Batalló contra sus nervios para darles esquinazo, y fingió una estudiada sonrisa templada y confiada. La había esbozado tantas veces antes que apenas le costó recuperarla. Fue hacia la puerta y puso una mano en el pomo. Debía entrar y hacer como si nada estuviera pasando. Sabía cómo comportarse bajo presión. Esa era una de sus mayores virtudes; una máxima que debía proteger. Volvió a tomar aire y entró en el local con paso decidido. Había muchos ceros en juego en esa mesa. Demasiados.

15

El camino de tierra, a la salida de la carretera, quedaba bastante apartado del lugar en el que el helicóptero había localizado el vehículo. Desde arriba daba la impresión de que el coche había ardido por completo, pero el negro de su carrocería no permitía reconocer desde las alturas hasta qué punto. Estaba oculto en mitad de una tupida arboleda, lejos de cualquier senda transitable. En el suelo eran bien visibles las huellas de los neumáticos, y en el aire aún se percibía un ligero aroma a quemado.

Carla, tras avanzar un centenar de metros desde el camino, se detuvo cerca del coche y olfateó ese hedor. Miró hacia los árboles cercanos y distinguió en sus troncos y sus ramas cierto hollín. Algunos estaban dañados por las llamas recientes, pero por fortuna estos parecían haber soportado ese fuego sin consumirse en él.

—Podía haberse quemado todo esto —verbalizó la cabo sus pensamientos.

Pero Blasco no respondió a esa afirmación. Andaba serio, grave, con las mandíbulas apretadas. Todo el viaje en coche desde Vadealobos lo había hecho con el mismo adusto gesto. Carla ni siquiera había tratado de darle conversación. Era consciente de la tensión que se ocultaba bajo las facciones contraídas de su superior, porque esos mismos rasgos lo insinuaban. Si el coche que estaba allí era el que buscaban, la desaparición de Rafael Dimas podía darse casi por resuelta, pero hasta que no encontraran su cuerpo, ya fuera dentro de ese vehículo o bajo una montaña de tierra, todas las puertas seguían abiertas.

Según se fueron acercando al coche, ambos pudieron atisbar entre los halos del sol que regaban a trazos ese espacio de tierra, cómo ese fuego que había devorado la carrocería lo había hecho con timidez. Parte del vehículo estaba retorcido y su pintura corroída, pero otra parte aún mostraba las formas inequívocas de un Seat León. Blasco dio unos pasos para rodearlo y así poder echar una ojeada, a ver si la matrícula había sobrevivido al ímpetu de las llamas, pero no había sido así. Podía ser ese coche o no serlo, pero de ser otro, en ese mismo camino, la casualidad entonces se estaba riendo de ellos.

Un agente que estaba tras el vehículo se acercó a los oficiales y se cuadró. No pertenecía al puesto de Vadealobos, pero una vez dada la voz de alarma, muchos otros guardias de los alrededores se habían puesto el traje de faena. Ese debía ser uno de ellos, y parecía estar muy al tanto de todo, de modo que Blasco se apresuró a preguntar.

—¿Es el coche?

El guardia miró al vehículo de soslayo y afirmó con un gesto.

—Sí, es el Seat León que buscábamos. Las matrículas se han quemado, pero el número de bastidor es el mismo.

Blasco rumió la respuesta y arrugó las cejas.

—¿Han encontrado algo?

—Aún no. El interior del coche está vacío. Los compañeros están intentando abrir el maletero, porque la cerradura se ha derretido por el calor. Quien quiera que fuera el que lo quemó, debía ir con prisas, porque el fuego se consumió pronto y no hizo nada por avivarlo. Hemos tenido suerte, este fuego podía haberse convertido en algo muy serio.

El teniente suspiró, crudo, y achicó los ojos mientras contemplaba cómo los agentes se afanaban en abrir el maletero tratando de hacer palanca con una vara de metal.

—¿Habéis encontrado huellas por los alrededores? —preguntó entonces Carla.

—Sí, algunas. Hay huellas de neumáticos que parecen ser del propio vehículo, y también hay huellas de lo que parecen ser unas zapatillas deportivas, aunque esas están ocultas a medias. Es como si quien las haya dejado hubiera tratado de borrarlas arrastrando los pies.

—De acuerdo. ¿Hay rastro de otro vehículo diferente a este?

El agente negó con un gesto y se giró hacia su espalda.

—No hemos hallado otras huellas, pero estamos ampliando el espacio de búsqueda. Este es un lugar apartado, por aquí no suele pasar nadie.

—Entonces, quien lo trajo aquí debía conocer la zona, ¿no?

—Bueno —suspiró el agente—. Debía conocerla, sí, pero como dije antes, debía ir con urgencia, porque aparte de no quemar bien el coche, unos kilómetros más adelante, cerca de Astorga, hay terrenos más agrestes para esconderlo. Así que una de dos: o improvisó todo, o es la primera vez que hacía algo así.

Carla meditó sobre lo que el guardia acababa de decir y le cuadraron las cuentas. Si de verdad era Yago el tipo que conducía ese coche, su juventud, y la inquietud que había mostrado en el interrogatorio, casaban del todo con alguien que había actuado a la carrera, sin apenas pensar y sin saber cómo proceder. Su mirada esquiva y temblorosa no había sabido defender lo que sus palabras aseguraban. Hay lobos cuyos miedos vencen a su propio coraje hasta convertirlos en los corderos que siempre han sido. Hay máscaras que se caen solas sin ningún arresto al que aferrarse. Y a Yago se le había caído del todo.

Un estruendoso chirrido llegó desde el vehículo cuando los guardias, apoyando todo su peso sobre la vara, lograron que la

cerradura del maletero saltara por los aires. Blasco, al ver cómo esta cedía, se apresuró a acercarse al portón. Carla corrió tras él y se irguió a su lado. Los guardias que la habían abierto reconocieron la agitación del teniente y dieron un paso atrás, sorprendidos. Blasco miró hacia la abertura y resopló mientras arrugaba la nariz. La pestilencia que venía de su interior era inequívoca. Durante sus muchos años de trabajo había tenido la suerte de no encontrarse con muchos cuerpos quemados, pero el olor que se desprendía de ellos bastaba con olfatearlo una vez para que se quedara grabado en las fosas nasales. Carla, al percibir ese mismo aroma, torció el gesto. Ella también lo había reconocido: allí dentro debía haber un cuerpo.

Aunque fingía sobriedad, en el ligero temblor de sus dedos la cabo entrevió miedo en Blasco. Este acercó su mano al portón, lo sujetó con firmeza y contuvo el aliento. Entonces, de un seco tirón, lo abrió de par en par y sus ojos se enturbiaron. Allí, con la mitad de su cuerpo abrasado y el rostro desfigurado por unas llamas que lo habían acariciado sin consumirlo del todo, yacía de lado, inerte y rígido, sobre un charco de sangre seca, un hombre viejo de aspecto desaliñado y sucio, con el gesto agarrotado por el dolor y el pánico. Carla miró al hombre y ladeó la cabeza con reparos por el espanto. Después, miró a Blasco y vio cómo sus lagrimales se humedecían. Pese al hediondo hedor que emanaba del maletero, que hizo que los guardias de alrededor se apresuraran a cubrirse la nariz, el teniente Blasco no se movió un ápice. Observaba el cuerpo con intensidad, como quien contempla algo que nunca hubiera querido ver. No giraba la cabeza ante el horror. No parpadeaba ni abría la boca en busca de un oxígeno limpio con el que llenar sus pulmones. No buscaba pistas ni huellas junto a ese cadáver que le ayudaran a solventar incertidumbres. Blasco, allí, tan solo miraba al hombre como si quisiera que esa imagen se quedara grabada en su memoria. Carla observó sus facciones duras y enfebrecidas, y después vio cómo los dedos del teniente se blanqueaban por la fiereza con la que sujetaba el portón. Debía preguntar, pero estaba tan segura de la respuesta que hacerlo le resultaba de una trivialidad insultante. Era evidente que habían dado en el clavo: tenía que ser él. Aun así, la cabo se armó de valor y susurró una pregunta que apenas precisaba de respuesta.

—¿Es él?

Blasco, al oír a su compañera, parpadeó con velocidad y soltó muy despacio el aire que aguantaba en su interior. Liberó en parte la tensión de sus dedos y cabeceó con ligereza, pero, al instante, con un envite de furia contenida, bajó levemente su vidriosa vista para, al poco, volver a alzarla. Sus labios temblaron. Su voz, también.

—Sí —aseveró entonces en un murmullo—, es él. Es Rafael Dimas.

...

Yago estaba muy nervioso.

Cuando los guardias lo sacaron del calabozo para subirle a la sala en la que había de encontrarse con su abogada, su ánimo se encendió. De algún modo se veía en la calle, pero ahora que estaba sentado allí, esposado y mirando como aquella puerta no se abría, un velo de miedo le invadió: miedo a que nadie viniera a visitarle; miedo a que nadie viniera a defenderle; miedo a que nadie viniera…

Y entonces la puerta se abrió.

Un guardia entró en la habitación y, a su espalda, una mujer pasó tras él. Por sus rasgos, daba la impresión de sobrepasar por poco la mediana edad, aunque aquella rizada y encrespada melena negra que lucía hasta los hombros le hacía parecer más joven. Iba vestida con americana ceñida a la cintura y pantalón de cuadros oscuros. Bajo un hombro llevaba un bolso también de sobrios colores, y en ambas manos portaba una carpeta y un humeante vaso de café. La mujer miró al chico a los ojos. En la expresión de Yago era perceptible el temor y la inseguridad ante las oscuras sombras que se cernían; en la de ella, había curiosidad y rigor profesional, la forma en que siempre mira la abogacía. La mujer se detuvo unos instantes y esperó a que el guardia saliera y cerrara la puerta. En su profesión, la complicidad y la discreción con el cliente son primordiales: lo que se cuenta entre susurros, entre susurros se queda.

—Hola, Yago. Mi nombre es Celia. Soy tu abogada.

Yago, al principio, entrecerró un poco los ojos para observarla con mayor detalle. Él no la conocía, pero le habían dicho que preguntara por ella en caso de necesidad. A primera vista, daba la impresión de ser una mujer con hechuras de nivel. Su mirada era franca e inteligente. Su postura, erguida y estable, desprendía carácter. Al poco, el muchacho se relajó todo lo que pudo, lo que no era mucho teniendo en cuenta el lugar en el que estaba: si era esa mujer quien debía sacarle de allí, lo mejor era mostrarse solícito.

—Toma, Yago. Te vendrá bien un café —dijo Celia mientras se sentaba delante de él y le tendía el vaso.

El muchacho lo cogió y tomó un par de tragos apresurados. Seguía nervioso. Se lamió los labios y se inclinó un poco sobre la mesa para hablar en bajo: quería evitar que aquellas paredes pudieran escucharle.

—Tenéis que sacarme de aquí.

La mujer abrió los ojos, sorprendida, puso la carpeta sobre la mesa y la abrió.

—Bueno, estoy aquí para ayudarte, pero antes tengo que saber qué ha pasado.

Ahora fue Yago quien enarcó las cejas.

—¿Cómo? Ya sabéis lo que ha pasado. Tenéis que ayudarme.

La abogada agitó la cabeza, dubitativa.

—Yago, creo que te estás confundiendo. Yo solo sé lo que pone en el informe. Me avisaron para representarte, pero necesito que me cuentes qué ha pasado.

El chico se echó hacia atrás con un deje de incredulidad en el rostro.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Eh… No, Yago. ¿A qué te refieres?

—¿Que a qué me refiero? ¿Es que tú no sabes de qué va todo esto?

El recelo del muchacho iba en aumento.

—Yo sé lo que pone aquí, nada más. Si te parece, hacemos un resumen y tú me cuentas, ¿de acuerdo?

Yago no contestó. Lo que antes había creído que iba a ser una defensa a ultranza de su persona, ahora se había convertido en una desconfianza entre él, los suyos y esa abogada. Si es verdad que esa mujer no sabía nada, entonces todo se iba a basar en la declaración más o menos trabajada que saliera de sus labios. Si era así, no iban a haber hilos bien hilvanados en su historia que lo libraran de los barrotes. Iba a ser un juicio limpio y legal… todo cuanto le perjudicaba. Celia se ajustó sus gafas de montura cuadrada al puente de su nariz, y fijó su mirada en los papeles. Después, alzó la cabeza y miró al chico.

—A ver, Yago. Según esto se te acusa de estar relacionado con la desaparición de un tal Rafael… Dimas. Sí, Rafael Dimas. Dicen que se te ha visto conduciendo un coche de madrugada por una vereda peatonal de la que sospechan, la misma noche que ese hombre desapareció. ¿Es así?

El chico, incapaz de abrir los labios, comenzó a temblar. Miró a la mujer y asintió.

—De acuerdo —continuó ella—. Aquí pone que tú has declarado que esa noche no estabas en el pueblo —la abogada miró al chico sobre la montura de sus gafas, y este volvió a asentir—. Bien, pero las cámaras de seguridad sí que te han grabado conduciendo ese coche—. Celia volvió a mirarle, y resopló mientras observaba cómo este, avergonzado, apartaba la vista—. Además, pone aquí que le dijiste a los guardias que creías que te habían detenido por el robo de una joyería en Ponferrada… pero nadie ha denunciado ningún robo. —Y entonces, ella, rumió con crudeza por lo bajo y resopló—. Vaya… Según parece también atacaste a una agente, intentaste estrangularla. Mal asunto.

Ahora Yago comenzó a agitarse nervioso en su silla. Varias gotas

de sudor resbalaron por sus sienes y sus ojos comenzaron a tintinear dentro de sus cuencas. Celia, al reconocer en él el mismo gesto que mostraría un niño al que han cogido en un embuste, se quitó las gafas y levantó la cabeza para observarle con la severa expresión que pondría una madre decepcionada.

—Verás, Yago —dijo ella—. Decirle dos mentiras a la Guardia Civil en una misma declaración no ha sido muy inteligente. Y agredir a una agente, mucho menos.

El chico resopló con gravedad, entrecortado.

—Yo… Yo qué sé. Se supone que no deberían haber venido a por mí. ¿Qué querías que hiciera? Yo…

—Hubiera bastado con no declarar. Es tu derecho.

Yago bajó la cabeza y hundió sus dedos en ella como tratando de borrar todos sus recuerdos. Entonces, gritó.

—¡Joder, tenéis que sacarme de aquí!

Celia se echó hacia atrás en su silla ante tal arrebato de furia y se ajustó las lentes.

—Tranquilo, tranquilo. Estoy aquí para ayudarte, Yago, pero para eso tienes que calmarte. Necesito saber qué pasó aquella noche, y necesito también saber por qué mentiste en tu declaración. ¿Qué es lo que pasó?

El muchacho, como si una jauría de demonios hubiera atenazado sus miembros, vaciló y se sacudió en su asiento. Sus ojos se abrieron de par en par, y sus labios, apretados y húmedos, escondieron la dentadura de un animal enfebrecido. La rabia de un miedo que no había sentido nunca antes hizo que una arcada recorriera su garganta. El temblor de su cuerpo se aceleró; el sudor comenzó a fluir profuso; el pavor a la cárcel lo hizo desfallecer.

—¿De verdad…? —titubeó, rabioso—. ¿De verdad quieres que te lo cuente? ¿Ellos no te han dicho nada?

—¿Ellos? —preguntó Celia, perpleja— ¿Quiénes son ellos?

Entonces, algo en el interior de Yago explotó y toda su furia se congeló al instante. Sus brazos cayeron; sus labios se abrieron, confusos; su ánimo se desvaneció. Si esa mujer no sabía nada, nada podría hacer por él. Era como acudir a una encarnizada batalla con palillos en lugar de con espadas. Era el vacío.

—No sabes nada… —murmuró casi más para sí que para ella.

—¿Qué tengo que saber, Yago? —Celia, que cada vez entendía menos la situación, se quitó las gafas para observar al muchacho, cuyo rostro había pasado de una ira contenida a una resignación lastimera —. ¿Qué es lo que me ocultas?

Pero el muchacho no la escuchaba. En lugar de eso, musitaba palabras y frases que parecían no tener ningún sentido. El temblor, que un instante antes parecía haberse sofocado, ahora comenzó a

restallar en convulsiones. Su mirada, apagada y vencida, comenzó a brillar de golpe. Sus mandíbulas caídas apretaron de nuevo con saña sus encías. Yago, que había pasado de león a cervatillo, ahora volvía a rugir entre dientes, pero no lo hacía como antes, sino multiplicado por una locura que iba subiendo de sus entrañas hasta sus ojos.

—Hijos de puta —apenas escupió.

Celia lo miró y se encogió asustada.

—¡Hijos de puta! —gritó ahora —. ¡Son unos hijos de puta! Me han vendido… Cabrones de mierda. ¡Me han vendido! ¡Joder!

La mujer, ante tal violencia verbal, se puso de pie y trató de calmar al chico.

—Yago, muchacho, tranquilízate.

—¿Qué? ¿Qué me tranquilice? —Y entonces se puso de pie y miró a la abogada con los ojos enrojecidos—. Y si tú no sabes nada, ¿qué cojones haces aquí?

—Pues yo… Yo he venido a ayudarte. Yo…

—¡Y una mierda! Tú no has venido a nada. No has venido a hacer una puta mierda. Esos hijos de puta me la han jugado, pero yo no voy a comerme esto, así que ve a buscarlos y les dices que ahora les voy a joder yo a ellos, ¿me oyes? Voy a confesarlo todo, ¿eh? ¡Todo!

Celia, visiblemente asustada, contuvo el aire y trató de calmarle de nuevo, aunque ni siquiera sabía qué palabras usar.

—Yago, siéntate un momento y…

Pero el chico ignoró su ruego.

—Lárgate de aquí.

—Pero yo puedo…

—He dicho que te largues.

—Yago…

—¿Es que estás sorda? Fuera, te digo. ¡Fuera!

Ese último grito fue tan intenso, que Celia retrocedió palidecida por el pánico. De repente se oyeron pasos al otro lado de la puerta, y cómo el cerrojo de esta se movía con celeridad. Al abrirse, varios guardias, sin duda alertados por el alboroto, entraron a la carrera y se lanzaron a forcejear con el chico. Pero este solo le miraba a ella, aunque su atención estuviera más lejos, al otro lado de aquellas paredes, en las voces y rostros de quienes le habían abandonado.

—¡Fuera, hija de puta, fuera!

La mujer, con el corazón latiendo a mil por hora, aprovechó que los guardias sujetaban a Yago para coger sus cosas, y se apresuró a salir de allí. Había visto y oído todo cuanto necesitaba para darse cuenta de que ese caso estaba podrido desde las raíces. No estaba acostumbrada a que la trataran de ese modo y, por supuesto, no lo iba a permitir. Llevaba muchos años como abogada y había visto muchas cloacas sin limpiar, y esa que tenía delante olía como el estiércol más

nauseabundo. Pero había que hacer frente. Ese era el trabajo que le habían encomendado y sabía cómo resolverlo.

...

Blasco entró en el edificio hecho una furia. No gritaba ni iba dando portazos, pero en la crudeza de sus aspavientos se reconocía la ira. Sus ojos estaban muy abiertos, pero de sus mandíbulas apretadas brotaban esputos ahogados.

Todo el camino desde el lugar en que encontraron a Rafael lo había hecho con esa expresión en el rostro. Había esperado allí, paciente y pensativo, las horas necesarias hasta que habían llegado los compañeros para levantar el cadáver y llevarlo a la morgue, pero una vez hecho esto, se había metido en el coche y había conducido con temeridad hacia Vadealobos. Carla, que había viajado todo el camino sin soltarse de la agarradera de su puerta, no había abierto la boca para pedirle prudencia al volante. Blasco era diestro como conductor, pero cuando el ánimo se enciende, hay habilidades que se opacan.

Sin preocuparse ni siquiera de dejar el coche cerrado, Blasco entró en el cuartel y se acercó a la mesa de Lorente mientras este movía sus dedos con agilidad sobre el teclado de su ordenador.

—¿Está abajo?

Lorente lo miró, confuso y sorprendido. Los labios del teniente preguntaban lo que sus ojos ya sabían. El guardia estaba ya al tanto de lo que habían encontrado en el coche quemado, y tras tanto tiempo trabajando allí, sabía que este y su superior eran algo más que dos conocidos, pero nunca había adivinado en el talante de Blasco una gravedad como aquella. Él debía responder ante la exigencia, aunque esa expresión tan cruda le invitara a ser comedido.

—¿Quién? ¿Yago? Sí, está abajo.

Sin emitir sonido alguno más que un bufido, el teniente se dio la vuelta y caminó resuelto hacia la escalera que bajaba a los calabozos. Lorente, alarmado, se puso en pie y caminó tras él. Carla, igual de sobrecogida, hizo lo propio. Entonces, esta se acercó a Lorente y le preguntó entre cuchicheos.

—¿Ha venido la abogada?

—Sí, vino hace unas horas, pero se fue rápido. No sabemos qué pasó, pero el chico se puso como loco y tuvimos que encerrarle.

La cabo enarcó una ceja y miró al guardia.

—¿En serio? ¿Y la abogada no os dijo qué ocurrió?

Lorente se encogió de hombros.

—No, nada. Salió de aquí corriendo. Parecía muy asustada.

Blasco, ignorante de cuanto se hablaba a sus espaldas, bajó las escaleras y se acercó al calabozo en el que estaba Yago. Se trataba de

un cuarto pequeño y húmedo, sin ventanas ni mobiliario alguno. Era un calabozo austero, de los que se usan para estancias cortas de quienes están pendientes de un juicio rápido. Tres paredes y una enorme reja en la cuarta. Una gran balda de cemento a un lado en forma de catre y nada más. Vacío, silencio y oscuridad.

El teniente se detuvo delante de la puerta y miró al interior entre los barrotes. Allí, apenas iluminado, estaba el chico tendido de lado sobre la balda, mirando a la pared, en una postura un tanto incómoda, con el cuello estirado y un brazo sobre su cabeza. Blasco lo miró con la misma rabia que le había invadido cuando vio el cuerpo de Rafael, y gruñó entre salivazos lo que hervía en su interior.

—Yago, levántate de ahí.

Pero el muchacho no se movió. Carla y Lorente se asomaron por las rejas y observaron con curiosidad.

—¡Levántate, chico! Vas a responder por lo que le has hecho a Rafael, ¿me oyes?

Pero la amenaza del teniente pareció caer en saco roto. Del interior del calabozo no brotaba ni respuesta ni sonido alguno. Era como si no hubiera nadie allí dentro.

—¡Yago, me cago en la puta!

Pero los aullidos del teniente tan solo recibían su propio eco por respuesta. Entonces, se giró hacia Lorente y agitó la cabeza.

—Abre la puta puerta.

El guardia, solícito, se acercó a la cerradura y metió en ella la llave con agilidad. Esta chirrió, y los goznes de la puerta se quejaron lastimeros ante su apertura. El hombre se aproximó al chico mientras sus compañeros aguardaban a su espalda.

—Vamos, muchacho, despierta —le azuzó Lorente, pero este no se movió.

Sorprendido, el guardia miró al teniente y se encogió de hombros. Entonces, ante las urgencias que apremiaban en la mirada del oficial, el guardia se inclinó sobre el chico, puso una mano sobre su hombro y tiró de él.

—Yago, despierta de una…

Ni siquiera fue capaz de terminar la frase. El cuerpo del chico se puso boca arriba, y la expresión de su rostro le hizo dar un traspié. Sus ojos estaban abiertos de par en par, al igual que su boca. Una mueca de terror congelado hacía que sus facciones estuvieran arrugadas y contraídas. Los agentes atisbaron cierta rigidez en sus músculos y sus extremidades. Ante tal imagen, Carla dio un paso acelerado hacia adelante, y puso sus dedos sobre la yugular del chaval en busca de alguna pulsación perdida.

Su cuerpo estaba frío.

Su corazón estaba parado.

La evidencia era incuestionable.

Allí, en ese calabozo frío y oscuro, el único sospechoso de la muerte de Rafael Dimas, el único clavo ardiente al que podían aferrarse, se había extinguido.

Allí, dentro de ese lúgubre espacio erigido para infames, Yago yacía muerto.

...

Ya no corría.

Cuando Celia llegó a su casa, la expresión sobrecogida con la que había salido de los calabozos de la Guardia Civil había pasado al olvido. Ahora caminaba con calma, alzando la cabeza sin preocuparse de donde ponía sus pies. Cerró la puerta a su espalda y dejó la carpeta y el bolso sobre la mesa de roble del salón. La casa era grande, de dos plantas, con lustrosos acabados y brillantes suelos de madera. La mujer subió las escaleras en dirección al cuarto de baño, pero no lo hacía con las manos vacías. Una vez dentro, se acercó al amplio espejo que gobernaba el cuarto y pulsó el interruptor que iluminaba con mayor brillantez el lavabo.

Se miró a ese espejo y ladeó la cabeza: apenas se reconocía. Entonces, levantó una de sus manos y observó con curiosidad el vaso de café que le había llevado a Yago. No lo había dejado en aquella habitación del cuartel cuando la ira del muchacho le hizo huir de allí. Ni por todo el oro del mundo lo hubiera hecho. Habría sido una enorme torpeza. Después, bajó la vista y buscó la pequeña papelera que tenía bajo el lavabo y lo tiró dentro. Volvió a erguirse y se miró al espejo de nuevo: estaba cansada del papel representado y prefería volver a su ser. Respiró con calma y se llevó las manos a la cara.

Se quitó las gafas, que no estaban graduadas, pues ya no las necesitaba.

Tiró de su rizada cabellera negra, y esta se desprendió de su cabeza hasta liberar un lacio y corto pelo rubio, casi blanco, oculto bajo ella, pues la otra no era suya

Rozó con los dedos las aletas de su nariz e introdujo las uñas bajo los pliegues escondidos, hasta que la piel se separó de su rostro, dejando libre una nariz achatada y pequeña, diferente a la que tenía antes, pues la otra no era suya.

Tiró de sus pestañas, y estas cayeron en el lavabo, pues no eran suyas.

Humedeció las yemas de sus dedos, inclinó su cuerpo y, al volverse a levantar, sus ojos marrones tornaron a unos de color verde, pues los otros no eran suyos.

Entonces, tras todo eso, Celia volvió a mirarse al espejo y, ahora

sí, se reconoció. Era la mujer de siempre y la abogada de siempre, que en eso no había mentido. La máscara que la había convertido en Celia, la ingenua letrada de Yago, el muchacho al que le esperaba un futuro oscuro y tenebroso, ya había caído. Celia era un fantasma, y ella no volvería a transformarse en esa mujer nunca más, pues Celia ni siquiera era su nombre.

La mujer salió del baño y bajó las escaleras hasta el salón. Se quitó la americana y se acarició el cuello para tratar de relajar sus tensos músculos. Después, se acercó a su bolso y hurgó dentro hasta dar con su teléfono móvil. Pulsó sobre él y se lo puso al oído. Al poco, una voz al otro lado la conminó a hablar.

—Sí, soy Teresa. Ya está hecho. Es cuestión de horas, si es que no ha ocurrido ya, así que no os preocupéis más. Ya… Ya lo sé, pero la próxima vez, si la hay, elegid a alguien que sepa moverse. Ese chico era un estúpido, amenazó con delatarnos. Nos ha podido joder bien. Vale… Está bien, pero no voy a volver a hacer esto, ¿de acuerdo? Y otra cosa, dile al gilipollas ese, que antes de comportarse como un capullo, que se tire por un jodido puente. No es la primera vez que limpiamos su mierda por no saber controlarse, como pasó aquella otra vez… Nunca debimos meterle en esto. A ninguno de ellos. Debimos hacerlo tú y yo solos, pero bueno…. Vale, vale.

Sin ni siquiera despedirse, Teresa colgó el teléfono y lo dejó sobre la mesa. Estiró su columna y emitió un leve quejido. Estaba agotada, y su sillón era grande y cómodo. Sin duda, tumbada sobre él abatiría tanta extenuación.

…

Lorenzo Marín, sentado en su despacho, colgó el teléfono y se llevó una mano a la barbilla mientras reclinaba su asiento. Había una cierta quiebra en su conciencia, tanto por lo ocurrido ahora como por lo pasado antaño, aunque esa misma conciencia era algo a lo que pocas veces hacía caso. Habían pasado demasiados años de aquello y ya debería estar todo olvidado, pero hay gente a quienes los fantasmas los persiguen hasta la propia tumba. Teresa y él estaban hechos de otro material, uno duro e implacable que los ayudaba a mantenerse ajenos a viejas heridas, pero había veces que incluso ellos debían verse inmersos en mares que no querían surcar. Eran como patrones en la tormenta. Como marinos veteranos de aquellos que no dejan que la penalidad se lleve las presas hechas. Ellos no iban a perder lo ganado. Eso nunca.

16

La biblioteca del pueblo era pequeña en extensión, pero sus dos alturas la dotaban de algo más de espacio para los estudiosos de Vadealobos. Su fachada no desentonaba en nada con la estética de los bloques que la rodeaban. Sus paredes estaban levantadas en piedra, y sus ventanas enrejadas asemejaban a las de cualquier otro edificio oficial. Tan solo sus puertas, compuestas por dos grandes cristaleras del suelo al techo, llamaban la atención de los viandantes. Se había construido hacía pocos años gracias a las ganancias municipales de los veranos de bonanza, y se había amueblado con librerías y mesas de corte modernista pero sobrio, que conferían a sus espacios el suficiente recogimiento que precisaban las letras. Allí dentro, tras el mostrador de recepción, hileras de estanterías repletas de libros envolvían una sala central de amplias mesas de grisácea factura donde algunos jóvenes se volcaban sobre sus libros y apuntes. En uno de los laterales había una larga mesa con todos los periódicos locales y nacionales del día dispuestos sobre ella, mientras que en la otra había cuatro pupitres con otros tantos ordenadores encendidos en cuyas pantallas brillaba el logo de la biblioteca. Al fondo de la sala, bajo uno de los mayores ventanales de la pieza, había otros dos ordenadores que reposaban vacíos a la espera de clientela. Eran similares a los otros, pero el letrero bajo el que estaban situados daba a entender que su función allí era una específica: «Hemeroteca».

Y allí fue Javier.

Se había levantado pronto, como acostumbraba. Desde que permanecía instalado en ese hotel a la fuerza, apenas lograba dormir unas horas del tirón. Tenía muchas cosas en la cabeza. Hacía un tiempo que la Guardia Civil no reclamaba su presencia, pero tampoco le había dado carta libre para marcharse del pueblo. En recepción le habían asegurado que su pernoctación estaba pagada, pero aun así le devoraban por dentro los nervios nacidos de la incertidumbre. Podía haberse marchado de allí, pero eso hubiera dado pie a conjeturas incómodas y alejadas de la realidad que no le ayudarían en nada: él era inocente, e inocente permanecería.

Pero dudaba.

La conversación con el jardinero había sacudido su templanza. Había preguntas sin respuesta que no podían quedar como tales si quería seguir todo lo cuerdo que estaba. Javier había navegado toda la noche por internet desde su teléfono, pero no había encontrado nada sobre *Las trece casas*. Ni un dato, ni una noticia. Cierto era que había referencias pasadas a Vadealobos en la prensa, pero ninguna de ellas

utilizaba ese término. Estaba ciego y sordo ante la extrañeza de aquello que oyó mentar, y, ante eso, pensó que quizá en la biblioteca del pueblo pudiera encontrar algo de luz.

Por eso estaba allí.

Tras preguntar en voz baja a la bibliotecaria, una mujer entrada en años con el cabello corto y oscuro, y unas pequeñas gafas de montura fina que escondían ojos afables, el hombre se dirigió a la hemeroteca y se sentó frente al ordenador. Como bien le dijo la mujer, en aquel aparato estaban digitalizados periódicos y documentos oficiales pertenecientes hasta casi un siglo antes, de modo que en alguno de ellos debería encontrar aquello que tanto ansiaba… pero no iba a ser fácil. Nada más activar la pantalla, en la página principal, bajo un título que anunciaba el desempeño de la herramienta, había un amplio buscador donde debía escribir el objetivo de su búsqueda. Un poco más abajo había un botón donde ponía «filtro», y al pulsar sobre él aparecieron una serie de opciones que hacía referencia a fechas, nombres de periódicos y cosas por el estilo. Javier los observó con minuciosidad, pero cerró el opcional: salvo el nombre, no tenía ni idea de cuándo y dónde buscar. Entonces, miró el buscador y probó fortuna: *Las trece casas*. Pulsó el botón de buscar y esperó. Al poco, tras apenas unos segundos, un mensaje que decía que no se había encontrado referencia alguna en la base de datos apareció en la pantalla, y el ánimo del senderista se vino abajo.

Nada.

Ni una sola noticia.

Javier se echó hacia atrás en su silla y se llevó las manos a la nuca mientras resoplaba. Cuando le había planteado la cuestión a los guardias civiles, había reconocido un destello extraño en los ojos del teniente, pero este no había abierto la boca. Cuando se lo dijo al jardinero, ese mismo destello se reflejó en sus ojos. Era como si al nombrarlo se encendiera una luz roja, una prohibición, un silencio. Parecían palabras proscritas y olvidadas a conciencia. Pero en ellas había algo por encontrar. Cosas que no sabía si tenían algo que ver con él o no, o algo que pudiera involucrarle en todo ese meollo, aunque fuera indirectamente, por accidente. Javier presentía que en aquellas malditas casas podía ocultarse su derecho a marchar, y estaba convencido de ganárselo.

Pero ese ordenador escribía con suficiencia lo que no quería leer, y eso no era más que el vacío. El hombre resopló de nuevo y agitó la cabeza, meditabundo, sin saber por dónde continuar.

—¿Está usted bien?

La voz a su espalda, suave y dulce de mujer, le hizo dar un respingo.

—¿Qué? Ah, sí, sí —tartamudeó—. Me encuentro bien, gracias.

La bibliotecaria, que llevaba varios libros en las manos, sin duda preparados para volver a sus baldas, sonrió y se fue a dar la vuelta cuando Javier la detuvo.

—Dis... Disculpe un momento. Verá, estoy un poco perdido y no sé cómo buscar. ¿Es usted del pueblo?

La mujer arrugó las cejas, extrañada, pero al instante volvió a esbozar la misma cordial sonrisa de antes.

—Sí, soy del pueblo, de toda la vida. ¿Puedo ayudarle en algo?

—Pues… Quizá sí. No consigo encontrar una cosa que he oído, y ya no sé si es real o no. Creo que es algo propio de Vadealobos, pero no estoy seguro.

Javier titubeó. Las dos veces antes que había dicho aquellas palabras, dos personas habían reaccionado con tibieza. Si esa mujer era del pueblo, quizá ella compusiera un gesto similar, así que debía decirlo con tacto y prestar atención a los detalles. Se giró un poco más sobre su silla y miró a los pequeños ojos rodeados de arrugas de la mujer. Tomó aire y lo aguantó en su interior.

—Estoy buscando información acerca de *Las trece casas*.

El destello.

De nuevo ese mismo destello.

Por un momento, los tiernos ojos de esa mujer se agitaron dentro de sus cuencas, y un veloz parpadeo los ocultó. Un leve cambio en su expresión refrendó a Javier que había dado en el blanco. Ella conocía la historia; ella sabía qué ocultaban aquellas palabras.

—¿*Las trece casas*? —indagó la mujer, perpleja.

—Sí, eso mismo. No he encontrado nada ni en internet ni ahora en este ordenador. ¿Usted sabe qué es eso?

Ahora fue la mujer quien titubeó. Tomó aliento con profundidad y miró al hombre mientras se mordía los labios. Después, ladeó la cabeza, como si batallara contra su memoria, y su mirada se liberó de sombras.

—No va a encontrar ninguna noticia sobre *Las trece casas* —afirmó —, porque ese término solo lo utilizamos los mayores del pueblo, no la prensa. Los jóvenes ni siquiera saben lo que significa.

Al escuchar eso, una llama de esperanza creció desmedida en el interior de Javier. Aquella mujer parecía dispuesta a contar lo que otros callaban. Aquella mujer parecía dispuesta a desenmascarar fantasmas.

—Entonces… ¿Usted puede ayudarme? ¿Qué son *Las trece casas*?

La mujer tosió y se inclinó levemente sobre el hombre.

—Pues verá, eso es de hace mucho tiempo. Sería por… —la mujer perdió su mirada un instante tratando de recordar la fecha— 1994, creo. Demasiados años. Por eso muchos no lo recuerdan, pero sí que lo hacemos los viejos… y solo lo nombramos los viejos. Fue un mal año

ese. Muy malo. Aquí, en Vadealobos, nunca pasa nada. A veces hay riñas entre vecinos, alguna voz más alta que otra, ya sabe usted, pero no mucho más. También hay accidentes, pero no suelen ser graves, poca cosa. Salvo en 1994. Todo fue malo aquellos días, por eso tratamos de olvidarlo.

Javier, que la observaba sin apenas pestañear, insistió.

—¿Qué ocurrió ese año?

La mujer suspiró, sobrecogida.

—¡Puf! De todo. A principios de año hubo una nevada tremenda. Nos quedamos incomunicados. Algunos lo pasaron muy mal. Después hubo un enorme accidente en la carretera de entrada al pueblo y varios murieron. Gente conocida... Luego pasó lo del muchacho de los Horcada —relató santiguándose—. Tan joven… Una lástima. Meses más tarde hubo una riada por las tormentas de verano, y dos vecinos de toda la vida murieron ahogados en su propia casa, en la parte baja del pueblo. Y para colmo, en noviembre de ese año, como si las ánimas quisieran arrebatarnos el poco aliento que nos quedaba, pasó lo de *Las trece casas*.

La bibliotecaria, como si la sola evocación de aquellos recuerdos fuera capaz de secar sus labios, calló un instante, y Javier notó cómo la incertidumbre que le corroía por dentro engullía sus entrañas.

—¿Qué…? ¿Qué ocurrió?

La mujer volvió a suspirar. Se notaba que la herida de esa historia aún supuraba, por poco que fuera. Aún había sal en sus rasguños.

—Una tragedia. La más grande de Vadealobos. Ocurrió en la parte alta del pueblo. Allí habían construido una urbanización nueva llamada Altozano, con casas grandes de esas de dos plantas, sótano, garaje… todas esas cosas. En aquella época eran las mejores del pueblo. Una maravilla. Trece eran las casas. Eran las trece por las que usted me pregunta. El caso es que una madrugada, a finales de noviembre, una de las casas que estaba reformándose se incendió. Los materiales que había dentro, por la obra, eran muy inflamables, así que ese fuego fue… ¡Puf! Daba muchísimo miedo. Las llamas se veían desde todas partes. Esa luz… Ese olor… Han pasado muchos años, pero me acuerdo bien de aquello. Nunca he vuelto a ver algo así.

La mujer calló de nuevo, con la lengua contenida por la congoja. Pero Javier quería más. Javier necesitaba más.

—¿Se quemaron las trece casas?

—Sí, las trece. Algunas más que otras, claro. El fuego fue tan violento que pronto se expandió a las casas de alrededor, y alcanzó a todas. Algunas, con el tiempo, pudieron rehabilitarse porque las llamas no afectaron a su estructura, pero las más próximas a la casa en obras… Esas se convirtieron en cenizas y ya nunca volvió a habitarlas nadie. Allí arriba siguen, en ruinas y ennegrecidas por la ceniza.

Dejadas allí para que nadie olvide lo que pasó.

Javier resopló más por la sobrecogida expresión de la mujer que por la historia en sí.

—Vaya. ¿Y murió alguien o…?

—Por desgracia, sí —contestó la mujer con pesadumbre—. Seis vidas se cobró aquello. Fue una pena. Los niños… ¡Por Dios! Pobres niños…

La mujer enmudeció, y Javier hizo lo propio tratando de asimilar lo que había escuchado. Era una tragedia, sí, pero había pasado tanto tiempo que no entendía por qué la gente reaccionaba con reticencias ante aquello. El dolor, imaginaba, silencia la memoria. Además, no había nada en todo aquello que tuviera algo que ver con él. Si lo pensaba bien, ni eso ni la desaparición del hombre por lo que le interrogaban. Él, Javier Izaguirre, solo era un tipo con la mala suerte de haber caído en el lugar y la hora equivocados, nada más. Él ni siquiera debía estar allí. Todo era absurdo.

El montañero se levantó de la silla y agradeció a la bibliotecaria su ayuda. Esta volvió a sonreír y se dio la vuelta en dirección a las estanterías que tenía a su espalda. El hombre, sin más interés en la búsqueda, miró alrededor. Los pocos que seguían sentados en las mesas permanecían con su atención centrada en los libros que tenían delante. Él ya no tenía nada más que hacer allí, de modo que caminó con calma hacia la salida, pero antes de llegar a ella, se dio de bruces con la mesa donde se desplegaban los periódicos del día, y la inercia le hizo echar un vistazo.

Fue solo eso, una ráfaga sin apenas interés, pero sus ojos leyeron, medio oculto entre las portadas, unas palabras que le hicieron detenerse en seco y lanzarse ávido hacia la mesa. Metió los dedos entre los papeles y tiró de aquel periódico que había llamado su atención. Entonces lo izó, y leyó, estremecido, aquel titular escrito en mayúsculas en un desconocido periódico local, cuyas palabras sintió como una soga puesta sobre su cuello: «Encontrado el cuerpo sin vida del hombre desaparecido en Vadealobos. Ha sido hallado dentro de un coche quemado cerca de la carretera hacia Astorga. La Guardia Civil sospecha de un posible asesinato».

Javier contuvo el aliento, convulso, hasta casi ahogarse. Aquella historia, que ya antes estaba tiznada de un ocre color oscuro, ahora se estaba volviendo de un negro que daba miedo. Y él, sin entender aún el porqué, estaba atrapado en medio de todo ello.

17

El dolor por la pérdida puede oprimir tanto al alma, que este llega a desvanecerse dentro del cuerpo aún vivo. En esa tibia mañana de junio, donde el sol alzaba la cabeza con timidez entre una legión de nubes espesas, el alma de Blanca ya no era suya. Se había rendido y despedazado. Blanca, ante la presencia del cuerpo frío e inerte de Rafael, ya no era Blanca.

El teniente Blasco salió de la sala de la morgue, donde reposaba el cadáver, con el corazón encogido y el rostro desencajado. Entre sus manos sujetaba el lánguido cuerpo de la mujer, que a duras penas lograba dar un paso tras otro. Fuera, Lorente, que esperaba a que ambos terminaran el burocrático reconocimiento del cuerpo, se abalanzó hacia ella para sujetarla cuando el teniente la soltó. Este le susurró unas palabras, y el guardia afirmó con prontitud. Entonces, Lorente agarró con fuerza a Blanca y la atrajo contra su cuerpo para que la mujer no desfalleciera. Giraron hacia el largo pasillo de salida y caminaron hacia allí con torpeza mientras Blasco los miraba en silencio sin moverse.

Carla, que los observaba desde el otro lado, no dijo una palabra. Ella no los había acompañado en la difícil tarea de reconocer el cadáver. En otra ocasión sí que lo hubiera hecho, pero en esa, Blasco le había rogado algo que casi más parecía una orden: querían entrar solos. Blanca había llegado a la morgue con el rostro palidecido y sus agrietadas y agarrotadas manos retemblando de dolor. Pero no era solo sufrimiento físico lo que vio la cabo. Su padecimiento estaba dentro de un corazón roto, uno incapaz de latir como antes. Por eso ella había accedido a la demanda de su superior. Él conocía a la mujer, al igual que conocía a Rafael. Había visto cómo vacilaron los ojos del teniente cuando vio el cuerpo quemado de su antiguo amigo. Había presentido sus sollozos aunque su rostro no mudara. Lo había sentido llorar. De modo que ella había esperado fuera, y desde allí había escuchado los alaridos que había emitido la mujer, sin duda, al descubrir a su marido en ese cuerpo apaleado.

Y también le había dolido.

No era la primera vez que Carla era testigo de esa profunda tristeza, pero hay gritos que encogen el alma más que otros, y los de Blanca habían sido de esos. Era una mujer mayor que se quedaba sola y vacía, y si de verdad sus facultades mentales estaban dañadas, aquel episodio serviría para destrozarla del todo. Por esa razón, ella misma sintió como propia esa desazón, por mucho que había entrenado sus emociones para endurecerse ante las tragedias… sean cuáles sean.

Blasco era de otro tipo. Sabía mantener las formas aunque lo que viera le atravesara las entrañas. Era un agente de estirpe, veterano de generaciones, aunque humano como cualquier otro. Ahora se mantenía quieto con la vista posada en el vacilar de Blanca, pero con sus pensamientos perdidos en la nostalgia de esa misma pérdida que enturbiaba a la mujer. Era evidente. Carla, aunque las urgencias apremiaban, no se atrevió a dar un paso hacia él. No quería entrometerse en su pena; en aquello que rumiaba.

Pero Blasco sí que reparó en ella.

El teniente ladeó la cabeza y se sacudió. Se llevó una mano a la frente para tratar de mudar el gesto de congoja, e inspiró profundamente. Entonces, giró su cuerpo y se acercó a Carla. Esta, al principio, dudó qué palabras utilizar en un momento donde toda expresión parece sobrar, pero al fin dejó que sus labios soltaran lo único que se puede decir en un momento así.

—Lo siento.

Blasco cabeceó, agradecido, y volvió a mirar al final del pasillo, donde Lorente y Blanca enfilaban la puerta de salida del edificio.

—Pobre mujer —susurró el teniente—. No sé cómo podrá superar esto.

—Ya —admitió Carla—. ¿Tiene más familia?

—No —respondió Blasco con rotundidad—. Estaban solos. Nunca tuvieron hijos. Blanca tenía una hermana, pero murió hace años. Ahora está sola.

Ambos callaron. El futuro que aguardaba a esa mujer era tenebroso, uno imposible de envidiar, pero pararse a pensarlo tampoco ayudaba en nada. Urgía encontrar respuestas a preguntas complejas.

—¿Has leído el informe del forense? —preguntó el teniente.

—Sí, lo he hecho. Rafael ya estaba muerto cuando Yago quemó el coche. Han encontrado una incisión en su torso producida por un objeto afilado que le perforó el pulmón. No murió al instante. Se ahogó en su propia sangre.

Blasco chasqueó la lengua ante esa certeza.

—¿Y lo de la esquirla de metal?

—Sí, eso —afirmó la cabo—. Según el forense, podría ser la punta de un cuchillo pequeño o una navaja. Es un pedazo que se quedó clavado en una de sus costillas, pero es muy pequeño. Lo he visto. Hemos registrado la casa del chico, pero no hemos encontrado nada que cuadre con eso.

—Vale. ¿Hablasteis con su madre?

—Sí, también, pero la pobre mujer no sabe nada. Es mayor. Tuvo a Yago por accidente cuando ya creía que no tendría familia. Está destrozada. Perdió a su marido cuando el chico era muy pequeño, y

ahora esto. Ella no tenía ni idea de lo que hacía su hijo

—De acuerdo —bufó Blasco por lo bajo—. De modo que no tenemos nada. El único sospechoso con el que contábamos, ahora está muerto, así que volvemos a la casilla de salida.

Carla fue a protestar, pero se dio cuenta de que no contaba con argumentos suficientes como para rebatir lo que el teniente aseveraba. Cierto era que Yago era su mejor baza para desentrañar el entuerto, pero antes de morir no habían conseguido sacarle nada. Ahora no había por donde continuar, aunque tampoco podían quedarse con los brazos cruzados.

—¿Izaguirre? —preguntó Carla, de improviso.

El teniente agitó la cabeza, apesadumbrado.

—Volveremos a hablar con él, a ver si tiene alguna relación con Yago, aunque yo creo que ese tipo no sabe nada de todo esto.

—Pienso igual —admitió la cabo—, pero pocas balas nos quedan.

—Cierto. Por eso mantenlo en el hotel, que espere aún unos días más.

—No será fácil. Si no lo detenemos, puede largarse.

—Ya, pero si lo hacemos sin una evidencia clara nos podemos meter en un buen lío. Aun así, me pareció un tipo comedido. Quiere colaborar, así que no creo que se vaya.

—Muy bien, eso haré.

Volvieron a guardar silencio. Entonces, Blasco, que de repente pareció haberse incendiado por dentro ante una silenciosa reflexión voraz, apretó los puños y abrió los brazos.

—¡¿Cómo pudo pasar?! Lo de Yago en el calabozo. ¿Envenenado? ¿En serio? ¿Delante de nuestras putas narices?

Carla, ante las desconocidas respuestas que le demandaba su superior, se encogió de hombros.

—Lo que fuera que bebió el chico, no era suyo. Lo habían registrado a conciencia. Su abogada entró en el cuarto para su entrevista con un café en las manos, y cuando salió también lo llevaba. Algo tenía que haber ahí.

El teniente se agitó con violencia y se llevó las manos a la cabeza.

—Joder, ¡joder! ¡Cómo cojones…!

Pero no terminó la frase. No hacía falta. La cabo sabía perfectamente lo que iba después, porque ella misma hubiera firmado esa frase palabra por palabra.

—La mujer firmó en recepción como la abogada Celia Méndez. Su documentación estaba en regla. Todo parecía legal, pero cuando hemos ido a certificar su identidad, no hemos encontrado nada. No la conocen en el colegio de abogados, su documentación no coincide… Esa mujer no existe.

Blasco volvió a sacudirse.

—¿Y las cámaras?

—Pues en ellas se ve lo mismo que vieron los compañeros. Una mujer mayor, de pelo oscuro y rizado. Llevaba gafas. Nariz puntiaguda y ojos marrones. Nadie la conocía. Hemos dado parte de su descripción a ver si alguien da con ella.

—¿Y su coche? ¿Cómo llegó allí?

—Nada. Vino andando. Ninguna de nuestras cámaras del exterior ha grabado vehículo alguno. Puede que viva por los alrededores o puede que la dejaran cerca. No lo sabemos.

—¡Me cago en la puta!

De nuevo, la reacción de Blasco no fue ajena al propio sentir de Carla. Quien quiera que fuera aquella mujer, había actuado con diligencia. Y lo había hecho bien. Ahora ellos andaban buscando un fantasma sin nombre ni rostro. Era como buscar una aguja en un pajar, y esa aguja estaba afilada y hería con saña.

El teniente puso los brazos en jarra y jadeó encolerizado.

—Muy bien. Vamos a ver qué tenemos. Por un lado, Rafael está muerto. Queda claro que lo apuñalaron en la vereda, y que Yago se lo llevó de allí en el maletero del coche para quemarlo. Por otro lado, un jodido fantasma entró en nuestras dependencias, y delante de nuestros propios ojos envenenó al único sospechoso que teníamos, así que nos hemos quedado con los pantalones bajados, y sea quien sea nos está dando por culo pero bien, ¿es así?

Carla enarcó un tanto las cejas ante esas evidencias tan elocuentes, y afirmó con la cabeza.

—Pues… Sí. Más o menos es eso, aunque aún hay vías que investigar.

Blasco cabeceó por enésima vez.

—Enuméramelas, por favor.

Ahora fue la cabo quien resopló.

—Bien. Cierto es que con Yago muerto, tenemos pocas opciones, pero es evidente que ese chico solo era una punta de lanza. Quizá hasta una cabeza de turco. Según el forense, Rafael murió entre la medianoche y las cuatro de la madrugada de la noche de su desaparición. Yago apareció en las cámaras a las tres y diecisiete.

—Entonces el autor material del asesinato pudo ser perfectamente él.

—Pues sí… y no. Me explico. Por las horas, efectivamente pudo ser él, pero hemos triangulado la posición de su móvil esa noche, que por fortuna no lo había apagado. Según parece, el chico salió de su casa hacia las dos y media. Su madre nos lo ha confirmado. De ahí fue al almacén a por el coche. Parece que llegó a la vereda pasadas las tres, así que, aunque le hubiera dado tiempo a hacerlo, da la sensación de que fue allí con prisas a hacer un trabajo encomendado con

antelación. Algo rápido. No fue muy cuidadoso en el proceso.

—Un trabajo encomendado… ¿Crees que tenía un cómplice?

—Bueno. Más que un cómplice, a mí me da la impresión de que atendió a una llamada inesperada. Yo creo que fue a llevarse el cuerpo, no a matarlo.

—Entonces, el asesino es otro.

La cabo afirmó con un chasquido de sus labios.

—Eso intuyo. Él intentó deshacerse del cuerpo de Rafael para tapar a otra persona, pero lo hizo de manera improvisada, sin planificarlo, nada estaba pensado. Los guardias dicen que cuando la abogada estuvo con Yago, este montó en cólera de tal manera que tuvieron que entrar para reducirlo. Dicen que la mujer estaba asustada, y que el chico decía entre gritos que iba a confesarlo todo. ¿Confesar qué? Es evidente que en esta historia hay mucho más. El muchacho ocultaba nombres más importantes que el suyo. Yago iba a delatar al asesino, y por eso se lo han quitado de en medio.

El teniente se mordió los labios y meditó. Lo que en un principio parecía ser una simple desaparición, se había transformado en una pútrida telaraña que lo envolvía todo. El peso de la investigación comenzaba a ser excesivo como para que ellos solos pudieran levantarlo. No tenía ningún sentido. Nada parecía lo que era. La locura se estaba estableciendo bajo las cimas de las lomas que rodeaban el pueblo.

—Vadealobos es un lugar tranquilo —recitó Blasco entre susurros casi más para sí que para la cabo—. Aquí no pasan esas cosas.

Carla ladeó la cabeza y guiñó los ojos.

—Pues ahora, sí, y se nos está yendo de las manos. Tenemos que evitar que esto llegue a Madrid. Hay que cerrar el caso antes de que envíen a otros y nos manden a la mierda. Las vacaciones de verano se acercan, y el pueblo vive de ellas.

Blasco le miró, y en sus ojos se dibujaron los esbozos ocultos de una inquina igualmente oculta.

—Ahora mismo me importa una mierda el verano y el puto pueblo. Lo que sí me importa es que Rafael está muerto, y el hijo de puta que lo ha hecho está en la calle. No vamos a ir con prisas para colgarle el cadáver a cualquier desgraciado. Quiero a ese cabrón, ¿me oyes? Tenemos que dar con él... o con ella. Con quién sea.

La cabo, ante el ataque de rabia escenificado en los labios de su superior, afirmó con un gesto e inspiró todo cuanto pudo. Después, miró a su compañero y vaciló.

—¿Seguro que Rafael no tenía enemigos?

—Pues no podría asegurar nada —afirmó el hombre—, pero no me consta. Como te dije, hacía años que mi relación con él no era la misma, pero nunca nos tratamos mal. Cuando le daba a la botella se

volvía un poco cargante, incluso irritante, pero no tanto como para que le hayan hecho esto.

—Ya. ¿Y en el pasado? ¿Alguna rencilla antigua?

Blasco volvió a negar.

—No, tampoco recuerdo nada de eso. He preguntado a Blanca y también me lo ha negado. Solo son dos infelices que no se metían en la vida de nadie. No merecían esta mierda.

La cabo soltó el aire y se llevó una mano a la nuca. Los caminos por los que tirar, ahora agonizaban ante las incertidumbres sin respuesta. Les quedaba la bala de Javier Izaguirre, pero estaba segura de que aquel hombre no era más que un testigo ciego y sordo como ellos. La abogada parecía una sombra diluida en una noche cerrada. Técnicamente, no tenían nada. Habían encontrado el cuerpo, pero en él no había más huellas que las de Yago. También tenían el coche. Sabían quién lo conducía, hasta dónde fue y qué hizo con él, pero esa alternativa ya no hablaría jamás. En cierto modo, habían vuelto al punto de partida, aunque con la mitad de la energía que tenían al principio. Aquello era como correr una maratón sin zapatillas. Hay una posibilidad de completar la carrera, pero es casi imposible hacerlo sin acabar herido. Porque heridos estaban.

El teniente puso una mano sobre el hombro de Carla, y con su movimiento la invitó a acompañarle a la salida.

—Vámonos, Carla, aquí no podemos hacer más. Investiga el entorno de Yago, ¿de acuerdo?, a ver si encontramos algo, cualquier cosa. Quizá hayan dejado alguna pista atrás. No podemos dejar de mirar hacia todos lados. Por lo que a mí respecta, todo Vadealobos es sospechoso.

Aquellas palabras, pronunciadas por la envilecida lengua de Blasco, le sonaron a Carla como una sentencia. El teniente ardía de ira ya no solo por la pérdida de su amigo, sino ante la impotencia de verse inútil en la travesía. Como él había dicho antes, y bien había comprobado ella misma desde que llegó, Vadealobos era un lugar donde los asuntos de sangre no tenían tradición alguna. Era un sitio tranquilo, familiar, el lugar ideal para pasar unas buenas vacaciones de verano en busca de descanso, montañas y frescor ante el sol estival. Vadealobos no era tierra de tragedias. No, al menos, hasta esos días.

18

Hacía solo unos días que Lorente había dejado a Blanca en su casa, cuando la desaparición de Rafael aún estaba llena de incógnitas, y ahora volvía a hacerlo con la dolorosa certeza de su aparición, pero su comportamiento era similar: Blanca apenas reaccionaba.

La mujer se sentó en su viejo sillón y hundió su cabeza entre los hombros. Su mirada era triste como pocas. Aquellos ojos hundidos, y serpenteados por brillantes regueros de lágrimas aún sin secar, contemplaban el suelo de su hogar sin fijarse en los elaborados mosaicos que antaño dibujaron sobre las baldosas los artesanos. Los había visto tantas veces que ya se los conocía de memoria. Eran de tamaños desiguales y de colores desiguales. Agradables al tacto en verano, pero fríos e inclementes en los inviernos de León. Blanca sabía bien dónde pisar y dónde no. Conocía cada pared, cada azulejo y cada esquina de aquella endiablada y arcaica casa que ahora, sola como estaba, se le caía encima con despiadada crudeza.

Porque Blanca, mayor y cansada, se había quedado sola.

A Lorente le pudo la lástima. Sabía bien de las habladurías del pueblo hacia ella. Conocía los entresijos de aquellas voces que la tildaban de desequilibrada, pero él había lidiado con aquellos ojos desvalidos y sabía que bajo la coraza de la locura se escondía una mujer asustada y cuerda. Cierto era que ella, gracias sobre todo a los excesos de su marido con la botella, había dejado cierto espacio a las murmuraciones por su reticencia a acercarse a la gente, y eso siempre alimenta a las alimañas más dispuestas al escarnio público que a la piedad. Blanca, si bien no parecía estar del todo en sus cabales, tampoco era la enfebrecida desquiciada que describían algunos. Ella solo era una infeliz que había tenido que lidiar con fantasmas toda su vida, y lo había llevado siempre lo mejor que había podido. Pero ahora, sentada, con los hombros caídos y las manos encogidas y temblorosas, al agente le pareció que esa mujer acababa de envejecer veinte años de golpe. En ese momento, ella parecía mucho más anciana de lo que era.

—Blanca, ¿seguro que no quieres que venga alguien a quedarse contigo? —preguntó Lorente endulzando su tono de voz—. Algunas de tus vecinas se han ofrecido a acompañarte.

Durante unos segundos la mujer no pareció haber escuchado al agente. Al poco, hizo un ademán con la mano y agitó negativamente la cabeza. Cierto era que varias de sus vecinas más cercanas se habían apostado a su puerta, dispuestas a no dejarla sola, pero Blanca se había encerrado tanto en sí misma que había denegado toda ayuda,

aunque era evidente que la necesitaba. Ella no quería ver a ninguna de esas mujeres sentada a su lado abrazando su desconsuelo. Era consciente de que esa ayuda respondía más a la compasión que a la cercanía de corazón, y lo que de verdad reclamaba ella en ese momento era no más que silencio. En soledad, cada uno rumia sus desdichas con libertad; en multitud, se las traga.

A Lorente le apenó dejarla allí sola, pero sus obligaciones le exigían volver al puesto de Vadealobos. La muerte de Yago dentro de sus propias dependencias había puesto en entredicho la supuesta eficiencia del cuerpo. Alguien había envenenado al chico ante sus propios ojos, y después se había dado a la fuga sin necesidad de una huida acelerada. Un caso como ese era una completa vergüenza contra la que debían lidiar de la mejor forma posible, y la única manera de contrarrestar el bocado de sus superiores era dar con el paradero de cuantos asesinos hubiera implicados. No tenían ni idea de si eran uno o varios, pues en ese momento ni siquiera podían asegurar que quien mató a Yago fuera el mismo que mató a Rafael, pero algo tenían que hacer. Todo era un misterio. Todo era un maldito enigma.

—Me tengo que ir, Blanca. Quédate aquí y procura descansar. Te llamaré en cuanto pueda para informarte de todo, ¿de acuerdo?

La mujer levantó la cabeza con levedad y observó al agente. Sus labios, agrietados y secos, se abrieron unos milímetros, y de entre ellos brotó una temblorosa y tenue voz.

—¿Cuándo…? ¿Cuándo podré enterrar a mi Rafael?

Lorente, ante tal ruego, porque es lo que fue, no pudo evitar cierta vacilación.

—Muy pronto. En cuanto acaben con él. Puede ser cuestión de horas; un par de días como mucho.

Blanca no respondió. En su lugar, volvió a bajar la cabeza para perder su mirada en el suelo. Al agente, de nuevo, le pudo la pena, y pensó en poner una mano sobre el hombro de la mujer, buscando ofrecerle consuelo, pero se contuvo. Sabía que ella no era proclive al acercamiento humano más allá del abrazo de su marido, y ahora que no lo tenía, no sabía cómo reaccionaría ante ello. Era mejor dejar tiempo al tiempo. Las horas, los días, los años… La cura, muchas veces, está en ellos; en dejarlos pasar sin entorpecer su camino. Lorente era consciente de ello, y en una posición como la suya, respetarlo era de obligado cumplimiento, de modo que suspiró con levedad y salió de la casa sin hacer mucho ruido, dejando allí a una Blanca que no parecía mostrar interés alguno en él.

Pero sí que lo tenía.

No era interés en Lorente como tal. Él era un tipo que siempre le había tratado con delicadeza, y no sentía rechazo alguno hacia él, pero ella no quería a nadie bajo su techo porque desconfiaba de todos.

La edad y las penurias le habían hecho así. Todo lo que antaño le había contado Rafael, dentro de su lucidez o su enajenación, le había hecho recelar de los demás. Las historias del pasado, los cuentos sobre los lobos del pueblo que hablaban y reían como ellos, habían convertido a Blanca en una mujer esquiva. Ella prefería estar sola. Solo entonces rompía a llorar o a gritar sin que la vergüenza le atosigara. Solo estando sola podía ser ella misma.

Esa vez, Blanca no dejó que el llanto ahogara sus reflejos. Estaba hundida y vencida, pero las cuencas de sus ojos habían vertido tantas lágrimas que ya casi no le quedaban. Sus miedos más atroces se habían hecho realidad y no se sentía con fuerzas para enfrentarse a los demonios. Ya no se sentía capaz de luchar. Ahora tan solo deseaba poder enterrar a su marido para que descansara de una vez, y después dejaría que la propia vida rindiera cuentas con ella del modo que precisara. Total, ganar ya no le aportaba nada. Ya no había razones.

Salvo una: dar la voz de alarma.

Eso sí que lo necesitaba. Ya se imaginaba cómo funcionaba el negocio, y sabía que la muerte de Rafael acabaría pudriéndose en el olvido sin que nadie supiera nunca la verdad. Era consciente de que esa era una guerra a la que acudía sin armas, pero al menos debía intentar que su voz se escuchara sobre el silencio. Debía alertar de lo sucedido; debía avisar a los incautos; debía señalar a esos voraces lobos.

Se levantó del sillón y se acercó al teléfono que reposaba sobre la mesa. Sus agarrotados dedos apenas le dejaron llevarse el auricular al oído, pero al menos le permitieron pulsar sobre las teclas un número que se sabía de memoria: casi el único que había marcado en aquel viejo trasto. Esperó unos instantes a que alguien descolgara al otro lado. Al oír aquella voz a través de las ondas, algo en su interior se quebró, y el temblor de sus manos invadió con fuerza sus labios.

—Tito… Tito, lo han hecho. Lo han… Han matado a mi Rafael. Me lo han quitado, Tito, me lo han quitado… Sí. He ido a reconocer el cadáver y… ¡Por Dios! ¡Han intentado quemarle! Le han matado y luego le han prendido fuego. A Rafael… Sabes que él no se metía con nadie, que nunca contó nada. Todos estos años él ha estado callado, no sé por qué ahora… Ya. Sí, vale. Gracias, Tito. Por Dios… Ten mucho cuidado, ¿vale? Esos malnacidos aún están ahí y… Vale, vale. De acuerdo. Yo… Adiós, Tito. Adiós, adiós.

Blanca colgó el teléfono y se dio la vuelta dispuesta a volver al sillón, pero sus piernas, vencidas por el mismo dolor que ahogaba su alma, cedieron y su cuerpo flaqueó. Puso una mano sobre la mesa para no caer de bruces, pero sus rodillas se doblaron y el cuerpo de la mujer se desplomó hasta acabar sentada mientras aullaba y lloraba afligida. Las mujeres que un rato antes se habían acercado a su casa a

ofrecer su consuelo, se dieron la vuelta en su marcha, con el corazón encogido ante aquellos gritos nacidos de la pérdida más dolorosa. Incluso ellas, que no tenían mayor cercanía a la mujer que la de la vecindad, sintieron en su interior el horroroso vacío que provoca la desazón. Hasta ellas se sintieron desfallecer. Todo el pueblo lo hizo, aunque aquellos alaridos se perdieran en la brisa y no llegaran a sus distantes oídos. Era el sufrimiento de los derrotados, de quienes lo han perdido todo. Era el dolor de los caídos.

19

La urbanización estaba en una colina sobre la carretera principal que circundaba Vadealobos, pero no se podía ver desde la misma. Para llegar hasta ella había que tomar un desvío poco antes del inicio del camino que entraba en el pueblo, y subir por él varios centenares de metros. La vía estaba bien pavimentada, y algunas farolas dispersas civilizaban un poco el trecho, pero a ambos lados de esta se abría una verde y tupida maleza que apenas dejaba entrever las arboledas que crecían senda arriba.

Javier se había informado en la recepción del hotel por la ubicación exacta de *Las trece casas*, aunque esta vez había preferido preguntar por su nombre oficial, Urbanización Altozano, que es como realmente se llamaba. Obviando su denominación coloquial, al menos había conseguido que alguien le indicara el lugar sin torcer el gesto, y prefería ser discreto. Si dentro del pueblo aquellas tres palabras sonaban a algo parecido a una maldición, entonces mostrar interés en visitarla podía ser interpretado como una temeridad, o incluso una ofensa, y eso era lo último que necesitaba para continuar con sus pesquisas. Cierto era que una parte de él le imploraba por estarse bien quieto tomándose un café en el restaurante del hotel, pero otra parte de su ser, aquella que le había empujado desde bien pequeño a meterse de lleno entre las desconocidas sendas de las montañas, le había gritado al oído que moviera el culo y se dejara de patrañas. Javier Izaguirre era un tipo sensato, lógico y razonable, pero cuando los nervios apretaban, a veces estos términos tornaban en osadía.

Y esos nervios ahora hacían precisamente eso.

Había leído en el periódico que habían encontrado el cuerpo del hombre por el que le estaban investigando, y eso para él no era nada bueno. No ya porque hubieran encontrado al tipo, cosa que deseaba, sino porque lo hubieran encontrado muerto y con signos evidentes de haber sido asesinado. Eso cambiaba mucho las cosas. Demasiado. Si de algún modo él era un sospechoso, con un asesinato de por medio… ¿Quién podría culpar a los nervios por florecer? Pero es lo que había ahora, y Javier no podía aguantarse sentado sin saber de qué iba la historia. Él no conocía a Rafael ni tenía idea alguna acerca de todo lo que se estaba contando, pero algo le decía que esas trece casas que pronunció aquel hombre, y los rostros que se contraían a su sola mención, escondían sombras que amenazaban con cegarle. Sombras que no tenían nada que ver con él, pero que estaban ahí. Sombras que lo acechaban sin saber por qué.

Javier condujo con calma hasta que aquella carretera comenzó a

abrirse y a mostrar algo más de cemento y asfalto. Allí la calzada giró hacia la derecha y redujo drásticamente su desnivel de subida hasta aplanarse. Nada más salvar la curva, el hombre pudo contemplar hasta dos casas erigidas en ladrillo gris y piedra. Eran de dos alturas, con tejados oscuros y buen lustre. Entonces recordó las palabras de la bibliotecaria cuando le afirmó que, en su momento, esa era la mejor urbanización de todo Vadealobos, y aquello no podía discutirlo. Eran grandes e imponentes, y se distinguía buena factura en los acabados, aunque también se adivinaban algunas marcas de humedad y el descascarillado de alguna piedra golpeada. La urbanización estaba compuesta por trece casas con una primera hilera de seis, una segunda de tres, y otras cuatro que subían la colina verticalmente por el Este. La calle estaba pulcramente asfaltada, con su alumbrado correspondiente, e incluso contaba con un espacio para los contenedores de basura convenientemente separado de las viviendas. Aquel parecía un buen lugar para vivir… hasta que las vio, y un estremecimiento le hizo frenar en seco.

Allí estaban.

Al final de la calle, tres altas casas se alzaban quejumbrosas y ennegrecidas, con los techos abiertos y hechos pedazos, y las paredes derrumbadas frente a sus fachadas. El hombre salió del coche y miró en derredor. Había varios vehículos aparcados, y se vislumbraba cierta vida en algunas de las viviendas más cercanas, pero no había un alma por la calle. Algo en su interior aulló rogando que se batiera en retirada, pero la incertidumbre hizo que sus piernas se pusieran en marcha en dirección a aquellas moles desmadejadas. Iba con los ojos muy abiertos y el aliento contenido. Era extraño contemplarlas. Aquella urbanización tenía muy buena pinta, pero aquellas tres casas quemadas y abandonadas barrían de golpe toda clase de esplendor. Parecía una barrera contra la calma y la familiaridad; una nube oscura que oculta la luz del sol.

Llegó hasta las casas y se detuvo a observarlas, sobrecogido. Las tres casas habían perdido sus muros de entrada, y desde la calle eran bien visibles sus estructuras carcomidas y dobladas como ramas partidas por la tempestad. Se podía ver lo que había tras ellas: cielos encapotados, las demás casas a su espalda y las copas de los árboles. Eran ruinas desatendidas hacía años, como bien le había contado la bibliotecaria, pero esta había sido laxa con las sensaciones: frío, angustia… Incluso todavía se intuía ese dolor que, a pesar de los muchos años transcurridos, aún emergía de sus cenizas. Todo eso estaba ahí. Javier no conocía ese lugar, pero percibía en lo más profundo de sí el hedor de un pasado turbio. Aquella leyenda, su mito, eran palabras ajenas a sus oídos, pero podía sentir lo que allí se había sentido. Aquellas casas aún palpitaban.

—Impresiona, ¿verdad?

Una voz inesperada a su espalda hizo que el montañero diera un respingo y se girara de golpe. Allí, frente a él, un barrendero salido de la nada se sujetaba con ambas manos en un largo cepillo, posando su rostro sobre el dorso de sus dedos. Tras él, el carro de limpieza estaba aparcado con los cubos abiertos y rebosantes.

—Sí, mucho —contestó Javier—, pero me sorprende aún más que no las hayan derribado.

El barrendero chasqueó la lengua y resopló. Era mayor, y las arrugas alrededor de sus ojos esbozaban recuerdos de antiguo, de muchos años atrás.

—Pensaron en hacerlo, pero al final no se atrevieron.

—Ya, ¿y sabe usted por qué?

El hombre volvió a chasquear la lengua y a resoplar.

—Superstición, supongo. Ni idea. Lo que pasó aquí marcó mucho a la gente del pueblo. Algunos se negaron a acercarse a estas casas. Ya sabe, cosas de fantasmas.

—¿Cómo? ¿Creen que hay fantasmas en ellas?

El barrendero se encogió de hombros.

—No sé qué decirle. Yo no creo en esas tonterías, pero hay otros que perjuran que ahí dentro aún se oyen voces. Yo creo que es el viento pasando por sus agujeros, pero bueno. Las casas no son mías, si no haría años que estarían tiradas.

Fantasmas, voces… Cosas de crédulos o incrédulos. Javier era escéptico con esas historias, aunque acostumbraba a no poner a prueba aquellas cosas en las que no creía, no fuera a ser que se llevara una sorpresa. Se giró hacia las casas y entrecerró los ojos para observarlas.

—¿Sabe usted dónde comenzó el fuego? —preguntó entonces.

—Pues… Que yo recuerde, dijeron que fue esa, la de en medio, que estaba en obras. Si se fija bien, aún se pueden ver los andamios que había en la entrada. La casa ardió como un demonio, y el viento extendió las llamas al resto

—Ya. Pero en ella no había nadie, ¿no?

—No, nadie. El fuego se inició de madrugada, tan rápido que pilló a todos acostados. En esa casa no murió nadie, pero en las dos que están a los lados… —Entonces el hombre escupió al suelo con cierta rabia—. No les dio tiempo a salir. Ninguno pudo.

Javier miró las casas a ambos lados, igual de quebradas y derruidas, y aventuró una evidencia señalando la casa de la izquierda.

—¿Allí murieron los ancianos?

El barrendero asintió con la cabeza, aunque Javier no pudiera verle.

—Sí, gente mayor que casi ni se enteró de lo que pasaba. Pero lo

de la otra casa, eso sí que fue jodido.

Izaguirre giró la cabeza hacia la otra mole quemada.

—¿Los niños?

Ahora el barrendero pareció persignarse.

—Eso es. Allí vivían una pareja con dos niños muy pequeños. En su momento fue un palo muy duro para todo el pueblo… y, de algún modo, aún lo sigue siendo. Eran jóvenes, con toda la vida por delante. Una desgracia.

Las últimas palabras del hombre habían sonado tristes y débiles, casi con lejanía. Javier contuvo el aliento y centró su atención en aquellas vigas retorcidas. Aunque intentaba comprender una mínima parte de lo que se debió sentir en esa casa, el temblor de su cuerpo bregaba por expulsar aquella sensación de sus entrañas. Se sentía incapaz de hacer suya la tragedia. Su corazón cerraba los ojos y se echaba a un lado tratando de esquivar el dolor. Aquello debió ser horrible. Una tortura inenarrable.

—¿Y sabe usted…? —quiso preguntar Javier, pero las palabras se secaron en sus labios. Había girado su cuerpo hacia el barrendero, pero este ya no estaba allí. Se dio la vuelta tratando de hallar su figura, y entonces contempló cómo el hombre se alejaba empujando su carro calle abajo. Ni siquiera se había despedido, pero ya había puesto tierra de por medio. Javier cabeceó ante un confidente perdido, y volvió a mirar a las casas abandonadas a los vaivenes del tiempo, pero negadas a decir adiós en una zona que no debía guardar lugar para ellas. Sus dueños, de haberlos, las habían dejado de lado. La propia Vadealobos había contemplado sus cimientos podridos sin atreverse a darles sepultura. Sus vecinos, de seguro, apartaban la cabeza cuando pasaban por la acera sabiendo que estaban allí, pero ignorándolas como si no lo estuvieran. Eran tumbas sin flores frescas que las decoraran ni ojos vidriosos que las rezaran.

Javier dio unos pasos hacia la casa central, y pensó en entrar en ella. Quería y no quería. ¿Dónde encajaba él en toda esa maldita historia? Entre las ruinas no iba a encontrar nada que no hubieran hallado otros antes. Era absurdo buscar, pero le empujaba el ansia por meterse bajo las vigas.

Dio otro paso.

Ladrillos y piedras hechos pedazos se dispersaban por todas partes.

Otro paso.

La madera, carcomida, crujía sin que se la rozara.

Un paso más.

La brisa se retorció al pasar entre los agujeros mientras escapaba hacia el cielo por el techo derrumbado. Su sonido se tornó en aullido y en lamento. En eco ahogado. En el sufrimiento del recuerdo dormido.

Y no pudo avanzar más. Algo en el interior de Javier atenazó sus miembros y le hizo retroceder. Lo que antes era anhelo por entrar, ahora era deseo por huir. Ya no quería estar allí. Desde el umbral ya lo había visto todo. Aquel lugar, en modo alguno era digno de una visita, sino más bien de todo lo contrario, del olvido… aunque costara.

Se dio la vuelta y volvió hacia el coche mordiéndose los labios. Podía entender por qué la gente era reacia a hablar de ese lugar, aunque no comprendía por qué mantenían esas casas en pie. No tenía ningún sentido. Quizá fueran cosas de pueblo, pensó, cosas de Vadealobos. Leyendas que él, profano en esa tierra, no estaba preparado para asumir.

20

Puede que tuviera algo o puede que no tuviera nada.

Carla dudaba de si lo que había encontrado podía ser una cuerda de la que tirar, o tan solo un espejismo traicionero de sus ansias por encontrar algo que se saliera de lo normal, pero al menos tenía que intentarlo. Ella era muy quisquillosa con sus cosas. Era intensa en sus cometidos y perseverante cuando venían mal dadas. La cabo Ibáñez era de aquellas que siempre pensaba que aún quedaba alguna opción, que las cosas nunca se acababan del todo, aunque a veces se equivocara. Pero en esa ocasión, en todo lo referente a la muerte de Rafael y al prematuro fin de Yago, estaba convencida de que si rascaba con persistencia la costra de la superficie, pronto la sangre volvería a fluir. Por eso le había pedido a Lorente que investigara unos datos que había encontrado en la cuenta corriente de Mabel Herrera, la madre de Yago. Había llegado a ella casi por desesperación, y esa misma desesperación le había hecho fijarse en un nombre que podía perfectamente no llevar a ninguna meta. Tras husmear en todos los documentos, fichas y entradas que había encontrado en la base de datos sobre la vida personal y laboral de Yago sin sacar nada en claro, el impulso le había empujado hasta los archivos que hacían referencia a su madre. Todo lo había leído y todo lo había testeado, pero nada parecía salirse de una coherencia que parecía pasmosa.

Salvo una cosa.

Mabel era una ama de casa acostumbrada a estar metida entre las cuatro paredes de su casa. Tan solo tuvo un hijo, ya siendo mayor, y su marido había fallecido siendo Yago aún muy pequeño. El caso es que, de joven, la mujer había trabajado en varios oficios sencillos como costurera, dependienta o limpiadora, pero cuando contrajo matrimonio, estas labores quedaron en el olvido para ocuparse por entero de su casa. Mabel, como bien había comprobado Carla atendiendo a su vida laboral, hacía años que no cotizaba como trabajadora y, por tanto, tampoco ingresaba nómina alguna, más allá de la pensión de viudedad, por eso le había chocado tanto haber encontrado una serie de ingresos en su cuenta bancaria realizados con cierta periodicidad durante años, y detenidos hacía apenas tres. De primeras, pensó en que quizá se debiera a algún tipo de chanchullo con el trabajo de su marido, pero al investigar a este, la empresa depositaria de los ingresos no aparecía por ningún lado. Además, si eso se debiera a algún tipo de trabajo pagado en negro, era del todo absurdo que se realizara una transferencia fácilmente rastreable en lugar de utilizar un sobre cerrado entregado bajo cuerda. No. Ahí

había algo raro. Tan solo quedaba saber qué, y por todos los demonios que rezaba porque fuera un buen qué.

De repente, una sombra silenciosa se acomodó sobre la pantalla de su ordenador. Carla levantó la cabeza y vio cómo el agente Lorente le tendía un papel recién impreso. En su rostro pudo adivinar una mezcla de asombro e incredulidad. Algo en ese documento le había llamado la atención. La cabo extendió su mano y arqueó una ceja.

—¿Debo sorprenderme?

El agente se encogió de hombros.

—Puede ser. Ahí está la información que me pediste sobre la empresa Vadeón S.L.

Carla cogió el papel con ambas manos y echó su cuerpo hacia atrás para poder leer con mayor minuciosidad.

—Vale. Veo que se trata de una empresa de Vadealobos dedicada a la compraventa de inmuebles.

—Eso es.

—De acuerdo. ¿Y cuál es la sorpresa?

Lorente ladeó su cabeza y señaló al papel.

—Mira abajo, a los administradores, a ver si alguno te resulta familiar.

La cabo, siguiendo las instrucciones del agente, bajó los ojos y leyó con avidez.

—Teresa Sáez… No me suena.

—A mí tampoco —añadió el agente arrugando la frente—, pero el otro, sí.

El otro, claro. Allí había otro nombre. Uno al que le resultó mucho más sencillo poner cara. Uno que, como le había pasado a Lorente, le sorprendió, pero a la vez no lo hizo. Miró de nuevo la pantalla y se recostó en su asiento, pensativa. Entonces sintió la punzada propia de un pálpito plausible. Una opción que fácilmente podía llevarla al error, pero que si no era así, quizá pudiera transformarse en una puerta abierta. Su única puerta.

—Esto tiene que verlo Blasco.

Carla se levantó con celeridad y se acercó al teniente, que estaba unos metros más adelante trasteando entre los documentos de un archivador abierto junto a la pared. Miraba los papeles con curiosidad, aunque se notaba que le costaba concentrarse. Tenía mil cosas en la cabeza, y todas eran perturbadoras. Todo lo que había ocurrido esos últimos días lo era.

—Teniente —casi gritó la cabo con cierta urgencia mientras este se giraba.

—¿Qué pasa?

—Verás. No sé si tengo algo.

—¿Algo? ¿Algo sobre qué?

—Algo sobre Yago. No estoy segura, pero si hay algún tipo de conexión con esto, es posible que…

Carla calló, meditando cómo continuar. La conjetura que estaba a punto de soltar era arriesgada, pero a veces en la osadía, en el propio valor del atrevimiento, se encuentra la verdad. Blasco la observó mientras ella perdía la vista, y las dudas le hicieron alzar la voz.

—¿Qué has encontrado, cabo?

Carla resopló y organizó sus ideas para exponerlas en el orden correcto.

—A ver. He estado investigando todo lo relacionado con Yago. Su documentación, sus referencias, su vida laboral, sus cuentas…, pero no he encontrado nada raro. Entonces he decidido buscar información sobre sus padres, y ahí sí que he encontrado algo que me ha llamado la atención. He estado revisando la cuenta bancaria de su madre. Ella, después de casarse, dejó de trabajar, y no consta que haya estado dada de alta en la Seguridad Social desde hace mucho tiempo. Pues bien, hasta hace unos tres años, la mujer ha estado recibiendo periódicamente un ingreso de un mismo remitente, una empresa. Casi siempre eran las mismas cantidades, y casi siempre en las mismas fechas. De principio me dio la impresión de que se trataba del cobro de una nómina, pero claro, si no estaba dada de alta, entonces tenía que ser otra cosa.

Blasco se mordió los labios y asintió lentamente.

—Vale, ¿pero eso qué tiene que ver con lo del chico?

La cabo se encogió de hombros.

—Bueno, eso aún no lo sé, pero he buscado información sobre la empresa que hacía ese ingreso, y ahí sí que he encontrado algo llamativo.

—¿Llamativo?

—Sí, bueno, llamativo, extraño, coincidente…

—Explícate.

Carla gargajeó para aclararse la voz.

—Pues que la empresa que hacía esos pagos se llama Vadeón S.L. He buscado información sobre ella, y hay un nombre que me ha llamado mucho la atención. Un administrador. Se llama…

—Lorenzo Marín —intercedió molesto el teniente, como si tan solo el hecho de pronunciar ese nombre le causara hastío.

Carla lo miró y alzó las cejas.

—¿Conoces esa empresa?

Blasco dio un paso atrás, y se llevó una mano a la barbilla, pensativo.

—Sí, sé cuál es. ¿Estás segura de que la madre de Yago no trabajó para ellos en algún momento?

—Pues diría que no lo hizo —afirmó la otra con rotundidad—, o

al menos no oficialmente, pero de haberlo hecho, habría sido sin contrato. No tiene sentido que le ingresaran nada.

—Entiendo. Ese cabrón tiene la mano metida en todo el puto pueblo, pero es mucha coincidencia.

—Demasiada, sí.

Blasco, cabizbajo y con cierta ansiedad aferrada a la garganta, se giró sobre sí como si buscara respuestas escondidas a su espalda. Entonces, volvió a mirar a la cabo. Había dudas en sus ojos. Vacilaciones.

—El día que vino Blanca a denunciar la desaparición de Rafael, Lorenzo se presentó aquí. Estaba enfadado, nada raro en él, y se comportó como un déspota, cosa también normal. Vino a meternos prisa para que encontráramos a Rafael porque temía que el caso afectara al turismo si se hacía público.

—Ya —cabeceó Carla, pensativa—. Es posible que no tenga nada que ver con su muerte, a no ser que pretendiera que creyéramos exactamente eso.

Blasco parpadeó.

—Tendría sentido.

—Sí, lo tendría. Es empresario, y tengo la sensación de que es de esos que ganan más con las mentiras que con las verdades.

El teniente, ante la aguda cuchillada que la cabo había lanzado a Lorenzo Marín, no pudo evitar sonreírse. No era ni el momento ni tenía las malditas ganas, pero Carla tenía razón. La fortuna de Marín había crecido más por engaños que por honestidades.

—Habrá que investigar esa vía, pero el nexo es con la madre de Yago, no con él directamente. Tendríamos que encontrar…

Quizá Carla creyó que su gesto había pasado desapercibido, pero no había sido así. Blasco había estado ágil en su atención. Había sido solo un instante, pero ese subir y bajar de las cejas, y esos ojos abiertos en un latigazo, habían dejado poso en el teniente. En la cabeza de la cabo deambulaban más ideas que no se atrevía a compartir. Hipótesis, conjeturas…

—Vamos, Carla, suéltalo.

Esta se agitó, dubitativa, y caviló si contar lo que rumiaba.

—Es que igual me equivoco.

—Eso ya lo veremos. ¿En qué piensas?

—Bueno, es una teoría que igual… A ver. He echado cuentas. Los pagos a Mabel comenzaron cuando Yago era muy pequeño y acabaron hace unos tres años, que es justo el momento en el que el chico entró a trabajar en el taller. Puede que no tenga relación, pero por las cantidades, la periodicidad y por el rango de años en el que se llevó a cabo…

Blasco, vacilante ante una idea que no terminaba de comprender,

se impacientó.

—¿Y?

—Teniente. ¿Sabes si Lorenzo Marín tiene hijos?

Blasco trató de hacer memoria y negó con un gesto.

—Que yo sepa, no… —Y, entonces, la intensa mirada de su compañera le llevó a atar los cabos que no lograba encontrar, y la sorpresa le hizo abrir mucho la boca para tomar aire —. ¿Crees que Lorenzo es el padre de Yago?

Carla se encogió de hombros.

—No lo sé, pero es la sensación que tengo. Las cantidades podrían ser perfectamente los pagos de una manutención.

Blasco, sobrecogido por el solo hecho de pensar que aquella suposición pudiera ser cierta, se mordió los labios, atenazado por la idea, y caminó hacia su mesa.

—Creo que tenemos que hablar con esa mujer.

...

La estación de tren de Vadealobos aún lucía con lustre pese a su antigüedad. El ayuntamiento del pueblo había invertido una buena cantidad de dinero para que esta no envejeciera con mala cara. Las grises piedras de su fachada, azotadas por las lluvias y los vientos gélidos, era limpiada con cierta asiduidad, y sus grietas reparadas con celo. Muchos años habían pasado desde que se había construido, cuando el pueblo no era aún un referente turístico de El Bierzo, y de su estética se valía la oficina de turismo para llamar la atención de los visitantes: las primeras impresiones pueden hacer que los viajeros vuelvan una y otra vez. Por esa razón también fue encarnizada la lucha burocrática que hizo que los trenes llegaran con celeridad al pueblo. Dos direcciones con enlaces directos con la capital y los aeropuertos de ciudades cercanas; trenes modernos y veloces; rutas bien alimentadas con varias llegadas diarias que aumentaban en épocas estivales… Una puerta abierta trabajada con esmero.

Los trenes eran puntuales, y el que arribaba esa mañana de junio no había sido una excepción. El chirrido de los raíles se fue reduciendo hasta que este se detuvo en el lugar exacto. Se abrieron las puertas, y unos pocos viajeros pusieron sus pies en el andén. Aún no había llegado el tropel de turistas que se estimaba para unas fechas más adelante, pero ya se atisbaba a algunos bien cargados de maletas. Otros, sin embargo, iban casi sin nada en las manos más que un libro o un bolso, aunque estos sin duda debían ser habitantes del pueblo que volvían de un corto trayecto. Y había otros, los menos, que llegaban en un término medio: con el libro, pero también con una maleta.

Otros como ese hombre que se acababa de apear.

Espigado y huesudo. De semblante serio y mirada inquisitiva bajo la menuda montura redonda de unas gafas que apoyaba sobre su puntiaguda nariz, el hombre salió del vagón, dejó su maleta en el suelo y miró hacia ambos lados del andén. Allí no parecía haber nadie esperando su llegada, y en su resoplido se pudo entrever que ese hecho lo tranquilizaba. Levantó tibiamente una mano hasta la altura de sus ojos y cerró con suavidad el puño, sin apretar. Sus dedos vacilaban. El gesto era ligero, casi imperceptible, pero estaba ahí. Observó su temblor y entrecerró los ojos con disgusto. Después, bajó la mano y estiró sus falanges para relajarlas. Miró hacia el interior de la estación y buscó de reojo la puerta de salida a las calles del pueblo. Hacía muchos años que sus pies no pisaban aquellas aceras que creía haber olvidado. Eran las mismas de antaño, pero en su memoria habían cambiado: su impresión era distinta; su brillo, también. Ya no emanaban el aroma a hogar de antes.

Volvió a tomar aire y se ajustó las gafas. Se agachó y aferró con fuerza las asas de su maleta. Al incorporarse, sintió cómo un escalofrío subía por su espina dorsal y se estiró todo cuanto pudo. Ya estaba allí. Por un momento deseó darse la vuelta y volver a subirse a ese tren antes de que partiera, pero eso, ahora, ya no tenía sentido: tenía algo que hacer en Vadealobos. No había viajado desde tan lejos para nada. La historia se había acelerado de improviso, como si hubiera entrado en una turbina que giraba sin control, pero aquello estaba meditado de mucho antes. Su mente ya había transitado aquel camino lleno de espinas emponzoñadas. Él ya había imaginado todo aquello.

...

Mabel abrió la puerta sin apenas percatarse de quienes estaban al otro lado.

De primeras, los miró de reojo, y la tristeza de sus párpados caídos y sus ojeras de inmediato alimentaron una suerte de pena en el ánimo de Carla. Ella ya sabía que la mujer había entrado en depresión tras la muerte de su hijo, pero contemplarlo en vivo era muy distinto a imaginarlo desde la lejanía. Si se observaba bien, aún se podían vislumbrar los restos de regueros de lágrimas secos en sus mejillas, sin duda limpiados sin esmero ni cuidado. Esa mujer, sola como se había quedado en el mundo, apenas era ella misma.

Carla compuso el gesto más tierno que pudo y sonrió con tibieza a la mujer. Ella le había pedido a Blasco dejarla ser la primera que Mabel viera al abrir la puerta, pues estaba segura de que esta sentiría mayor calidez ante su rostro que ante las marcadas facciones de su superior. Se habían acercado a esa casa a romper su duelo para hacer

unas preguntas que, seguramente, la iban a herir mucho más de lo que la calmarían, y era preciso encontrar en esa mujer a una persona colaboradora en lugar de esquiva. Las indagaciones a las que ambos agentes habían llegado en el cuartel precisaban de ser confirmadas para poder abrir una interesante vía de investigación, pero en casos como esos, recibir mentiras y silencios como respuesta era mucho más común. Si encontraban un vínculo evidente entre Yago y Lorenzo Marín, podrían tener a este último cogido por los huevos, aunque eso no aseguraba que la muerte de Rafael pudiera resolverse. Sin embargo, estando en el punto en el que estaban, las corazonadas podían ser tan valiosas como las certezas.

—Buenos días, Mabel. Somos los agentes Ibáñez y Blasco de la Guardia Civil. No sé si nos recuerda.

La mujer alzó la mirada, y entre los pliegues de la arrugada piel que rodeaba sus ojos, la cabo pudo entrever que los había reconocido.

—¿Nos permite pasar?

Durante unos instantes, la mujer no se movió, y los agentes temieron que esta les cerrara la puerta en las narices. Mabel titubeó y se aferró con fuerza al pomo de metal. Sin embargo, algo debió sacudir su juicio y sus dedos se relajaron. Reculó un par de pasos, al tiempo que abría aún más la puerta, y dio acceso libre a sus visitantes.

La casa estaba en penumbra. El sol estaba bien presente fuera, pero la vivienda tenía las persianas a medio cerrar. De principio, a los agentes les costó enfocar la vista ante tanta oscuridad, pero tras unos rápidos pestañeos, pronto las paredes de la casa se fueron esbozando en la negrura y, con ellas, también los muebles, sencillos y relativamente anticuados, sobre los que reposaba un ligero velo de polvo. En aquella casa se respiraba tragedia, congoja y desesperación. Allí había dolor.

—Disculpen la oscuridad —balbució Mabel mientras se acercaba a una de las persianas para subirla—. No esperaba visitas. Siéntense, por favor.

Ambos agentes se sentaron y miraron en derredor buscando alguna señal de aquello que habían ido a buscar. En el amplio armario principal había algunas fotos de Mabel y de Yago. También se podía ver una de la mujer y su marido el día de su boda, y algunas de familia, pero ninguna de ellas respondía a sus pesquisas. Carla miró a Blasco, y este le hizo un gesto para que tomara las riendas: él también había comprendido que la mujer se iba a sentir más cómoda tratando con su subordinada que con él. Sin embargo, fue Mabel la primera en abrir los labios.

—No sé en qué puedo ayudarles. Ya les dije que yo no sabía nada de lo que hacía mi hijo.

—Sí, no se preocupe —respondió la cabo cuidándose de hablar

con suavidad—. Ya sabemos eso, pero tenemos algunas preguntas más que hacerle.

—Pu… Pues no sé qué más puedo yo decirles. Mi hijo…

Algo en la voz de la mujer se quebró, y esta contuvo su lengua. Carla, que apenas estaba a unos centímetros de distancia, alargó su mano y la puso sobre el hombro de la mujer para ofrecerle su consuelo. Era demasiado pronto para perderla.

—Tranquila, Mabel, tranquila. Es poca cosa. Ya sabe que seguimos investigando el caso de Yago y necesitamos su ayuda. Nos iremos pronto.

La mujer miró a la agente y cabeceó afirmativamente mientras recomponía su postura.

—Muy bien, ustedes dirán.

Carla miró de nuevo a Blasco, y de este recibió el mismo gesto de antes. Se notaba que el teniente rumiaba dudas. Entonces, se giró e hinchó su pecho con unas palabras elegidas con antelación.

—Mabel, ¿conoce usted a Lorenzo Marín?

Por un momento, la mujer guardó silencio, pero hubo un detalle que a Carla no se le escapó. Mabel reaccionó rápido y enmascaró el destello de su sorpresa con un trabajado gesto de confusión. En solo un segundo, pasó de parecer una cría cogida en un embuste a otra extrañada por escuchar algo que desconocía, pero la cabo tenía bien claro que la primera expresión era la real, y la otra la falsa. Sin embargo, debía trabajar con tiento. Solo así podría conseguir que los verbos fluyeran en lugar de que se estancaran. Solo así podría hacerla hablar.

—¿Marín? No, no me suena. ¿Quién es?

Blasco observó de reojo a su compañera y se mordió los labios. De alguna manera, el hecho de que la mujer negara conocerle era buena señal. Tan solo se ocultan aquellas cosas que pueden llegar a apestar. Lo que se pudre nunca se enseña.

—Lorenzo Marín es el presidente de la asociación de hostelería y turismo de Vadealobos —dijo Carla. Mabel frunció los labios y volvió a negar, pero la cabo aún guardaba una bala tras sus labios—. Y es el administrador de la empresa Vadeón S.L. ¿Eso le suena más?

El mismo gesto que antes había resquebrajado la coartada de la mujer, volvió a relucir. ¡Claro que lo conocía! Carla no necesitaba escuchar respuestas que podía leer con claridad en los ojos de Mabel. Esta, sin excusas alternativas para unas preguntas que no hubiera esperado escuchar nunca, se agitó en su asiento. Podía negar la mayor, pero sabía bien que eso no la llevaría a ninguna parte. Era mejor ir de frente, aunque no lo contara todo. Mentir de nuevo podía convertirse en una temeridad, y ella no estaba en condiciones para soportar más sufrimiento.

—Sí, Vadeón me suena. Eso sí.

—Sí, ¿verdad? Hemos comprobado que durante muchos años usted recibió un pago mensual desde esa empresa.

—Ya, ya… —vaciló la mujer—. Trabajé para ellos muchos años. Limpieza, ya sabe.

—¿Limpieza?

—Sí, sí, limpieza. Limpiaba las oficinas. Yo…

Los labios de Mabel temblaban de tal forma que apenas podía componer las frases que se estaba inventando. Blasco miró de soslayo a su compañera, se levantó de su silla y se giró hacia su espalda. Allí se abría un pasillo con varias habitaciones cerradas. El teniente miró a la mujer y pidió un permiso que sonaba más a exigencia.

—¿Puedo entrar en la habitación de Yago?

La mujer, a punto como estaba de echarse a llorar, asintió con un gesto y se rebulló en su asiento. Carla se aclaró la voz y respiró con calma, tratando de que su instinto policial no mordiera como lo haría en otros casos. No le gustaba que le mintieran a la cara, pero en la expresión de la mujer pudo atisbar algo parecido al recelo, o quizá fuera temor.

—No nos consta que estuviera usted contratada por Vadeón S.L.

—Sí, bueno, es que no tenía contrato. Me pagaban en negro y…

—Mabel, hacían ingresos en su cuenta. Eso no es pagar en negro.

La mujer, cada vez más perdida y asustada, se mordió con fuerza los labios por la torpeza de sus palabras. Para mentir hay que ser firme y no vacilar, y ella estaba haciendo todo lo contrario. La cabo, consciente de eso, apretó.

—¿Sabía que Lorenzo Marín es el administrador de Vadeón?

Mabel, presa ya de unos nervios incontrolables, soltó un leve sollozo mientras negaba con la cabeza.

—No, no, no sé quién es… Yo…

Miedo.

Ahora Carla sí que lo pudo ver bien. La sola pronunciación de ese nombre hacía que la pobre mujer se resquebrajara. En ella había pánico hacia ese hombre. Lo temía.

—Le tiene usted miedo, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Por qué le da tanto miedo?

La mujer, en lugar de contestar, tragó saliva con dificultad y abrió los labios, pero de ellos no brotó sonido alguno. Estaban secos y desgastados por los llantos, pero ahora el pavor los hacía vacilar. Quería agrandar su embuste, pero no sabía cómo. Carla observó bien a la mujer y compuso una pregunta en su cabeza. Era aquella que había querido hacer desde el principio, pero que había guardado en espera de una buena oportunidad, y esa parecía estar ahí. Estaba casi convencida de que su presentimiento era acertado. Había dado en el

clavo. Era aquello que creía.

Entonces, justo antes de que ella asaltara aquella incertidumbre, Blasco salió del cuarto de Yago con el rostro contraído y la mandíbula apretada. La cabo lo miró, y de la dureza de sus ojos sacó conclusiones. Mabel hizo lo mismo, y al darse cuenta de lo que el teniente llevaba en la mano, se derrumbó entre lágrimas. Blasco se acercó a ambas y tendió la mano hacia Carla. En ella portaba una foto que la cabo miró con celeridad. Entonces, sus ojos se agrandaron ante la certeza que andaban buscando. Allí se podía ver a un niño de corta edad sonriendo mientras se comía un helado. Ese niño era evidente que era Yago. Junto a él, de pie y posando una mano sobre su cabeza, había un hombre de espaldas anchas y aspecto rudo. Habían pasado muchos años desde esa imagen, pero sus rasgos eran inconfundibles. Ahora sí que lo tenían, la verdad ya no podía ocultarse más. La cabo, consciente de que aquello iba a ser como un terremoto, rescató la pregunta que había estado a punto de pronunciar antes mientras mostraba la foto a Mabel. Esta abrió levemente los labios y, al observarla, se estremeció, pues en ella pudo ver a su pequeño Yago con Lorenzo Marín. Carla, entonces, se aclaró la voz y buscó una confirmación que apenas necesitaba.

—¿Es Lorenzo Marín el padre de Yago?

...

Aún sobrecogido por lo que había contemplado en la urbanización, Javier volvió al hotel y entró cabizbajo en su habitación. Aquellas casas quemadas aullaban lamentos olvidados entre cenizas y piedras quebradas. Él no había sido testigo de nada de aquello, pero buscó en lo más profundo de su imaginación tratando de ponerse en el lugar de quienes las habitaron la noche que ardieron… y un escalofrío le hizo flaquear. Ni en la más escabrosa de sus fantasías se sentía capaz de reproducir aquello. La tragedia era de tal magnitud que hasta agradecía haber sido ajeno a ella durante tantos años, aunque ahora que era conocedor de su historia, no podía quitársela de la cabeza.

¿Y qué demonios pintaba él en todo ese asunto?

No tenía ni idea. Lo había pronunciado el viejo cuando habló con él, pero eso no quería decir que tuviera algún tipo de protagonismo en toda aquella locura. Podía perfectamente no ser nada. Palos de ciego, quizá. Un absurdo. Sin embargo, la coincidencia de todo lo ocurrido, y el modo en que había agitado su ánimo aquel entrometido jardinero, no habían conseguido más que alimentar en él suspicacias que ni siquiera sabía si tenían sentido. Él no estaba hecho para eso, por supuesto. Era un tipo normal, con una vida normal, al que su afición

por la montaña le había metido de lleno en la boca de un lobo que desconocía. No podía evitar pensar que, si no se hubiera acercado a aquella taberna, hoy andaría lejos de allí disfrutando de los Picos de Europa. Es más, si no se hubiera pasado por Vadealobos, su vida sería mucho más tranquila y apacible. Mucho mejor, sin lugar a duda. Pero no. Ahora estaba en ese endiablado pueblo, encerrado en una habitación de lujo, sin saber bien cuando iba a poder largarse de allí, y ese agotamiento mental le hizo sentarse sobre el borde de la cama y hundir su cabeza entre las manos.

Y entonces lo vio.

Fue solo de refilón, pero sus ojos atisbaron algo tirado en el suelo junto a la puerta de entrada. No había reparado en ello al llegar, absorto como iba en sus pensamientos, pero estaba allí. Por su tamaño, parecía una tarjeta de papel. Por un momento pensó que quizá era algo que se le había caído al entrar, pero no recordaba haber traído consigo algo así. Extrañado, se levantó de la cama y caminó hacia la puerta. Según se fue acercando, los trazos de unas palabras escritas a ordenador se fueron aclarando a su vista. También un logo que reconoció de inmediato. Aquella era una tarjeta del propio hotel Montelares en que se hospedaba, de modo que la ligera angustia que había sentido por la incertidumbre se evaporó por completo. No podía asegurar que esa fuera una tarjeta que él hubiera cogido de recepción o no, pero no parecía tener mayor secreto que el que se podía ver. Entonces, se agachó y la cogió con dos dedos. Nada. Era eso, una tarjeta del hotel como las demás. Tan solo era…

De repente, un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

Justo antes de darse la vuelta, giró la tarjeta casi por inercia, y lo que vio allí le devolvió la inquietud. No sabía qué significaba ni qué era. Él jamás había escuchado ese nombre y no tenía ni idea ni de quién se la había hecho llegar, ni qué cojones debía hacer con ella, pero aquello no podía ser ni una coincidencia ni un accidente. Alguien le quería decir algo, pero no lograba entender por qué. Se abalanzó hacia la puerta y la abrió de un violento tirón para asomarse fuera, pero allí no había nadie. Esperó unos instantes y, al poco, volvió a entrar en la habitación cerrando la puerta a su espalda. Miró de nuevo la tarjeta y resopló ante aquello que ignoraba. Ante un fantasma desconocido. Allí, en el reverso de aquella tarjeta, garabateado con letra temblorosa pero clara, había escrito un nombre que nunca antes había escuchado. Allí ponía: «Vadeón S.L.».

21

El tiempo apremiaba, así que no habían esperado mucho para presentarse en su despacho.

Cuando informaron a Lorenzo Marín de que los agentes Blasco e Ibáñez de la Guardia Civil estaban esperando fuera, este torció el gesto, pero, sin embargo, no atendió con prontitud a su petición de audiencia. En su lugar, el empresario los obligó a quedarse unos minutos fuera con la excusa de estar cerrando una reunión telefónica que se estaba desarrollando en ese preciso momento… aunque esta, en realidad, no existía. Lorenzo, a veces, cuando estaba metido en alguna importante negociación, jugaba ese tipo de cartas para impresionar. La experiencia le había demostrado que parecer más ocupado de lo que realmente se estaba, para los interlocutores que aguardaban era una demostración de jerarquía, de nivel. Pero, en este caso, Lorenzo jugaba esa baza con una intención totalmente distinta: quería ganar tiempo. No sabía con exactitud las preguntas que iban a hacerle esos agentes, pero estaba convencido de que los nombres de Rafael y de Yago saldrían a la palestra, aunque no lograba comprender cómo habían llegado hasta él. Era un tipo importante en Vadealobos, y eso conllevaba que su nombre apareciera en ocasiones en quinielas nefastas a las que no siempre pertenecía. De esa en particular, debía desaparecer de inmediato…, pese a haberse ganado en ella un puesto de relumbre.

Pero necesitaba tiempo.

Antes de abrir la puerta de su despacho, Lorenzo meditó qué debía decir y qué no; qué debía hacer y qué no; qué expresión debía mostrar y cuál esconder. Para él, disfrazar mentiras como si fueran verdades no era difícil, pero cuando hay sangre derramada de por medio, los hados no siempre sonríen a los audaces. A veces, un simple e inesperado tropiezo puede hacerte caer al más profundo de los abismos. Eso, como buen empresario, Lorenzo lo sabía mejor que nadie, de modo que prefería ser cuidadoso. Además, fuera estaba Joaquín Blasco, y ese era un comodín que, de usarse bien, podía venirle de perlas. Lo conocía desde hacía muchos años y sabía de qué pie cojeaba… más o menos. Antaño habían tenido un trato más cercano, pero los años son intransigentes con las distancias y los caracteres, y muchas veces estos merman saludos que antes se daban con mayor calidez. Se conocían, pero no eran amigos. Es más, quizá fueran algo más parecido a lo contrario. Lorenzo sabía que Blasco, cuando roía un hueso, lo hacía a conciencia. Podía ser muy terco en una persecución, de modo que debía ser cauto. A un tipo

malhumorado y herido es mejor no afrentarle, y él sabía que tras lo de Rafael, Blasco andaba de uñas. Lo entendía, era algo normal, pero para él todo aquello era un gran inconveniente. Ese tipo era una jodida piedra en su zapato.

Tras unos minutos más de espera, Lorenzo se puso en pie y se ajustó el nudo de la corbata. Hinchó su pecho un segundo y, al instante, liberó de golpe toda la angustia que llevaba dentro para componer la pose soberbia y digna que siempre mostraba ante terceros. Se inclinó sobre el teléfono y pulsó uno de los botones.

—Silvia, hazlos pasar, por favor.

Al poco, la puerta se abrió y los dos agentes entraron en el despacho. Sus rictus eran graves, y de sus ojos emanaban recelos. Lorenzo pensó en sonreírles, pero de inmediato se dio cuenta de que ese gesto podía llevarlos a dudar en demasía. Si ellos traían seriedad, él les brindaría seriedad.

—Buenos días, Joaquín —se apresuró a saludar el empresario.

—Buenas —contestó Blasco con sequedad. Se notaba que le incomodaba estar allí. Carla apenas agitó su cabeza.

—Por favor, sentaos.

—Estamos bien así —contestó Blasco mientras negaba el ofrecimiento agitando una mano.

—Vale, de acuerdo —aceptó Lorenzo a regañadientes. Esa actitud anunciaba la llegada de inminentes rayos y truenos, y él no estaba seguro de haberse traído consigo su paraguas—. ¿En qué puedo ayudaros?

Blasco carraspeó y abrió los labios con gesto mustio.

—¿De qué conoces a Mabel Herrera?

Lorenzo arrugó las cejas, mostrando una extrañeza bien fingida. Sabía bien quién era ella, pero no podía admitirlo así por así. En cierto modo, que le preguntaran por esa mujer sí que le sorprendía. Esperaba oír el nombre de Rafael, y por extensión el de Yago, pero con distancia. Hablarle de Mabel entraba en un terreno enfangado para el que no se había preparado. Ellos no deberían haber llegado hasta ese nombre.

—Pues… No me suena. ¿Debería conocerla?

—Es posible —prosiguió Blasco—. Es la madre de Yago Herrera. ¿Tampoco te suena?

El empresario volvió a fingir con su más elaborada teatralidad.

—Mmm… No, por ese nombre, no. ¿Quiénes son?

El teniente cabeceó y rumió un reniego. Conocía lo bastante a Lorenzo Marín como para tragarse cualquier embuste que saliera de sus labios. No era la primera vez que veía en sus muecas simulaciones deshonestas, pero no siempre encontraba el modo de desenmascararlas. Ese tipo era un cabrón de los de verdad, de los que

conocen su oficio y saben cómo llenarse los bolsillos gracias al esfuerzo o el sufrimiento de otros. Era de esa clase de hombres. Carla, al darse cuenta de la rabia que humedecía la mirada de su compañero, tomó la voz para calmar los ánimos.

—Hemos encontrado una serie de ingresos en la cuenta de Mabel Herrera provenientes de la empresa Vadeón S.L. de la que usted es administrador. Estos ingresos terminaron hace como unos tres años. Hemos hablado con Mabel y nos ha dicho que trabajó todos esos años limpiando su oficina.

Lorenzo, al oír todo eso, improvisó un creíble cambio de actitud. Quizá así pudiera quitárselos de encima.

—¿Limpiando dices? Déjame recordar… Sí, creo que sí. Tuvimos muchos años a una mujer limpiando aquí. No recuerdo bien si se llamaba Mabel, pero estuvo aquí, sí. ¿Qué pasa con ella?

—Entonces, ¿trabajaba para ustedes?

—Sí, ya te he dicho que sí, si es que es la misma mujer.

—¿Y cómo es posible que lo hiciera si no estaba dada de alta en la Seguridad Social?

—¿Cómo? —exclamó Lorenzo simulando extrañeza—. Eso no puede ser. Aquí tenemos dados de alta a todos nuestros empleados. Hablaré con nuestra asesoría para que me confirmen eso que decís, porque debe tratarse de algún error.

Carla lo observaba sin escuchar lo que decía. No le interesaban las palabras, ya que estas podían manipularse con facilidad. Pronunciar unas u otras según se precisaba era sencillo. Lo que a ella le interesaba eran sus gestos, sus expresiones, sus tics… Cualquier señal escondida que revelara respuestas distintas a las dadas; cualquiera que descubriera secretos enterrados. Blasco, por su parte, seguía rezando en arameo para sus adentros. Él conocía a Marín mucho mejor que ella y no necesitaba de tantos análisis. Lo suyo era mucho más visceral, mucho más impulsivo.

El empresario, consciente de que aquel interrogatorio iba en una dirección muy distinta a lo que parecía, agrió sus facciones y alzó las manos con las palmas bien visibles. Llegaba el momento de pasar al ataque, de forzarles a mostrar sus cartas.

—Esperad. Por un asunto laboral no se envía a dos oficiales de la Guardia Civil como vosotros. Mandadnos una inspección de trabajo y lo arreglaremos. ¿De qué va realmente todo esto?

Entonces, Blasco, que hasta ese momento había permanecido callado, sacó la foto que había cogido de casa de Mabel y la tiró sobre la mesa de Lorenzo. Este, al verla, enmudeció, ahora sí, de verdad. Él no había visto nunca esa foto, pero sabía perfectamente que era real. Lo que no entendía es qué hacía en manos de la Guardia Civil. Ellos nunca deberían haberla visto. Eso cambiaba las reglas del juego, y él

no se sentía del todo fuerte para afrontarlas. De hecho, lo cambiaba todo. La partida se ennegrecía.

—¿Qué significa esto? —preguntó entre dientes.

—Pues lo que ves —afirmó con saña contenida el teniente—. Eres tú, hace muchos años, con Yago Herrera, el hijo de Mabel.

Lorenzo cogió la foto y la examinó con minuciosidad.

—Eh… Pues sí, soy yo, aunque no recuerdo al muchacho. ¿Cuál es el problema?

—No sé, dímelo tú.

Lorenzo abrió mucho los ojos y se encogió de hombros. Sabía bien hacia donde se dirigían los pasos de Blasco, pero se negaba a seguirlos. La torpeza de hacerlo podría ponerle una soga al cuello, y eso era lo último que deseaba. Debía seguir con la coraza bien puesta y aguantar las acometidas.

—No entiendo nada. A ver. Sí, soy yo con ese crío que decís que es el hijo de la mujer que limpiaba aquí, ¿y qué tiene eso de malo?

—¿Te haces siempre fotos con los hijos de tus empleados? —preguntó Blasco más mordiendo el aire que respirándolo.

—Pues no sé, a veces, si me lo piden. Me he hecho fotos con mucha gente. ¿Qué tiene ese chico de especial?

El teniente fue a contestar, pero un arrebato de furia le hizo morderse los labios. Carla, al cerciorarse de la reacción de su superior, terció para no perder el control del interrogatorio.

—Ese muchacho, Yago, ahora está muerto.

Entonces la cabo observó al hombre buscando en él una brecha al escuchar una noticia que creía que desconocía. Lorenzo, por su parte, enarcó una ceja fingiendo sorpresa ante una información de la que estaba al tanto, pero que no había significado gran cosa para él.

—Vaya, lo siento por el chico. ¿Qué le ha pasado?

—Eso no se lo podemos decir. Aún está en investigación.

—Entiendo. Es una pena.

De improviso, Blasco dio un paso adelante con los puños apretados y los ojos casi fuera de sus órbitas.

—¿Te da pena? ¿En serio?

—¿Cómo? ¿Crees que me alegra la muerte de un chaval? ¿Te piensas que soy un monstruo?

—No sé. ¿Lo eres?

Entonces, Lorenzo abrió los brazos y torció el gesto visiblemente enfadado.

—¿De qué cojones va todo esto? No voy a permitir que vengáis a mi casa a insultarme. Joaquín, no te pases ni un pelo si no quieres que…

Carla, al percibir cómo la tensión iba en aumento, sujetó del brazo a su compañero para sosegarle y miró de nuevo al empresario.

—Yago Herrera era el sospechoso de la muerte de Rafael Dimas, pero ahora está muerto. Hemos encontrado pruebas que lo vinculan con su empresa, Vadeón S.L., y con usted, de modo que le rogamos que colabore con nosotros.

Lorenzo los miró a ambos, y pareció trasegar con un esputo que no echó al suelo por pura pulcritud. Ahora, además de insultado, se sentía vilipendiado. Se estaban acercando mucho a la verdad, pero él tenía que seguir fingiendo que no era así. Defenderse a sí mismo de aquella afrenta era ahora su total prioridad, porque, si no, podía dar por perdido todo cuanto tenía.

—¿Acaso estáis acusándome de tener algo que ver con la muerte de ese muchacho? ¿Y con la de Rafael? ¡Estáis locos! No tenéis ni idea. Sois una panda de inútiles. ¿Y todo por hacerme una foto con el chico cuando era pequeño? Menuda estupidez. Yo…

—¿Es usted el padre de Yago?

La inesperada pregunta de Carla dejó al empresario con los verbos congelados en los labios. Aunque ya sopesaba la posibilidad de que le interrogaran sobre eso, el rumbo que estaba tomando la conversación apuntaba a que se iba a pasar por alto. Sin embargo, escuchar esas palabras de repente le hizo vacilar, aunque fuera con levedad. Para cualquier persona, aquella reacción en la mirada de Lorenzo hubiera pasado desapercibida, pero Carla estaba especializada en reconocerla. Y en esa ocasión, ella hubiera puesto la mano en el fuego a que era así.

—¿¡Qué!? —exclamó Lorenzo visiblemente irritado— ¡No! ¡Claro que no! ¿Qué gilipollez es esa? Yo no tengo hijos. Si son esas las tonterías que habéis venido a contarme, ya os podéis largar de aquí. He tenido suficiente. En adelante, si queréis preguntarme algo, detenedme.

Entonces, Blasco sonrió.

—Me parece bien. Eso haremos.

—Vale. Y luego hablaremos con mis abogados y, quizá, tú y tu compañera tengáis que decirle adiós a esas bonitas placas vuestras de las que tanto presumís. Os estáis metiendo en un buen lío.

—¿Ah, sí? —casi aulló Blasco dando otro paso adelante.

—¡Sí! ¡Claro que sí! Y ahora fuera de mis oficinas. Largaos.

El teniente alzó un puño encolerizado, pero la mano conciliadora de la cabo volvió a contenerle.

—De acuerdo, señor Marín. Estaremos en contacto con usted.

A regañadientes, ambos agentes salieron del despacho del empresario. Este, tras ver cómo su puerta se cerraba, masculló una maldición y se llevó una mano a la boca, sobrecogido por un acontecimiento que se estaba escapando de su control. En solo un instante había sentido el filo de una amenaza terrible rozando su

gaznate, y se había sentido desfallecer. Así no debían ser las cosas, pero ahora su realidad se acababa de oscurecer. Lorenzo Marín era un tipo que siempre había sabido cuál era la vía de escape de cualquier entuerto en el que se metía, pero en esa ocasión, esa puerta estaba tan enterrada que no tenía ni idea de cómo hallarla, y eso le sobrepasaba por mucho.

Blasco y Carla salieron a la calle sin abrir la boca. El teniente miraba adelante mientras que la cabo observaba a su superior de reojo. Nunca lo había visto tan fuera de sí, y sentía que, de darse más adelante un nuevo encuentro como ese, no sería capaz de contenerle… y eso era todo un problema. Llegaron al coche y abrieron las puertas. Entonces, Carla miró a su compañero y agitó la cabeza.

—¿Lo has visto?

—¿El qué?

—Su gesto cuando le he preguntado si era el padre. Miente.

Blasco cabeceó y miró de soslayo las oficinas que habían dejado atrás.

—Claro que miente. Lorenzo siempre miente. Pero esta vez le vamos a coger. Vamos a cazar a ese cabrón.

22

El edificio del Registro Mercantil de Vadealobos estaba situado cerca de la avenida más comercial del pueblo. Se trataba de unas oficinas modernas y luminosas cuya estética discernía del aspecto empedrado del resto de edificios. Por lo que le habían contado a Javier en el hotel, antiguamente este servicio estaba ubicado en una sala dentro del propio ayuntamiento, pero hacía unos años que lo habían trasladado a un espacio más grande e independiente, alejado de políticos de dedos largos y ambiciones desmedidas. El montañero, tras recibir la tarjeta con el nombre de Vadeón S.L. escrito a mano en su reverso, había navegado por internet en busca de algún tipo de información que le resultara relevante, pero apenas había hallado unos pocos datos económicos y varias escuetas noticias sobre transacciones inmobiliarias. A sus ojos, tan solo se trataba de una empresa que compraba y vendía terrenos y edificaciones, pero ¿qué es lo que escondía que debía encontrar? Si ya con *Las trece casas* se había topado con un velo de silencios y lacónica información, con Vadeón presuponía que la búsqueda iba a ser igual de confusa.

Y lo era.

Receloso con quien le había dejado la nota, Javier Izaguirre se había acercado al Registro Mercantil con pocas esperanzas y muchas incertidumbres. No había estado nunca antes en un lugar así, ni había investigado a empresa alguna, pero mientras la Guardia Civil no le diera vía libre para irse de Vadealobos, quedarse metido en su habitación no haría más que alimentar su agobio. Para un espíritu curioso como el suyo, salir en busca de desafíos era más apetecible que quedarse sentado viendo la televisión. Estaba convencido de que, encontrara lo que encontrara, era imposible que él reconociera lo que no encajaba. Allí se facilitaban datos estructurales, económicos y organizativos de toda empresa registrada. Posiblemente leería nombres de personas que puede que conociera o puede que no, pero siendo él forastero, como bien le dijo aquel viejo de mal recuerdo, estaba seguro de que de poco le iban a sonar. Aun así, por consultarlo no perdía nada. Había algo en ese juego de notitas bajo la puerta y conversaciones enigmáticas que lo inquietaba, pero tampoco tenía razones inapelables como para alertarse por amenazas latentes. Por ahora, sobre él, ni había ni tenían nada. En cierto modo, él solo era un testigo de excepción. Un tipo con la capacidad de estar donde no debe, cuando no debe.

Había poca gente en el edificio. Las oficinas estaban en la segunda planta, y Javier prefirió subir las escaleras aprovechando su buena

zancada. Tras llevar unos días sin hacer ejercicio alguno, sus miembros comenzaban a quejarse por la pereza. En apenas unos segundos, llegó hasta el lugar indicado y localizó al fondo un mostrador carente de público. Allí, un hombre mayor, con una innegable calvicie asomando por la coronilla y vestido con una impoluta camisa blanca, ordenaba unos papeles sobre la mesa. Javier se acercó y compuso la mejor de sus sonrisas.

—Buenos días. Venía a ver si podía obtener información acerca de una empresa en particular.

El hombre miró con curiosidad a Javier, carraspeó unos instantes, y después habló con una castigada voz gutural.

—Buenos días. Muy bien. Dígame el nombre y el CIF de la empresa.

Javier, precavido como siempre había sido, rebuscó en sus bolsillos y sacó un papel donde había anotado esos datos, que era de lo poco que había encontrado en internet.

—La empresa es Vadeón S.L. El CIF está escrito aquí.

El funcionario cogió el papel y leyó con calma. Entonces se sentó en su silla y tecleó con avidez sobre el teclado. Miró la pantalla y anotó en un cuaderno algo que apareció en ella, pero que Javier fue incapaz de leer.

—Si me da un momento, ahora mismo vuelvo.

—Sí, por supuesto. Gracias.

El hombre se levantó, abrió una puerta de madera que estaba a su espalda y desapareció al otro lado. Javier, con cierta intranquilidad en sus gestos, miró hacia su derecha. Allí había un gran ventanal por el que entraba la luz a raudales. Se acercó al cristal y entrecerró los ojos. La ventana daba a la calle principal. Por las aceras deambulaban multitud de personas, algunos con las manos llenas de bolsas, mostrando la fatiga de quien llega tarde al trabajo. La mayoría de los edificios de esa zona eran de cuatro alturas, y no todos ellos respetaban la estética empedrada de la mayoría de Vadealobos. La historia del pueblo era la que era, pero la inercia del futuro engulle a todos aquellos que se quedan quietos. Ese mismo futuro, como en todas partes, exigía modernidad; exigía cambios; exigía creatividad. Eso no quería decir que esas tres pautas se cumplieran a rajatabla, pero algo había. El futuro, claro. El futuro que lo devora todo.

—Señor.

La voz gutural que escuchó tras él, y que identificó inmediatamente como la del funcionario, le hizo despertar de sus cavilaciones.

—Sí, disculpe. ¿Lo ha encontrado?

El hombre, entonces, tendió una carpeta abierta de color marrón hacia Javier. En la portada, escrito con un rotulador azul, aparecía el

nombre de Vadeón S.L. El montañero cogió la carpeta y la abrió. Dentro, con manchas de tinta que evidenciaba fotocopias recién hechas, había una serie de documentos cuya primera lectura hizo que a Javier casi le volara la cabeza. Nombres, números, códigos… Datos que su entendimiento no procesaba con facilidad.

—Perdone, ¿hay por aquí algún lugar donde pueda sentarme a leer esto?

—Sí, claro —respondió el hombre, solícito, mientras señalaba hacia un lado de la sala, a una puerta abierta que daba a otra habitación—. Allí dentro hay mesas vacías.

Javier miró en esa dirección y compuso de nuevo la misma sonrisa que al principio.

—Muchas gracias.

Se dirigió allí, traspasó el umbral y se sentó en la primera mesa deshabitada. Pero leer aquellos documentos era para el montañero como leer un texto perdido de la biblioteca de Alejandría: seguro que era importante, pero no entendía ni una coma. El papel identificaba a Vadeón como una empresa inmobiliaria especializada en la compraventa de edificaciones y terrenos urbanizables, aunque eso era algo que ya sabía. Después leyó cosas acerca de balances, cuentas, información mercantil… Nada que para él tuviera mayor sentido. Había varios nombres destacados de administradores, cargos dispares o inversores, pero aunque los leyó con atención tratando de hallar en su cabeza recuerdos que los relacionaran con el caso, ninguno de ellos le fue reconocible. Pasó hoja por hoja, pero aquellas letras, por muy unidas que estuvieran formando palabras, nada le decían más allá de lo que eran.

Hasta que llegó a una sección que sí que le llamó la atención.

Se trataba de un listado de artículos de prensa relacionados con la empresa que, por una razón u otra, debían tener cierta relevancia. Eran unas cuatro páginas, de modo que se acomodó en su asiento y se dispuso a leer. Algunos hacían referencia a compras o ventas llevadas a cabo por Vadeón; otros hablaban sobre eventos en los que había participado o sobre iniciativas empresariales o sociales que había encabezado. Ninguno de ellos parecía atender a algo relacionado con el tema en cuestión.

Salvo uno.

Era un artículo antiguo, de finales de 1996, donde se hablaba de la millonaria venta, por parte de Vadeón, de unos codiciados terrenos de Vadealobos a una empresa hotelera para construir un hotel de primera categoría que se llamaría Montelares. Decía que eran unas tierras muy valiosas, situadas en un lugar excepcional, y que el año anterior habían sido adquiridas por la propia inmobiliaria Vadeón. Se hablaba de una operación muy lucrativa, y alababa a aquellos que la

habían llevado a cabo.

Pero eso era todo lo que había.

Reparó en ese artículo por la coincidencia de hallarse ahora alojado en ese mismo hotel, del que reconocía que, en efecto, era un establecimiento de altísima calidad, pero de todo lo demás, no había nada que arrojara luz sobre tanta oscuridad.

Javier se recostó contra el respaldo de su silla y se pasó una mano por la nuca, cansado. Después, miró su reloj de pulsera y suspiró. Aquel no era un lugar especialmente acogedor, y prefería estar metido en alguna cafetería con un café en la mano y nada en lo que pensar, de modo que se levantó, se guardó el informe bajo el brazo y salió del edificio en busca de un lugar mejor. Aunque le gustaba Vadealobos, todo aquel asunto había conseguido que aquellas calles le produjeran cierto rechazo. No era mucho, pero lo había. Desdén y aprensión, incluso. Una pena para una tierra tan hermosa.

23

—Podíamos haber quedado en mi despacho —se quejó Lorenzo.

—No me fío de tu despacho —contestó agriamente Teresa—. Ni siquiera me gusta este lugar.

Lorenzo giró la cabeza y observó al resto de mesas. Algunas estaban vacías, y en las que no era así, los comensales no parecían centrar su atención más que en sus platos y en sus propias conversaciones.

—Nadie nos mira, Teresa. Cada uno va a lo suyo. Tranquilízate ya.

Pero tranquila era lo más opuesto a lo que ella estaba. Cuando llamó a Lorenzo para que se vieran, y este le citó en el restaurante en el que ahora estaban, Teresa se había tragado las ganas de negarse. Por norma general, ella era una mujer fría y serena. Gracias a ello había hecho buena carrera en la abogacía, y también gracias a ello, los negocios en los que había metido la nariz olían todos a rosas, pero los acontecimientos de los últimos días habían enrarecido un tanto su olfato: el hedor que se respiraba ahora era insoportable. La imprudencia en todo lo ocurrido con Rafael Dimas, la temeridad cometida con Yago, el hecho de tener que meterse en un calabozo fingiendo ser quien no era… Ella era capaz de hacerlo, claro, pero no le gustaba nada. Bajar al barro a pelear por culpa de la ineptitud de terceros era algo que le fastidiaba sobremanera, por eso rehuía. Sin embargo, en ese caso en particular, comprometerse a hacerlo había sido casi una obligación. Había demasiado en juego como para confiar en otros.

—¿Cómo puedes estar seguro de que no te vigilan?

Lorenzo volvió a mirar hacia ambos lados y chasqueó la lengua, contrariado. Aquel era un restaurante de postín, uno de esos a los que era más asiduo. La comida era buena y el trato exquisito. Aquella era gente comedida y reservada, acostumbrada a clientes de nivel, de aquellos cuyas conversaciones, aunque se hagan a gritos, deben parecer que solo son susurros. De la discreción del local, este lograba grandes dividendos. Gentes con los bolsillos llenos dispuestos a vaciarlos en sus platos y sus copas. Decoración elegante, vajillas de lustre, iluminación contenida. Un buen lugar.

—He venido a este restaurante decenas de veces. Aquí estamos bien. No temas.

Pero las palabras de Lorenzo, pese a sonar confiadas, no eran suficientes como para que Teresa se relajara.

—Creo que esto es un error. Ni siquiera deberían vernos juntos.

—¿En serio? —preguntó Lorenzo, molesto.

—En serio. No me gusta cómo se está poniendo la cosa. Si nos ven pueden sospechar…

La mujer fue a continuar, pero algo refrenó su lengua. Lorenzo, sin embargo, notó cómo un destello iluminaba su entendimiento, y el final de la frase que Teresa callaba se esbozó con claridad en sus labios.

—… de ti, quieres decir. Que pueden sospechar de ti. ¿Y por qué no? Al fin y al cabo somos socios, es normal que nos vean reunidos. Cosas de negocios.

—Pero esto no son negocios…

—Sí que lo son. Todo son negocios.

—¡Esto no! —bramó Teresa entre iracundos bisbiseos—. No nos jugamos dinero, Lorenzo. Es mucho más que eso. ¿Tan ciego estás? ¡Joder!

Lorenzo Marín era un hombre acostumbrado a la presión. Sus ambiciones le habían llevado a vivir en ella desde muy joven, cuando se dio cuenta de que él no quería ser uno de esos infelices que andaban por el pueblo partiéndose el lomo en trabajos que aborrecían para poder llenarse el buche con alimentos que aborrecían. Él estaba hecho de otra pasta, pertenecía a otro estrato. Estaba muy por encima. Habían pasado los años, y los caros trajes que vestía aún le hacían sonreír cada mañana. Estaba en lo alto del escalafón, como siempre había soñado, pero, a veces, para subir escalones hay que llenarse las manos de mierda, ya sea por decisiones tomadas con antelación, sin conciencia de por medio, o por azares de la vida ofreciendo oportunidades inesperadas. Lorenzo era de aquellos que no se paraba a meditar si lo que hacía era lo correcto. Él, si veía ganancia, iba a por ella, costara lo que costara y arrollara a quien arrollara. Los que se dejaban llevar por los recelos no eran más que unos perdedores. Teresa, en cierto modo, compartía inquietudes con Marín. La pasta de que estaba hecha era similar, pero sus miedos, aunque solía hacerlos dormitar, no desaparecían del todo, aun incluso cuando se transformaba en otra persona para ejecutar actos tan abominables como el cometido con Yago. Una pequeña parte de ella todavía daba cierto pábulo a la prudencia, y todo lo acontecido no animaba a otra cosa.

—Lorenzo. Sé que te ha visitado esta mañana la Guardia Civil. Estoy preocupada.

El hombre, simulando una indiferencia que no sentía, negó con la cabeza.

—No lo hagas, no tienen nada.

—¿Nada? ¿Te preguntaron por Rafael? ¿Y por Yago?

—Por Yago, sí, pero están dando palos de ciego. Han visto los pagos que le estuve haciendo a su madre, pero nada más. No saben lo

que buscan.

Teresa se llevó una mano a la frente y maldijo entre dientes.

—¡Joder, Lorenzo! Te dije que aquello no lo pagaras desde la empresa, pero tú nunca escuchas a nadie, ¿verdad?

—Tranquila, Teresa. Ellos creen que era un pago por limpiar las oficinas. Mabel les ha dicho lo mismo.

—Ya. ¿Y si se va de la lengua?

—No lo hará.

—¿No? ¿Te fías de ella?

Lorenzo cabeceó y guiñó los ojos.

—No es que me fie, es que lo sé. Ella no contará nada porque sabe que si lo hace lo va a pagar. Esa mujer es muy débil. Tiene más miedo que otra cosa.

—Pero si la presionan… Joder, aquel muchacho era tu responsabilidad, no de la empresa. Nos has jodido a los dos. Si descubren que tú eras… —Y entonces un leve fulgor en la mirada del hombre hizo que Teresa comprendiera que aquellos guardias ya lo sabían—. ¡Me cago en la puta! ¡Lo saben! ¡Joder, lo saben!

—No lo saben —trató de mentir Lorenzo.

—Sí que lo saben, y si saben eso, saben también lo de Rafael. ¡Me cago en Dios!

Los nervios de la mujer florecieron de golpe, y el tono de su voz comenzó a elevarse entre palabras que aún llegaban confusas al resto de los comensales. Lorenzo, consciente de que Teresa estaba perdiendo los estribos, puso una mano sobre el puño cerrado de la mujer con fuerza y moduló su voz en busca de mayor confidencialidad.

—¡Cállate ya, cojones, que te van a oír! Te estoy diciendo que no tienen nada. No saben bien lo que buscan. Preguntan mucho, pero están perdidos. No van a encontrar nada, ¿de acuerdo? Confía en mí.

Pero no confiaba. Sin embargo, Teresa sabía que dejarse llevar por el desánimo podía ser muy imprudente, y si había alguna forma de que salieran ilesos de toda aquella tempestad, era mantener las formas y ser fieles al relato marcado, aquel que los exculpaba de todo. No había otra opción en ese momento que llevar un perfil bajo para no llamar la atención, y comportarse como se esperaba de ellos. Negar verdades y abrazar mentiras. Y sabían bien cómo hacer eso; tenían tablas en el asunto.

—Vale, Lorenzo, de acuerdo —dijo ella más templada—, pero hay otro tema que tienes que abordar. El tipo ese del hotel, ya sabes, Javier Izaguirre. Ese que están investigando por la desaparición de Rafael. Vigílalo.

Lorenzo pareció meditar, y al poco alzó una mano.

—¡Bah! Ese hombre no es una amenaza. No sabe nada de todo

esto.

—¿Ah, no? —respondió Teresa visiblemente molesta—. Entonces explícame por qué han visto a ese tipo merodeando por *Las trece casas*. —Al oír eso, Lorenzo enarcó una ceja, atónito—. Y luego dime por qué el mismo tío ha estado en las oficinas del Registro Mercantil buscando información sobre Vadeón. ¿Por qué coño pregunta por nuestra empresa? ¿Qué cojones es lo que sabe?

El hombre, estupefacto por esa desconocida noticia, se llevó una mano al mentón pensando en qué sentido podía tener aquello. Sabía de la existencia de ese tipo, pero estaba convencido de que no era más que un monigote ignorante al que largarían en unos días. No se había preocupado por él lo más mínimo. Sin embargo, que anduviera husmeando donde no debía, cambiaba del todo las cosas. De ser un nada podía pasar a ser un todo, y eso no podía permitirlo. Debía andarse con ojo. Debía observarle de cerca.

—No tenía ni idea.

—Pues ya te lo estoy diciendo yo. Así que páreale los pies como sea. Igual que yo me metí en la mierda con Yago, ahora hazlo tú con ese tal Javier. ¿Vale? Y hazlo ya.

Sin esperar respuesta, la mujer pegó un largo trago a su copa, para después dejarla tintineante sobre la mesa mientras se levantaba y se marchaba hacia la puerta de salida. Lorenzo observó de reojo cómo la figura de esa mujer, siempre elegantemente vestida, abandonaba el restaurante, pero su atención ya no estaba fija en ella. La visita de la Guardia Civil había agrietado un tanto su talante, pese a fingir entereza ante los demás. Eso era fácil. Sin embargo, el frente que se abría con el entrometido ese del hotel, no se lo había esperado para nada, y eso le hizo vacilar. Debía tomar cartas en el asunto antes de que fuera demasiado tarde. No podía quedarse sentado a esperar que los vientos se llevaran de allí las nubes, porque esas mismas nubes eran densas y venían cargadas hasta los topes.

Esas puñeteras nubes.

Esas jodidas nubes.

24

Hay veces que los cielos no muestran su verdadera cara, sino que esbozan las huellas de las lágrimas vertidas por quienes los miran. Se encapotan, graves y tristes, como sonrisas segadas por la pena. Duelen y se lamentan. Desfallecen.

Esa gris y lánguida mañana de junio, los cielos eran Blanca.

El cementerio de Vadealobos estaba situado a las afueras del pueblo, bajo una bucólica colina que solía refulgir cuando el sol se ponía tras ella. Estaba rodeado de trechos de tierra cubiertos por espeso césped y un pequeño bosque de árboles centenarios de gruesos troncos. La última vez que Blanca estuvo allí fue cuando enterraron a su única hermana, pero eso ocurrió muchos años atrás, y su selectiva memoria había labrado zanjas en sus recuerdos para que ese momento no estuviera tan presente. De lo que sí se acordaba, de aquel entonces, es que las nubes habían lucido igual de oscuras e imponentes. Eso no lo había olvidado. La única diferencia es que aquel día, pese a perder a su hermana, al menos sabía que al volver a casa no lo haría sola; junto a ella estaría Rafael. Él siempre estaba.

Salvo ahora.

Cuando volviera a casa, ella estaría sola y en silencio, y allí se ahogaría en sus propias lágrimas, sin nadie que le tendiera un pañuelo con qué secárselas. Ese idílico paisaje, a sus ojos, era más cercano a las puertas del infierno que a las del cielo. Allí, en ese cementerio, Blanca no estaba sola, aunque en su corazón se sintiera así. Muchos eran los vecinos que se habían acercado a darle el último adiós a Rafael Dimas. Algunos eran habitantes del pueblo de antiguo. Gentes más o menos cercanas a la familia, pero reconocibles de al menos un hola o un hasta luego. En sus miradas se presumía la lástima, e incluso cierta aprensión, más por la forma en que se marchaba un vecino de toda la vida que por su amistad con él.

Porque Rafael no tenía muchos amigos.

De joven sí que los había tenido. El hombre tuvo su camarilla en Vadealobos, como la mayoría. Amigos del barrio, del colegio o de lo que fuera. Chicos y chicas con los que, según fue creciendo, compartió las victorias y las derrotas de la mocedad, pero los años y la madurez a veces terminan derribando puentes, y amigos de toda la vida acaban viviendo a mundos de distancia, aunque su casa siga estando a la vuelta de la esquina. Esa historia de vida fue la de Rafael, al que los años, y sobre todo los excesos incontrolados, fueron dejando solo, siendo la lealtad de su mujer lo único a lo que podía aferrarse. Por eso allí, entre todos aquellos rostros compungidos, Blanca apenas pudo

reconocer algún corazón que llorara de verdad.

Blasco era uno de ellos.

Parte de él estaba presente allí, frente al nicho abierto en el que iban a introducir el féretro de Rafael, en calidad de teniente de la Guardia Civil encargado de investigar su asesinato, pero otra parte de él estaba ahí como una de esas almas afligidas por la despedida. Él era uno de aquellos amigos distanciados por los años, aunque al menos podía jactarse de no haber desaparecido del todo. El dolor que sentía dentro era real. La forma en que apretaba las mandíbulas por la tensión, también. Miraba el agujero como quien observa la boca de una cueva oscura de la que brotan los rugidos de una bestia que no puede ver. Su mente se debatía entre la entereza del agente y la fragilidad del amigo, pero sabía mantener las formas. Estaba firme y serio, observando a todos cuantos se congregaban allí, pero, sobre todo, posando su mirada sobre la pobre Blanca, que lo había perdido todo.

Carla, por el contrario, componía una figura solemne y respetuosa, pero profesional. Ella también los miraba a todos, pero su ánimo era muy distinto al de su compañero. Para ella, su preocupación estaba más volcada sobre Blasco que sobre la viuda. Esos últimos días le había visto perder los estribos más veces de los que había presenciado desde que le habían destinado a Vadealobos. Tenía al teniente Joaquín Blasco en un pedestal. Lo admiraba y trataba de emular sus gestos y sus reacciones. Era un ejemplo a seguir. Íntegro y acertado. Blasco era uno de esos agentes que sabía templar el carácter cuando tocaba, igual que sabía cuándo convenía enseñar los colmillos, pero todo aquel asunto había hecho que ambas partes de sí mismo llegaran a confundir su momento, y eso a la cabo le inquietaba sobremanera. Dentro de sus responsabilidades estaba velar por el bienestar de su superior, aunque su situación como subordinada exigiera más bien lo contrario, y eso iba a hacer. Costara lo que costara.

Pero Blasco no perdía atención de todo cuanto rodeaba aquel entierro. Vigilaba a Blanca, sí, pero también al resto de rostros que estaban allí presentes. A la mayoría, los más curtidos, los conocía del pueblo. A algunos más que a otros, pero sabía quiénes eran. Otros no le sonaban demasiado, pero las gentes de Vadealobos habían cambiado mucho con los años. Y había caras a las que sí que ponía nombres, apellidos e incluso voces. A las mujeres que sujetaban a Blanca ya las había visto antes, eran sus vecinas colindantes. Miró tras ellas y pudo ver a Eusebio, el dueño del taller Daytona, y a varios de sus empleados. También estaba Celso, el dueño de Los Riscos, donde Rafael solía ir a beber, que saludó al agente con una leve inclinación de cabeza. Algunas otras personas, también clientes de la taberna, se habían diseminado por la zona. Había un par de representantes del

ayuntamiento y algunos antiguos compañeros de estudios, a los que el teniente pudo reconocer con algo de esfuerzo por las arrugas ya presentes. Lorente también andaba por allí, pero su labor se centraba más en estar pendiente de la viuda, ya que no era la primera vez que le tocaba a él controlar los ánimos enfebrecidos de la mujer.

Entonces, una figura que no logró reconocer a primera vista avanzó hacia Blanca. Esta, al verla, soltó un sollozo que a punto estuvo de hacerla caer, pero los brazos de la figura se estiraron para sujetarla. Se trataba de un hombre delgado y fibroso, que llevaba unas pequeñas gafas de montura redonda sobre el puente de la aguileña nariz que sobresalía de su cara. Iba vestido en tonos oscuros, con pantalón de pinza y americana abierta. Su columna se erguía con suficiencia, pero su cabeza se inclinaba sobre la mujer con ternura. Estaba de espaldas a Blasco, pero aquella cercanía con Blanca hizo que un recuerdo fugaz iluminara su memoria. Algo en aquellas formas le era familiar, de modo que dio un par de pasos atrás y buscó un mejor ángulo de visión.

Sí, era él. Claro que lo conocía.

Carla también había reparado en ese hombre, pero su reconocimiento de los ciudadanos de Vadealobos era mucho más limitado, así que su atención se diluyó de inmediato y volvió a centrar su mirada en aquel ataúd y el agujero donde iba a reposar. Desde niña había sentido aversión por momentos como ese, pero por su profesión no eran pocas las veces en las que había tenido que asistir a sepelios más o menos sentidos. A veces era por casos a investigar; otros por compañeros a los que despedir. Ninguno de ellos, por supuesto, le había resultado agradable.

De una de las esquinas más próximas al nicho aparecieron cuatro hombres ataviados con ropas de trabajo. Al verlos, Carla comprendió que eran los tipos que debían dar sepultura a Rafael, y se giró para avisar a su teniente, pero este ya no estaba. Sorprendida, la cabo sacudió su cabeza y vio cómo Blasco caminaba en dirección a Blanca, pero algo en sus movimientos le reveló que no era a ella a quien iba a acercarse, sino al espigado tipo que se había puesto a su lado. Vio cómo se detenía delante de él, y cómo, tras unos instantes de confusión, sin duda motivados por los años transcurridos, el rictus grave del hombre se relajaba un tanto hasta esbozar una lacónica sonrisa triste en sus finos labios: ambos se habían reconocido. Vio cómo se dieron la mano con firmeza, y cómo ambos cuerpos llegaban a rozarse en un ligero abrazo. Intercambiaron susurros escuetos, y el teniente puso una mano sobre el hombro del tipo con afecto. La cabo, que no había visto a ese hombre en toda su vida, trató de atar cabos imaginando que debía ser un amigo de antaño, y que esa amistad debía perdurar desde aquellos tiempos, como según el propio Blasco le

había relatado, en que ambos y Rafael habrían debido compartir vivencias. No había razón para desconfiar donde su compañero confiaba. Aquel era un hombre bienvenido, y en días tan lúgubres como aquellos, que el teniente sonriera a alguien era toda una hazaña.

Tras unos momentos de conversación entre dientes, Blasco volvió a dar la mano al hombre y retornó cabizbajo junto a Carla. Esta lo miró y no pudo evitar entrometerse en su encuentro anterior.

—¿Un viejo amigo?

El teniente, que no estaba esperando pregunta alguna, dio un respingo.

—¿Qué?

—El hombre de las gafas. El que está junto a Blanca. Lo conoces, ¿no?

Blasco ladeó la cabeza y miró de soslayo al tipo.

—Ah, sí. Ese es Vicente. Vicente Larrea. Hacía años que no lo veía. Trabaja como profesor en Menorca. Se marchó de Vadealobos hace mucho tiempo. No esperaba verle por aquí.

Carla miró de refilón al hombre y observó cómo Blanca le cogía la mano con fuerza.

—Pues parece que aún era buen amigo de Rafael.

—Sí. Siempre se llevaron bien, pero no sabía que se mantenían en contacto. Como te he dicho, Vicente hacía muchos años que no venía por el pueblo.

—Vaya —rumió la cabo chasqueando la lengua—. Ni siquiera para ver a un viejo amigo…

Blasco, entonces, se encogió de hombros.

—Ni siquiera.

Pero Carla cavilaba pensamientos que callaba. Durante el tiempo transcurrido entre la desaparición de Rafael Dimas y el funeral en el que ahora se encontraban, la cabo se había hartado de escuchar afirmaciones acerca de la soledad de Blanca y su marido. Sabía que su superior y Rafael habían sido amigos en el pasado, pero incluso él había incidido en su pérdida de cercanía pese a seguir siendo vecinos. Todo apuntaba a que el asesinado había dilapidado cuantas amistades le quedaban, pero aquel tipo llegado de tan lejos parecía representar casi a un familiar, pese a no serlo. No tenía por qué ser algo raro, pero su instinto, para esas cosas, siempre caminaba por el sendero menos transitado.

—¿Y no te parece extraño?

Al oír esa pregunta, el teniente arqueó una ceja y miró a su compañera.

—¿Extraño? No, ¿por qué? Vicente es un buen hombre. Que no quiera venir a Vadealobos no lo hace sospechoso de nada.

—No, claro que no, pero… ¿No quiere venir por aquí?

—Eso me dijo cuando se marchó.

—Vaya, ¿y no te dijo por qué?

Blasco, entonces, volvió a encogerse de hombros como antes.

—Pues no, pero tampoco le pregunté. Cada uno tendrá sus razones, imagino.

Pero lo que para el teniente era una nimiedad, para Carla suponía una posibilidad. No habían tenido la oportunidad de interrogar a nadie cercano a Rafael porque, sencillamente, no lo había. Para ella, la presencia de ese hombre podía suponer una nueva línea de investigación. Quizá de su declaración pudieran sacar una teoría alternativa acerca de un enemigo desconocido, una afrenta olvidada o un cruento acontecimiento que pudiera dar pie a hallar respuestas que no se tenían. Debían hablar con ese tal Vicente, aunque del escaso interés por ese hombre mostrado por el teniente, la cabo pudo aventurar que llevarle al cuartel no iba a ser tarea fácil. Aun así, había que intentarlo.

—Pues teniente, yo creo que deberíamos…

—¡Tshhh!

El gesto de Blasco exigiendo silencio a su compañera fue tan vehemente que a la cabo le sonó como una reprimenda. Esta miró a su superior, pero este no hacía lo mismo. En su lugar, el hombre miraba de frente con intensidad, sin apenas pestañear. A su alrededor, todas aquellas bocas que hasta ese momento habían murmurado chismes y habladurías, también habían mutado de golpe. Entonces, la cabo giró la cabeza y comprendió el porqué de esa reacción: allí, los cuatro operadores que habían aparecido desde una esquina un momento antes, habían levantado a pulso el féretro de Rafael y habían comenzado a introducirlo en su nicho. El silencio en ese instante era tan penetrante que hubiera podido jurar que allí no había nadie, pero el ligero rumor de un lamento ahogado hizo que Carla sintiera cómo un escalofrío recorría su columna vertebral. Ladeó levemente la cabeza y observó cómo el cuerpo de Blanca desfallecía. Aquel sollozo suyo fue aumentando como lo hace el chispeo de la lluvia antes de la tormenta. Sus piernas flaqueaban y su rostro se iba descomponiendo a medida que el cuerpo de su Rafael iba entrando en aquel agujero de dolor y amargura. Tan solo la mano de Vicente, y el abrazo de una vecina, lograban que la mujer no cayera de bruces contra la acera, pero su alma retemblaba ahogándose en sus propias lágrimas. La cabo sintió de improviso cómo su corazón se encogía ante el sufrimiento ajeno. No era la primera vez que asistía a un entierro de ese cariz, pero algo en ese momento había tocado una tecla de su alma que creía tener bien protegida. Era pena; era lástima; era aflicción.

También Blasco sentía algo parecido, pero de otro modo. Algo dentro de él se encogía ante el adiós a alguien que era mucho más que

un simple vecino. Su distanciamiento con Rafael era evidente, pero los lazos del pasado no se habían podrido del todo por el paso de los años. La unión nunca se había roto del todo, aunque ahora la muerte era un muro imposible de salvar. Para el teniente, la pérdida no era ajena, sino cercana, casi personal. Sus ojos titilaban por las lágrimas contenidas, aquellas que humedecen pese a no tener permiso para brotar. Blasco era agente veterano, acostumbrado a lidiar con impresiones funestas, pero a veces la humanidad de cada uno ensombrece la serenidad. A veces, ese dolor de los demás, también es propio.

Entonces, un aullido enloquecido los hizo apartar la vista del nicho. Blanca, con los nervios enfebrecidos y un temblor incontrolable, se había soltado de sus apoyos y se había abalanzado sobre el agujero en el que los operarios estaban introduciendo el ataúd. Este estaba situado a media altura, rodeado de otros ya cerrados, de cuyas fachadas colgaban antiguas fotografías sobre nombres y fechas labradas en mármol. Los hombres, al ver correr a la viuda, se echaron a un lado para no entorpecer su despedida, porque eso era lo que ella estaba haciendo. Ahogada en lamentos y debilitada por la congoja, Blanca estaba diciendo adiós.

Todos los allí presentes contuvieron el aliento. Algunas de las mujeres que acompañaban a Blanca, sollozaron impresionadas. Algunos de los tipos que alguna vez departieron con Rafael, bajaron la mirada, apenados. Carla observó a Blasco, y en sus ojos vislumbró pesares disimulados. Miró de reojo al profesor, que ahora se cruzaba de brazos tras soltar a Blanca, y aunque no lloraba, pudo entrever en su expresión contenida que lo hubiera hecho de buena gana. Ese era un momento de silencios y recogimientos; de meditación y quejidos; de adioses.

Por eso se sorprendió tanto, como les pasó a todos, cuando Blanca se puso a gritar.

La mujer estaba girada mirando a la muchedumbre. Por un momento, la agente hubiera asegurado que los ojos de la mujer se centraban en una figura en particular, pero aquella mirada ahogada parpadeaba y vacilaba hasta tal punto que parecía perderse en la nada. Blanca se agitaba con violencia y apretaba los dientes como si fuera a devorarse a sí misma. Blasco, estupefacto ante esa reacción, dio un paso adelante y miró a Lorente. Este, sin necesidad de escuchar orden alguna, comprendió que el teniente le estaba pidiendo que se hiciera cargo de la mujer, y corrió hacia ella. Vicente, y varias vecinas, también se adelantaron para atenderla. Carla, sin moverse de su sitio, trató de agudizar los oídos para intentar comprender unos gritos que no parecían formar frase alguna. Eran letras inconexas componiendo palabras inconexas, pero la mujer, fuera lo que fuese, decía cosas que

para ella tenían todo el sentido del mundo. La cabo dio un paso adelante y, entre el murmullo general, giró su cabeza para darle amplitud a sus oídos y entrecerró los ojos.

Entonces lo oyó.

—¡Malditos seáis! ¡Me lo habéis matado, malditos! Lo van a saber… Lo voy a contar todo. ¡Todo! ¿Eh? Vais a pagar por lo que habéis hecho, malditos, vais a pagar…

Los bramidos de la mujer se quebraron por los llantos. Lorente y los demás llegaron para sujetar a la mujer, pero esta, sobrepasada por las emociones, cerró los ojos y su cuerpo se desvaneció. Lorente solicitó a toda prisa la presencia de una ambulancia, y los presentes resoplaron sobrecogidos por la escena, pero la atención de Carla ya no estaba centrada en la mujer. Ahora miraba hacia atrás, hacia el gentío. Algo le decía que la reacción de Blanca no había sido solo a causa de los nervios. Ella había visto algo que le había hecho explotar. No sabía por qué, ni a quién señalaba, ni qué era eso que iba a contar, pero algo presente en aquel cementerio había liberado la rabia que ardía dentro de Blanca. La cabo arrugó las cejas y observó cada rostro, cada expresión y cada postura. Indagó en aquellos ojos pesarosos de los más cercanos, y trató de descubrir lo que escondían los más alejados, todos y cada uno de ellos. Y entonces, unos que ya conocía de antes le hicieron comprender. Era una conjetura, claro, pero los últimos acontecimientos le animaban a sospechar con cierta certeza. Ese hombre estaba allí, y quedaba claro que no era el lugar adecuado. Eso no quería decir que Blanca se refiriera en modo alguno a esa persona, pero no era para nada descabellado pensar que pudiera ser así. Recelosa, la cabo puso una mano sobre el brazo de Blasco, que seguía mirando a Blanca, y con un gesto de la cabeza le indicó que mirara a su espalda.

—Teniente. Ahí detrás.

Blasco, atendiendo a la grave expresión de las facciones de su subordinada, giró su cuerpo y miró en la dirección indicada. Por un instante le costó reconocer aquello que debía contemplar, pero al fijarse bien comprendió los recelos que le había transmitido la cabo. ¡Claro que ese hombre no debía estar allí! No en ese momento ni en ese lugar. Él, no.

Lorenzo Marín, cruzado de brazos y con una mano bajo el mentón, miraba con seriedad hacia Blanca. Estaba solo y su expresión era sombría. Estaba claro que él también había escuchado aquellos gritos, pero nada en su actitud mostraba signos de haberse sentido aludido. Parecía respetuoso con la situación, e incluso conmovido con lo ocurrido, aunque Blasco albergaba dudas de que eso fuera realmente así. La mirada del teniente se había vuelto irascible, casi colérica, y esta creció aún más cuando los ojos de Lorenzo se cruzaron con los

suyos. Por un momento, Carla pensó que Blasco iba a saltar sobre la muchedumbre para hincar sus colmillos sobre el empresario, pero el teniente no se movió. En lugar de eso, fue el propio Marín el que dio un paso atrás y abandonó el lugar, consciente de que su presencia allí no era bienvenida. Blasco contempló su marcha con los puños apretados y las sienes tensas por la sangre acumulada. Lo siguió con la mirada hasta que este se evaporó tras las tumbas. Aun así, siguió mirando a la nada, sin saber bien por qué lo hacía. La rabia, a veces, ciega los sentidos y hace que se cometan imprudencias, pero un teniente como él no tenía permiso para ello. Debía mantener las formas y templar los nervios. No se esperaba otra cosa de un tipo como él.

25

La cabo Ibáñez, cuando fijaba su concentración en algo, rara vez se distraía.

Esa mañana, tras el desagradable acontecimiento presenciado en el cementerio, Carla había vuelto al puesto para embutirse aún más en una investigación que estaba socavando su paciencia. Lo había hecho sola. Blasco había acompañado a Blanca al hospital al que había sido trasladada tras su ataque de ansiedad. La mujer estaba muy debilitada por las emociones, y el teniente había preferido velar por ella en esa ocasión. En su mirada triste, la cabo pudo reconocer la pesadumbre. Había lástima en sus ojos por el dolor contemplado, e incluso se atrevería a decir que había algo de culpa, sin duda por los años de distanciamiento. A veces, en los peores momentos, afloraban los perdones olvidados.

El caso es que la cabo había vuelto a su sitio y se había puesto de nuevo manos a la obra en busca de los cabos que aún no habían podido atar. Tras el asesinato de Yago, la oportunidad de conseguir el nombre de un sospechoso veraz se había evaporado de golpe. La sombra que planeaba sobre Lorenzo Marín era muy interesante, pero el tipo tenía como media docena de coartadas bien montadas que le eximían de cualquier suspicacia. Los pagos que le había hecho a Mabel Herrera desde su empresa eran un buen punto de apoyo, pero mientras el discurso de la mujer avalara lo que decía el empresario, no había forma de demostrar que esa mujer no había limpiado nunca allí, y que ese dinero provenía de otra cosa. Las oficinas de Vadeón S.L. eran pequeñas, y sus pocos empleados de seguro no se saldrían de las declaraciones pactadas. La mujer que había envenenado a Yago no era más que un fantasma, y los enemigos declarados de Rafael Dimas, una lista vacía. De modo que ese arrogante empresario era el único camino que se podía seguir, aunque era evidente que en él había demasiadas espinas como para tocarlo sin ser herido. Incluso Blasco, conocedor como era de los secretos más oscuros que se escondían en Vadealobos, apenas se atrevía a ir más allá de lo que era pertinente. Las puertas a derribar se debían elegir con tiento, no fuera a ser que se encontraran un abismo al otro lado.

Y luego estaba Izaguirre.

Por un instante, la cabo pensó en ese hombre que permanecía alojado en el hotel desde el día en que desapareció Rafael. Hacía tiempo que ella lo había eliminado de la ecuación, convencida de que aquel hombre de trato amable y ojos asustadizos no tenía nada que ver con el asunto. Lo suyo había sido cuestión de mala suerte; una

coincidencia nefasta, pero nada más. Cierto era que, a veces, las mentes más perversas se esconden tras los rostros más cordiales, pero en el caso de ese hombre, sus gestos y expresiones le habían resultado tan reales como los son el día y la noche. Si se confirmaba que aquel tipo era la viva imagen del Diablo, entonces Carla Ibáñez dimitiría de golpe el mismo día que el otro confesara sus crímenes. Pero esta vez estaba convencida de que no sería así, y por eso se sorprendió tanto cuando, al levantar la cabeza, vio a ese mismo Javier Izaguirre caminando dubitativo directo hacia su mesa.

—Buenos días, agente. Siento molestarla. Yo…

Estaba nervioso. Carla percibió esa alteración en el modo en que caminaba. El temblor de su entrecortada voz no hizo más que confirmar lo presentido. Algo en el talante de ese hombre evocaba incertidumbres y miedos. Pronto la agente comprendió el porqué: la última vez que hablaron con el hombre, Rafael Dimas tan solo era un desaparecido, pero las noticias acerca de su aparición y, sobre todo, el modo en que habían encontrado el cuerpo, de seguro había llegado ya a los oídos del hombre, y claro, no era lo mismo ser sospechoso de una desaparición que de un asesinato. Los mimbres son otros. La condena, también.

—Buenos días, señor Izaguirre —se afanó en saludar la cabo mientras levantaba medio cuerpo y señalaba una silla—. Por favor, siéntese.

El montañero se sentó, vacilante, y la cabo hizo lo propio sin apartar la vista del hombre. Estaba encogido sobre sí mismo y se frotaba una mano contra la otra, como suelen hacer los que andan alterados u ocultan algo. Miraba hacia todas partes, pero al momento perdía la vista en el suelo escondiendo su rostro. Aquel hombre estaba inquieto. Aquel hombre estaba asustado.

—Pues usted dirá —inquirió Carla.

Javier, de primeras, se mordió los labios guardando silencio. La desaparición de aquel viejo, su interrogatorio, la conversación con el jardinero, la aparición del cadáver de Rafael Dimas con signos de violencia, aquella tarjeta bajo su puerta, *Las trece casas*… Eran demasiadas las cosas que le suplicaban que saliera corriendo de allí. Al principio, ir a visitar las casas quemadas había surgido de su alma curiosa ante un caso en el que estaba involucrado sin saber muy bien cómo, pero aquella visión, y la historia que escondían aquellas vigas retorcidas, le habían dejado un poco tocado. Lo de Vadeón S.L. aún no alcanzaba a entenderlo, pero estaba convencido de que alguien tenía un interés especial en que él no se desentendiera de un caso que no comprendía. Como le habían pedido casi con exigencia los agentes, Javier había permanecido en ese lujoso hotel hasta nueva orden, pero los días pasaban, y la falta de noticias de parte de aquellos guardias

empezaba a minar su ánimo. Esa mañana se había levantado con ganas de marcharse de allí. Esa mañana quería irse a casa.

—Verá, agente, querría saber si puedo marcharme del pueblo.

La cabo respiró hondo y meditó unos instantes. La inercia profesional le empujaba a interpelar al hombre indicándole que eso era algo que decidirían ellos, pero, por otra parte, comprendía perfectamente su demanda. En cierto modo, salvo por una caprichosa coincidencia, no tenían nada contra él, así que, de estar en su lugar, ella también rogaría por marchar. Es más, de haber sido ella ya lo hubiera hecho.

—Señor Izaguirre, aún no puede irse. Le agradecemos mucho su colaboración, pero le ruego que tenga un poco más de paciencia.

El hombre volvió a morderse los labios.

—He leído que han encontrado el cuerpo de ese pobre hombre y…, bueno…, y de cómo lo encontraron, pero le juro que yo no tengo nada que ver con eso. Yo…

—Tranquilícese, Javier —rogó Carla alzando las manos—. Este caso aún está en investigación. Usted ya nos ha contado cómo pasó todo, de modo que no se preocupe, que en cuanto sea posible podrá marcharse a casa.

Pero para sus adentros, la cabo tuvo claro que, en otra situación distinta a esa, la frase que acababa de pronunciar hubiera sido mucho más visceral de lo que salió de sus labios. Ella, de buena gana, hubiera dejado que aquel tipo se fuera a su casa sin presentar cargo alguno. Tenerle allí retenido era del todo un quebrantamiento del procedimiento, pero se habían aprovechado de su talante dócil para tener ese as guardado bajo la manga, al menos hasta que se aclararan las cosas. Las órdenes del teniente Blasco con respecto a Javier Izaguirre habían sido claras y concisas, y salvo que hubiera una evidencia incontestable que señalara a un sospechoso seguro, todas las vías de investigación, incluida la del montañero, seguían abiertas.

Javier, cabizbajo ante una negativa que ya esperaba, se llevó una mano a la frente.

—Aún tengo unos días de vacaciones, pero en breve tendré que reincorporarme a mi puesto de trabajo. Como entenderán, no puedo quedarme mucho tiempo si no soy… detenido. Ya sabe.

—Por supuesto, claro. Ya le digo que no se preocupe, que pronto podrá marcharse. —Y entonces la cabo miró fijamente al hombre. Sus ojos eran huidizos, y sus verbos, escurridizos. Aquellos gestos evidenciaban palabras silenciadas y dudas sin resolver. Aquellos gestos guardaban secretos—. Señor Izaguirre, ¿hay algo más en que podamos ayudarle? ¿Quiere contarnos algo?

El hombre, ante esa inesperada solicitud, vaciló. De haber estado más espabilado, hubiera negado con celeridad, pero sus reacciones

estaban adormecidas por las situaciones vividas. Por un instante, sus labios retemblaron ante la inercia de un impulso incontrolable que le exigía contar todo cuanto había acontecido, pero algo en su interior lo empujaba a ser prudente. Para poder relatar algo, primero necesitaba entenderlo bien, y eso estaba muy lejos de ser así, de modo que en ese momento, tras cerciorarse de que él no era el sospechoso principal del caso, siempre que la agente no le hubiera mentido, Javier pensó que lo mejor era largarse cuanto antes de allí.

—No, no, agente —dijo el hombre mientras se ponía en pie—, no sé nada más que lo que ustedes me han dicho. Si me disculpa, voy a volver al hotel, no la molesto más.

—De acuerdo —respondió la cabo, que se puso en pie mientras le tendía una tarjeta que había sacado de su bolsillo—. Si necesita cualquier cosa, llámeme a este número.

Javier cogió la tarjeta y se la guardó con celeridad. Entonces, fue a girarse sobre sí mismo cuando algo que vio sobre la mesa de la cabo hizo que su corazón se detuviera en seco. Eran tan solo unas letras grabadas en papel. Apenas unas pocas en tinta negra bien impresa.

Un nombre.

En mayúsculas.

Poca cosa.

Pero para Javier Izaguirre fueron como un demonio abriendo sus fauces para devorarle. Leída de refilón, aquella palabra, de repente, tomó unos tintes titánicos en su cabeza. Lo que antes no comprendía bien, ahora se acababa de convertir en un acertijo ininteligible que no podía responder más que a un misterio podrido y envenenado. Él ya había leído aquello, lo había estudiado a conciencia, y verlo allí escrito, en la mesa de trabajo de aquellos que podían endosarle un asesinato que no había cometido, hizo que sus nervios estallaran de golpe. Allí, plasmado en aquel documento abierto sobre la mesa de la cabo Ibáñez, Javier Izaguirre pudo leer bien claro el nombre de Vadeón S.L.

A Carla, aquellos detalles rara vez se le escapaban. Había visto cómo los ojos del hombre se abrían de par en par para cerrarse un instante después. Había atisbado cómo aquellas cejas se arqueaban sobrecogidas, y cómo aquel rostro palidecía de golpe. También había notado un leve temblor bajo las ropas del hombre, y ver cómo se daba la vuelta y se marchaba con urgencia no hizo más que alimentar suspicacias en una alerta innegable. Entonces, la cabo miró sobre su mesa buscando la razón de aquella reacción, pero esta estaba llena a rebosar de papeles, fotos y carpetas abiertas. Los casos eran diversos, y los rostros de aquellas fotos, dispares. Algo allí daba más miedo de lo que ella podía percibir, pero ¿qué? ¿Por qué ese hombre había reaccionado con tanto pavor? ¿Qué cojones había en esa mesa que

fuera tan terrorífico? Carla suspiró frustrada y puso sus brazos en jarra. Aquella historia se estaba complicando por momentos. Todo aquel maldito asunto hedía un olor nauseabundo.

26

A esas horas, la taberna Los Riscos debía mostrar uno de sus aspectos más ajetreados, pero aquella noche no era proclive al griterío y las chanzas. Había en el local menos gente de lo normal, y algunos de los clientes no eran parroquianos de común. La taberna había aprendido a vivir durante todo el año de aquellos que se habían vuelto asiduos a sus mesas, pero luego había otros que solo venían de vez en cuando, y en aquel momento los menos usuales eran más. Celso estaba seguro de que el sepelio de la mañana había hecho que algunos de esos clientes de siempre, hoy se quedaran en casa. Era de esperar. Rafael Dimas hacía mucho tiempo que se había vuelto un habitual de Los Riscos, y su ausencia, y sobre todo el modo en que había fallecido, había supuesto para muchos de los que lo conocían, un auténtico espanto. De modo que esa era una noche donde podían disfrutar más los ignorantes que los conocidos. La luz, por ello, brillaba menos; la música tarareaba más lamentos que alegrías; las voces sonaban lánguidas.

De todo eso, Carla Ibáñez se dio cuenta enseguida.

Sentada en la barra, la cabo bebía una cerveza con la inercia de quien ha trasegado ese líquido en otras ocasiones. Ella era bebedora social. Era propensa a ingerir tragos amargos cuando estaba en compañía, porque cuando quedaba en soledad solía preferir bebidas livianas, pero esa noche era diferente. Estaba sola en esa taberna, sí, pero sentía algo distinto, algo impropio. Tras los acontecimientos vividos ese día, con el entierro del asesinado y, después, ese encuentro con Izaguirre, el agobio por la carencia de un sospechoso detenido comenzaba a atronar entre sus sienes hasta causarla un dolor de cabeza de órdago. Aún no había llegado un ultimátum desde Madrid, pero de seguir así pronto aparecerían por allí los de la UCO para hacerse cargo del asunto y, de paso, llenar de mierda esa impoluta reputación por la que tanto había trabajado. Quedarse fuera de un caso propio era del todo una degradación que no estaba dispuesta a sufrir, aunque no tenía ni idea de cómo sortear.

Por eso ahora estaba sentada en ese bar.

Cuando Blasco se negó a acompañarla, Carla se dejó llevar por sus impulsos. Comprendía perfectamente que el teniente prefiriera estar en soledad para lidiar con sus emociones. Había visto cómo su talante, siempre firme, se había resquebrajado un tanto esos días hasta hacer de él un tipo de temperamento inestable, y eso le preocupaba. Para investigar un caso de ese calibre es imprescindible tirar de sensatez y templanza, pero cuando uno está sentimentalmente ligado al tema,

esas dos palabras pueden desvanecerse a la primera brisa. Para Carla, la mirada de Joaquín Blasco esos días no era la que esperaría encontrar en un hombre cuerdo. Confiaba en él, claro, y estaba segura de que actuaría con prudencia cuando tocara y con firmeza cuando hiciera falta, pero debía estar atenta, no fuera a necesitar de arrestos para ponerle límites. Él lo entendería, por supuesto. Tendría que entenderlo.

Celso se acercó a ella desde el otro lado de la barra y sonrió frío pero cordial.

—Un día complicado, ¿no?

La cabo, que hasta ese momento había permanecido con la mirada perdida en la pared de enfrente, agitó su cabeza y enfocó la vista.

—Un poco.

—Ya —admitió comprensivo el hombre—. No está siendo buen día para nadie. Hoy la taberna está más apagada.

La cabo miró hacia el fondo del local. Había pocas personas. Algunas mostraban buen ánimo, pero otras hablaban casi entre dientes, con voz queda. Había tristeza allí, sí. Abatimiento, incluso. Era como si faltara alguien.

—¿Era Rafael muy asiduo a la taberna? —preguntó de repente Carla.

Celso afirmó de inmediato.

—Sí, mucho, sobre todo los últimos años. Casi siempre lo teníamos por aquí.

—Ya. ¿Daba problemas?

—Bueno… —y entonces el tabernero se mordió los labios—. Sí y no. La mayoría de las noches se quedaba sentado en una mesa, esa que está allí —dijo señalando a la más cercana a la barra—. Se tomaba su cerveza o su vino y ya está. No molestaba a nadie.

—Entiendo —afirmó Carla, que comprendió que allí había aún más que contar—, pero otras veces…

—¡Bah!, tampoco. Cuando se le iba la mano con el alcohol se volvía un poco pesado. Se ponía a hablar con la gente, a contarles cosas que muchas veces no entendíamos, pero aquí ya le conocíamos todos. No era un tipo ni violento ni desagradable. Rafael era más peligroso para sí mismo que para los demás.

La cabo, pese a estar fuera de servicio, no podía evitar que su instinto profesional hiciera que sus conversaciones asemejaran a interrogatorios. Quizá ese mismo instinto había hecho que acabara sentada precisamente en esa barra y no en cualquier otro local. Algo en su subconsciente le empujaba a investigar incluso cuando no investigaba. La última noche de Rafael Dimas había tenido lugar en esa taberna, y en ese mismo lugar estaba ella ahora tratando de imaginar qué es lo que había pasado y por qué. Buscar los detalles que

se escapaban; olfatear el aire en busca de certezas. Algo. Lo que fuera.

—¿Otra cerveza?

La pregunta del tabernero le cogió tan de sorpresa que al principio no entendió lo que le preguntaba, pero al instante aquellas palabras cobraron sentido en su cabeza.

—Ah, sí, por favor. Otro tercio —y entonces sintió cómo un quejido brotaba de su estómago—. ¿Y tenéis bocadillos o algo así?

—Sí, claro. ¿Qué le apetece?

—Pues… No sé. ¿Lomo con queso?

Celso afirmó sonriente.

—Lomo con queso. Enseguida.

El hombre se marchó y atravesó la puerta que llevaba a la cocina del establecimiento. Mientras, la cabo cogió su botella y pegó un último sorbo para vaciarla y, de paso, dejar espacio a la cerveza que estaba por llegar. Cerró los ojos un instante y se pasó ambas manos por la cabeza, alisando su negro cabello en el camino. Estaba harta de pensar; harta de sopesar; harta de estar harta. Se pasó la lengua por los labios y resopló molesta. Esa noche era ya tarde y deseaba con todo su ser poder relajarse sin estar continuamente encerrada entre aprensiones. Quería despejarse y no pensar en nada. Tomarse esa cerveza y comerse ese bocadillo sin que sus tripas le alertaran por desconfianzas que podían no ser nada.

Pero sus obsesiones eran más poderosas que sus anhelos.

Cuando alzó la vista y vio a Sergio, el otro camarero de la taberna, de pie tras la barra sujetando el grifo de cerveza mientras llenaba una jarra, no pudo evitar observarlo con recelo. El chico estaba serio. Sus dedos estaban tensos y las venas de su cuello palpitaban. No parecía prestar atención a la cabo, de modo que esta lo miró con intensidad, casi desnudando su alma con los ojos. Ese muchacho parecía vivir en constante gravedad, como si dudara de todo y de todos. De repente, la cabeza del chico se ladeó hacia donde estaba Carla, y de aquel cruce de miradas soltaron chispas humeantes. Sergio, de inmediato, giró su cabeza como lo haría un espía delatado por una imprudencia. Carla, sin embargo, tardó un poco más en reaccionar. Se mordió los labios y respiró con calma. No conocía a aquel chico salvo por el día en que Blasco y ella fueron al local preguntando por Rafael. Ya en aquel momento le había llamado la atención su parquedad y lo frío de sus gestos, pero eso no tenía por qué representar algo de lo que dudar. Es más, en ese preciso momento, ese duelo de miradas huidizas podía ser causado por la vergüenza, y no por la culpabilidad. Eso era cosa de su mente, esa que necesitaba ponerle las esposas a alguien, pero nada más.

Cuando Celso salió de la cocina, Carla aún miraba al muchacho.

—Aquí tiene; lomo con queso —dijo el hombre dejando un plato

con un humeante bocadillo frente a ella al tiempo que le tendía un tercio de cerveza— Que aproveche.

La cabo observó el bocadillo y se relamió. Era grande, y su contenido, abundante. Tomó un trago de la cerveza y dejó que el frío líquido regara todos los confines de su garganta. Adoraba esa sensación, le aliviaba. Cogió el bocadillo y fue a darle un buen bocado, pero una presencia tras la barra, muy cerca de ella, hizo que su gesto se congelara en el aire. Allí ya no estaba el tabernero, sino Sergio. Este, a pocos centímetros de la cabo, se afanaba en cortar en rebanadas una barra de pan. El chico, a diferencia de antes, ignoró por completo la presencia de la agente, pero Carla no podía hacer lo mismo. Ahora no lo miraba de frente, sino de soslayo, pero atenta a cada uno de los gestos del muchacho. Este cortaba el pan con destreza. Movía el cuchillo arriba y abajo con celeridad, de modo que su hoja brillaba por momentos cada vez que abandonaba la hogaza. No había nada en su expresión que alimentara la desconfianza que la cabo le tenía, ni había gesto extraño ni actitud confusa. Tan solo era un camarero cortando pan para servir a alguna de las mesas, así que Carla, convencida de que las sombras estaban solo en su cabeza, dejó de prestarle atención y se dispuso a saciar su hambruna.

Y entonces es cuando se dio cuenta.

El chico ya se había ido con la cesta llena de pan y había dejado el cuchillo sobre la barra, a apenas unos palmos de ella. Era un cuchillo común, no demasiado grande, con el mango negro y mellado por el uso. Pero no fue eso lo que le llamó la atención, sino el filo de la hoja: ese cuchillo tenía la punta quebrada. Era un pedazo muy pequeño, pero se podía distinguir a primera vista. De golpe, ese instinto del que Carla a veces trataba de escapar, brotó de sus entrañas como empujado por un demonio apresurado. En ese momento, Carla, al mirar ese cuchillo, no vio una herramienta de trabajo normal y corriente, sino una potencial arma blanca. Recordó de inmediato lo que había leído en el informe de la autopsia de Rafael: habían encontrado en su cuerpo una pequeña esquirla de metal coincidente con la punta de un cuchillo…

Un cuchillo…

¿Ese cuchillo?

¡¿Ese jodido cuchillo?!

Ni siquiera había hundido aún sus colmillos en el bocadillo, cuando dejó este sobre el plato y cogió la servilleta de papel que permanecía impecablemente doblada junto a él. Durante un segundo, la infracción que estaba a punto de cometer agarrotó sus dedos aferrados a la servilleta. Ese no era el modo de proceder, pero presentía que si no lo hacía perdería una oportunidad única de encontrar una prueba que podría dar un vuelco total al caso. No

estaba segura de que aquel cuchillo fuera lo que creía, pero el único modo de comprobarlo era llevárselo consigo. Entonces, miró de reojo a Sergio mientras este se alejaba hacia las mesas del final del local, y sintió un escalofrío. Había presenciado la firmeza con la que el chico había sujetado ese cuchillo, y presupuso, en aquel gesto, fuerza de sobra para atravesar un cuerpo. En aquel muchacho; en aquellas manos; en aquella mirada… Carla Ibáñez, la agente de la Guardia Civil incapaz de escapar de sus pálpitos, creyó ver un diablo.

El gesto fue rápido y preciso. Carla se incorporó sobre su silla, estiró la mano lo suficiente como para cubrir el cuchillo con la servilleta y lo atrajo hacia sí de un tirón. En solo un instante, este acabó oculto bajo su ropa. Miró en derredor para cerciorarse de que nadie había reparado en sus actos y respiró hondo tratando de mitigar la adrenalina que fluía salvaje por sus venas. Después, convencida del éxito de su osadía, levantó una mano y llamó a Celso, que acababa de servir unas copas. Este, servicial, se acercó a la agente.

—Disculpa, ¿podrías ponerme el bocadillo para llevar? Me han llamado y tengo que irme.

—Por supuesto —respondió el tabernero mientras cogía el plato de la barra —. Deme un momento que se lo envuelvo.

Mientras el hombre empaquetaba la comida y la metía en una bolsa, la cabo se apresuró a sacar un billete de su bolsillo y lo puso sobre la mesa.

—Toma. Quédate las vueltas, por las molestias.

Celso tendió la bolsa hacia Carla y cogió el billete. Era de veinte euros, más que de sobra para lo consumido.

—Muchas gracias. Que tenga una buena noche.

Pero la cabo ya no había atendido a las palabras del tabernero. Con visible urgencia, Carla salió del local como si el tiempo le persiguiera. Llevaba una mano posada al costado, donde guardaba oculto ese cuchillo que podía suponer un antes y un después en la investigación, aunque también podía resultar ser toda una torpeza si no coincidía con las pruebas. El riesgo era alto. Si al final el cuchillo no era más que una simple herramienta de trabajo sin nada que ver con el asunto, la vergüenza a pasar iba a ser tremenda, pero Carla siempre había sido de esas personas que admiran a los audaces. Para ella, los valientes son aquellos que se atreven a fracasar, porque solo de los fracasos se aprende a ser valiente.

Al salir a la calle, los pies de la cabo se movieron con presteza para abandonar la zona. Estaba segura de que nadie había visto lo que había cogido, pero no quería quedarse a comprobar si estaba en lo cierto. Ahora eran otras las cosas que tenía en la cabeza. Tenía una esperanza; una opción; una puta salida de aquel pozo sin fondo.

27

Dormía a ratos, y cuando lograba conciliar unas horas de sueño, los sudores fríos de pesadillas recurrentes lo hacían despertar sobresaltado. Los últimos días, sobre todo tras la aparición del cuerpo del viejo, la duermevela se había hecho más proclive a mitigar su descanso. Estaba agotado; extenuado, incluso. Le habían pasado cosas, y había investigado cosas, sin saber a ciencia cierta lo que hacía, y ver el nombre de Vadeón escrito entre las notas de aquella guardia civil no había hecho más que enrabietar sus nervios hasta el punto de sopesar muy seriamente la opción de desobedecer a la agente y abandonar el pueblo por las bravas. Sabía que eso no conseguiría más que posar el velo de la sospecha sobre él, pero no había sido detenido, y estaba empezando a hartarse de aquel maldito juego. Algo en aquella historia apestaba mucho más allá del hedor del cuerpo calcinado de aquel hombre.

Respiró hondo y miró al horizonte. Las vistas desde la terraza del restaurante del hotel Montelares era de lo poco que aún lo reconfortaba. Seguía siendo aquel un paraje asombroso. Brillantes cimas de piedra sobre vastos prados y bosques de un verdor bucólico. Se respiraba paz y sosiego en cada bocanada, aunque sus pulmones distaban mucho en ese momento de ser un recipiente óptimo para tanta calma. El lugar era magnífico, digno de las altas cifras que valían sus habitaciones. Nadie en su sano juicio se atrevería a ponerle un «pero» a aquel lugar, pero el ánimo de Javier no estaba para la vida contemplativa. Aquel hotel, pese a sus muchas bondades, en cierto modo era para él lo más parecido a una prisión. Enjoyada y resplandeciente, pero cárcel al fin y al cabo.

Cogió la humeante taza de café, que un momento antes le había traído un camarero, se la llevó a los labios y dio un leve sorbo. El ardiente líquido regó con intensidad su garganta, y ese calor le hizo estremecer. Agradecía sabores como ese en momentos como ese. Cualquier cosa que templara sus nervios era bienvenida, aunque solo durara unos instantes. Poder, por tan solo un momento, sentirse dominador de sus propios designios era para él un alivio descomunal, pero tras trasegar el café, el desánimo volvió de golpe a todos los confines de su cuerpo. Era agobiante, hasta doloroso, y tan solo deseaba poder librarse de todo aquel desenfreno.

Sin embargo, algo en su instinto le gritó al oído que nada había acabado.

Fue una sensación más que una certeza, pero un chispazo en su retina le hizo mirar abajo. Lo que vio entonces hizo que todo su

cuerpo se agitara convulso. Allí, en el mismo lugar en el que un momento antes había estado posado su café, aguardaba una tarjeta similar a la que le habían dejado la otra mañana bajo su puerta. Como ocurrió entonces, también unas letras manuscritas destacaban sobre el blanquecino fondo de la cartulina. Era el mismo trazo, las mismas filigranas, el mismo origen. Pero esta vez el texto había cambiado. En esa tarjeta aparecía un nombre que desconocía: Alberto Horcada.

Temblando como un crío asustado, Javier cogió la tarjeta y se puso de pie. Entonces buscó con la mirada al camarero que le había servido, pero este había desaparecido tras las puertas que daban acceso al restaurante. Pensó en ir en su busca para que le explicara qué demonios significaba eso, pero tampoco podía asegurar que ese chico hubiera sido el responsable de la nota. Trató de tomar aire, pero este entró parco y áspero en sus entrañas. Levantó la vista, e incluso la magnificencia del paisaje se volvió triste y tenebroso. Era otro nombre que no conocía; otra pista a un destino que no entendía; otra…

El jardinero.

Sus ojos se cruzaron con los del hombre por accidente, pero estaba claro que este último lo miraba a él. Estaba parado y puesto de perfil. Iba ataviado con ropas de trabajo y sujetaba con fuerza unas tijeras de poda, pero pese a estar situado frente a un alto aligustre, su cabeza estaba ladeada en su dirección. El viejo ni podaba ni revisaba nada… Solo lo miraba a él. De inmediato, Javier recordó la conversación que tuvo con él unos días atrás, y comprendió que las notas que había recibido no podían salir más que de aquellas callosas manos. Sin embargo, el jardinero no pareció estar muy interesado en continuar ese juego de miradas, porque se dio la vuelta y desapareció tras los arbustos. El montañero, inquieto, dejó el café sobre la mesa y corrió tras el hombre. Su angustia necesitaba ser saciada por respuestas, de modo que no podía dejar escapar a aquel viejo que parecía saber más de lo que contaba. El hombre se dio prisa y llegó a ese arbusto a tiempo de ver como el jardinero desaparecía al final del camino. Corrió de nuevo, con el corazón palpitante y la desesperación en el aliento, hasta que llegó a esa otra esquina. Al doblarla, se detuvo y trató de recobrar el resuello. Allí, unos metros más adelante, junto a una caseta de aluminio y madera, el jardinero permanecía inclinado sobre una trillada carretilla repleta de sacos y herramientas. Durante un instante, Javier lo miró, pero el jardinero no pareció percatarse de su presencia. Impaciente, el montañero carraspeó escandalosamente para hacer que el otro levantara la cabeza. Este último, al hacerlo, abrió los ojos, sorprendido, como si no esperara que alguien estuviera allí. Izaguirre guiñó los ojos y abrió la boca, extrañado. Hubiera jurado que le había mirado. ¡Por todo los demonios que lo había hecho!

—¿Quién es Alberto Horcada? —preguntó Javier entre balbuceos.
—¿Cómo?
El montañero alzó, sujeta con dos dedos, la tarjeta con el nombre manuscrito, pero el jardinero observó la cartulina con cierta indiferencia.
—Alberto Horcada. Lo que usted ha escrito en esta nota —insistió.
—No sé de qué me está hablando, señor Izaguirre.
Ante esa respuesta tan evasiva, Javier titubeó. Por la conversación del otro día, y su gesto de antes, hubiera asegurado que ese viejo era el remitente de ambas notas, pero aquella expresión confusa le hizo dudar. Quizá aquel hombre no sabía nada de eso, y eran sus ansias por comprender lo que ocurría, lo que buscaba falsos culpables. Quizá se equivocaba… o puede que no. Volvió a tomar aire. Le estaba costando horrores respirar.
—Usted me ha dejado esta tarjeta, ¿verdad?
El viejo entrecerró los ojos y, al momento, arqueó una ceja.
—¿Tarjeta? Le aseguro que no entiendo…
—¡Oh, por favor! Vamos, hombre. Dígame de qué va todo esto. Alberto Horcada, pone aquí. ¿Quién es?
El jardinero volvió a encogerse de hombros.
—Creo que se está usted confundiendo, señor. Yo no le he dejado ninguna tarjeta.
De golpe, las respuestas que Javier había rozado con los dedos, se esfumaron en un viento que no soplaba. Todas sus esperanzas por comprender de qué iba todo habían crecido y muerto en unas pocas palabras. Si aquel viejo estaba fingiendo, lo hacía de maravilla, porque era incapaz de reconocer en sus ojos las mentiras que le estaba contando… salvo que fueran verdades. Estaba tan enredado que ya no podía discernir la realidad de lo que su mente fantaseaba. Aun así, como el náufrago que se agarra al único madero que flota en el océano, Javier redobló su acometida buscando quebrar la coraza del viejo.
—Alberto Horcada, Vadeón… ¡Joder! La conversación que tuvimos hace unos días… ¡Por Dios! Dígame que tengo que hacer con todo esto. ¿Por qué me lo da a mí?
El jardinero, ante el ataque de aprensión y desquicia del montañero, se pasó una mano por el mentón y, después, abrió ambos brazos, pasmado.
—Señor Izaguirre. Lo que le dije el otro día era solo para ayudarle. Le vi preocupado y pensé que era mejor que supiera un poco cómo funciona este pueblo. No pretendía alarmarle, discúlpeme. Pero de esas notas de las que me habla, lo siento mucho, pero le aseguro que no sé de qué tratan. Siento no poder ayudarle.
Javier suspiró con dificultad y bajó los brazos ya sin fuerzas. La

inquietud agitaba con fiereza sus miembros, de tal modo que le costaba organizar sus ideas. Si ese viejo no era la persona que le dejaba esas notas, entonces ¿quién? Tenía la garganta seca y la mente espesa. Aunque intentaba atar cabos, estos estaban demasiado distantes como para poder siquiera intentar anudarlos. Era todo un rompecabezas, un acertijo. Un jodido enigma.

El jardinero, tras observar durante unos instantes cómo el montañero permanecía absorto en sus pensamientos, cogió una azada y un saco de abono de la carretilla, y pasó junto a Javier sin que este reaccionara. Sin embargo, unos metros más adelante, el viejo se detuvo y ladeó su cuerpo.

—Mire, señor Izaguirre. Siento de verdad no poder ayudarle con eso que me está contando, pero le reitero aquello que le dije el otro día, por si acaso. Cuídese de los lobos.

Sin despedirse siquiera, el jardinero dobló la esquina y se esfumó por el mismo camino por el que había llegado, dejando a Javier meditando sin tener muy claro qué debía meditar. La cabeza le daba vueltas y su pecho subía y bajaba descontrolado. Aquel hombre no era una respuesta para aquel galimatías, de modo que alzó su mano y volvió a leer aquel nombre en busca de una luz que se encendiera en mitad de la noche.

Alberto Horcada.

Horcada.

Horcada… ¿De qué demonios le sonaba ese apellido?

...

El tenue resplandor apagado de la hoja llamó inmediatamente su atención.

Blasco, hasta ese momento, había permanecido con la vista perdida en los documentos que tenía sobre la mesa. Indagaba entre los trazos mecanografiados de aquellas hojas, buscando las palabras adecuadas que le permitieran ponerle las esposas al cabrón de Lorenzo Marín, pero por mucho que escarbaba sobre el barro, bajo él no había más que una decena de capas del mismo lodo. Una tras otra. Él sabía de seguro que el empresario callaba más de lo que contaba. Lo conocía bien, de muchos años atrás. Tipos como ese basaban su prestigio en cortinas de humo, fraudes y silencios, y eran gentes preparadas con señuelos para engañar a la verdad. Encontrar un error, un descuido en su discurso, era una tarea titánica, y muchos terminaban entonces renunciando al objetivo, pero lo que estaba en juego, lo que se había perdido, era demasiado como para claudicar. Era evidente, pese a las negativas tanto del empresario como de la mujer, que ese desgraciado de Yago era un hijo bastardo de Marín, y que este había tenido algo

que ver tanto en su muerte como en la de Rafael, pero demostrarlo era otra historia. Era como intentar dar caza a un cazador. Era como intentar hincarle el diente a un devorador. Por eso, cuando la cabo Ibáñez puso delante de él esa bolsa transparente con un cuchillo dentro, el teniente no pudo más que alzar las cejas. Miró de soslayo a su compañera, tratando de descifrar su gesto. Aquella mirada, aquella expresión de júbilo contenida, aquella ansiedad… Blasco cogió la bolsa y examinó al trasluz su contenido. Allí dentro había un cuchillo con el mango de goma negro y una hoja poco bruñida, sin duda, por su mucho uso. No era muy grande y tenía marcas de haber sido forjado mucho tiempo atrás. Parecía uno de esos cuchillos con los que se cortaba el pan en la mesa de cualquier hogar. Uno común, de esos que tiene todo el mundo en casa, pero entonces reparó en un detalle que le hizo abrir los ojos hasta escandalizar su atención: la punta del cuchillo estaba rota, y un pequeño pedazo de ella había desaparecido. De golpe, una idea brillante iluminó su memoria, y la certeza de lo que tenía entre las manos le hizo vacilar.

—¿Es lo que creo que es?

Carla resopló y se encogió levemente de hombros.

—Pues no puedo asegurar que lo sea, pero yo creo… Bueno…

Blasco giró la bolsa entre sus manos y acercó la punta a su rostro para observarla con más detenimiento.

—Podría ser, sí. Habrá que comprobarlo, pero podría ser el cuchillo con el que mataron a Rafael.

Había ilusión en su tono. Incluso alivio. La ausencia del arma homicida en el caso era del todo un contratiempo para la investigación, pero si ese cuchillo era el correcto, entonces toda la historia cambiaba.

—Tenemos que mandarlo a analizar —insistió—. Que prueben a ver si la esquirla encontrada en el cuerpo de Rafael coincide. Tiene que haber huellas ahí. Sí, esto lo cambia todo. Es un gran hallazgo. ¿Dónde lo has encontrado?

Pero la expresión retraída que entonces esbozó Carla, hizo que un temor recorriera la columna vertebral del teniente. Algo le decía que el método utilizado para conseguirlo no había sido del todo reglamentario.

—¿Carla?

La cabo titubeó, pero si ya había llegado hasta allí, ocultar información era un absurdo.

—Lo cogí de la taberna, de Los Riscos. Lo encontré mientras cenaba allí.

Blasco, al oír esa afirmación, enarcó de nuevo las cejas, sorprendido.

—¿De Los Riscos? ¿Lo encontraste cerca del local?

—Bueno, cerca, no. Dentro. Lo encontré dentro de la taberna. Lo utilizó delante de mí ese camarero que trabaja para Celso, ese Sergio. Cuando vi que le faltaba la punta, me pareció demasiada coincidencia, así que lo cogí y me largué.

Al oír esto, el teniente rezumó el aliento por la nariz con notoria violencia. Esa irregularidad podía ser un gran problema a la hora de investigar ese cuchillo.

—Joder… Un juez no va a aceptar esto como prueba.

—Pues tendrá que hacerlo.

—¿Por qué tú lo digas? Venga, joder, Carla, que pareces nueva.

La cabo, ante la velada ofensa a su falta de profesionalidad, se mordió los labios, molesta.

—¿Y qué querías que hiciese? Sabes de sobra que si llegamos a esperar a que nos dieran una orden para registrar la taberna, no hubiéramos encontrado este cuchillo allí. Se hubieran deshecho de él. Ahora tenemos algo, y si coincide con la herida de Rafael, podemos tenerlo todo.

—Ya… Pero no lo admitirán.

—Pues haremos que ese chico confiese. Vamos, teniente, con esto estamos cerca.

Blasco meditó y volvió a observar con minuciosidad el cuchillo. La esquirla de metal podía encajar perfectamente ahí. El tamaño de esa hoja podía ser igual de largo que la profundidad del tajo que encontraron en el cuerpo de Rafael… ¡Sí, maldita sea, podía ser!

—Ese camarero, ese tal Sergio. ¿Tenemos referencias? —preguntó entonces el teniente, más sosegado.

—No. Creo recordar que llevaba poco tiempo trabajando en la taberna, pero no sé, me da mala espina. Es muy callado, nunca mira a los ojos.

—Ya —volvió a rumiar Blasco—. Vale. Vamos a investigar un poco a ver si encontramos algo. Quiero saber si tiene alguna conexión con Yago o con Lorenzo Marín. Lo que sea. Podría ser un cómplice o, quizá, el…

Carla, de inmediato, leyó en la mente del teniente aquello que no brotaba de sus labios. La palabra buscada; la palabra anhelada.

—Asesino —concluyó ella.

—Asesino —repitió Blasco con cierta rabia admitiendo su acierto —. Dile a Lorente que se encargue, y tú y yo vamos a acercarnos a Los Riscos. Quiero tantear un poco al muchacho, a ver cómo reacciona.

—De acuerdo —aceptó la cabo, y entonces cogió el cuchillo—. ¿Y qué hacemos con esto?

Blasco miró la bolsa y vaciló. Si de verdad era el arma utilizada para matar a Rafael, no podía tirarla a la basura, por mucho que en un juicio no valiera de nada. Podía ser una pieza clave en todo aquel

rompecabezas. Debían jugar esa baza acabara como acabara.

—Dile a Lorente que lo manden a analizar. Ya veremos qué hacemos con él luego.

...

Horcada.

Ahora lo recordaba, pero lo había oído tan de pasada que apenas había reparado en él. Cuando, unos días antes, Javier había ido a la biblioteca a buscar información sobre *Las trece casas,* la bibliotecaria había pronunciado ese apellido. Había sido solo un instante, tan fugaz que podía haber pasado perfectamente desapercibido, pero el modo en que la mujer contrajo su rostro mientras se santiguaba al pronunciarlo había dejado un poso sobre su memoria que ahora parecía cobrar vida. Sin embargo, no había retenido ni un solo dato más sobre ello. Había buscado el nombre entero en internet, pero, aparte de algunas referencias sobre personas llamadas del mismo modo en redes sociales, no había encontrado absolutamente nada. Así que tan solo le quedaba una puerta a la que llamar para saciar sus dudas, y esa puerta era aquella amable bibliotecaria.

Al entrar en el edificio, el silencio reinante volvió a caer a plomo sobre él. Allí parecía que nada se moviese. Había cuerpos inclinados sobre las mesas en las que se sentaban, que de tan quietos que estaban hubiera jurado que eran muñecos, salvo porque se notaba que respiraban. Las pilas de libros se acumulaban por todas partes, ordenadas con soltura en sus estanterías de roble. Javier miró hacia la recepción en busca de la mujer, pero esta no estaba. Avanzó entonces con tiento en dirección al corazón de la biblioteca. Caminaba con calma, tratando de nivelar el peso de su cuerpo para que sus pisadas no hicieran que la tarima se lamentase en demasía. Se detuvo y volvió a otear el horizonte, pero nada. Entonces, a punto de abandonar ante la ausencia de una persona que parecía no estar allí, un cuerpo flaco y bien vestido pasó caminando por uno de los pasillos. Llevaba libros en las manos y el cabello corto sobre los hombros. Apenas le bastó a Javier un rápido vistazo para reconocer en aquellas formas a la bibliotecaria que buscaba.

Cuando llegó a su altura, la mujer estaba de espaldas colocando libros en las baldas con profesional cuidado. En esa zona los títulos se organizaban por apellidos, pero sus protagonistas no eran algo que en ese momento interesara al hombre. Las respuestas que buscaba las tenía esa mujer… o al menos eso esperaba.

—Disculpe —balbució susurrante Javier mientras carraspeaba.

La bibliotecaria se giró y miró al montañero con extrañeza.

—¿Sí?

—Perdone que le moleste. No sé si se acuerda de mí. Estuve aquí el otro día.

La mujer se ajustó las gafas al puente de la nariz y entrecerró los ojos.

—Pues no sabría decirle.

—Ya, bueno. Estuve buscando información en la hemeroteca que tienen ustedes. Hablamos un momento y me contó algunas cosas.

La mujer volvió a entrecerrar los ojos, como si tratara de escarbar en su memoria. Entonces, el fogonazo de un recuerdo casi desvanecido le hizo aclarar la vista.

—¿*Las trece casas*? Sí, ahora recuerdo. Usted andaba buscando información sobre *Las trece casas*.

—Sí, sí, eso. Fui yo, muchas gracias.

—Bien —afirmó la mujer—. ¿Y en qué puedo ayudarle? No sé mucho más sobre eso.

—Ya, entiendo, no se preocupe. No vengo por *Las trece casas*. Es por otra cosa que mencionó usted y que me quedé un poco con la duda.

—Pues… De acuerdo. Usted dirá.

Entonces, Javier volvió a carraspear y tomó aire. Ya había visto la forma tan distante en que reaccionaba la gente cuando mencionaba *Las trece casas*, pero tenía dudas de si con el nombre que traía entre dientes también reaccionarían del mismo modo.

—Cuando me habló del año en el que hubo ese incendio, creo recordar que dijo algo sobre un tal Horcada. ¿Puede ser?

La mujer, que hasta ese momento había mirado al hombre con cierta expectación, mudó de golpe su expresión a una más lánguida y sombría. Por un momento, Javier pensó que la bibliotecaria iba a saltar con evasivas y le iba a dejar con un palmo de narices, pero en la actitud de la mujer creyó reconocer algo más parecido a la lástima. No iba a huir de ese apellido. Aquella palabra no espantaba tanto como las otras.

—Horcada, sí, lo recuerdo. Fue ese mismo año. Una pena. Pero ¿qué quiere saber?

Javier resopló y abrió los brazos.

—Pues lo que pueda decirme. No encuentro nada.

La mujer suspiró con pesadumbre.

—La verdad es que tampoco puedo contarle mucho. Los Horcada eran una familia de aquí, de Vadealobos, de toda la vida. Tenían una casa grande y amplios viñedos. Hectáreas enteras en la mejor zona del pueblo. Tenían buen sustento y dos hijos, creo recordar, pero uno de ellos, el pequeño, pobre… —Entonces la mujer se santiguó del mismo modo que lo hizo la otra vez. Javier la observó, y la incertidumbre le hizo contener el aire. La mujer tosió unos instantes y retomó su

narración—. El chico desapareció una tarde. Revolvimos todo el pueblo buscándole, pero no dimos con él. Es como si se lo hubiera tragado la tierra. Una locura. Sus padres estaban de los nervios, como se podrá imaginar. Fue un drama tremendo.

—Vaya —resopló Javier, aunque aquella historia seguía sin decirle mucho—. ¿Y nunca supieron qué fue de él?

—Ah, no, no. Sí que se supo, y eso fue lo peor. Como un mes después, unos excursionistas encontraron su cuerpo al fondo de un barranco. Estaba junto a los viñedos de su familia que había en lo alto del valle. Según dijeron, el chico debió despeñarse mientras jugaba en las tierras de su familia. Doce años tenía el muchacho. ¡Qué lástima nos dio a todos!

—Ya, una pena, sí —afirmó Javier, que pese a comprender que aquello era un espanto, no sabía bien como encajaba en la historia que le atañía— ¿Cómo acabó aquello?

—Bueno, no fue fácil —dijo la mujer encogiéndose de hombros—. No muy bien, claro. Sus padres no pudieron superarlo, así que pusieron tierra de por medio. Vendieron sus viñedos y sus casas, y se marcharon de Vadealobos. No sé a dónde. Nunca supimos más de ellos.

Javier soltó el aire que había aguantado hasta entonces y meditó. Aquella historia era una tragedia dolorosa, sin duda. Perder un hijo de esa manera tenía que ser un horror indescriptible, y era comprensible el proceder de la familia, pero ¿qué tenía que ver todo aquello con lo que le estaba pasando a él? Nada de lo leído ni escuchado encajaba. Nada cobraba sentido si lo atendía a la vez. No había patrón ni cadena que atara todo aquello, de modo que resopló y se puso una mano en la cabeza. Volvía a dolerle a rabiar.

—Si no quiere nada más —dijo de improviso la mujer mientras cogía un par de libros y amagaba con marcharse—. Tengo que ordenar esto.

—Sí, claro, muchas gracias por su ayuda. —Y entonces, justo antes de darse la vuelta, una duda olvidada asaltó su ánimo—. Perdone, una última cosa. El hijo de los Horcada, el que murió, ¿se llamaba Alberto?

La mujer se detuvo un instante y perdió su vista en el techo tratando de recordar. Entonces, sonrió levemente y afirmó con la cabeza.

—Sí, justo. Alberto Horcada se llamaba el chico. Pobre familia.

Sin más, la mujer se giró y avanzó hasta desaparecer al final del pasillo. Javier, sin embargo, aún permaneció quieto entre las decenas de libros que daban sombra a su figura. Muy bien, ya sabía algo de Vadeón, y también de la abrumadora historia de Alberto Horcada. Ahora tan solo hacía falta que alguien le explicase de una puñetera

vez qué cojones tenía que ver todo aquello con él.

...

Cuando llegaron a la taberna, esta estaba con las puertas abiertas de par en par. Ambos agentes cruzaron el umbral entrecerrando los ojos para poder adaptarse a la mayor oscuridad del interior. Las luces estaban apagadas, y solo los halos de luz que pasaban por los ventanales iluminaban un tanto la estancia. Carla entró primero y guiñó un ojo para poder observar bien su alrededor. No parecía haber nadie allí, aunque era evidente que no era así. Las sillas estaban puestas boca abajo sobre las mesas, y una escoba reposaba apoyada junto a la barra. Quien estuviera allí, estaba afanándose en limpiar la taberna, solo que en ese momento había cejado en su empeño. Blasco, tras la cabo, masculló una maldición entre dientes. Habían ido allí con la idea de interrogar al camarero en busca de una brecha en su discurso, pero debían hacerlo con cuidado. En momentos de presión la gente puede reaccionar de formas insospechadas. Por un lado, de seguro que lo negaría todo. Compondría un gesto estupefacto y alzaría las cejas como lo haría quien ve un fantasma. Evidentemente, daría mil y una coartadas para la noche del crimen y negaría saber nada de cuanto le estaban hablando. Ellos, por su parte, no podían señalarle ni acusarle a las bravas, sin pruebas fehacientes con las que quebrar su defensa, de modo que debían hallar la manera de hacerle confesar sin que necesariamente confesara. Bastaba un mal gesto, un temblor incontrolado, un balbuceo a destiempo. Bastaba, en realidad, con muy poco.

Rumiando estas cosas estaban cuando, de golpe, la puerta de acceso a la cocina tras la barra se abrió con violencia, y de ella salió una figura. Por un momento, Carla, por deformación profesional, se llevó una mano hacia la pistola que guardaba en su cintura y con sus dedos rozó la culata, dispuesta a blandirla. Miraron hacia allí y creyeron ver aparecer a Sergio tras ella, pero al afinar la vista, la figura que creían de un muchacho era la de un hombre mayor. Celso, que salía de la cocina con un paño colgado al hombro y una bandeja en las manos, se sobresaltó por la inesperada presencia y abrió mucho los ojos, extrañado.

—Vaya, agente —dijo mirando a la cabo—, ¿otra vez por aquí? Espero que no sea porque el bocadillo estuviera malo.

Carla no contestó, pero ante su presencia relajó sus miembros y retiró la mano de su cadera. Sonrió y saludó al hombre. Este, tras devolverle el gesto, miró a Blasco y agitó la cabeza.

—Hola, Joaquín. ¿En qué puedo ayudaros?

La cabo fue a tomar la iniciativa para hablar, pero la voz fuerte y

grave de Blasco bramó con urgencias.

—¿Está Sergio por aquí?

Celso contrajo el gesto y miró de soslayo a Carla buscando su complicidad. La voz del teniente sonaba seca y turbia. No parecía proclive a palabras cordiales.

—¿Sergio? ¿Mi camarero? No, hoy no está aquí.

—¿Y sabes si va a venir pronto?

—Pues la verdad es que no. Hoy es su día libre, así que aquí no lo vais a encontrar. ¿Ocurre algo con el chico?

Blasco miró a Carla y se mordió los labios, fastidiado. Se notaba que esa contrariedad le molestaba tanto como una piedra en el zapato. Había preparado toda una batería de preguntas en su cabeza especialmente pensadas para socavar la rectitud del chico, pero su ausencia las hacía del todo inútiles. Ante ese inconveniente, musitó un reniego y cedió la palabra a su compañera.

—Nada, no te preocupes, Celso —lo tranquilizó Carla—. Solo le íbamos a hacer unas preguntas rutinarias. ¿Sabes dónde vive?

—Sí. Bueno… Creo que vive en un pueblo cerca de Ponferrada, aunque no recuerdo cuál.

—¿Ponferrada? ¿No vive en Vadealobos?

—No. No es del pueblo.

—¿Y viene cada mañana hasta aquí a trabajar?

Celso se encogió de hombros.

—A mí también me sorprendió cuando me lo dijo, pero es el que mejor completó la prueba que le hice para el puesto. ¿Queréis que le llame?

La cabo miró de soslayo al teniente, y la expresión de este se agrió por momentos. Si ya el hecho de que no estuviera allí era un problema, que no fuera un vecino del pueblo, y se desconociera su residencia, era una decepción aún mayor. Eso significaba que, al menos ese día, se iban a volver a casa sin nada a lo que aferrarse. Además, si Celso le avisaba de su presencia, eso podía servirle de acicate para desaparecer, de modo que era preferible hacer pasar por simple burocracia algo que no lo era. Las sospechas había que ocultarlas. La incertidumbre, ahogarla.

—No, no, Celso, no hace falta, es una tontería. Solo para corroborar lo que ya nos contó.

—Ah, vale, de acuerdo. Como digáis. Si no queréis nada más, perdonadme, pero tengo que limpiar todo esto, que hoy estoy solo.

—Sí, claro, no te preocupes. Solo una cosa más, por asegurar. Sergio lleva poco tiempo trabajando para ti, ¿verdad?

—Sí. Entró hace un par de meses. Lleva poco.

—Vale, pero me ha parecido que es un poco callado. No habla mucho.

Celso volvió a encogerse de hombros.

—No mucho, no. Yo tampoco le pregunto demasiado. Es un buen trabajador: eficiente y puntual. No protesta nunca, pero es cierto que es muy reservado. No sé. A veces no es fácil encontrar buenos trabajadores, así que prefiero dejarle tranquilo.

La cabo, ante lo oído, afirmó con un gesto y alzó una mano.

—De acuerdo, muchas gracias por tu ayuda. No te molestamos más.

Carla, entonces, se giró hacia la puerta del local mientras Celso volvía a coger con ambas manos la bandeja que había dejado antes sobre la barra. Sin embargo, la marcha de la agente se detuvo cuando percibió por el rabillo del ojo cómo el teniente no se movía. Permanecía quieto, con los dientes apretados y la vista perdida en el suelo. Algo bullía en aquella cabeza desnortada y presa de la tensión. Sus labios titilaban, como si estuvieran a punto de moverse. Entonces, giró su cabeza y miró de frente a un Celso que, también pasmado, había detenido sus quehaceres mientras observaba el errático gesto del oficial. De repente, esos labios cesaron en su vibración y lanzaron una cruda pregunta que hizo estremecer al tabernero.

—¿Te fías de Sergio?

El hombre vaciló y miró a la cabo en busca de una explicación a lo que antes parecía ser una nimiedad. Aquella pregunta sonaba oscura y sombría. Sonaba tremendamente grave.

—Pues… Yo… —tartamudeó el hombre—. Te diría que sí, pero no lo conozco tanto. ¿Qué es lo que ocurre?

Entonces fue Carla quien dio un paso adelante, dispuesta a templar de nuevo los nervios que ahora emponzoñaban el ambiente.

—Nada, no te preocupes, Celso. Ya sabes cómo son estas cosas. Hay que asegurarse de todo. Ya nos vamos.

La cabo, seguida, ahora sí, por Blasco, salió del local y caminó en dirección al vehículo. Se sentó en el asiento del copiloto y observó de reojo al teniente mientras este ponía sus manos sobre el volante. Sus dedos, de tan fuerte que apretaba, estaban blancos. Su mandíbula fluctuaba por la presión. Sus ojos bailoteaban dentro de sus cuencas.

Y entonces ella temió.

El amable agente con el que siempre había trabajado, parecía ser otro. Se notaba que estaba emocionalmente demasiado comprometido con el caso, y eso no podía llevar más que a la fatalidad. La cosa se complicaba. Ahora ella no debía solo prestar atención a las pistas para encontrar al asesino, sino que debía vigilar a su propio superior para que a este no se le fuera la mano. Eso lo hacía todo mucho más difícil. Eso convertía todo en una jodida odisea.

28

Vicente siempre vestía del mismo modo: pantalón de pinza bien planchado, camisa lisa sin corbata o polo oscuro, zapatos relucientes y americana a juego con el pantalón. A veces, en los meses de invierno, se ponía un jersey de punto sobre la camisa, pero esa mañana de junio no hacía temperatura para eso. Iba impoluto, perfecto, como sacado de un molde que nunca variaba. Era un tipo de rutinas y costumbres; de exactitudes y de puntualidades, siempre fiel a su cita, aunque esta solo fuera con el café que se estaba tomando en la cafetería que había al lado de su hotel. Este era un local sencillo y pequeño, de esos que siempre se llenan por la misma clientela. Tenían una barra recogida, pero al fondo se abría un espacio algo más ancho, con mesas dispersas junto a un amplio ventanal. Esas eran mesas discretas para gente discreta. Gente como él.

Pero su cita de esa mañana no era solo con ese café.

Vicente sujetaba la humeante taza con ambas manos cuando un tipo entró en el local y se le quedó mirando. El profesor, pese a haber reparado en él, hizo caso omiso y bebió un sorbo que de inmediato calentó su garganta. Después, dejó la taza sobre la mesa y sujetó con los dedos la cucharilla que había dentro. No levantó la vista porque no necesitaba mirar. El hombre que había entrado ya avanzaba hacia su mesa en silencio. A esas horas apenas había un par de personas más desayunando, pero estas estaban alejadas del lugar en el que él se sentaba. Sin embargo, ese tipo, que ya estaba a su altura, había caminado hacia él con la seguridad de aquel que sabe que le esperan. Era el lugar pactado, la hora pactada… y la mesa pactada.

El tipo se sentó, y para Vicente no pasaron desapercibidos sus dedos rudos y sus uñas machacadas. Respiraba jadeante, con gravedad. Era uno de esos hombres cuyo aliento susurra esfuerzos y experiencias. Un hombre de años y trabajo duro; de haber vivido mucho.

—Buenos días, Pedro —saludó en voz baja Vicente—. Me alegro de verte.

Pedro, el jardinero del hotel Montelares, sonrió tenuemente.

—Yo también me alegro. ¿Cómo estás?

Vicente desvió la vista y arqueó las cejas, disgustado.

—He estado mejor otras veces.

—Ya —cabeceó Pedro, comprensivo—. Mejor en Menorca, ¿no?

El profesor volteó la cabeza para mirar a través de la ventana. Recordaba bien aquellas fachadas grises y sus aceras empedradas. Hacía muchos años que no las pisaba, pero tenía sus razones. No era

Vadealobos en sí lo que le causaba aprensión. Tampoco lo eran sus vecinos. El recelo era por los lobos. No quería volver a ver a aquellos malditos lobos.

—Mejor en Menorca, sí, pero bueno. Solo estaré por aquí unos días.

Ambos callaron. Tenían muchas cosas que contarse, pero los acontecimientos pasados opacaban cualquier otra conversación. Lo que habían de decirse, debían hacerlo a escondidas, entre bisbiseos. Más en susurros que a voz en cuello.

—Y tú, Pedro, ¿cómo estás? —preguntó Vicente.

—Bueno… Ahí, ahí. Andan las aguas un poco revueltas en el pueblo por lo de Rafael.

—Ya imagino —acertó a vocalizar el profesor con pesadumbre—. ¿Qué dicen las habladurías?

—Pues un poco de todo. Muchas estupideces, algún que otro bocazas, ya sabes. Pero tú y yo ya sabemos lo que ha pasado.

Vicente no respondió, pero con un leve movimiento de su cabeza confirmó la afirmación del jardinero. ¡Claro que sabía lo que había pasado! Lo tenía muy claro. Entonces, le dio otro trago al café, miró a Pedro y se inclinó sobre la mesa buscando mayor confidencialidad.

—¿Has hecho lo que te pedí?

El jardinero suspiró ruidosamente y guiñó los ojos.

—Sí, todo está hecho. Hablé con ese tal Izaguirre y le dejé las notas como me pediste. Tenías razón con él, es un tipo prudente. Le he seguido. No le ha contado nada a la Guardia Civil, y ha estado en la biblioteca, en el Registro e incluso subió a ver *Las trece casas*, pero no estoy seguro de si está entendiendo lo que quieres decirle.

—Pues no sé si lo entenderá, pero le conviene. Quiera o no está metido en esto. Si quiere librarse, ahí tiene su libertad.

—Ya, bueno, pero ese hombre es inocente. No tiene ni idea de qué va toda la historia. ¿Por qué no se lo cuentas directamente y te dejas de juegos?

El profesor agitó la cabeza y se mordió los labios.

—No sé… No sé qué decirte, Pedro, supongo que no estoy preparado. Han pasado muchos años, pero, aun así…

—Ya —admitió el otro, comprensivo—, pero ese tipo puede que no llegue a ninguna conclusión. Igual no te sirve. ¿Y por qué no se lo cuentas a la Guardia Civil?

Entonces, Vicente apretó los puños, y de sus labios brotaron esputos apagados por la moderación de la que siempre hacía gala.

—¿A la Guardia Civil? Pero ¿crees acaso que eso llegaría a algún lado? No lo permitirían, y lo sabes. Ninguno de esos lobos lo permitiría.

Se volvió a hacer el silencio. Pedro conocía bien al hombre que se

sentaba frente a él, y también distinguía a la primera sus alegrías, sus miedos y sus desesperaciones. De cara a los demás, Vicente sabía comportarse como un témpano de hielo, pero en su interior convivían voraces volcanes de esos que llegan a devorar el alma.

—¿Estás bien, Tito? —preguntó Pedro con tibieza.

Vicente, al oír cómo le había llamado el jardinero, sonrió con cierta pena.

—Es curioso. Ya solo Blanca y tú me llamáis así. También lo hacía Rafael. El pobre Rafael…

De golpe, una humedad tintineante se apoderó de los ojos del profesor, que tuvo que quitarse las gafas para poder secárselos. Pedro, frente a él, sintió una leve congoja.

—Rafael había cambiado mucho estos últimos años —relató entonces el viejo—. Se había vuelto muy imprudente. Cada vez bebía más; se había alejado de la gente. Ya se había jugado el cuello otras veces, Tito. Te lo dije, ¿recuerdas? Te dije que no daba un duro por él.

—Sí, lo sé, lo sé… —cabeceó Tito—, pero no hacía falta que lo mataran. Era inofensivo. Era un buen hombre.

—Ya sé que él no era peligroso, pero su lengua, sí. Estaba advertido, y ya sabes de lo que son capaces.

Vicente fue a contestar, pero sus labios no hallaron las palabras adecuadas. Su rostro se contrajo por la rabia y la lástima. Él hacía muchos años que había huido de Vadealobos y se había jurado no volver nunca, pero había dejado atrás a gente a la que apreciaba, y eso no le había permitido romper del todo los lazos con su pasado. En el fondo, él siempre había sabido que si alguna vez volvía al pueblo, sería por una mala razón. Una grave y aberrante. Un adiós. Tito siempre supo que algún día volvería a pisar aquellas piedras para despedirse.

Pedro, que apenas podía mantener la mirada de aquel hombre vencido, se aclaró la garganta con rudeza y moduló cuanto pudo su carrasposa voz.

—Tito, ¿estás seguro de lo que estás haciendo? Puede costarte muy caro.

El profesor se ajustó las gafas sobre el puente de su nariz y dio otro sorbo al café. Después, dejó de nuevo la taza sobre la mesa y suspiró con calma.

—Si te dijera que sí, te mentiría, porque tengo un agujero dentro de mí que me está… matando. Me ahogo, Pedro. Llevo casi treinta años ahogándome. Ya no puedo más.

El jardinero cerró los ojos un instante, incapaz de encontrar las palabras que calmaran a su acompañante. Ante esa afirmación, él poco más podía hacer que estar ahí, pero las obligaciones mandaban, y su jornada de trabajo en el hotel comenzaba en pocos minutos.

—Tito, tengo que marcharme a trabajar. Prométeme que me llamarás antes de irte, ¿vale? Ya sabes dónde estoy.

Pedro se levantó y Vicente hizo lo propio. El profesor era más joven, alto y esbelto que el otro, pero uno frente a otro parecían encajar a la perfección.

—De acuerdo, gracias, Pedro —dijo Tito, y entonces se metió una mano en el bolsillo y, al sacarla, tendió un billete de veinte euros al jardinero—. Por favor, si vuelves al cementerio, ponle un ramo de rosas de mi parte a mamá.

El viejo cogió el billete, y en el mismo gesto ambos hermanos se abrazaron. Sí, encajaban. Ni física ni personalmente eran parecidos, pero algo en ellos los hacía idénticos. Un brillo, un latido, una sensación. Quizá, la sangre que une.

29

Las noches de Blanca eran muy oscuras.

Y silenciosas. Hacía años que la mujer procuraba no encender las luces al anochecer. Tanto Rafael como ella preferían que fuera así por dos razones: una, por limitar el gasto para unos bolsillos en los que había más agujeros que monedas tintineantes, y por otra, porque esa oscuridad los relajaba. Había paz en aquellas noches, y sosiego. Había soledad, y en esa soledad, la pareja hallaba su descanso.

Pero ya no había alivio en ella.

Ahora la soledad de Blanca era como el filo de cien puñales atravesando su piel... y su alma. Ese silencio aullaba lamentos en sus oídos, sin duda brotados de sus propias entrañas. El eco de sus sollozos retumbaba por cada pared, cada viga y cada piedra de aquella vieja casa, pero ella prefería estar así. La luz, igual que antes desvelaba los secretos de su casa, ahora desnudaba su dolor. Así que no, no quería luz. Ni una sola.

Tan solo el leve resplandor de las farolas, que iluminaban la calle frente a la ventana de su salón, dejaba entrever un poco lo que acaecía dentro. Era poco el haz que atravesaba aquellas persianas a medio bajar, pero era el suficiente como para que la mujer no se golpeara contra los muebles. Desde la muerte de Rafael, Blanca siempre aguardaba a que llegara la noche para sentarse en su butaca y dejar que el sueño la venciera. A veces eso ocurría pronto, y eso mitigaba sus quebraderos de cabeza, aunque luego fueran tormentosas pesadillas las que le hacían despertar entre sudores fríos; otras veces, la duermevela hacía estragos sobre su cuerpo, y el descanso se volvía una tortura. Porque en noches así, ella no hacía más que pensar, pensar y pensar, y ninguna de esas tribulaciones ayudaba a su amargura… o a su paranoia. Porque eso es lo que sentía ella ahora, que se estaba volviendo loca.

Por esa razón, cuando escuchó el chirriar de la puerta de entrada, por un momento creyó que se lo había imaginado.

Desde que desapareció Rafael, Blanca dormía sin echar la llave. Primero lo hizo por la esperanza de que una de esas madrugadas apareciera su pobre marido a su puerta, desorientado y sin llaves, y así este podría entrar en casa sin armar demasiado escándalo. Después, una vez encontrado su cuerpo, lo hacía a ruego de sus vecinas, que ante la negativa de la mujer a pernoctar en sus casas, le habían pedido que no cerrara por si acaso necesitaban echarle mano. Pero en todo ese tiempo nunca se había abierto esa puerta, de modo que aquel crujido no podía nacer más que de su propia cabeza. No

había otra explicación, así que se acomodó en la butaca y cerró los ojos.

Sin embargo, ese chirrido volvió a sonar de nuevo, y ahora estuvo segura de que aquello no era cosa suya.

Abrió los ojos de golpe y se incorporó en su asiento. El corazón le latía a mil por hora. Levantó una mano y trató de consultar la hora de su reloj de pulsera, pero la penumbra era tan densa que no pudo ver nada. Se había quedado algo traspuesta, y ya no podía asegurar que no hubiera pasado la medianoche. Se levantó y se acercó a la ventana para mirar afuera, pero no atisbó ni una sola sombra que desvelara la presencia de un invitado no esperado. Miró hacia las casas colindantes, pensando que quizá podía tratarse de alguna de sus vecinas que acudía a velar por ella, pero todas aquellas luces estaban apagadas. Debía ser tarde, muy tarde, la hora en que las ánimas se desperezan para ponerse en pie.

Entonces, como llevado por un eco indiscreto, el leve retumbar de unas pisadas llegó a sus oídos, y Blanca confirmó que lo que estaba escuchando era real. Allí dentro había alguien que no debía estar. Sus nervios, en ese momento, florecieron tanto que sus tallos invadieron todas las venas de su cuerpo. Temblaba. Fue a decir algo, pero sus labios balbucieron un galimatías ahogado. Se dio la vuelta y miró hacia la entrada del salón. Estaba tan oscuro que no pudo ver nada más allá del umbral, pero algo en el ambiente turbó su ánimo.

Una respiración.

Un resoplido lejano.

El calor emanado por una bestia.

—¿Ho… Hola? —vaciló Blanca, sobrecogida—. ¿Hay alguien ahí?

Pero solo la afonía de su propia voz le contestó.

—He… He llamado a la policía. Vienen hacia aquí, así que márchese.

Nada.

Si había alguien al otro lado del cuarto, el embuste de esa amenaza parecía no haberle hecho efecto. La mujer dio un paso adelante y entrecerró los ojos tratando de enfocar la vista, pero la quietud de la estancia no hizo más que devolverla al mutismo. Pensó en encender la luz del salón para desenmascarar a la sombra, pero el interruptor estaba junto al marco, demasiado lejos. Miró a un lado y entrevió la pequeña lámpara que solía encender cuando solo buscaba algo de resplandor, pero esa estaba en la mesilla al otro lado del sillón, también distante. Pensó en avisar a la Guardia Civil, de modo que buscó el piloto rojo del teléfono que estaba junto al televisor, pero eso también le suponía un desplazamiento que perfectamente podía no llegar a dar. No tenía más alternativas, allí donde estaba, que ir hacia esa puerta y asegurarse de que los demonios estaban en su cabeza, y

no en su casa. No había otra.

—¿Hola? —repitió de nuevo mientras daba otro paso hacia adelante—. Váyase de mi casa ahora mismo. La poli… La policía está cerca.

Pero su voz se oía tan desgarbada y quebradiza que no hubiera podido asustar ni al más impresionable de los ladrones. Sonaba a mentiras improvisadas y señuelos inventados. Sonaba a miedo y congoja. Sonaba, sobre todo, a la debilidad de una mujer frágil y soñolienta que ha llorado más allá de las lágrimas que embadurnan su rostro. Ella lo sabía; la sombra silenciosa lo sabía; todo el maldito pueblo lo sabía.

Dio un par de pasos adelante y volvió a mirar al teléfono. Estaba más cerca, pero algo en su interior le aseguró que nunca podría alcanzarlo. Se detuvo y agudizó sus sentidos buscando de nuevo esa respiración contenida, pero ese rumor no llegó a ella. Ya no había chirrido ni pisadas ni resoplidos. De nuevo la noche se cernía implacable contra su casa, y su tenebroso manto hacía que ni siquiera esas ánimas que antes se habían desperezado, vagaran aún entre aquellas cuatro paredes.

Avanzó un poco más y entrecerró los ojos de nuevo. Ya estaba junto al umbral, pero allí no había nadie. Ni un cuerpo oculto ni una voz esquiva. Nada. Blanca, entonces, soltó el aire de golpe, y la agitación incontrolada de los nervios atados a su cuerpo le hicieron sollozar. Había sido todo cosa de su maldita cabeza. Los fantasmas que corrían por su sangre le hacían ver y oír cosas que no existían más que en su propia mente. Era una trampa puesta a sí misma, un engaño de su interior. Un fraude. Apoyó ambas manos en los marcos de la puerta y respiró a grandes bocanadas tratando de liberarse de su conmoción. Quería calmarse y volver en sí, pero entonces lo notó.

A su espalda, violentas y voraces, unas manos surgieron de la oscuridad y se cerraron sobre su garganta. Ella, aturdida por la sorpresa, llevó sus dedos hacia aquellas manos y abrió mucho la boca. Se echó hacia atrás y sintió cómo un cuerpo ancho y fuerte se ceñía contra su espalda. El abrazo era firme e impetuoso, y, de golpe, Blanca agonizó ante un aire que dejó de entrar en sus pulmones. Desesperada, trató de fajarse de la trampa, pero el agarre era intenso. Aquellas manos bregaban con vehemencia y convencimiento. Blanca, por su parte, luchaba con todas las fuerzas que tenía dentro, pero estas eran pocas, las propias de una mujer mayor herida por la vida. No tenía armas con las que pelear, así que comenzó a hacer aspavientos y a patalear buscando apoyos en los que auparse para resistir, pero tan solo logró que la pequeña lámpara de la mesilla se venciera contra el suelo. De repente, las manos que apretaban aquel cuello se abrieron, y un fino cordaje apareció de la nada rodeando su garganta. Era una

cuerda delgada, pero firme, que la sombra sujetaba con dedos febriles. Blanca, ante ese cambio de presión en su gaznate, trató de meter los dedos bajo la cuerda, pero esta no dejaba resquicio alguno para que nada enturbiara su propósito. Blanca se agitó aún más, pero su esfuerzo fue vano. Los dedos de la sombra tiraron con mayor ímpetu. El aire de sus pulmones se esfumó, y un leve gorgoteo comenzó a brotar de sus labios. Su rostro palideció hasta que un tono azulado cubrió sus facciones. La vitalidad de Blanca comenzó a evaporarse. Ya no tenía fuerzas para batirse, y la somnolencia del ahogo comenzó a atenuar sus convulsiones. Ya veía el adiós cerca, el abandono.

A Rafael.

En el último instante, justo antes de perder el sentido, Blanca vio a Rafael. Le miraba desde lo lejos, calmado y sonriente, esperando su llegada. Y ella quería ir. La forma en que marcharse no era la que había deseado, pero el fin era el mismo. Había querido defenderse, luchar por su vida, pero ya no tenía cómo. Ni siquiera lo deseaba. Bajó los brazos y se dejó llevar por la muerte. Hasta allí, al final, donde aguardaba su marido. Su Rafael.

La sombra, consciente de que la mujer había perdido el sentido, abrió sus dedos y dejó que el cuerpo cayera a plomo contra el suelo. Alzó la cabeza y abrió la boca, jadeante, buscando un aliento que había perdido en la refriega. Estrangular a una persona requería de un esfuerzo brutal, pero matarla así no era la idea. El plan era otro. Aquella mujer debía desaparecer, pero era preciso que aquello fuera un suicidio, no un asesinato. Era mejor así, menos líos. A nadie le extrañaría que una mujer desquiciada y pesarosa por una pérdida irreparable se quitara la vida en un arrebato de dolor, de modo que eso es lo que debía parecer.

Se agachó y posó un dedo sobre la garganta de Blanca. Su corazón, aunque herido de muerte, aún latía. El proceso a seguir era sencillo, así que volvió tras sus pasos, a la puerta de entrada, y al volver al salón trajo consigo una densa cuerda con una lazada firmemente dispuesta en uno de sus vértices. Pasó la cuerda por los hierros de la férrea lámpara que gobernaba el salón, y ató un cabo al pomo de la puerta de una habitación que partía del cuarto. Tiró de la cuerda y comprobó, con satisfacción, que esta aguantaba bien el desafío. Blanca no pesaba demasiado, de modo que debía ser suficiente.

Así que hizo lo que tocaba.

La sombra, convencida por el asunto, pasó la soga por la cabeza de la mujer y apretó el nudo contra su cuello. Lo que quedaba no era agradable, pero sí imprescindible. Entonces, con toda la fuerza que quedaba en sus brazos, sujetó el otro cabo de la cuerda y tiró fuerte, muy fuerte. El cuerpo de Blanca quedó colgado en el aire. Pesé a estar

inconsciente, esta, gracias a un instinto de supervivencia superior a sus propios sentidos, abrió los ojos y comenzó a agitarse convulsa tratando de liberarse de aquella cuerda que le estaba arrebatando del todo la vida. Luchó, gimió y apretó los dientes, pero sus dedos agarrotados por la artrosis fueron incapaces de hacer algo más que acariciar aquel nudo.

No había ya en Blanca ningún arrebato capaz de ayudarla.

No había en Blanca ninguna vida que salvar.

La sombra, tenaz en el empeño, aguantó aún un minuto más a que el trabajo estuviera hecho. Muerta ya la mujer, no quedaba otra cosa que hacer que salir corriendo de allí y desaparecer. Fijó aún más el nudo en el pomo de la puerta y observó el cuerpo. Apenas se distinguían sus facciones por la negrura de la casa, pero era evidente que aquellos ojos estaban ya vacíos e inertes. Blanca ya era historia.

Miró en derredor y vio un pequeño taburete donde la mujer solía apoyar las piernas cuando se tumbaba en el sofá. Lo cogió y lo puso, tumbado de lado, bajo los pies del cadáver. Eso serviría para empoderar la hipótesis del suicidio. Nadie vería nada extraño en ello. Tras dejarlo todo listo, abrió la puerta de la casa y la cerró tras de sí sin hacer ruido. La calle estaba vacía, y las luces de las casas, apagadas. La labor se había llevado a cabo con celo y entre silencios. Estaba bien hecho. Eficaz y concienzudo. Necesario.

30

Cuando recibió la noticia, Blasco apenas mudó su expresión.

Hacía días que permanecía día y noche con los dientes apretados. Era por la tensión y la rabia, pero también por la frustración, el desamparo, por la ira. Había conducido hasta la casa de Blanca casi más por la inercia de quien va a visitar a un amigo caído, que por el empuje profesional de quien investiga una muerte. Carla, a su lado, permaneció callada todo el trayecto. Que una mujer rota como Blanca se suicidara unos días después de la muerte de su marido, siendo este su única familia, no era algo que le sorprendiera en demasía. En su corta andadura como Guardia Civil ya eran varios los sucesos similares que había vivido. Gente que no acepta quedarse sola; gente que no soporta la nueva vida que le espera. En este caso, para el teniente, la variante de la cercanía hacía ese momento mucho menos digerible. Desde la misma mañana de la desaparición de Rafael Dimas, la cabo intuyó en su compañero que aquello le tocaba de cerca. Al principio, el hombre había ocultado bien su desesperanza, pero según habían avanzado los acontecimientos, signos emocionales evidentes habían hecho comprender a Carla que su teniente sentía mucho más de lo que demostraba. Quizá, hasta demasiado, y eso no era un buen síntoma, como había podido comprobar en la última visita a Lorenzo Marín. Joaquín Blasco era como un volcán que comienza a humear avisando de su estallido, y su función era velar para que sus potenciales extralimitaciones no contaminaran el asunto. Ese era un trabajo arduo y, a todas luces, desagradecido, pero no tenía otra si no quería que desde la central les pusieran a parir por su ineficacia. Ahora, la muerte de Blanca suponía un último eslabón a un dolor ya consagrado. Ella presentía ese sufrimiento, y la mirada de Blasco lo corroboraba. Todo el pueblo se mostraba así.

Los alrededores de la casa estaban atestados de agentes y curiosos. Lorente estaba en la puerta departiendo con otro guardia cuando vio detenerse el coche de Blasco e Ibáñez y salió a su encuentro. El teniente le observó de reojo, pero su atención estaba más centrada en la vivienda que en su compañero. Carla, en cambio, miró a Lorente, y con un leve gesto le hizo comprender que su superior no estaba para mucha conversación. Era preferible ser escueto y directo. Entraron en la casa, y ya desde la puerta se podía olfatear el hedor de la muerte. El ambiente estaba ya de por sí muy cargado por la cerrazón habitual de la casa, pero el tufo que brotaba del cuerpo inerte hacía que este fuera casi inaguantable.

Porque allí seguía colgado.

No se balanceaba. Tendía de la cuerda, flácido, aunque ya se divisaba cierta rigidez en sus miembros. Estaba de cara al umbral del salón, con los halos de luz que llegaban a su espalda ensombreciendo su rostro amoratado e hinchado. Carla lo miró y no pudo evitar estremecerse. Su cercanía con aquella mujer era muy liviana, pero, aun así, nadie con corazón y tripas permanecería impertérrito ante ese espectáculo. Lorente, a su lado, también torcía el gesto. Él había sido uno de los primeros que vio el cuerpo, y aún arrastraba los rastros de la profunda impresión que le había provocado. Su proximidad a Blanca era mayor, así que también mayor era la pena. En el caso de Blasco, la cosa se agigantaba. La contemplaba con ojos fijos, pero sus párpados retemblaban. Sus facciones estaban contraídas y enturbiadas. Miraba sin mirar y rumiaba sin emitir sonido. Lorente lo observó casi a hurtadillas, pero no se atrevió a abrir la boca. Entonces buscó con la vista a Carla, y en el gesto de esta reconoció una velada exigencia por información requerida.

—La ha encontrado una de sus vecinas esta mañana. Parece que todo apunta a un suicidio.

Carla volvió a mirar de reojo a Blanca, y después se ladeó hacia Lorente.

—¿Ha dejado alguna nota? ¿Alguien oyó o vio algo?

El agente negó con resignación.

—Según parece, no. Blanca estaba sola en casa y nadie se ha enterado de nada. Estaba muy afectada, mucho. Sus vecinas dicen que no les sorprende.

El teniente, pese a parecer que no prestaba atención, lo estaba escuchando todo. Dio unos pasos adelante y miró en derredor. Bajo el cuerpo de Blanca había un taburete caído de lado que, por su tamaño, bien podía haberla servido para auparse hasta la soga. Esta culminaba una cuerda de recia factura. El nudo al cuello parecía fuerte, así como el otro que ataba el cabo al pomo de una puerta cerrada. Dio una vuelta sobre sí mismo observando el resto de la estancia: no parecía que la casa estuviera revuelta, salvo una lámpara caída, de modo que nada indicaba que hubiera habido violencia allí. Volvió a situarse frente a la mujer y la miró a la cara. Un destello de aprensión atravesó su mirada, y ese leve temblor que antes hizo vibrar sus párpados, ahora se aferró indiscreto a sus labios. Bajó la cabeza de nuevo y rodeó el cuerpo de la mujer. Después fijó su atención en sus brazos caídos y en las flácidas manos que colgaban de ellos, y volvió a observar la cuerda. Suspiró y agitó su cabeza. Se pasó la lengua por los labios y resopló, pero no dijo nada.

Carla, que había contemplado las reacciones de su compañero conteniendo el aire, se giró hacia Lorente e indagó de nuevo.

—La vecina que encontró el cuerpo… ¿Abrió con llaves la casa?

—No —afirmó Lorente—. La puerta estaba abierta. Aunque Blanca era muy solitaria, había dejado el cerrojo sin echar por si acaso necesitaba alguna ayuda. Sus vecinas lo sabían.

—Entiendo. Y por lo que veo no parece que nadie hubiera entrado antes de esa vecina.

—No, qué va. Todo parece estar en su sitio, salvo por esa lámpara caída y por… —a Lorente se le entrecortó la voz al observar de reojo a la fallecida—. Ya os digo que tiene toda la pinta de que la pobre Blanca se ha quitado de en medio. Estaba desquiciada. Esa mujer no sabía cómo vivir sola.

Carla no dijo nada, pero Lorente tampoco lo necesitó. El agente retrocedió y salió a la calle para continuar con la coordinación policial de los agentes que permanecían fuera. La cabo dio un par de pasos adelante y puso los brazos en jarra. Miró de soslayo a Blasco, pero este parecía estar sumido en un mundo distinto al suyo. Después observó de nuevo el cuerpo de la mujer y chasqueó la lengua con desagrado mientras suspiraba.

—Pero Blanca, mujer, ¿cómo te has hecho esto? —murmuró hablándole al cadáver.

—Cómo se lo han hecho, dirás.

La voz del teniente, brotada de repente, sonó vacía y gélida, pero algo en su tono rezumaba cólera.

—¿Qué? —preguntó la cabo, confusa.

—Lo que has oído.

Carla agitó su cabeza y observó a su superior. Este seguía mirando a la cuerda, pero ya no lo hacía con curiosidad, sino con crudeza. Sus palabras también eran ásperas. Incluso su rostro se retorcía del mismo modo.

—¿Crees que la han asesinado?

—¿Tú no?

La cabo volvió a mirar al cuerpo y, al poco, bajó la cabeza como si tratara de encontrar pistas ocultas entre las baldosas del suelo.

—Viendo la escena… No sabría qué decirte.

—Pues mira bien. Obsérvalo todo. Mira sus manos.

La mujer hizo caso al teniente y miró aquellos dedos retorcidos e hinchados. Eran las manos de una mujer mayor, curtida. Manos de trabajo y padecimientos. Entonces, Blasco se giró hacia Carla.

—Blanca padecía una fuerte artrosis en las manos desde hace muchos años. Era incapaz de cerrar los puños. Carecía de fuerza. Ahora mira esa cuerda, mira los nudos… Joder, Blanca nunca hubiera podido hacer esos putos nudos.

Blasco gimió un instante, y toda su frustración quedó atrapada en un lamento ahogado. Después, continuó.

—La puerta de la casa estaba abierta, así que cualquiera ha

podido entrar. Si hubiera querido suicidarse, hubiera echado el cerrojo para que no la detuvieran. Blanca era demasiado desconfiada como para no hacerlo. Luego está esa otra puerta —dijo mientras se acercaba al pomo en el que estaba atado uno de los extremos de la cuerda—. Observa cómo es, mira su madera: es frágil y está llena de grietas. Si Blanca se hubiera dejado caer de golpe desde el taburete, esta jodida puerta se hubiera partido, no hubiera aguantado su peso. Estoy seguro de ello. Así que sí, creo que Blanca no se ha suicidado, a Blanca la han matado.

Carla se tomó un momento para asimilar la hipótesis que su compañero estaba poniendo sobre la mesa. Tenía que admitir que las conjeturas podían ser perfectamente viables. Podía encajar, sí, podía cuadrar del todo. Pero aquello complicaba aún más el asunto. Que Blanca se hubiera suicidado era algo que no tenía por qué salirse de una posible lógica: muchos son los que se quitan la vida cuando pierden a quien tienen cerca. De ser así, aquel incidente se archivaría como un triste informe más añadido a toda la investigación, una tragedia ineludible, pero poco más. Sin embargo, un asesinato… eso era otra historia. Si habían matado a Rafael por alguna razón en particular, eliminar ahora a su mujer podía ser la respuesta a la exigencia de un silencio necesario. Puede que ella también supiera algo que no debiera, y su muerte, por tanto, era conveniente. Lo malo era que no tenían ni idea de a quién beneficiaba, y, sobre todo, por qué cojones lo beneficiaba, y eso era precisamente lo que traía por la calle de la amargura a ambos agentes, a uno más profundamente que al otro.

La cabo alzó la cabeza y, al fijarse, un destello llamó su atención.

—Teniente, mira eso.

Blasco, al ver el gesto sorprendido de su compañera, se acercó al cuerpo y miró hacia donde ella le señalaba, al cuello de Blanca. El agente entrecerró los ojos y trató de enfocar la vista. Al poco, su mirada se aclaró y sus pupilas se centraron en aquello que la cabo indicaba. Era muy tenue, casi imperceptible desde su posición, pero allí, justo sobre la enrojecida y supurada marca que la gruesa cuerda había dejado en el cuello de la mujer, había una segunda línea sonrosada y medio difusa que rodeaba toda su garganta. Entonces Blasco lo vio claro.

—La estrangularon antes de colgarla. Quien lo hizo intentó que no se notara para que pareciera un suicidio. La han matado, cabo.

Carla afirmó boquiabierta y cruzó las manos tras su cabeza.

—Cada vez se complica más esta puta historia —casi gritó entre dientes, y entonces miró al teniente—. ¿Qué hacemos ahora?

Blasco meditó unos instantes.

—Anoche Sergio no trabajó en la taberna, ¿no? Pues avisa a

Lorente porque tenemos que dar con él ya, a ver qué puta coartada se inventa. Y Lorenzo… ¡Joder!

—Joaquín, no podemos acusar de esto a Marín —le contradijo Carla—. Al menos no sin pruebas.

Entonces Blasco miró a la cabo con tanta cólera contenida que hizo, por un segundo, que esta se pusiera en guardia ante una acometida… que no llegó. En su lugar, el teniente se llevó una mano al mentón y, después, cerró el puño apretando con saña.

—Pues la encontraremos. ¡Encontraremos esa jodida prueba!

—Eso no va a ser fácil… —murmuró Carla, y entonces un recuerdo agitó su memoria. Algo pasado; algo escuchado pero no atendido; algo que oyeron todos y que ahora asaltaba su cabeza—. Teniente, en el cementerio, antes de que se llevaran a Blanca, gritó que lo iba a contar todo, pero… ¿Qué es lo que iba a contar?

Blasco agitó la cabeza y negó la mayor. Había escuchado las incertidumbres a las que hacía referencia su compañera, pero su mente maquinaba bélicas reacciones, cuando lo que más debería buscar eran lógicas estrategias. Necesitaba razones para detener a quien no podía detener; necesitaba reacciones para condenar a quien no podía condenar.

31

Creía haberlo escuchado, pero, de tan nervioso que se había puesto, ya no estaba seguro. Javier se acercó un poco más a aquella pareja que parloteaba frente a los puestos de artesanía que habían instalado en la Plaza Mayor de Vadealobos. Giró la cabeza y bajó la vista, simulando buscar algo entre las piedras del suelo, pero era evidente para miradas avispadas que el hombre no prestaba tanta atención a las aceras como lo hacía a aquellas voces confusas.

—Lo que te cuento —dijo un hombre de avanzada edad apoyado sobre un bastón—. La han encontrado muerta esta mañana.

La mujer que departía con el hombre se llevó una mano a su arrugada boca y gimió de espanto.

—No me lo puedo creer. Pobre mujer… ¿Y creen que se ha suicidado?

El hombre se encogió de hombros.

—Pues eso parece, pero qué sé yo. Estaba ahorcada en el salón. Imagino que no había superado la muerte de su marido.

—Ya veo, ya. Ella y Rafael no se separaban nunca. ¡Qué pena, por Dios! Tan seguidos los dos.

—Pues sí —cabeceó el hombre—, aunque yo no sé. Me extraña mucho que haya podido ahorcarse. No veo a esa mujer con fuerza suficiente para hacer eso, pero el caso es que… No sé.

—Ya, Ramón, ya. Deja de decir cosas raras, que me entran los miedos.

El hombre, entonces, sonrió.

—Tranquila, mujer, que solo son tonterías mías.

Pero ese miedo que parecía acechar a la mujer, a quien realmente rondaba era a Javier, que se echó hacia atrás y resopló con violencia. Había escuchado lo suficiente como para comprender que ese cadáver del que hablaban debía ser el de la viuda de Rafael Dimas, el nombre que lo mantenía atado con cadenas de oro al lujoso hotel del pueblo. Cuando aquella mañana había salido a pasear por Vadealobos, lo que buscaba era una manera de liberar su mente de los espesos pensamientos que apenas le dejaban descansar. Quería respirar aire puro y mimetizarse un tanto con la cotidianidad de la zona, pero aquellas palabras robadas a conversación ajena no habían hecho otra cosa que alimentar sus temores. Como bien había dicho la mujer, las de aquel hombre bien podían ser conjeturas vanas, pero si llegara a haber un mínimo de realidad en ello…

Se estremeció.

Giró sobre sí mismo hasta que sus ojos vislumbraron los cómodos

bancos que rodeaban la plaza. Caminó hacia uno de ellos y se dejó caer sobre la madera, que crujió lastimera. Inclinó su cuerpo hacia adelante y se frotó una mano contra la otra, tratando de contener la agitación que las enturbiaba. De repente lo asaltó un lúgubre pensamiento que, de inmediato, le hizo sentir repugna de sí mismo. Javier deseó con todo su ser que la muerte de la mujer respondiera solo al dolor por la soledad y la pérdida, porque de lo contrario, su velada detención en el hotel, los interrogatorios, esas malditas notas… De golpe, aquellos lobos de los que le había avisado el jardinero parecieron rodearle mientras olisqueaban su cuerpo en busca del lugar donde hincar sus colmillos.

Las notas…

Aquellas tarjetas manuscritas…

Vadeón…

Alberto Horcada…

¡Maldita sea! Algo tenía que unir todo aquello, algo debían significar.

Temblando, metió una mano en el bolsillo interior de su ligera chaqueta de entretiempo, sacó unos papeles doblados de mala manera y los abrió ante sí: eran los documentos que había solicitado en el Registro Mercantil sobre la empresa Vadeón. Abrió mucho los ojos y leyó con avidez. Allí debía haber algo que atara todos los cabos, lo que fuera. Escudriñó párrafo a párrafo y palabra por palabra. Devoró todas y cada una de las letras buscando una coma o un acento que lo alertara de una obviedad ignorada, pero nada parecía desenredar el entuerto. El nombre de Alberto Horcada no casaba con nada de lo allí descrito. Los nombres de los administradores eran otros, y si esos tenían algo que ver con la familia Horcada, eso debía estar escrito en otra parte.

Meditó, pero su mente apenas carburaba. Dobló y desdobló de nuevo los papeles, pero aquel texto no variaba. Leyó otra vez, con aún más ansia que antes, hasta llegar al anexo de las noticias… y entonces algo chirrió. De primeras no reparó en ello, pero ahora que se fijaba, algo parecía descuadrar… o puede que no fuera así. Volvió a comprobar lo percibido, y leyó de nuevo la noticia en la que se había fijado en la anterior ocasión. En ella se hablaba de una venta millonaria de unas tierras en la mejor y más espectacular zona de Vadealobos donde se iba a construir el hotel Montelares. Todo eso ya lo sabía, pero prestó atención a los detalles, y en ellos descubrió una palabra que antes le había sido esquiva: viñedos. La noticia hacía alusión a que las tierras habían alojado unos fructíferos viñedos que habían sido abandonados con anterioridad, y esos mismos viñedos lo llevaron como por impulso hasta la historia que le había contado la bibliotecaria: al muchacho de los Horcada lo encontraron caído en un

precipicio a los pies de los viñedos de su familia. ¿Y si se trataba de los mismos? Con casi más miedo que urgencia, Javier sacó el teléfono de su bolsillo y activó el navegador. Pulsó sobre la pantalla y buscó algo que no había consultado antes: noticias sobre el hotel Montelares. Durante unos minutos, navegó página por página y leyó artículo tras artículo, sin encontrar lo que buscaba… hasta que lo hizo. En una reseña de prensa del año en que se inició su construcción, el articulista, sin duda conocedor del pueblo, hizo hincapié en que el hotel se estaba levantando en un terreno que unos años antes había pertenecido a la familia Horcada.

Entonces sintió un temblor.

Y un escalofrío.

Eso era. Aquel hotel era lo que unía a los Horcada con Vadeón, aunque eso podía ser tan solo el acuerdo mercantil que parecía. Compra y venta inmobiliaria, nada más. Eso no hacía a nadie culpable de…. remotamente nada, porque nada de eso tenía algo que ver con Rafael Dimas.

Javier se llevó una mano a la nuca, y un sudor frío empapó de inmediato sus dedos. Alzó la cabeza y entrecerró los ojos, enfocando y desenfocando la vista varias veces. Tomó aire con dificultad y lo soltó de la misma manera. Bajó la cabeza y volvió a mirar los papeles. Hizo memoria. Algo más desentonaba en ese asunto, un detalle que se escapaba. Cerró los ojos y trató de rememorar el relato de la bibliotecaria, pero no era una palabra lo que buscaba en él, sino una fecha, un año. Leyó la noticia de la venta de las tierras: estaba fechada en 1996. Entonces, volvió a la primera página y buscó la fecha de fundación de Vadeón S.L. Ahí estaba. Era 1995. «De acuerdo», pensó Javier, «Vadeón, como leí la otra vez, vendió las tierras que compró a los Horcada un año después de hacerse con ellas, y los Horcada…». Entonces se llevó los dedos a las sienes y agitó su cabeza con violencia. «Los Horcada… El chico de los Horcada murió en … Sí, en 1994. Eso es, 1994, un año antes de que sus padres vendieran las tierras a Vadeón». Rumió y masticó sus cavilaciones. Los eventos eran consecutivos, pero, ¿qué tenían que ver? ¿Por qué aquellas notas especificaban aquellos nombres si estos no coincidían en el tiempo? Alberto Horcada murió en 1994, y Vadeón se registró en 1995. Era apenas un año de diferencia, pero no concordaban… Y entonces un pálpito hizo que Javier apretara con nervio los documentos para navegar desenfrenado por ellos. Era algo que había leído, pero también había olvidado. Algo que podía perfectamente no llevarle a ninguna parte, pero que de menos le serviría si lo ignoraba. Al analizar todo el texto, pese a no entender la mayoría de los datos que aparecían en él, en algunos sí que había reparado, y eso podía ofrecerle una puerta de salida de todo aquel puñetero embrollo. Había

una sección que contenía otra fecha más que, en ese caso, sí que cuadraba con la pérdida del chico. Pasó una página tras otra y, entonces, dio con ello. En un bloque aparte había un dato que hacía referencia a que Vadeón, realmente, no se había creado en 1995, sino que se había refundado sobre otra empresa ya existente. Alzó el papel para que la luz del sol lo iluminara más de lleno, y leyó el nombre con el que se los había conocido hasta 1994: Inmobiliaria Lodas S.L.

Bajó los papeles y suspiró con agonía. Si eso significaba algo o no, solo había un lugar donde podía comprobarlo. La muerte de la mujer de Rafael había alterado sus nervios sobremanera, y presentía que su cabeza iba a estallar de un momento a otro. Quería huir de aquel maldito pueblo, pero la conciencia de la palabra dada a los agentes lo obligaba a permanecer allí. Quería esconderse, pero, a la vez, quería descubrir; saber la verdad; escapar de la sospecha. Se levantó, dobló los documentos y los devolvió al bolsillo de su chaqueta. Tenía prisa por llegar a donde debía. Mucha prisa.

...

—¿Alguien ha visto algo? —preguntó Carla.

Blasco negó con la cabeza y miró a su espalda, a la puerta cerrada de la habitación en la que estaban tomando declaración a las vecinas de Blanca.

—Nada. Les he apretado un poco, pero ninguna ha visto ni oído nada. Todas tienen la misma coartada, estaban durmiendo en sus casas.

—¿Alguna sospecha?

El teniente volvió a negar y se acarició la barbilla.

—¡Qué va! Ninguna de esas mujeres ha mentido. Todas han contado lo mismo, que Blanca estaba muy mal, muy deprimida, y que dejaba la puerta abierta porque no se fiaba ni de sí misma. Quizá estoy equivocado. Puede que al final Blanca sí que se haya suicidado.

—No estoy de acuerdo con eso —lo interpeló entonces la cabo ante su sorpresa—. Aún no han comenzado a hacer la autopsia al cadáver, pero el forense que la examinó en la casa ha corroborado tu hipótesis. Según él, la marca de su garganta indicaba que la habían estrangulado con anterioridad, aunque no puede asegurar que muriera antes de ser colgada. Además, varias de sus uñas estaban rotas, y había algún tipo de fibra oscura bajo ellas. Según él, eso puede corresponderse con un forcejeo o algo parecido, aunque hasta que no tengan los resultados no sabremos nada seguro. Lo que dijiste de sus manos y los nudos… Creo que estás en lo cierto, teniente. Aquí tenemos un asesinato.

Blasco resopló con crudeza y se mordió los labios. No habían sido

pocas las veces, durante su dilatada carrera en el cuerpo, en que había lamentado tener razón en casos parecidos, pero en ese en particular, por lo que le tocaba, lo sentía profundamente. Si aquello era un asesinato, lo que tenían entre manos era tan grande que ya no sabían bien como sostenerlo. Necesitaban tener algo a lo que aferrarse: un sospechoso real; un detenido; un jodido hilo del que tirar.

—¿Qué sabemos sobre el camarero de Los Riscos?

Carla suspiró y chasqueó la lengua.

—Pues no mucho. Se llama Sergio Pereira. Gallego de veintisiete años. Es de Carballedo, en Lugo, pero vive en una habitación alquilada en Otero, junto a Ponferrada, aunque sigue empadronado en Carballedo. No tiene padres ni hermanos. Casi tampoco tiene amigos, es un tipo raro. Hemos logrado contactar con su compañero de piso, pero dice que anoche no durmió allí. Según parece, Sergio no suele quedarse mucho en la casa en sus días libres. Nunca le dice a dónde va, pero nos ha asegurado que lo vio salir vestido con ropa de montaña.

—Vale. Su perfil encaja. ¿Tiene algún teléfono de contacto?

—Sí, su móvil, pero no da cobertura. Lorente ha mandado a una patrulla a la taberna por si ha ido a trabajar.

Blasco meditó unos instantes y bajó la cabeza. La cabo lo miró, y reconoció en su gesto una desesperación contenida. El eco de un hombre que no sabía cómo proceder.

—Llevo treinta años trabajando en Vadealobos y nunca me había encontrado algo así —se lamentó—. En cuanto se confirme que lo de Blanca ha sido un asesinato, no tardarán en mandarnos a la caballería, y a nosotros nos van a dar una patada en el culo.

—Pero hacemos cuanto podemos… —quiso defenderse Carla, aunque era consciente de que aquellas palabras sonaban a algo parecido a una rabieta infantil.

—Pues no estamos haciendo una mierda —ladró vociferante el teniente—. Si no detenemos a ese chico, tendremos que ir a por Lorenzo Marín, tengamos pruebas o no. Ese cabrón sabe cosas y nos las va a contar. Te juro que...

Pero entonces, el estridente sonido de un teléfono móvil resonó alrededor, y el belicismo de Blasco se quedó congelado en los esputos que brotaban de sus labios. Carla tanteó sus ropas y notó de inmediato la vibración del aparato en su bolsillo. Lo sacó de su interior, y al ver el nombre que aparecía impreso en pantalla, descolgó con celeridad y alzó una mano rogando una pausa al teniente. Se puso el aparato al oído y casi aulló con urgencias.

—Dime... Sí, sí, te oigo. ¿Le tenéis?... ¿Cómo?... Ya. ¿Estáis seguros?... Bien… Vale, de acuerdo. Vale… Muy bien, nos vemos aquí.

Colgó el teléfono y miró a Blasco con un leve temblor en los

párpados. Este, que había aguantado vacilante el aire mientras escuchaba cómo su compañera hablaba por teléfono, levantó las manos y gimió una exigencia silenciosa.

—Era Lorente —comenzó a contar ella—. Ha estado en la taberna, pero Sergio no estaba allí. Según parece, no se ha presentado a trabajar esta mañana.

Blasco, encolerizado, cerró los puños con fiereza y pateó al suelo.

—¡Joder! —gritó—. Vale. Carla, emite ahora mismo una orden de busca y captura contra Sergio Pereira. Avisa a todas las unidades desde Ponferrada a Astorga, y diles que puede ir armado. Tenemos que coger a ese chico. Hay que darle caza.

...

Esta vez había tenido que hacer algo más de cola, pero cuando le tocó su turno, el funcionario del Registro Mercantil apenas tardó un par de minutos en traerle lo que demandaba. Javier revisó el documento y comprobó que el nombre del titular coincidía con su petición: Inmobiliaria Lodas S.L. Entonces, el montañero se apartó de la ventanilla y se dirigió a las mesas en las que se había sentado unos días atrás. Se acomodó y extendió las hojas frente a él. No sabía exactamente lo que buscaba ni cuál era el dato que le haría abrir los ojos, pero, aun así, devoró aquella información como si la vida le fuera en ello.

Hoja tras hoja.

Párrafo tras párrafo.

Palabra tras palabra.

Nada parecía responder a su ansiedad. Aquella empresa se había fundado apenas un par de años antes de que pasara a llamarse Vadeón S.L. No había registro de compras ni de ventas, pese a ser una inmobiliaria. Apenas había números que hacían referencia a patrimonios o presupuestos, aunque sí le sorprendió que estos fueran livianos. Tampoco había notas de prensa ni activos. Era extraño. Es como si desde su misma creación no hubiera tenido actividad. Era evidente que el cambio de nombre había tenido una influencia brutal en sus porcentajes de ganancias, pues los números de Vadeón ensombrecían sobremanera la tímida incursión empresarial de Lodas. Era como si un gigante hubiera devorado a un recién nacido; el éxito que se ríe del fracaso.

Pero había un punto en todo aquel escueto papeleo que sí le había llamado la atención: sus administradores.

A diferencia de Vadeón, en Lodas aparecían hasta siete nombres expuestos como sus fundadores. Organizó los papeles unos junto a otros, y leyó con atención cada uno de ellos. Había dos nombres que

le sonaban, los primeros, porque eran los mismos que aparecían en la información de Vadeón. Esos ya los había investigado. Sabía que Lorenzo Marín era el presidente de la asociación de hostelería y turismo de Vadealobos. De él había muchos artículos de prensa, pero ninguna noticia polémica que lo pusiera en el ojo del huracán. Después había otro, Teresa Sáez, pero de ella no había encontrado nada de nada. Entonces, examinó el resto, sacando el teléfono del bolsillo para tratar de encontrar algo de luz. Escribió en el navegador el tercer nombre, Inés Llaneza, y pulsó en el buscador. Movió el dedo con avidez por la pantalla, subiendo y bajando, pero nada de lo que leía esclarecía sus demandas, hasta que un enunciado llamó su atención: «Una de las fallecidas, Inés Llaneza, había sido alumna de nuestro centro…». Enseguida, Javier pulsó sobre la pantalla del teléfono con prisas. Poco a poco, línea a línea, el cuerpo del montañero se fue estremeciendo. Aquella noticia era una entrada escrita en un blog de un colegio de Vadealobos. En ella se hacía referencia al trágico fallecimiento de una antigua alumna de su centro, que en ese caso era Inés Llaneza, en un terrible incendio en su domicilio, donde también murieron su marido y sus hijos pequeños. El texto hablaba con dolor por la pérdida, engrandeciendo la figura de la mujer. Había duelo en aquellas palabras, pero lo que sentía Javier, más allá del sobrecogimiento, era miedo.

Acababa de leer lo que acababa de leer.

Casi al final, en una frase que se le estaba clavando en las entrañas, el texto hacía referencia al lugar en el que estaba la casa, y ese lugar era uno que ya conocía de antes. Lo había incluso olido, de tan cerca que había estado. Aquella casa estaba dentro de una urbanización llamada Altozano. Entonces, Javier dejó el móvil sobre la mesa y se llevó las manos a la cara. Aquella urbanización era la misma que había visitado unos días atrás. Aquella que aún hedía a fuego y ceniza; aquella que no se podía nombrar sin que nadie se contrajera; aquella que nadie quería oír: *Las trece casas*.

Javier se echó hacia atrás en su asiento y resopló con angustia. Ese era el eslabón que buscaba. *Las trece casas*, Vadeón, Alberto Horcada, el hotel Montelares, Inmobiliaria Lodas… y ahora Inés Llaneza. Ellos, las fechas, las historias. Todo tenía un punto en común, un momento en que convergían, pero no lograba comprender, por mucho que se frotaba las sienes, el porqué. A él lo mantenían encerrado en su hotel por la muerte de un viejo que no parecía tener nada que ver con ese asunto. Un tipo que le había hablado con boca seca y acartonada por el alcohol. Un hombre que ni siquiera había coordinado las sílabas que salían de sus beodos labios. Sobrepasado por conjeturas que no tenían ni pies ni cabeza, Javier volvió a resoplar y se irguió de nuevo. Cogió los documentos y pensó en guardárselos

en el bolsillo para marcharse de allí, pero algo leído en un vistazo fugaz le hizo detenerse y ponerse una mano en su pecho al notar cómo su corazón se paraba.

Ahí estaba.

Tras comprobar el nombre de Inés Llaneza, el hombre había dejado de leer, pero allí había cuatro nombres más. Los tres siguientes no los había oído nunca, pero el último hizo que su cerebro se volteara aterrado dentro de su cabeza. Ese sí que lo conocía, y su sola existencia en ese documento podía suponer que estaba ante una bala dispuesta a ser disparada. Era algo que sentía que le superaba; algo más grande que sí mismo; algo que un tipo como él nunca debiera haber sabido. Allí, en la última línea de los siete nombres impresos, asustado y confuso, Javier pudo leer claramente el nombre de su perdición. No había duda, era él. Era Rafael Dimas.

32

Estaba parcialmente nublado y la temperatura aún refrescaba un poco, pero a Lorenzo Marín le rodaban las gotas de sudor por las sienes como si fuera pleno verano. Había conducido hasta el parque que discurría junto al riachuelo que cruzaba el pueblo. Había aparcado su coche y había caminado hasta el corazón de este, donde se reunían los viejos que alimentaban a las palomas, y por donde solo solía pasar algún que otro corredor avezado vestido con ropas de colores chillones.

Pero Marín no prestaba atención a ninguno de ellos.

Llevaba bajo el brazo un pequeño paquete que había recibido esa misma mañana en su despacho. Este venía con una nota muy escueta, pero precisa. Sabía quién se lo había mandado, y también sabía la razón. Él ya había escuchado las noticias de esa misma mañana, y el asombro aún no se había desvanecido de su ánimo. Lorenzo Marín era de ese tipo de personas que solo relaja su gesto cuando lo tiene todo bajo control, pero cuando no lo tiene… El caso es que la situación se había rebelado a su mando, y ahora todo cuanto ocurría era una amenaza para él… y para Teresa. Ella le había mandado ese paquete; ella le había escrito esa nota.

Tras deambular unos minutos, Lorenzo se detuvo junto a un banco al que las ramas de un frondoso árbol daban buena sombra. Miró en derredor, para cerciorarse de que estaba solo, y se sentó. Entonces abrió la caja, y de su interior sacó un pequeño y austero teléfono de aquellos que ya casi no se fabricaban. Era diminuto pero robusto, muy alejado de las nuevas tecnologías, pero eficaz para lo que se exigía. Lo manoseó unos instantes y comprendió que aquel terminal debía ser uno de esos teléfonos de prepago de los que apenas valían para llamar y poco más. Y eso es lo que decía la nota: que lo encendiera y llamara al único teléfono que había en la agenda.

Pulsó los botones con prisas y se puso el aparato al oído. Esperó unos instantes a que la línea se estableciera, y al poco una tensa voz de mujer resonó al otro lado.

—¿Estás solo? —preguntó la voz.

Lorenzo torció el gesto y frunció el ceño.

—Sí, estoy solo, Teresa. ¿De verdad que esto es necesario?

—¡Claro que es necesario! —rugió la mujer. Su voz vacilaba. Se notaba a la legua que estaba nerviosa—. ¡Joder, Lorenzo, parece mentira!

—Vale, vale. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? ¿Estás de coña? ¿Me puedes decir tú qué

cojones ha pasado?

El empresario sopesó la opción de fingir ignorancia, pero una mujer como Teresa nunca le creería. En realidad, tampoco tenía necesidad de eso, porque él tampoco tenía claro lo que había ocurrido, aunque estaba al tanto. Eso no había sido cosa suya. Esta vez, no.

—No lo sé. Yo me he enterado esta mañana. No tenía ni idea.

—Ya, claro. ¿No te dijo nada?

—¿Decirme? ¿Y si de verdad Blanca se ha suicidado?

—Venga, joder, Lorenzo. ¿Me tomas por tonta?

El bufido de la mujer resonó con violencia en los oídos del empresario. Los primeros indicios oficiales apuntaban a la veracidad de un suicidio, pero el instinto de Lorenzo señalaba a otra causa cierta, a unas manos ejecutoras que no eran las de la propia Blanca.

—No, no lo hago. Yo creo en lo mismo que tú —murmuró el hombre con inquietud—. Y no, no me ha dicho nada. Hace días que no hablamos. Le dije que se estuviera quieto, pero está descontrolado. No me hace caso.

—Joder, ¡joder! —gritó la mujer al otro lado del auricular—. ¡Estamos jodidos! Lo de Rafael era una cosa, pero ¿Blanca? ¡Maldita sea, Lorenzo!

—¡¿Y yo qué quieres que haga?! Tengo a la Guardia Civil encima. El hijo de puta de Blasco quiere mi cabeza. No sé cómo defenderme ya de esto.

—Ya, pues invéntate algo porque no quiero que vengan a por mí.

Entonces, los ojos del empresario se enrojecieron de golpe, presos de ira.

—Pues si van a por ti, te jodes, igual que me estoy jodiendo yo. En toda esta puta historia siempre fuimos de la mano, ¿recuerdas? Y también te recuerdo que tus dedos están más manchados de sangre que los míos, así que ¡no me toques los cojones!

Teresa calló. Una vorágine de tensión incontrolada se había aferrado de tal manera a su estómago que presentía que este se le iba a salir por la boca. Ese cabrón, en cierto modo, tenía razón. Lorenzo no había quitado una vida como sí lo había hecho ella. Puede que ambos fueran cómplices de actos horribles, pero ella había sido mano ejecutora y él no. Marín, en lo que respecta a su conciencia, estaba más limpio que ella. Entonces, la mujer suspiró tratando de controlar sus impulsos y meditó un tanto sus palabras.

—Tienes que hablar con él. Que se vaya, que desaparezca. Tenemos que… No lo sé.

El empresario vaciló y apretó los dientes mientras se pasaba una mano por su perlada frente.

—Haré lo que pueda, Teresa, pero no te aseguro que me haga caso. Matar a Blanca fue cosa suya. Yo nunca le hubiera pedido eso.

Ya no puedo controlarle. Debemos ser pacientes y mantenernos firmes en nuestro discurso, no nos queda otra.

—Ya… —titubeó la mujer comprendiendo que tenía razón—. Vale, de acuerdo, pero tenemos otro asunto del que librarnos. Javier Izaguirre, ¿lo recuerdas?

Marín contuvo el aliento un instante mientras trataba de hacer memoria.

—Sí, ya sé, el tipo del hotel. ¿Qué pasa con él?

—Pues lo que pasa es que te dije que te ocuparas de él y no has hecho nada.

—¿Qué me ocupe? —preguntó Lorenzo, estupefacto—. ¿Qué quieres, que lo mate? ¿Matamos a todo el mundo entonces? ¡Piensa un poco, hostias! Ese hombre es inofensivo.

—¿Inofensivo? —contestó ella indignada—. Eres un gilipollas, Lorenzo. Ese hombre está husmeando en nuestras cosas. Te dije que había buscado información sobre Vadeón, ¿no? Pues ahora ese mismo cabrón anda preguntando por Lodas, ¡joder! ¿Es que no te das cuenta? Rafael aparece como administrador en Lodas. Ese hombre estuvo preguntando cosas sobre *Las trece casas*. Si consigue conectar el nombre de Inés con lo del incendio…

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? ¡Qué nuestros jodidos nombres también aparecen ahí! Se nos van a echar encima.

—¡Bah! —respondió con desdén el empresario—. No va a pasar nada. Aunque vea el nombre de Rafael y descubra que Inés murió en *Las trece casas*… ¿Qué pasa con eso? Yo te lo voy a decir: nada, no pasará nada. No tiene ni idea de lo de las tierras, no lo entenderá. Ahí no hay nada como para que sospechen más allá de una puta coincidencia. ¿Quieres dejar de tocarme los huevos?

Al otro lado de la línea, Teresa gruñó. En su cabeza estaban las cosas muy claras, pero ese fantoche era tan bueno en los negocios como necio cuando le apretaban el gaznate. Él no veía el peligro. Su maldito ego no lo entendía.

—No es ese hombre por sí mismo lo que me preocupa, imbécil, es Blasco y esa otra agente. Si se lo cuenta a ellos, no tardarán en jodernos la vida, así que espabila y haz algo con Izaguirre. Sácalo fuera, ¿me oyes?, que desaparezca. ¡Haz algo de una puta vez!

Sin ni siquiera despedirse, la línea se cortó de golpe. Lorenzo se quitó el teléfono del oído y echó su cuerpo hacia adelante. Teresa tenía razón. Ese hombre seguramente no entendería nada de lo que pudiera descubrir, pero esa información en manos de la Guardia Civil era otra historia. Aquellos eran sabuesos que sabían dónde encontrar la mugre con solo olisquear el aire, y esa misma porquería rebosaba por todo su alrededor. El teniente Blasco era veterano en el pueblo, y

sabía demasiado como para obviar mentiras ocultadas durante años.

Agitó la cabeza y se puso en pie con dificultad. Negros nubarrones acechaban en el horizonte barruntando tormentas en su seno, pero aquellas oscuras nubes no estaban solo en ese cielo que lo envolvía todo, sino también en su mente. Lorenzo Marín siempre había trabajado para que los silencios hicieran que los secretos se marchitaran en el tiempo, pero a veces las cosas explotaban de golpe, sin esperarlo, llevándose por delante todo cuanto tocaban. Ahora lo rozaban a él, y ya no podía echar un pie a tierra. Solo le quedaba tirar para adelante, sin miramientos ni piedades, arrasara a quien arrasara y olvidara a quien olvidara, porque a esas alturas del asunto ya no le quedaban más ases bajo la manga. En ese momento, con la intuición de un cuchillo al cuello y la espalda contra la pared, Marín tan solo pudo contemplar un proceder, una última exigencia y un delirio, porque en ese instante, con todas las sombras acechándole, era él o la nada.

33

Aunque el cielo comenzaba a clarear en el horizonte, aún las luces de las farolas permanecían encendidas.

Desde la ventana de su habitación, Javier observaba la calle con reparos. Era muy temprano como para que los lugareños comenzaran a transitar sus aceras, pero muy tarde para tratar de conciliar el sueño, porque ese mismo sueño, durante esa oscura noche, le había abandonado. El montañero ni siquiera se había desvestido para dormir. Tras los descubrimientos del día anterior, un velo de temor se había posado sobre sus párpados, que permanecían abiertos más de lo debido. Su cabeza daba vueltas haciendo cábalas con los datos que en ella revoloteaban. Había nombres y fechas; había tragedias y éxitos; había información a raudales que no lograba casar, y era eso mismo lo que le mantenía tan agitado.

La inquietud.

Era demasiado para él. Se supone que aquellas coincidencias que había encontrado entre muertes, refundaciones, ventas e incendios, debían tener un hilo conductor que había de llevarlo hasta un secreto oculto o algo parecido, pero por todos los demonios que no lograba encontrarlo. Entonces le invadió la ansiedad. Él solo era un apasionado de la montaña en busca de aventuras al que le perdió la cordialidad. No hacía más que maldecirse a sí mismo por haberle seguido el juego a aquel viejo borracho. Eso lo había llevado a encontrarse atrapado en ese pueblo en el que no quería estar ni un minuto más. Si tan solo le hubiera ignorado, ahora él estaría muy lejos de allí, metido en algún sendero donde tan solo tendría que lidiar con los pájaros y los ecos del bosque, pero no. Ahora estaba allí encerrado, en una lujosa habitación con barrotes invisibles, incapaz de huir.

Porque era eso mismo: no se veía capaz.

Cada vez que pensaba en poner un pie en esa calle, le invadía el agobio. Algo en sus entrañas temía por su vida. Presentía que todo lo que había descubierto era demasiado oscuro como para poder escapar indemne de la tormenta. No tenía ni idea de la verdadera intención que había tenido la persona que le había dejado las notas, pero presentía que estas lo habían metido de lleno en la boca del lobo… de ese mismo lobo del que le habían prevenido. Miraba la calle con ojos entrecerrados y aprensivos. Observaba cada esquina esperando descubrir una sombra furtiva escondida al otro lado. Contemplaba los adoquines con la intensidad de quien cree reconocer un reflejo perdido de un cuerpo vigilante. Notaba que lo miraban, que estudiaban sus pasos, que lo seguían, y por eso desfallecía. Se sentó un

momento en la cama y titubeó. En ese pueblo, él no conocía a nadie como para pedir auxilio, salvo a los mismos que le habían prohibido marchar. Pero no tenía otra alternativa. Quizá aquellos guardias civiles pudieran encontrar claridad donde él solo veía tinieblas. Quizá ellos supieran quién era ese Horcada, quién era Inés Llaneza o quién estaba detrás de Vadeón S.L.

Vadeón…

¡Joder!

Claro, ahora lo recordaba. Cuando fue al cuartel de la Guardia Civil a hablar con aquella agente, leyó en uno de sus papeles el nombre de Vadeón. Ya en ese momento dudó si comentarle algo, pero era tan poco lo que tenía que no sabía bien qué decir. Por eso había callado: si ellos estaban investigando a esa empresa, es que algo había. Demostrar que él tenía algún vínculo con ella, aunque solo fuera por una nota manuscrita que ni siquiera era suya, no podía hacer más que ponerle una diana en la espalda. Pero ahora la cosa había cambiado. Ahora sí que tenía algo que contar; ahora sí que le creerían.

Con cierta torpeza por el temblor de sus dedos, el hombre cogió su teléfono de la mesilla. Bajo él había una tarjeta que también asió y leyó con avidez. Tras unos instantes, tecleó sobre la pantalla, que se iluminó de inmediato, se puso el teléfono al oído y esperó. Las prisas lo consumían por dentro ante cada señal que escuchaba, pero fue paciente. Entonces, una voz que apenas entendió sonó al otro lado, y su lengua atropellada le hizo tartamudear.

—Sí, hola. Es… ¿Es usted la… la agente Ibáñez? Sí… Sí, soy Javier Izaguirre. Verá, tengo algo que contarle… No, no estoy bien, disculpe. Sí… Verá, he descubierto cosas… Sí, cosas… Sobre el caso…. Ya. Es que no sé muy bien cómo explicárselo, pero hay fechas, lo de *Las trece casas*… No sé. Vadeón, los Horcada... Ya, ya, disculpe, estoy un poco nervioso… Es que no sé bien qué significa todo, y lo mismo usted… Sí… Sí, estoy en el hotel. ¿Está usted en el cuartel? Ahm… Bueno… Sí… Sí, creo que sí. Enseguida salgo para allá. Tardaré poco. Bien… De acuerdo. Hasta ahora.

Colgó el teléfono y resopló angustiado. Un momento antes hubiera preferido haberse quedado metido entre las cuatro paredes de su habitación, pero había comprendido que si quería salir de ese pueblo, lo mejor que podía hacer era presentarse en el cuartel de la Guardia Civil y contarles todo cuanto sabía. Aquella agente parecía de fiar, y él, en ese preciso momento, apenas confiaba en su propia sombra. Se puso en pie, estiró su camiseta para parecer más presentable y frunció los labios ahora resecos por la excitación. Había un paseo hasta el cuartel, pero si se daba prisa llegaría pronto allí. Necesitaba ayuda con todo aquello. Necesitaba liberarse. Necesitaba marcharse de Vadealobos de una jodida vez.

...

Carla colgó el teléfono y arrugó la frente. El comportamiento de Izaguirre le había parecido algo errático, pero había dicho cosas que se supone que no debía conocer. Había mencionado a Vadeón S.L., y no tenía ni idea de qué narices sabía él de esa empresa. Se suponía que aquel tipo era solo un desafortunado caído en mitad de un fuego cruzado, pero de aquella lengua inquieta habían brotado palabras que habían logrado llamar su atención: ese hombre sabía algo, y lo temía. En los titubeos de su voz, la cabo reconoció de inmediato el miedo, pero ¿a qué? Ellos lo mantenían alojado en un hotel de lujo más por puro trámite que por una sospecha veraz. Ella estaba convencida de que a Javier Izaguirre tan solo lo señalaba el infortunio de estar donde no debía, pero esa llamada había cambiado las tornas. El caso había crecido tanto, y estaba tan podrido, que cualquier alternativa podía ser válida para dar con el asesino de Rafael y de Blanca, porque de eso sí que estaban ya seguros: a Blanca también la habían matado.

Pero había algo que no había comprendido bien. Ese hombre había hablado de Vadeón y de *Las trece casas*. Ambos le sonaban, y aunque lo de las casas no lo tenía muy presente, más allá de saber que hacía alusión a una tragedia antigua de Vadealobos, el hecho de que estuvieran en la misma frase cambiaba un poco su dimensión. Sin embargo, era el tercer nombre el que desconocía: Horcada. Ella no había escuchado nunca ese apellido, y no entendía qué tenía que ver con todo el asunto, de modo que se puso en pie y caminó hacia la mesa en la que Lorente tecleaba con ritmo el informe sobre la muerte de Blanca.

—Lorente, una cosa. ¿A ti te suena de algo el apellido Horcada?

El agente perdió un instante la vista y meditó respirando con fuerza.

—Algo me suena, sí, pero no estoy seguro. Espera un momento.

Entonces, Lorente cogió el ratón del ordenador, y tras pulsar varias veces sobre él, leyó lo que ponía en pantalla, y su gesto esbozó la iluminada mueca de quien ha encontrado algo perdido.

—Sí, eso es. Sabía que lo había oído antes. Los Horcada eran una familia del pueblo, de hace mucho tiempo. Tenían buenos terrenos con viñedos, pero hace casi treinta años que los vendieron y se marcharon.

—Ya. ¿Y se sabe por qué se marcharon?

—Sí, bueno, lo que pasó fue muy famoso en su época. Su hijo pequeño se despeñó por un barranco. Alberto, creo que se llamaba. Lo encontraron muerto un mes después. Supongo que no pudieron superarlo.

—¿Se despeñó?

—Sí. Estaba en sus tierras, jugando entre los viñedos, y se cayó. Tendría unos doce años o así.

Carla guardó silencio cavilando lo escuchado. Aquella historia no parecía estar relacionada con nada de lo investigado, pero el hecho de que Izaguirre lo hubiera mencionado no podía ser un sin sentido. Algo tenía que haber ahí. Su instinto palpitaba, y cuando eso ocurría es que se avecinaba tormenta.

—¿Y *Las trece casas*? —preguntó—. ¿Qué son *Las trece casas*?

—¿No lo sabes?

La cabo negó con la cabeza, y el agente prosiguió.

—Pues eso fue un incendio que hubo hace muchos años en la urbanización Altozano, ya sabes, la que está a los pies de la loma. Se quemaron casi todas las casas. Reconstruyeron la mayoría, pero aún hoy hay tres que siguen en ruinas.

—Entiendo. ¿Murió gente allí?

—Sí, algunos. No recuerdo bien si fueron cinco o seis personas. Puedes consultarlo en el archivo.

—Ya lo hice, pero por *Las trece casas* no aparece nada.

Entonces, el agente sonrió.

—Es que no sale por esa referencia. Ese nombre lo decían en el pueblo, los viejos, pero no es su nombre oficial. De hecho, ese caso yo creo que no está ni digitalizado. Busca por Altozano, los informes tienen que estar ahí.

Carla suspiró, meditabunda, y se fue a dar la vuelta, pero una duda le hizo retroceder.

—Lorente, ¿crees que lo de esas casas y los Horcada pueden tener algo que ver?

El guardia arrugó la frente y se rascó la cabeza. Parecía escarbar entre los recodos de su memoria en busca de ese nexo que la cabo demandaba con ahínco, pero, al poco, arqueó las cejas y negó con la cabeza.

—Pues que yo sepa, no, salvo que lo del incendio fue un año después de la muerte del hijo de los Horcada, pero nunca se relacionó un caso con el otro.

—¿El incendio fue un año después?

—Sí, más o menos. Pero lo que te digo, está en los archivos. ¿Quieres que lo busque?

—Sí, por favor. Quisiera echarle un vistazo.

—Muy bien —dijo Lorente levantándose de su silla, y entonces miró de reojo a la cabo—. ¿Crees que aquellos casos están relacionados con lo de Rafael Dimas? Ocurrieron hace mucho tiempo.

Carla se encogió de hombros y puso sus manos en jarra.

—No tengo ni idea, pero no perdemos nada por comprobarlo.

—Ya.

La cabo se giró con intención de volver a su mesa cuando las palabras de Lorente la hicieron detenerse. El guardia estaba de pie, pero miraba la pantalla de su ordenador. Tenía los ojos muy abiertos y apenas parpadeaba. Había leído allí algo que había llamado su atención. Era un hecho; era un nombre.

—Cabo, ¿el otro día no me pediste información acerca de Vadeón S.L.?

—Sí —admitió Carla con una mezcla de incertidumbre y extrañeza en la expresión—, ¿por qué?

—Pues porque según esto, los Horcada le vendieron sus tierras a una empresa llamada Vadeón S.L. Parecen los mismos, ¿no?

Por un momento, Carla permaneció muda ante lo escuchado. En un instante, y sin saber bien cómo, una nueva vía se abría en una investigación que hasta ese momento permanecía ciega. Las inconexas palabras de Izaguirre, de una forma u otra, comenzaban a tomar forma. Algo en su cabeza le decía que aquellos acontecimientos del pasado tenían mucho que ver con los asesinatos de Rafael y de Blanca. Algo en sus tripas aullaba por el acechante triunfo que hasta entonces apestaba a derrota. Por una vez en todo ese tiempo, Carla presintió que estaban cerca de algo, que en aquellos documentos que debían reposar llenos de polvo en algún viejo estante del archivo, estaba la luz que había de iluminarlo todo. Tenían que dar con ella. ¡Debían dar con ella!

—Consígueme los informes, Lorente, creo que allí hay algo.

Sin ni siquiera despedirse, el guardia se marchó pasillo adelante, dejando a Carla petrificada en el sitio. Seguía con los brazos en jarra y los ojos titilantes. Respiraba casi a bocanadas. La vorágine del éxito. El roce del laurel con los dedos. En cuanto Izaguirre apareciera por ahí, iba a interrogarlo hasta exprimirlo. Le iba a sacar todo cuanto llevaba dentro. Lo que quisiera contar y lo que no. Todo. No iba a dejar que la verdad se escapara teniéndola tan cerca.

...

Se puso la chaqueta y se subió las solapas para cubrirse el cuello.

Pese a que las temperaturas diurnas ya comenzaban a ser más suaves en esas latitudes, las noches aún seguían siendo húmedas y frías. Javier alzó la cabeza y miró al cielo. Aunque ya clareaba un poco el horizonte, aún los halos del sol naciente no difuminaban el tono azulado que la noche iba dejando a su estela mientras se iba alejando. La luz de las farolas iluminaba las aceras humedecidas por el relente de la madrugada, pacientes en su espera por la hora acordada para apagarse.

Pero Javier no podía aguardar tanto.

Su cuerpo temblaba bajo la chaqueta de forma casi convulsa, pero no eran ni la noche, ni el frío, ni esa misma humedad del ambiente lo que le agitaba: era el miedo. El montañero, que se tenía por un tipo audaz, en esos días había descubierto en sí mismo a una figura inédita. Cierto era que permanecía latente en él ese espíritu curioso que lo había llevado a investigar en secreto aquellas notas misteriosas, en lugar de haberlas puesto en manos de las autoridades competentes, pero a raíz de lo descubierto, una personalidad recelosa y asustadiza que desconocía se había apoderado de su ánimo. Ahora, tras toda una noche sin dormir cavilando amenazas y conspiraciones sin pies ni cabeza, Javier Izaguirre se había convertido en un tipo al que el pánico no lo dejaba apenas pensar. Era otro tipo; otro hombre; otro Javier.

Sin embargo, tras su atropellada conversación con la cabo Ibáñez, se había armado de valor para abandonar la seguridad de su cuarto y marchar en dirección al cuartel de la Guardia Civil. La agente se lo había rogado así, y él había entendido que la única manera de poder dar forma a todo aquello que se agolpaba en su cabeza era estando presencialmente allí, porque, de lo contrario, cualquier cosa que dijera podía no llegar a entenderse… y era precisamente él quien quería entenderlo todo.

Bajó los tres peldaños de la entrada al hotel y embutió su cabeza entre los hombros. Si agilizaba el paso, en veinte minutos podría estar allí, de modo que echó su cuerpo hacia adelante y comenzó a mover las piernas con premura. Podía haber utilizado su coche para agilizar el trayecto, pero esa falta de sueño le tenía un poco embozada la cabeza, y pensó que caminando podría despejar un poco su mente. No había nadie en la calle, de modo que fijó su atención en la avenida que se abría más adelante. Esta era una calle amplia con grandes aceras y una carretera de dos carriles, uno para cada dirección, en cuyos laterales permanecían aparcados apenas una decena de coches. Una hilera de frondosos árboles encapotaban el cielo a ambos lados del camino. Frente al hotel, las altas tapias de varias parcelas privadas ensombrecían un tanto el paraje. Javier llegó a la salida del recinto y miró hacia la derecha. Las ramas de los árboles mitigaban el alumbrar de las farolas, pero más adelante se intuía con claridad el resplandor de los edificios residenciales que daban paso al corazón habitado de Vadealobos. Resopló tratando de controlar el palpitante latir de su pecho y se adentró en la avenida…

Pero unos ojos lo vigilaban.

A su espalda, junto a la escalera que Izaguirre había bajado un momento antes, una figura se agazapaba contra la fachada del hotel. Había observado cómo el montañero se encogía bajo sus ropas, y cómo hincaba la punta de sus zapatillas para darse mayor impulso en

su caminar. Había contemplado, desde su secreto escondrijo, cómo aquel hombre se alejaba hasta introducirse en la avenida en dirección al pueblo. Había respirado con gravedad, había masticado ese aire para saborearlo y lo había soltado con ligereza.

Y entonces, ese mismo aliento se congeló al contemplar lo que ocurrió ante sus ojos… porque Javier no lo vio llegar.

El montañero caminaba con soltura, alargando las zancadas para recortar camino, cuando una sombra se abalanzó sobre él desde un costado. Tan absorto iba mirando al frente que no intuyó cómo una figura se ocultaba tras el grueso tronco de un árbol inclinado por los vientos.

El golpe fue brutal.

En un instante, su vista se enturbió de inmediato, y un intenso dolor de cabeza lo hizo caer a plomo. Sin saber qué estaba pasando, el montañero emitió un sordo gemido y se llevó una mano a la cabeza. Sus dedos pronto notaron la pastosidad de un cálido fluido que brotaba profuso de una brecha abierta junto a su sien. Llevó los dedos frente a su rostro, pero sus ojos apenas pudieron vislumbrar los retazos de un líquido enrojecido. Entonces, unas fuertes manos lo cogieron por la chaqueta y lo arrastraron hasta la parte de atrás de un coche. Javier trató de revolverse, pero sus sentidos estaban tan mermados que su resistencia ante aquella figura se deshizo como lo hace la mantequilla en el fuego. Trató de mirar a su oponente, pero tan solo pudo reconocer unas ropas oscuras y una cabeza cubierta por algo del mismo color. A sus ojos, aquella sombra no era más que eso: una sombra. Esta misma, consciente de la debilidad de su objetivo, abrió con agilidad el maletero e introdujo el cuerpo del montañero dentro. Después, cerró el portón y miró hacia ambos lados de la calle, suspirando satisfecho al cerciorarse de que nadie había sido testigo de su infamia. Corrió, entonces, hacia la puerta del conductor, se introdujo en el interior de un salto y arrancó el coche a toda prisa. El vehículo se encabritó y las ruedas giraron a una velocidad endiablada mientras se alejaba del lugar del crimen.

Pero se equivocaba.

Sí que lo habían visto.

Los ojos que antes habían observado con curiosidad cómo se marchaba el montañero desde la puerta del hotel, ahora se abrían sobrecogidos ante el ataque y secuestro que acababan de contemplar. Quien estaba en posesión de ellos dio un paso adelante y se inclinó para intentar reconocer el coche que huía. Entonces, Pedro, el jardinero, sacó tembloroso el teléfono de su bolsillo y se lo puso al oído. Esperó unos instantes conteniendo el aire y se aclaró la garganta todo cuanto pudo. Debía avisar de lo ocurrido. Eso lo cambiaba todo. Eso no tenía que pasar.

...

—¿Has conseguido el billete? —preguntó Lorenzo al llegar al lugar donde se sentaba su secretaria.

—Sí, está en tu mesa. Vuelo de Madrid a Bangkok para hoy. Hace escala en Doha. Sale dentro de unas seis horas —dijo la mujer mientras miraba su reloj de pulsera—. Vas un poco justo de tiempo.

Al igual que hizo ella, Lorenzo miró también su reloj y guiñó un ojo.

—¡Qué va! Saldré en un rato para Madrid. Llegaré bien. ¿Y el hotel?

—Sí, también, pero no pude coger el que me pediste, porque estaba completo. He reservado una habitación en otro cercano. También es un cinco estrellas.

—Muy bien, perfecto —contestó el empresario, al que parecía que ese inconveniente no lo incomodaba en absoluto.

La mujer miró a su jefe y frunció el ceño. Cuando esa mañana le había llamado urgiéndola a hacer ambas reservas lo antes posible, ella había dudado. Nunca antes había tenido que correr tanto para organizarle un viaje a su jefe, y menos a un lugar tan lejano. Cierto era que los negocios de Lorenzo Marín lo habían hecho desplazarse a zonas muy distantes de Vadealobos, pero esos viajes siempre se habían preparado con bastante antelación. Además, Marín solía planear con tiempo los eventos que debía afrontar en esos lugares: reuniones, ferias, comidas de negocios… Incluso solía organizar con anticipación su propio tiempo libre, para no dar espacio al aburrimiento. Lorenzo era un tipo de pautas marcadas. Los azares no eran de su gusto, ni las improvisaciones, pero en esa ocasión todo se había llevado a cabo con una vorágine que hasta a ella había agotado. Había llamado a todos los contactos que poseía para poder conseguirle un vuelo en primera clase y el mejor de los hoteles posible, y todo eso lo había hecho de inmediato. Las órdenes habían sido precisas y claras, y ella había cumplido con la profesionalidad que acostumbraba. Lo que pasara después de eso, concernía única y exclusivamente a la intimidad de Lorenzo Marín.

Sin decir nada más, el hombre entró en su despacho y cerró la puerta. Se había levantado temprano y se había puesto uno de sus mejores trajes. Avanzó hacia la ventana y miró a través de la persiana. Abajo, apenas un par de coches estaban aparcados frente a la entrada de las oficinas. Observó un deportivo negro que resplandecía frente a él y torció el gesto, preocupado. En su maletero permanecía guardada a buen recaudo una pequeña maleta en la que había metido todo lo indispensable para el viaje. Había más que nada documentos personales y alguna muda de cambio, pero no se había entretenido en

buscar una maleta más grande donde meter ropa suficiente para su estancia en Tailandia. Eso solo le hubiera hecho perder tiempo, además de incomodar sus movimientos, y necesitaba ligereza. En aquel viaje, las prisas pasaban de ser malas consejeras a buenas, y él estaba preparado para domarlas tanto como fuera preciso.

Volvió sobre sus pies y miró su mesa. Allí, como bien le había dicho su secretaria, estaba el anhelado billete. Lo cogió y leyó con satisfacción el contenido de este. Después, volvió a mirar su reloj y echó cuentas imaginarias. Chasqueó la lengua y afirmó con la cabeza: le daría tiempo, sí. Un poco al límite, pero llegaría al aeropuerto antes de que se cerrara el vuelo. Entonces, abrió un cajón de la mesa y sacó de dentro una pequeña cartera. Enseguida comprobó que esta estaba vacía, y se acercó a la estantería que estaba a la izquierda del cuarto. En ella, construida a medida en una llamativa madera de roble, había múltiples estantes repletos de ostentosos libros, cuadros y figuras decorativas, pero Lorenzo no prestó atención a ninguna de ellas. En uno de sus lados había una pequeña puerta encastrada hecha del mismo material y custodiada por una cerradura. Se puso frente a ella y sacó una pequeña llave que guardaba en su bolsillo. Abrió la puerta, y en su interior relumbró el cromado acero de una pequeña caja fuerte cerrada a conciencia. Para abrirla hacía falta un código de seguridad de ocho cifras de la que él era el único conocedor, de modo que acercó su dedo índice al teclado y pulsó convencido el número correcto. De golpe, la caja se abrió y varios fajos de billetes iluminaron sus ojos. Los observó con curiosidad, cavilando la cantidad que había. Tenía una idea aproximada de cuánto dinero guardaba allí, pero lo que más le preocupaba era no superar el máximo que podía pasar por la aduana sin levantar sospechas. Aquello, por supuesto, no eran las únicas fuentes de financiación que tenía, pero era preferible llevar efectivo encima por si venían mal dadas, así que cogió un par de fajos y los guardó en la cartera. Después, cerró la caja y volvió sobre sus pasos. Se sentó frente a su ordenador y lo encendió. Este se inició con rapidez, y pronto brilló ante él el logo de Vadeón S.L., la empresa que hacía tantos años había fundado junto a Teresa, y la misma que le había hecho un hombre razonablemente acomodado. Esperó unos instantes y pulsó sobre el navegador. Antes de volar a Bangkok, había cosas que prefería organizar por sí mismo. Iba a pasar allí una buena temporada y era aconsejable rodearse de todo cuanto necesitara. Era un lugar extraño y lejano, pero para él ese iba a convertirse en un destino maravilloso. El mejor de todos. Un lugar que estaba lo suficientemente lejos de la tempestad que se avecinaba y que no tardaría en salpicarle, porque como le había pedido Teresa, él ya había llamado a quien debía para que tomara cartas en el asunto de Izaguirre. Por eso era mejor estar lejos. A veces, cuando llueve, no

pasa nada porque uno se moje un poco, pero en ese caso estaba seguro de que aquello no iban a ser solo unas gotas inofensivas. Aquellas nubes barruntaban rayos y truenos. Aquellas nubes venían demasiado oscuras.

...

Carla dejó los documentos sobre la mesa y se levantó de su asiento. Blasco acababa de entrar en el puesto y se acercaba a su mesa con cara de pocos amigos. Se notaba a la legua que no había dormido. Unas incipientes ojeras asomaban tímidas bajo sus ojos, y estos, enrojecidos, apenas lograban fijar su atención sobre algún punto en concreto. Su expresión también impresionaba. Llevaba días con un rictus severo en el rostro, pero la muerte de Blanca había agudizado el gesto. La cabo ya ni siquiera recordaba la última vez que lo había visto sonreír.

Pero no había tiempo para lamentar tristezas.

El tiempo se agotaba y no tenían ninguna pista seria que seguir más allá de algunos sospechosos habituales. Sin embargo, aquellas palabras entrecortadas que había soltado Izaguirre a través del teléfono habían abierto un camino que no se sabía muy bien dónde iba a desembocar, pero que les daba una vía de investigación que hasta ese momento desconocían. Hasta que el montañero no llegara al cuartel no podrían dar forma a las hipótesis que ahora manejaban, pero, tras revisar los documentos que le había traído Lorente de los archivos, varias incógnitas habían atrapado el interés de Carla. Había cosas ahí que, bien relacionadas, podían significar algo, pero aquello que podía unirlos parecía tan frágil que apenas bastaría un soplido para que se quebrara. A la cabo le faltaba información a la que aferrarse, y pensó que quizá Blasco, veterano en aquellas tierras, podía dar con la llave que faltaba.

—Teniente…

Blasco se giró al oírle llamar y resopló con cierto hastío.

—No tenemos una mierda, Carla. Han matado a tres personas delante de nuestra puta cara y no tenemos nada…

El hombre se mordía los labios como si quisiera atravesárselos con los colmillos. Ese hartazgo parecía estar derivando en desquicia. En una agonía agotadora.

—Daremos con ellos, teniente —afirmó la cabo sin apenas convicción—. Y creo que igual sí que tenemos algo.

Blasco le miró y arqueó las cejas.

—¿Una pista?

La cabo se encogió de hombros y guiñó los ojos.

—No estoy segura. Es posible. Esta mañana me ha llamado Javier

Izaguirre. Estaba muy raro, como nervioso. Me ha parecido incluso asustado, no lo sé. El caso es que ha comenzado a decir cosas sobre fechas y nombres que igual tienen alguna relación. Al principio no le vi sentido a nada, hasta que mencionó a Vadeón… y él no tenía por qué saber nada de esa empresa. Luego dijo algo sobre *Las trece casas* y… —Entonces, Carla inspiró profundamente—. Hablaba sin sentido, pero he investigado un poco, y he encontrado una posible coincidencia entre Vadeón y…

—Espera, espera —le interrumpió el teniente mientras sacudía su cabeza, pasmado—. ¿Qué tiene que ver la empresa de Marín con ese incendio?

—Pues en principio nada, salvo que Vadeón se fundó al año siguiente de la tragedia.

—Bien, de acuerdo. ¿Y qué?

—Bueno, a ver…—respondió la cabo ladeando su cuerpo, incómoda—. No he visto que tengan nada en común, pero…

El teniente, con cierto desagrado en el tono, volvió a cortar a su compañera.

—Necesitamos más certezas y menos conjeturas. Vamos a ver que nos cuenta de todo esto Izaguirre. ¿Está aquí?

Carla, entonces, se giró en redondo y volvió a encogerse de hombros.

—No, aún no ha llegado, y eso me extraña porque hace tiempo que debía haberlo hecho. Cuando hablé con él me pareció que tenía mucha prisa. De hecho me aseguró que saldría de inmediato para aquí.

—De acuerdo. Pues si no viene en diez minutos manda a una patrulla a buscarlo al hotel, no vaya a ser que se haya arrepentido. Mientras tanto vamos a intensificar la búsqueda de Sergio Pereira. Tenemos que dar con él cuanto antes. Y vamos a volver a interrogar a las vecinas de Blanca, a ver si recuerdan algo nuevo. Sobre la asesina de Yago, ¿tenemos algo más?

La cabo negó con la cabeza.

—Nada.

—¡Joder!

El grito del teniente fue tan intenso, que Carla dio un paso atrás. El caso de la mujer que envenenó a Yago dentro de sus propias dependencias era algo que estaba destrozando el ánimo de todos los agentes, además de despedazar su reputación convirtiéndoles en un puesto de segunda categoría. Pese a que las investigaciones estaban más centradas en encontrar a los culpables de la muerte del matrimonio, el asesinato del chaval era incluso más sangrante. Aun así, Carla tomó aire y miró a su compañero. Comprendía su ira, pero necesitaba de su prudencia para poder encontrar respuestas que no

parecían lógicas. Entonces recordó aquello que más había llamado su atención de todo cuanto había mencionado Izaguirre. Algo que sí parecía poder tener un nexo, una línea continua, un punto de inicio. La muerte del hijo de los Horcada se produjo meses antes de que se fundara Vadeón, y estos compraron sus codiciadas tierras poco tiempo después. Así, por separado, nada parecía relacionarlos en demasía, pero el hecho de que Izaguirre los mentara en la misma frase… Eso podía cambiarlo todo.

—Una cosa más, teniente. Izaguirre, además de esos nombres, también dijo otro que he investigado un poco. No sé si te sonará de algo. Me habló de una familia llamada Hor…

Pero Blasco ya no la escuchaba.

Carla detuvo en seco su lengua y observó con curiosidad a su superior. Este había levantado la cabeza y miraba con ojos estupefactos hacia la puerta de entrada al edificio. Era como si hubiera visto un fantasma. Entonces, lentamente, el teniente vocalizó un nombre que salió a cuentagotas de sus labios.

—Vicente…

Sin prestar más atención a la inacabada conversación, ambos agentes miraron hacia el profesor al tiempo de ver cómo este se acercaba a ellos. Venía con el rostro grave y pesaroso. Miraba a través de sus redondas y finas lentes con ojos esquivos. Había temor en ellos. Ella lo había percibido a la primera. El teniente, también. Tras unos instantes, el hombre llegó a la altura de los agentes.

—¿Vicente? ¿Ha pasado algo? —preguntó Blasco.

El profesor miró de soslayo a Carla, pero se dirigió al teniente.

—¿Podemos hablar en privado?

Blasco miró a Carla y chasqueó la lengua.

—Ella es mi compañera. Hablemos aquí.

Vicente miró de nuevo a la mujer y se mordió la lengua.

—Vale. Vuestro hombre, el del hotel.

—¿Izaguirre? —preguntó Carla, confusa.

—Sí, Izaguirre. Lo han secuestrado esta mañana.

Ambos agentes dieron un respingo, sobrecogidos.

—¿Cómo? —balbució Blasco.

—Me ha llamado mi hermano desde el hotel. Ha visto cómo un tipo lo golpeaba y lo metía en el maletero de una berlina gris. No sé quién era, pero…

Ante la indecisión de Vicente, las prisas de Blasco blasfemaron a través de sus labios.

—Pero ¿qué?

Vicente tomó aire de nuevo y agrió su gesto.

—¡Maldita sea, Joaquín! Que no sé quién se lo ha llevado, pero sí sé quién está detrás… Y tú también lo sabes, ¡joder! Siempre lo has

sabido. Rafael, Blanca, ahora Izaguirre, e incluso…

Blasco, impresionado, miró de refilón a Carla, cuyo rostro estaba igual de pálido.

—¡Hostias, Vicente! Incluso ¿qué? ¡Suéltalo de una puta vez!

El profesor dudó como nunca antes había dudado. En su boca deambulaba un nombre que durante años había luchado por enterrar en lo más profundo de su ser. Un nombre que prefería ignorar para que su conciencia lo dejara dormir. Un nombre antiguo, casi olvidado, pero que realmente siempre había estado allí. Ese nombre.

—Incluso Inés.

De golpe, los ojos de Blasco se vaciaron. Sus recuerdos y su propia alma marchitaron al unísono. Sus piernas flaquearon, pero su profesionalidad lo obligó a mantenerse firme. El aire que entraba en sus pulmones en ese momento era tan áspero que apenas pasaba de sus fosas nasales. Aquel nombre presionaba su pecho como si fuera una piedra que pesara un millón de toneladas. Lo aturdía. Lo ahogaba.

—¿Inés? —tartamudeó.

—Sí, Inés. Tu Inés.

El teniente vaciló y apartó la vista.

—Inés nunca fue mía.

—Lo sé, lo sé. Ella estaba casada, lo sé, pero también sé que siempre la quisiste. Todos los sabemos, por eso nunca te dijimos nada.

Entonces, Blasco, ante ese velado secreto que el profesor parecía ocultar, volvió a mirarle con ojos inquisitivos.

—¿Qué es lo que nunca me dijisteis?

Ahora fue Vicente quien titubeó. Lo que iba a contar era tan dañino que no sabía bien cómo iba a reaccionar el teniente. El dolor, si cabe, se agravaría sobremanera. Los muchos años pasados se convertirían en apenas minutos.

—Que el incendio que la mató a ella y a su familia no fue un accidente. Ese fuego fue provocado.

Blasco, ahora acongojado hasta el último confín de su ser, se trastabilló. Durante toda su vida había pensado que aquel fuego no había sido más que un amargo accidente del destino, nada más. Saber que aquello se hizo a propósito, hizo que el aliento que guardaba en su interior aullara ahora con una ira terrible.

—¿Provocado? ¿Quieres decir que a Inés la mataron?

Vicente, incapaz de articular mayor palabra, bajó la cabeza mientras afirmaba con un gesto casi imperceptible. Carla, que no estaba muy segura de comprender de qué iba todo, miró al teniente y abrió los brazos.

—Pero… ¿Quién es Inés? ¿De qué fuego está hablando?

El teniente cerró la boca y perdió la vista en la pared de enfrente. Pero no miraba esa pared. No miraba los papeles clavados en ella. No

miraba su blanca pintura ni sus arañazos. Ni siquiera miraba el ladrillo y el cemento de los que estaba construida. Blasco, en ese momento, miraba al pasado, a sus recuerdos y a su dolor, aquel que sintió antaño al ver cómo la mujer que tanto había amado se consumía en un fuego salvaje. La pena que había sentido siempre, de golpe, se estaba transformando en una cólera que le ardía por dentro del mismo modo que ardió ella… Pero habían pasado muchos años desde entonces, y Joaquín Blasco, teniente de la Guardia Civil con más de treinta años de servicio, no estaba dispuesto a dejarse llevar por la nostalgia. La rabia que nacía ahora en sus entrañas era otra cosa. La furia que sentía era diferente.

—Inés Llaneza —contestó entre dientes—. Murió en un incendio que hubo hace muchos años en la urbanización Altozano. Murió ella… Murió su marido... Hasta sus hijos…

Carla titubeó unos instantes y, al momento, ató cabos.

—¿*Las trece casas*? ¿Te refieres a ese incendio?

Blasco suspiró y ladeó la cabeza.

—Sí, *Las trece casas*. Las jodidas trece casas. —Y entonces miró de nuevo al profesor—. ¡Joder, Vicente! ¡Debías habérmelo contado!

El hombre alzó la cabeza y se encogió de hombros.

—No lo supe en ese momento. Me enteré tiempo después, por eso me fui de Vadealobos. Fue Rafael quien me lo contó. Él no tuvo nada que ver con ello, pero… Estábamos amenazados. Tú eras Guardia Civil y podías… ¡Por Dios…! Mira cómo han acabado Rafael y Blanca. Ha sido por eso. Tienes que entenderlo, Joaquín.

Pero Blasco no lo entendía.

Tras descubrir que lo que una vez fue una desafortunada tragedia, en realidad era un aterrador asesinato, el instinto del teniente se había puesto en marcha. Si aquello tenía un responsable, él daría con él, y lo iba a pagar. Por todos los putos santos que sería así.

—Vicente, ¿crees que él es el responsable? —preguntó Blasco de repente.

El hombre se agitó en su sitio y miró de refilón al teniente.

—No creo que los haya matado él por su propia mano, pero…

Y ese mismo «pero» se repetía una y otra vez en la cabeza de Blasco. Había barajado ese nombre durante toda la investigación, y lo que acababa de relatar el profesor no hacía otra cosa que confirmar sus sospechas. El teniente Blasco tenía muy buen olfato para oler a los hijos de puta, pero había miserables a los que no hacía falta olisquear para ser reconocidos.

Y ese era uno de ellos.

Carla también hacía las mismas cábalas, aunque para ella la evidencia era mucho más difusa. Su conocimiento de las gentes del pueblo era demasiado limitado como para hacer sumarísimos juicios

de valor. Ella necesitaba evidencias, algo con lo que trabajar. Las habladurías eran cosa de corrillos de viejos. Por eso miró a Blasco y buscó la confirmación a sus pesquisas.

—¿Estáis hablando de quien yo creo?

El teniente la miró y resopló con gravedad.

—Lorenzo Marín.

—Marín, ya. Pero no tenemos ninguna prueba para detenerle.

—No harán falta pruebas.

—Siempre hacen falta pruebas, teniente —protestó ella.

—Esta vez no, porque Marín va a confesarlo todo.

Carla enarcó una ceja y puso sus manos en jarra.

—No lo hará. Un tipo como Lorenzo Marín no cuenta nada que no quiera.

Blasco, entonces, bramó entre esputos y apretó sus dientes de tal manera que la expresión contenida de la cabo se heló en su rostro.

—Hablará. Haz que varias patrullas nos acompañen. Vamos a ver a ese cabrón.

Sin ni siquiera despedirse, el teniente se dirigió a la salida a grandes zancadas. Carla lo miró y descubrió temor en su interior. Las palabras de su compañero habían sonado más a una amenaza latente que a un agente de la ley siguiendo las reglas. Miró de soslayo al profesor, pero este apenas levantaba la cabeza. Entonces, se ajustó el cinturón donde portaba su pistola y rozó la culata de esta. Rogaba a todas las ánimas por no necesitar de ella. Usarla, como bien había aprendido en la academia, debía ser el último recurso.

...

Parpadeó un par de veces, pero aun así no pudo ver nada.

Javier no sabía bien si había llegado a perder el sentido, aunque por el mareo que llevaba encima este podía haber sido real. Intentó recordar, y poco a poco la memoria de los eventos recientes se fue haciendo fuerte en su mente. Recordaba el golpe, claro. También el dolor y cómo su cuerpo flaqueó de inmediato. El olor de la sangre que brotaba de la herida de su sien impregnó de improviso sus fosas nasales. Volvió a notar sus dedos pastosos palpitando por la debilidad…

Y entonces sintió el miedo.

Pero no era solo miedo, sino terror. Notó un vaivén bajo su cuerpo y recordó cómo aquel tipo de manos rudas y vestido de negro lo había metido en el interior de un maletero oscuro y húmedo. Consciente ahora de su situación, el hombre trató de incorporarse, pero el espacio era reducido y su cuerpo estaba aprisionado. Intentó girar la cabeza, pero su postura apenas se lo permitía. Estaba nervioso y asustado.

Apretó los dientes y agudizó el oído para intentar cazar un susurro lejano que lo ayudara a situarse, porque era evidente que estaban avanzando por algún camino de tierra o una carretera, aunque la uniformidad del bamboleo hacía más preciso lo segundo. Entonces contuvo el aliento para tratar de ver o escuchar algo más allá del sonido del motor, pero tan solo le llegó aquella respiración.

Había un tipo allí. Solo uno.

Quien fuera que conducía ese coche, por su gruesa y jadeante respiración, sin duda era un hombre. Se notaba que quien estuviera ahí fuera, estaba agitado, como convulso. Javier no sabía bien si era por el esfuerzo o por la gravedad de la situación, pero aquel hombre irradiaba todo lo contrario a la calma. Él, en cierto modo, compartía su ansiedad, aunque su prisma era totalmente distinto: una víctima nunca tiembla de la misma manera que su verdugo. Aun así, el montañero se armó de valor y liberó su garganta, aunque más que bravura, lo que le movía era el pánico. Quería salir de ese maletero, de ese coche y de esa puta carretera.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Sácame de aquí!

El tipo que conducía detuvo un instante su respiración y berreó molesto, pero no contestó.

—¿Quién eres? ¿Qué estás haciendo? ¡Déjame salir!

La voz de Javier sonaba hueca y difusa, pero sus exigencias llegaban nítidas a los oídos del secuestrador. Este, cada vez más disgustado, apretó con saña el volante.

—¡Eh! ¿Me estás oyendo? —continuó gritando Javier con cada vez más desesperación—. ¡Déjame salir, cabrón!

Ante la ofensa, el conductor soltó con furia el aire contenido y estiró su cuello todo cuanto pudo para que las notas de su voz pudieran resonar con toda la crudeza que habitaba en su interior. Entonces, su gutural alarido, modificado a conciencia, sonó duro, soberbio y demencial.

—¡Cállate!

Y Javier calló. El estruendo de aquel grito tan brutal hizo que todo su cuerpo se estremeciera al unísono. El pánico de antes se elevó hasta cotas que nunca había sentido antes, y su rostro, en la imperturbable oscuridad de ese habitáculo, se contrajo de tal modo que si se hubiera podido ver en un espejo apenas se hubiera reconocido. Entonces cerró su boca y sollozó en silencio. Aquel hombre de fuera irradiaba maldades que desconocía, y él parecía ser su objetivo. Él era un tipo normal al que le gustaba pasear por la naturaleza, su espíritu no estaba hecho para batallas con demonios. Porque eso mismo es lo que ahora estaba conduciendo ese coche que lo llevaba a un destino turbio y nauseabundo: un jodido demonio.

...

El sonido de un motor ahí fuera apremió a Lorenzo a asomarse por la ventana. Apenas tiró unos centímetros del estor hacia dentro, pero eso fue suficiente para entrever el techo de varios coches patrulla de la Guardia Civil aparcados frente al edificio. De inmediato, un sudor frío empapó su rostro, y un sinfín de urgencias atenazó sus extremidades. Aquella presencia tan numerosa frente a la empresa que él presidía no podía estar relacionada con ninguna investigación mercantil, eso lo tenía claro. Aquellos vehículos venían siguiendo rastros más putrefactos; rastros de delitos mayores; rastros de delitos de sangre. Aquellos coches, era evidente que venían siguiéndole a él.

Entonces corrió.

Era descabellado lo que había pensado, pero si lograba salir de allí antes de que los agentes entraran, quizá tendría la posibilidad de meterse en su coche y poner kilómetros de por medio. Con suerte, para cuando dieran con su paradero podría estar metido en un avión viajando hacia el otro lado del mundo, a un lugar donde no pudieran dar con él. Un lugar donde estar seguro. Cogió el billete de encima de la mesa y se lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta. Después, cogió también la cartera con el dinero y se abalanzó hacia la puerta. Pensó en darle instrucciones a su secretaria para que lo cubriera en su huida, pero enseguida lo descartó: ella no se jugaría el cuello por él, de modo que lo único que podía hacer era salir de allí, buscar la puerta trasera del edificio y desaparecer.

Pero aquella mirada le hizo trastabillar.

Apenas había abierto unos centímetros la puerta cuando se encontró de frente con aquellos ojos encendidos que lo miraban con ansia homicida. Los reconoció al instante: eran de Joaquín Blasco, el teniente de la Guardia Civil que apenas lo dejaba respirar, porque eso era lo que sentía en ese preciso momento: le faltaba el aliento. Lorenzo abrió mucho los ojos y jadeó.

—¿Qué…? ¿Qué estáis haciendo aquí?

Pero la pregunta sonaba más a sorpresa fingida que a confusión real. Lorenzo Marín sabía perfectamente lo que Blasco, y su compañera Ibáñez, a su lado, estaban buscando en su despacho. Ya lo habían investigado por la muerte de Rafael. Que también lo fuera por Blanca, era cuestión de tiempo, y ese momento había llegado. Su defensa, ahora, precisaba de las artes del disimulo, de la falsedad y de la hipocresía, y Lorenzo Marín estaba versado en todas ellas.

El empresario abrió los brazos y esbozó una mueca de desagrado. Blasco le miró y apretó los dientes. Carla giró la cabeza y miró de soslayo a su compañero. En los últimos días, había percibido mucha ira en él, pero jamás tanta como en el viaje del cuartel hasta las

oficinas de Vadeón S.L. Blasco había callado como nunca antes, había gruñido como nunca antes y había maldecido entre dientes como nunca antes. Observó a su compañero y, después, a Marín, y le compadeció. Ella estaba allí para velar porque los procesos se llevaran a cabo con la legalidad pertinente, pero en la expresión del teniente había un velo oscuro y tétrico que excedía esos métodos. Parte de ella comprendía que, más que velar por el acusado, debía velar por el acusador. Por Blasco en ese caso, por el que portaba un arma en su cintura.

—¿Vas a algún sitio? —preguntó el teniente con gravedad.

—Pues la verdad es que sí. Tengo una reunión a la que no puedo faltar, así que si me disculpan…

Marín hizo el ademán de atravesar la barrera formada por los agentes, pero los duros dedos de Blasco, posados sobre su pecho, le hicieron detenerse. Alzó los ojos, pero al instante los bajó. La mirada del teniente era tan fría que sintió cómo su corazón se encogía de golpe. Un reflejo de terror le hizo retroceder. El pánico le hizo palpitar.

—No tengas tanta prisa —dijo Blasco con la misma crudeza de antes.

—Pero es muy importante… —trató de insistir el hombre.

—Me suda los cojones, Lorenzo. Entra en tu despacho.

El hombre fue a protestar, pero de un violento empujón, el teniente hizo que el empresario se trastabillara hasta acabar sentado en el suelo. Este abrió mucho los ojos y balbució una queja inconexa. Carla sintió el arrebato de levantar las manos y ponerse en medio, pero Blasco le miró de refilón, y en su expresión descifró una censura, de modo que detuvo su gesto y cerró la puerta a su espalda cuando ambos estuvieron dentro. Lorenzo se puso en pie con dificultad y enturbió su rostro. Estaba asustado, pero también enfadado. Nunca nadie le había tratado con tanta animadversión, pese a haber mucha gente que sentía eso hacia su figura, pero él era Lorenzo Marín, un afamado empresario y el presidente de la asociación de hostelería y turismo de Vadealobos. A él nadie lo trataba así.

—¿Qué narices te crees que…?

Pero la pregunta quedó inconclusa. El puñetazo que recibió entonces fue tan certero, que hizo que la espalda de Marín se golpeara contra la mesa, de tal manera, que esta crujió como si se hubiera partido en dos. Carla, de nuevo, quiso interponerse entre el teniente, que se notaba a la legua que había perdido el control, y el agredido, pero la mano de su compañero la detuvo.

—Teniente… —balbució la cabo.

Pero Blasco la ignoró. En su lugar, acercó su tenso rostro al empresario y mostró los dientes entre esputos.

—¿Quién mató a Rafael Dimas?

—¿Qué? —contestó Marín con voz quebrada.

—¿Fuiste tú, Lorenzo? ¿Le mataste?

—¿Qué? No, no, por Dios, ya os dije que no. ¿De qué cojones me estás hablando?

—¿No, Lorenzo? ¿No fuiste tú? ¿Entonces fue Yago? ¿Tu hijo Yago?

—Mi ¿qué?... ¡Estás loco! Ese chico no era mi hijo. Yo no he matado a nadie. ¿De qué mierdas…? A mí no me vas a colgar un muerto porque seas un puto inútil, Joaquín. Te estás metiendo en un lío. Tengo contactos. Conozco gente que…

El segundo puñetazo fue aún mucho más brutal. Se oyó un chasquido, y Marín cayó tras su mesa. Carla estiró una mano y sujetó por el brazo a Blasco, pero este se fajó de ella con un tirón. La ira de sus ojos había tornado a algo más oscuro y tenebroso… Algo que hizo que la cabo se estremeciera.

—Teniente, por favor…

Pero Blasco volvió a hacer caso omiso. Por contra, rodeó la mesa y cogió por la pechera al empresario que, tambaleante y aturdido, se puso en pie como pudo.

—A… Acabas de tirar tu carrera por la borda, Joaquín. Te voy a joder.

—¿Ah, sí? —dijo el teniente alzando teatralmente una ceja.

—Sí. Voy a llamar a mi abogada y vamos a acabar contigo.

—¿Tu abogada?

—Sí, mi abogada. Teresa sabe muy bien qué hacer.

—Sí, ya, Teresa, claro. La hija de puta de Teresa. ¿A ella la vas a llamar?

—A ella, sí, ¡cabrón! Ella sabe muy bien cómo acabar con la mierda.

—Ya, claro, ella sabe cómo acabar… —y entonces su lengua se congeló entre sus labios. Una idea asaltó de golpe la mente de Blasco que, de inmediato, vio cristalino algo que antes había sido totalmente opaco. Una razón; una persona; un acto… Teresa—. Ella sabe cómo acabar con la mierda, ¿no?… ¿Mierda como Yago? ¿Fue Teresa quien envenenó al chico? Hijos de…

Lorenzo fue a protestar para defenderse, pero la tensión de la situación le hizo titubear cuando menos convenía. El teniente fue consciente de una duda que no debía existir. Carla también lo vio. Se había mantenido en silencio observando la escena y estudiando los gestos del interrogado. En momentos de tensión y ansiedad como esos, muchos se rompían hasta confesar los secretos más inconfesables, y el empresario estaba entrando en ese terreno. No había admitido la denuncia, pero de sus vacilaciones se podían extraer revelaciones

ocultas, y él, con esa indecisión, les estaba entregando a una asesina.

Blasco miró de reojo a Carla, y después observó a Marín. Entonces, de entre sus ropas, vio cómo asomaba la punta blanquecina de unos papeles. Metió una mano dentro de la chaqueta del hombre, cogió el papel con dos dedos y lo sacó a la luz. Entrecerró los ojos y, al leer su contenido, esbozó una fúnebre sonrisa.

—¿Tailandia? Un lugar muy lejano para una reunión.

Lorenzo volvió a titubear.

—Yo… Yo…

—Tú no te vas a ir tan lejos. Antes vas a hablar con nosotros, porque lo tienes muy jodido, ¿me entiendes? Muy, muy jodido.

—No voy a contaros una mierda.

—Sí, claro que lo harás. ¿Mataste tú a Rafael?

Lorenzo, con cierta desquicia en el rostro, trató de zafarse, pero los dedos con los que le sujetaba Blasco parecían hechos de acero.

—¡Qué te jodan, Joaquín!

Entonces, el teniente, con toda la fuerza que quedaba en sus brazos, izó el cuerpo del empresario y lo aplastó contra la pared.

—No, ¡que te jodan a ti! ¿Mataste tú a Rafael?

—¡Suéltame, cabrón!

Pero el agente no lo soltaba. En su lugar, volvió a estampar al hombre contra la pared, y de improviso bajó una mano hasta rozar la culata de su pistola. Carla, al percibir el gesto, alzó la voz.

—¡Blasco!

Sin embargo, el teniente, desdeñando a su compañera, volvió a mostrar los dientes.

—¿¡Mataste tú a Rafael!? —aulló.

—¡No, joder, no!

—¿No? ¿No mataste a Rafael? ¿Y a Blanca? ¿Tampoco la mataste?

Al escuchar el nombre de la mujer de Rafael, el aterrado gesto de Lorenzo se resquebrajó un poco más.

—¡No, no! Yo no… —balbució.

—¿No?

Carla trató de entrometerse, pero ninguno de los dos la escuchaba.

—¡Joaquín!

—¡No! ¡Qué te jodan, cabrón! ¡Qué te jodan! —vociferó Marín.

—Qué me jodan… —Y entonces, de un solo movimiento veloz como el viento en una tempestad, Blasco sacó la pistola de su funda y la posó sobre la sien del empresario—. ¿Qué me jodan? ¡Qué te jodan a ti! ¿No mataste a Rafael? ¿Ni a Blanca? —Y de repente los verbos y los nombres se empastaron en sus labios. Lo quería pronunciar, pero le costaba horrores. Aquellas letras eran como puñales clavados en su alma; como si su corazón se partiera en miles de pedazos que se deshacían al tocar el suelo. Eran dolor, mucho dolor, pero debía

vocalizarlo. Debía saberlo—. ¿Y a Inés? ¿Mataste a Inés?

Al oír ese nombre, los ojos del empresario se abrieron de golpe, como si un resorte en su cabeza se hubiera agitado a un ritmo distinto que lo hacía el miedo. Aquel era un nombre antiguo, olvidado. Un nombre que no debería pronunciarse jamás. Era algo que ya no debía existir. Por un momento pensó en mostrar sorpresa ante esa Inés que desconocía, pero ambos sabían quién era y a qué se refería. Fingir desconocimiento ante un hombre armado que apretaba la boquilla de una pistola contra su cabeza, era del todo una temeridad, de modo que prefirió negar la mayor. No le quedaba otra; no podía defenderse de otra manera.

—No… No, yo no maté a Inés. Por Dios, Joaquín, yo no he matado a ninguno de ellos.

—¿No?

—No, joder, no.

—¿No? Entonces, ¿quién lo hizo?

—Yo no…

Pero la cólera de Blasco iba en aumento mientras rozaba el gatillo con sus dedos. La cabo, al darse cuenta de lo frágil que era la barrera que separaba a su compañero de cometer una locura, elevó la voz con mayor empaque.

—¡Joaquín!

Sin embargo, la fijación de este con su presa era voraz.

—¿Quién lo hizo?

Marín balbució, y Blasco empuñó el arma con más fuerza dispuesto a disparar.

—¡¿Quién lo hizo?!

Y entonces, como si una luz hubiera iluminado el coraje perdido del empresario, este giró su cabeza, miró a los ojos a Blasco y alzó el mentón con suficiencia.

—¡Él lo hizo! —confesó—. ¡Él los mató a todos!

El teniente, sobrecogido al escuchar cómo por primera vez Marín reconocía los asesinatos, pese a no declararse culpable, contuvo el aliento.

—¿Él? ¿Quién?

Y entonces se abrieron de golpe las puertas del despacho, y un agente uniformado atravesó el umbral con urgencias sin apenas sobresaltarse por el espectáculo que se estaba llevando a cabo en su interior. Este se acercó a Carla y le cuchicheó algo al oído que, de inmediato, remarcó la sorpresa en su rostro. La cabo, incrédula, ató cabos y miró a su compañero, que la observaba con una interrogación encerrada entre silencios.

—Han avistado una berlina gris conduciendo a gran velocidad a las afueras de Ponferrada. Parece que iba en dirección al Valle del

Silencio —dijo la cabo mientras su compañero la miraba, ansioso—. Y otra cosa. Han detenido a Sergio Pereira a las puertas de su casa. Según dice, ha pasado la noche en su pueblo, y parece que allí no había cobertura. Niega tener nada que ver con la muerte de Rafael, y dice que él no faltó a trabajar… sino que le llamó su jefe para darle el día libre.

Al oír esto, Blasco mudó su expresión, y su rostro palideció de golpe. Miró a Lorenzo, a su cara contraída por el miedo, y comprendió de golpe quién era ese «él» al que el empresario hacía referencia. Claro, no podía ser otro. El bastardo que los mató a todos tenía que ser él. Entonces, bajó la pistola, fijó sus ojos en Carla y soltó todo el aire que había mantenido encerrado en sus pulmones.

—Fue él. Él los mató a todos y ahora tiene a Izaguirre. Fue Celso.

...

Se ahogaba.

Celso sujetó el volante con una mano y con la otra se quitó el pasamontañas. Al hacerlo, respiró hondo y trató de controlar la agitación de su pecho. Ya había cometido otras atrocidades antes, pero nunca había secuestrado a nadie y no sabía muy bien cómo proceder. Marín le había sido muy claro al decirle que debía librarse de Izaguirre, pero no le había dicho cómo, de modo que ahora no hacía más que darle vueltas a un plan que no había premeditado con antelación. En ese caso estaba improvisando, y cuando lo hacía, las cosas se solían torcer. Celso era un tipo a quienes los impulsos condenaban siempre al error. Había luchado durante años por mostrarse como un hombre templado y amable, pero cuando la angustia apretaba sus tripas, estas explotaban haciendo que se convirtiera en un tipo que odiaba, aunque prefería eso a acabar encerrado en un sucio cuarto lleno de ratas y barrotes. Él no era hombre para celdas. Sin embargo, sus manos se habían ensangrentado tantas veces que tenía bien claro que la huida solo podía ser hacia adelante.

Y por eso corría.

Ese endiablado impulso le había hecho matar a Rafael cuando no debía hacerlo. Ese hecho le había llevado a pedir ayuda a Lorenzo Marín, y eso había acabado con la vida de un muchacho al que no conocía. Matar a Blanca era algo inevitable por culpa de la lengua imprudente de su marido. Si él no le hubiera contado a ella tantas cosas, su vida nunca hubiera corrido peligro, pero al hacerla cómplice, la condenó. Estrangularla, y hacerlo pasar todo por un suicidio, era algo que había preparado de antemano, pero él, pese a tener arrestos para asesinar, estaba muy lejos de ser un profesional, así que era

cuestión de tiempo que descubrieran que la mujer no se había colgado sola de aquella soga. Que pudieran llegar hasta él era otra historia, pero para ello había que eliminar flecos mal cosidos.

E Izaguirre era uno de ellos.

Tras la llamada de Lorenzo exigiéndole limpiar la mugre que él mismo había generado matando a Rafael, este había pensado un plan rápido para librarse de aquel montañero entrometido. Lo único que se le había ocurrido era secuestrar al tipo y llevárselo a la antigua casa de sus abuelos, en una aldea cerca del Valle del Silencio. Aquella aldea hacía decenios que estaba abandonada, y las piedras de sus fachadas y los tejados de sus cobertizos se habían desplomado hechos pedazos por todas partes, pero aún conservaba espacios cubiertos entre los que cobijarse. Además, la espesa naturaleza que rodeaba el paraje ofrecía rutas de escape en caso de dificultades, así que ese parecía un buen lugar para lo que pretendía. Es más, debía ser el adecuado, porque no había otro a dónde ir. Quizá allí pudiera hacer desaparecer a ese tipo como le habían encomendado. No había otra alternativa.

Pero aquel ajetreo le estaba volviendo loco.

Se estaba acercando a la aldea, de modo que fue reduciendo la velocidad. La carretera, como todo por allí, estaba descompuesta y cubierta de baches. Las inclemencias del tiempo, y la falta de cuidado, habían hecho de aquel lugar un territorio casi fantasmal. Por allí hacía años que no pasaba nadie, pero aun así detuvo el coche y esperó.

Nada.

Miró a un lado y otro, pero sus ojos no atisbaron mayor movimiento que el de las hojas mecidas por el viento. Este ululaba entre las ramas silbando melodías sombrías, pero Celso apenas le prestaba mayor atención. Los lamentos del tipo que aguardaba encogido en su maletero le hicieron girar la cabeza. La antigua casa de su familia estaba un centenar de metros más adelante, y debía darse prisa. Quería acabar con eso cuanto antes para volver a Vadealobos y abrir su taberna. Cuanto más le vieran por casa, menos dudarían de él, así que apretó el acelerador y viró el volante a izquierda y derecha para esquivar las aberturas del camino. Ya quedaba menos.

...

Carla salió a la calle y observó a Blasco. Este miraba hacia la puerta de las oficinas de Vadeón con rostro serio. Esta estaba abierta, y de ella salieron varios guardias sujetando por los brazos a un Lorenzo Marín engrilletado. El hombre caminaba con la cabeza agachada y la camisa descompuesta. Iba grave y temeroso, y caminaba con dejadez.

No levantó la vista.

El teniente esperó a que el empresario fuera introducido en el coche patrulla, y fue entonces cuando resopló. Se mordió los labios y miró al cielo, meditabundo. La tensión y la rabia de antes seguían allí, pero su expresión había cambiado. Ahora parecía hacer cábalas con sus pensamientos. Afirmaba y negaba con tenues movimientos, y maldecía lamentos ahogados. Carla se acercó a él, y ambos caminaron hacia el coche. Al poco de llegar al vehículo, Blasco se giró hacia la cabo y soltó el aire por la nariz en un estruendo.

—Vamos a emitir una orden de detención contra Celso. También contra Teresa Sáez por el asesinato de Yago. Tenemos que dar con ese coche antes de que mate también a Izaguirre.

—Vale. ¿Y qué hacemos con Sergio Pereira?

—Que lo suelten. El objetivo es Celso. Avisa a todas las unidades de que está armado y es muy peligroso. Si alguien lo avista, que no intervenga, salvo que sea estrictamente necesario. Tenemos que cogerle vivo. Va a pagar por lo que les ha hecho a Rafael y a Blanca.

—Y a Inés —añadió con tiento Carla, que de inmediato se arrepintió de haber pronunciado ese nombre.

El teniente miró a la cabo unos segundos, y al poco agitó su cabeza.

—En *Las trece casas* murieron seis personas. Pagará por todas.

—De acuerdo. ¿Alguna idea de hacia dónde se dirige?

—No lo sé —contestó el hombre encogiéndose de hombros—, pero aquella carretera no le dará muchas salidas. Da la orden de cerrar todas las vías y caminos en veinte kilómetros a la redonda.

—Muy bien.

Entonces, Carla fue a abrir la puerta del coche cuando su compañero llamó su atención.

—Carla, hazme un favor. Acércate un momento al coche de los compañeros. Diles que metan a Marín directamente en el calabozo y que esperen a mi vuelta. No quiero que nadie hable con él antes que yo, ¿de acuerdo?

La mujer accedió. Soltó la manija de la puerta y volvió sobre sus pasos en dirección a la otra patrulla. Estaba ya encima de ella cuando, de repente, escuchó el motor de un vehículo y unas ruedas que derrapaban con ferocidad. Se dio la vuelta y, entonces, lo vio: su compañero, el veterano y respetado teniente Joaquín Blasco, contradiciendo todo protocolo de actuación, se había metido en el coche, lo había arrancado y había pisado el acelerador para salir allí con prisas dejando a su compañera en tierra. Esta salió corriendo entre gritos tratando de que este se detuviera, aunque era evidente que era como gritarle a las montañas vacías: el eco empuja las voces, pero nadie responde a ellas.

—¡Blasco, para! ¡Blasco!

Y entonces ella sintió en sus entrañas el hormigueo de un augurio funesto. El teniente la había engañado para dejarla de lado en un viaje del que él parecía conocer bien el destino, y en ese lugar estaba claro que ella no tenía sitio. Aquello no era una buena idea, eso no podía acabar bien. Aquel acto iba a convertirse en un problema mayor del que nunca había imaginado.

...

Se había dejado arrastrar.

Javier era capaz de andar por sí mismo, pero había preferido fingir debilidad. Aún le dolía el golpe recibido en la cabeza. La sangre que brotaba de la herida ya no manaba como antes, pero aún palpitaba. Podía notar en la brecha el acelerado latir de su corazón, pero aguantaba la respiración para no jadear demasiado.

Estaba valorando sus opciones.

Sus brazos y sus piernas eran fuertes gracias a las montañas, pero él no era un tipo hecho a refriegas. No recordaba haberse peleado desde crío, y no sabía si podría reaccionar bien a una batalla a cara de perro, pero pocas alternativas le quedaban. Ese tipo encapuchado parecía más versado que él en lances como esos, así que no iba a ser fácil librarse de él, pero tampoco podía dejarse vencer sin luchar.

El hombre sujetó con firmeza los brazos de Javier y tiró de él hasta introducirlo en lo que parecía un cobertizo. Este estaba en ruinas, pero aún conservaba techo y paredes suficientes como para dar cobijo. A su lado había una vivienda de piedra con la que se conectaba a través de una puerta lateral, pero esta, aún también cubierta, mostraba peor cara. También había una amplia ventana que estaba enrejada y cubierta de óxido. El abandono de los edificios, y las humedades que impregnaban sus paredes, eran tan latentes que a Javier se le empaparon de manera inmediata las fosas nasales de un aire espeso y helado. El encapuchado se detuvo un instante, y al momento volvió a tirar de él. Javier, que cabeceaba simulando flaqueza, abrió levemente los ojos y vio que le llevaba directamente a una pared de la que colgaban varias argollas de hierro. Miró al suelo, y al vislumbrar una cadena enroscada bajo ellas comprendió que le iba a encadenar. Entonces, todas sus dilaciones se convirtieron en urgencias: si le ataba allí, estaría a su merced, y desde esa posición luchar se iba a convertir en una agonía.

Y él no quería agonizar.

Resopló por lo bajo y esperó.

Un poco más.

Ya casi estaba.

El secuestrador giró el cuerpo de Javier y lo apoyó contra la

pared. Este mantenía la cabeza agachada y los ojos entrecerrados, de modo que el tipo, confiado, se inclinó y extendió una mano para coger las cadenas que estaban tiradas en el suelo. Entonces, como llevado por un arrebato de valor surgido del mayor de los miedos, el montañero movió una de sus piernas lo más rápido que pudo y trató de patear la cabeza del encapuchado. Este, sorprendido por el fugaz movimiento de quien creía vencido, ladeó su cuerpo de forma que el pie del otro rozó su oreja izquierda y se estampó contra su hombro. El golpe fue duro y violento. El tipo gimió de dolor y alzó sus manos para protegerse, pero el objetivo de Izaguirre no era rematarle, sino escapar. Javier, de improviso, soltó un puñetazo que se estampó contra la coronilla del tipo y lo empujó con la otra mano para quitárselo de en medio, pero midió mal la fuerza de su rival. Este no solo no cedió al embate, sino que se incorporó de golpe y saltó contra un Javier que ya comenzaba su huida. Ambos cayeron al suelo y se enzarzaron en un feroz forcejeo entre guturales gruñidos y rabiosos aullidos. Javier bramaba por liberarse, luchando por salvar su vida; el encapuchado se fajaba entre esputos, peleando por arrebatársela… porque eso es lo único que tenía claro Izaguirre: si perdía esa batalla, podía dar por perdida también la guerra.

En un arreón desesperado, Javier logró ponerse en pie, pero el tipo, aferrado a sus ropas, emuló su gesto y se revolvió con fogosidad. De pronto, el montañero notó cómo un crujido brotaba de su pómulo al sentir unos nudillos hundidos en él, y su cuerpo cayó de espaldas contra el polvoriento suelo. Su cabeza comenzó a dar vueltas y su mirada se ensombreció. Al poco, se agitó y trató de enfocar la vista. Alzó la frente y miró al tipo que intentaba dejarle seco, y lo que vio le hizo estremecer. Por culpa de la acalorada reyerta, él estaba tirado en el suelo a merced de su enemigo, pero ese mismo enemigo, ahora tenía rostro y expresión. El pasamontañas, que un momento antes cubría su cabeza, ya no tapaba lo que debía. Javier miró bien la cara de ese hombre y guiñó los ojos. Aquellas facciones le sonaban, ya las había visto antes. Estaban desencajadas por el esfuerzo y enrojecidas por la ira, pero tenía la sensación de que las conocía. Entonces trató de hacer memoria, y una imagen no tan lejana en el tiempo alumbró de golpe sus recuerdos.

—¡Tú!

Celso, resoplando como un animal herido, enseñó los dientes y se quitó el pasamontañas. Chasqueó la lengua al saberse descubierto y metió una mano en su bolsillo. Al sacarla, la brillante hoja de un cuchillo resplandeció entre sus dedos.

—Sí, yo. Y si vuelves a hacer algo así, te juro que te rajo.

Javier contuvo el aliento. No era lo mismo percibir una amenaza de muerte que escucharla de boca del propio verdugo. Y en aquellos

labios, una sentencia como esa hedía a muerte. Celso se acercó a él, y con una patada lo obligó a echarse atrás, hacia la pared. Sin soltar el cuchillo, el tabernero buscó la cadena, de cuyos extremos colgaban unos oxidados grilletes, y se los tendió a Javier.

—Póntelos.

El hombre hizo lo ordenado y se recostó contra el muro. Miraba a su captor con miedo, pero también con asombro. Aquel hombre era el dueño de la taberna en la que empezó todo, el lugar donde maldecía una y otra vez haber entrado. Aquel maldito lugar donde Rafael Dimas lo condenó.

—¿Quién es usted? ¿Por qué hace esto?

Javier preguntaba entre dientes, como intentando no molestar, pero su voz sí que enturbiaba a Celso. Este suspiró con desdén y escupió al suelo. No tenía ninguna gana de entablar conversación con él, pero, en cierto modo, aquel hombre había sido el culpable de todo. Sabía bien que había sido algo accidental, cosas del azar, pero había ocurrido así. Si ese tipo no hubiera entrado en la taberna, Rafael no se hubiera acercado a él y no habría sacado su sucia lengua de detrás de sus podridos dientes, y él, por supuesto, no habría perdido los estribos, pero las cosas habían sucedido como habían sucedido y ya no había marcha atrás. Ese infeliz, ese Izaguirre, podía haber salvado el pescuezo si no hubiera estado husmeando donde no debía, pero a los curiosos se los lleva el viento, y en ese preciso momento, él era un jodido vendaval.

—No te podías estar quieto, ¿verdad? —preguntó Celso enrabietando cada palabra—. No podías quedarte sentado en tu puta habitación.

Javier fue a defenderse, pero los verbos temblaban entre sus labios.

—Yo… Yo no sabía que…

—¡¿No sabías qué, imbécil?! Ver, oír y callar. ¿Es tan difícil? A ti en esta puta historia no se te había perdido nada. Pero no, tenías que andar jugando a los detectives. Pues la has jodido, chaval. La has cagado pero bien.

El montañero apenas pudo tragar. Durante un instante, al arrepentimiento por haber entrado en la taberna se sumó otro mayor por dejarse controlar por las imprudencias de su curiosidad. Maldijo aquellas notas que lo empujaron a salir del hotel; maldijo lo descubierto y lo ignorado; maldijo al hotel, a Vadealobos y a las putas piedras; y maldijo a la montaña, aquella que le apasionaba, pero que también lo había llevado hasta allí. Durante un momento, lo odió todo, incluso a sí mismo.

—Lo siento —balbució entonces Javier tratando de conseguir un perdón—. Siento mucho lo que he hecho, te juro que yo no sabía

nada. No he entendido nada de lo que he visto. Ni siquiera conocía a Rafael Dimas, tienes que creerme.

Celso miró al hombre y respiró con calma. Parte de él aborrecía lo que estaba haciendo, porque estaba convencido de que ese desgraciado le estaba diciendo la verdad. El problema es que otra parte de él lo animaba a seguir adelante, a eliminarlo. Era la única manera de poder salir de esta con la cabeza sobre los hombros. Era el montañero o él.

—Da igual si te creo, Izaguirre, porque lo hecho, hecho está. Esto ya no es solo cosa mía. Has tenido mala suerte.

Al oír eso, Javier se estremeció. No había luz en aquella condena.

—Por favor, no me mates —suplicó—. Te juro que me marcharé de aquí. No hablaré con nadie.

—Ya es tarde para eso.

—No, no, aún no lo es —imploró—. Si me dejas ir ahora, no volverás a saber de mí. Vamos, soy un don nadie, no sé nada de lo que sea que vaya esto. ¡Por Dios, hombre!

Pero Celso ignoró su ruego. Este comenzó a caminar por la habitación con la mandíbula apretada y las manos en la cabeza. El cuchillo vibraba entre sus dedos del mismo modo que lo hacían sus ojos dentro de sus cuencas. Se notaba que el hombre estaba batallando contra su mente y su conciencia, y que esa estaba siendo una batalla brutal. Al poco, el tabernero comenzó a farfullar palabras que no parecían tener mucho sentido, pero no le hablaba a Izaguirre, sino que parecía hacerlo más para sí mismo. Había cólera en su tono, y ansia… y culpa.

—Nunca tenías que haberle respondido. Solo era un jodido viejo borracho. Tenías que haber pasado de él como hacen todos. Entonces yo no habría tenido que hacer nada. No habría tenido que…

No terminó la frase, pero en la mente de Javier se dibujó de inmediato la palabra que faltaba: «matarlo». Claro, todo esto venía por la muerte de Rafael, por lo que le dijo, aunque él no hubiera entendido nada. Y el tabernero era quien lo había presenciado todo. Solo él sabía los secretos; solo él podía haberlo matado.

—Fuiste tú —tartamudeó entonces Javier—. Tú mataste a Rafael Dimas.

Ante ese señalamiento, Celso se detuvo y miró a Izaguirre con tanta furia que este se contrajo. Sin embargo, pese a que el montañero creyó adivinar un ademán de ataque, el tabernero no se movió. En su lugar, agachó la cabeza y soltó un reniego.

—Él se lo buscó.

Entonces se giró sobre sus talones y se dirigió a la robusta puerta de madera que conectaba al cobertizo con la casa. La abrió e introdujo medio cuerpo por el umbral, pero se detuvo. Miró de reojo a Javier, y

después miró en derredor.

—No te molestes en gritar. Aquí nadie puede oírte.

La puerta se cerró, y con ella, el ánimo del montañero, ya frágil, se vino abajo. Aquellas palabras habían sonado tan oscuras que, de golpe, la claridad que entraba por la ventana se había transformado en una pétrea nube negra. La esperanza se había resquebrajado como lo hacen las hojas secas al ser pisadas. Ya apenas quedaba luz en el horizonte.

...

Vicente no quería permanecer en Vadealobos ni un minuto más, así que había hecho la maleta y estaba listo para largarse. Maldijo una y otra vez haber regresado a ese lugar al que un día se prometió no volver. Aún pasados tantos años, los enfermizos lobos que habitaban el pueblo seguían siendo tan nauseabundos y brutales como entonces, y también como antaño, habían devorado todo lo que husmeaban. Esta vez les había tocado a Rafael y a Blanca, igual que antes les había tocado a Inés y a su familia. Él vivía lejos, y tan solo el matrimonio y su hermano le habían hecho mantener un lánguido hilo de unión con la tierra en la que nació. Sin Rafael y Blanca, tan solo le quedaba Pedro, pero sabía de sobra que el adusto jardinero nunca abandonaría aquellas calles.

Sin embargo, él no volvería nunca más.

Cogió el teléfono y la cartera de la mesilla, aferró con fuerza el asa de la maleta y salió de la humilde habitación en la que había estado hospedado cerca de la estación de autobuses. Aún quedaba una hora para que llegara su transporte, pero en unas pocas más estaría subido a un avión de vuelta a casa. Bajó las escaleras y se dirigió a la recepción. Allí, frente a la dueña del establecimiento, había una mujer haciendo aspavientos. Se presentía inquietud en sus movimientos y autoridad en sus gestos. Vicente la miró, y enseguida reconoció a la cabo Ibáñez. Pensó en dar marcha atrás para evadirse a través de alguna puerta trasera, pero una huida en ese momento podía alimentar sospechas infundadas. Él ya había escapado una vez para esconderse en las islas, y no quería hacerlo una segunda vez. Entonces vio cómo la mujer de la recepción lo señalaba con el dedo y cómo la agente se giraba hacia él. Sus miradas se cruzaron. Los ojos del profesor vibraron esquivos; los de la cabo, impacientes.

—Disculpe, Vicente, ¿podemos hablar un momento? —preguntó Carla mientras observaba de reojo la maleta que portaba el hombre en sus manos.

Este dudó, pero accedió con un leve gesto del mentón.

—Mi autobús sale en una hora. ¿En qué puedo ayudarla?

—Usted conoce a Celso, el dueño de Los Riscos, ¿verdad?

Vicente, de primeras, no contestó, pero contuvo el aire. Carla no necesitaba mucho para obtener respuestas de silencios, y el de ese momento aullaba.

—Sí que lo conoce —comprendió la cabo—. Y también sabe que él fue quien mató a Rafael Dimas y a Blanca, ¿me equivoco?

El profesor, de nuevo, calló, pero esta vez el aliento contenido le hizo agachar la frente. Al poco, soltó el aire y miró de reojo a la agente negando con la cabeza.

—No sabía que fue él quien los mató, pero lo intuía. Usted no sabe quién es Celso, de lo que es capaz, igual que no sabe bien quiénes son Lorenzo Marín y Teresa Sáez. No tiene ni idea.

—Pues cuéntemelo —exigió Carla.

Vicente resopló con gravedad, desazonado.

—Verá… Imagino que habrá oído hablar del incendio de *Las trece casas*, de todos los que murieron allí… Pues fue cosa de ellos. De Lorenzo, de Teresa y de Celso. Rafael me lo contó más tarde, a mí solo, porque él también estuvo allí. Intentó evitarlo, pero era un hombre débil. Después de aquello guardó silencio, pero nunca pudo soportarlo y se dio a la bebida. Se abandonó y… ese mismo alcohol lo volvió imprudente. Ya le habían amenazado, él lo sabía… —Entonces un amargo lamento hizo retemblar los labios del hombre—. Cuando me avisaron de su desaparición, enseguida pensé en ellos, en Celso, pero…

—¿Por qué no lo denunció si lo sabía?

—Porque no tenía la certeza, no podía acusarles sin pruebas. Si lo hacía, habrían ido a por mí o a por mi hermano.

La dimensión que estaba alcanzando el caso, las estrías emponzoñadas que tenía el asunto, abrumaron sobremanera a Carla, que resopló.

—¿Y lo de *Las trece casas*? ¿Tampoco lo denunció?

Vicente se agitó nervioso.

—No es tan fácil.

—¿Qué no es fácil? ¿Me está diciendo que sabía que aquello fue un asesinato, pero que no lo podía denunciar?

El hombre se sacudió con mayor pesadumbre.

—Usted no puede entenderlo. No pude.

—¿Qué no pudo? ¡Maldita sea, Vicente!

Entonces, el profesor mudó su gesto ante la agresiva voz de la agente y estiró el cuello.

—Tengo que marcharme. Si me permite…

—¿Si se lo permito? Sabe usted que puedo detenerle ahora mismo, ¿verdad?

Ante la amenaza, el hombre tragó saliva, asustado, pero bregó por

mantener la frente alzada.

—Pues hágalo.

Por un instante, Carla no supo cómo proceder. Por nada hubiera imaginado que el hombre le plantaría la cara que le estaba plantando, pero era así. La profesión no solo le permitía, sino que le exigía, detener a ese hombre para que respondiera unas preguntas que se habían olvidado hacía muchos años, y de seguro que el proceso arrastraría al profesor a prisión por encubrimiento, pero una urgencia más extenuante asaltó de golpe las inquietudes de la cabo: había ido a por ese hombre no solo en busca de aclaraciones a sus muchas dudas, sino a por información que le permitiera dar con Celso y, de paso, con Blasco. Esa era la prioridad, más tarde habría tiempo para lo demás.

—Celso. ¿Sabe dónde puede estar?

Ante ese cambio de tercio, Vicente parpadeó, confuso.

—Pues no tengo ni idea… —Y entonces una certeza plausible sacudió su mente—. ¿Ha sido él el que ha secuestrado a Izaguirre?

—Creemos que sí —contestó Carla sacudiendo la cabeza—. Hemos localizado su coche cerca de Ponferrada, conduciendo en dirección al Valle del Silencio. Si tiene usted alguna idea sobre adónde puede haber ido, le agradecería que colaborara.

Vicente, atónito, calló unos instantes. Al poco, inclinó su cabeza y levantó una mano.

—Bueno, puede haber un lugar, pero no sé si estará allí. Creo recordar que la familia de Celso tenía una casa en una antigua aldea llamada Moceres, cerca de Peñalba de Santiago. Esa aldea está abandonada desde hace mucho tiempo y no sé si la casa sigue estando en pie. Estuve varias veces de joven allí, pero han pasado muchos años.

Carla meditó unos instantes. Pensó en ir a buscar esa aldea, pero también en detener al profesor. Eran demasiados frentes abiertos a la vez, y el apremio empujaba hacia aquella casa a los pies del valle.

—Gracias por su ayuda, Vicente.

La cabo fue a girarse hacia la salida cuando la voz del hombre la detuvo.

—¿Dónde está Joaquín? Él quizá…

Y entonces la mirada de la cabo heló de golpe la voz del profesor.

—Joaquín ha ido él solo a por Celso.

Vicente era un hombre que emanaba serenidad y pulcritud. Sus finas facciones apenas expresaban más emociones de las que él quería mostrar. Era rígido en las formas y frío en las reacciones. Durante toda su vida había entrenado sus gestos para que estos no esbozaran trazos que debían permanecer ocultos, pero en ese momento todo su autocontrol pereció al unísono. El pánico, los nervios y la desazón asaltaron su semblante, y el hombre dio un paso adelante con el rostro

desdibujado por el miedo.

—Corra. Tiene que dar con ellos antes de que se encuentren, porque si no lo hace, todos lo vamos a lamentar.

Carla apretó los dientes y observó al hombre. Miró sus ojos, el brillo de sus pupilas dilatadas y el temblor de sus párpados. Su voz sonaba frágil y amedrentada. Su advertencia era real; su pavor era real.

—¿Quién era Inés Llaneza? —preguntó entonces la cabo tan de sopetón que el hombre apenas pudo alzar las cejas— ¿Qué tenía que ver con Blasco?

Vicente, poco a poco, se dejó vencer por la añoranza, y bajó los hombros que hasta ese momento había mantenido encogidos. La nostalgia, de improviso, le hizo palidecer.

—Inés era una buena amiga, sobre todo de Joaquín, pero para él iba mucho más allá. Nunca dijo nada y nunca hizo nada, pero todos sabíamos que estaba prendado de ella. Incluso cuando Inés se casó, él siguió enamorado, pero se echó a un lado. Su muerte le hizo muchísimo daño, por eso no sé cómo puede reaccionar él ahora que sabe que la mataron. Agente, tiene que encontrarle antes de que sea tarde. ¡Hágalo!

...

—Vamos, cógelo, Lorenzo —murmuró Celso enseñando los dientes mientras apretaba el móvil contra su oído—. ¡Cógelo, cabrón!

Pero Lorenzo no lo cogió.

Exasperado, el hombre bajó la mano en la que portaba el teléfono y lo apagó con un dedo mientras maldecía e insultaba al aire. Era la tercera vez que llamaba a Lorenzo Marín, y en todas ellas había saltado el contestador. Él había cumplido lo suyo, pero ahora no sabía bien cómo seguir. Era consciente de que toda aquella porquería había salpicado a todos por culpa de la irracionalidad de su impulso al matar a Rafael, y entendía justo que él fuera quien tratara de limpiarlo todo, pero aquel hedor era mucho más extenso de lo que desprendían las muertes de aquellos últimos días. Su dimensión iba más allá, al futuro y al pasado, y todos se jugaban el cuello en ello, no solo él, de modo que aquel hijo de puta de Marín no podía dejarle tirado.

Sin embargo, así lo sentía ahora.

Celso deambuló por la húmeda y polvorienta habitación, meditando cómo proceder. La coherencia le exigía arrastrar a ese Izaguirre al corazón del bosque para meterlo en el agujero que había excavado a un centenar de metros de la casa la tarde anterior. Vivo o muerto, eso daba igual, pero aquel hombre se había convertido en una amenaza para su seguridad, y no estaba dispuesto a perder por su

intromisión todo aquello que había salvado antaño arriesgando su propio pellejo y manchándose las manos. Había sacrificado demasiadas veces su alma para seguir libre, de modo que una vez más apenas le costaría esfuerzo.

Se detuvo y guardó silencio. Miró al teléfono valorando una nueva intentona de contactar con el empresario, pero su instinto le decía que en aquel turbio asunto se había quedado solo. Se acercó a la astillada mesa de madera que se extendía junto a la pared, y de una mochila oscura que estaba tirada sobre ella sacó un cuchillo de grandes dimensiones de los que solía utilizar cuando necesitaba filetear gruesas carnazas para la taberna. Lo alzó para que la luz que entraba por la ventana pudiera iluminar su hoja y observó el filo guiñando un ojo. Estaba hecho de buen material y resplandecía por su reciente bruñido. Valoró su peso y vaciló unos instantes. Del mismo modo que le sucedió cuando acabó con las vidas de Rafael y de Blanca, una náusea repugnante le sobrevino hasta hacerle toser. Se dobló sobre sí mismo y apretó su estómago revuelto con una mano, pero la otra no soltó el cuchillo. Poco a poco, fue recobrando la compostura y miró de nuevo la hoja que brillaba entre sus dedos: ni aun en un momento de debilidad la había soltado, así que tampoco le temblaría el pulso cuando hubiera de utilizarla.

Un crujido.

El sonido, agudo y seco, había llegado a sus oídos desde el exterior de la casa. Celso giró la cabeza en dirección a la ventana y contuvo el aliento. Aquello estaba lo suficientemente apartado como para que algún senderista pasara por allí, de modo que, o bien podía tratarse de alguna rama caída por el empuje del viento, o quizá de algún animal buscando algo que comer. Sí, tenía que ser eso.

A no ser que…

Un chirrido ahogado llegó nítido al oído de Celso, que de inmediato reconoció la sutil frenada de un coche. Aquello sí que se escapaba a toda lógica. La aldea estaba tan abandonada que ni siquiera aparecía en los mapas. Había que desviarse demasiado de cualquier carretera comarcal, y adentrarse por parajes tan inhóspitos, que cualquier conductor perdido enseguida se hubiera dado la vuelta. Quien quiera que estaba ahí fuera, sabía a dónde había llegado, y si estaba allí, de seguro que era siguiendo su rastro. Entonces, Celso caminó de puntillas hacia la ventana y recostó su espalda contra la pared. Después se deslizó con cuidado y buscó el modo de asomarse por ella sin mostrarse en demasía. Tenía que saber quién andaba tras sus pasos, así que ladeó su cuerpo, soltó el aire con suavidad y, al entrever entre los reflejos del sol el rostro del tipo que acababa de aparcar su coche frente a la casa, se estremeció.

Era él, por supuesto. No podía ser otro.

Recordaba aquel lugar.

Habían pasado muchos años desde aquellos días de mocedad en las que habían experimentado en aquella aldea todas esas cosas que luego les prohibían en casa. Eran un grupo joven y bien avenido, dispuestos a comerse la vida a bocados, y aquella aldea olvidada les ofrecía la oportunidad de poder divertirse sin que ninguna voz adulta los censurara. Pero había llovido mucho desde entonces, y lo que en aquellos días eran gotas que apenas mojaban, ahora eran barros en los que los pies se quedaban atrapados y los futuros se volvían turbios.

Y ese futuro estaba ahí.

Blasco detuvo el motor del coche y abrió la puerta. Al salir, miró en derredor y calculó. Tanto la casa de Celso, como todas las que la rodeaban, estaban en ruinas. Las fachadas se habían quebrado y la naturaleza había crecido por las aberturas hasta atravesar los techos. Nada se movía por allí; nada habitaba, pero tenían que estar: no había otro lugar. El teniente, como buen profesional, había escudriñado la zona con el rabillo del ojo en busca del coche de Celso, pero este no estaba frente a la vivienda. El tabernero conocía bien la aldea y podía haberlo aparcado en algún lugar oculto, de modo que aquella ausencia podía no significar nada. Las últimas cámaras que lo habían grabado en carretera señalaban esa ruta como probable, y él sabía bien que podía ser así. Por esa razón había dejado tirada a Carla y había conducido con temeridad hasta allí: él conocía a Celso, conocía su escondrijo y sabía a quiénes había matado.

Y aquellas muertes aullaban entre sus sienes.

Rafael, Blanca, Inés… Eran amigos caídos por una mano que creía amiga. Era una afrenta directa a emociones que él, como guardia civil, se supone que no debía sentir… pero sí sentía. Su alma, de pie en ese lugar, albergaba más odio e ira que formalidad profesional, hasta tal punto que los dedos que ahora acariciaban la culata de su pistola temblaban más por el agravio que por la justicia. En ese momento, Joaquín Blasco, veterano agente de servicio inmaculado, se estaba olvidando de sí mismo.

Sacó la pistola de su cartuchera y la empuñó en dirección a la casa. Caminó con calma, apuntando a la puerta, una vez, y a la ventana, otra. Respiraba sosegado para controlar el pulso, soltando el aire con levedad. Andaba con tiento, procurando no revelar su presencia más de lo necesario, pero afirmando cada pisada para que cualquier imprevisto le permitiera reaccionar con agilidad. Tanto tiempo en el cuerpo lo había hecho cultivar instintos eficaces que en más de una ocasión lo habían salvado de una mala herida, y en ese momento presentía que cualquier golpe podía ser mortal, de modo que afinó sus sentidos y apretó con más fuerza el arma.

Estaba cerca de la casa. Muy cerca.

Avanzó hacia la ventana y se apoyó contra el quicio de esta. Del cristal que alguna vez lo protegió apenas quedaban unos pedazos, y su madera estaba carcomida por unas termitas que en algún momento se dieron ahí un buen festín. Husmeó dentro, pero no percibió más que un olor a abandono y suciedad muy distintos al acogedor aspecto que una vez tuvo. Levantó la pistola hasta que la boquilla se asomó al interior y miró de reojo: nadie. Allí no parecía haber un alma más allá que las propias ánimas del bosque del exterior, de modo que retrocedió unos pasos y se acercó a la puerta. Esta, combada por los años de humedad, estaba entreabierta, así que de nuevo adelantó el cañón del arma y, de un empujón, pasó dentro.

Pero allí no había nadie.

Miró alrededor y soltó un reniego entre dientes. Los pocos muebles que aún permanecían allí estaban llenos de polvo, y muchos brotes verdes de plantas furtivas mostraban la cabeza entre las rendijas de las piedras. Giró sobre sí mismo y volvió a maldecir. Si Celso no estaba allí, sus opciones de encontrarle se desvanecerían casi de inmediato, y tras su deshonesta huida abandonando a su compañera, no esperaba de esta mayor ayuda de la que iba a necesitar. Entonces bajó el arma y resopló con crudeza. Allí no había nada que le indicase que alguien había visitado ese lugar en mucho tiempo. Ante tal vacío no había otra que largarse y buscar otro lugar al que ese malnacido podía haberse llevado a Izaguirre. Tenía que dar con él antes de que lo matara, así que pensó en guardarse el arma y volver al coche. Entonces levantó la vista unos instantes y guiñó los ojos: si no estaba allí, ¿dónde podía haberse metido? ¿Dónde podía…?

La mochila.

Al principio no había reparado en ella, pero encima de una vieja mesa que estaba apoyada contra la pared del fondo había una mochila tirada. Por un momento, al entrar en la casa, Blasco pensó que solo era un trozo de tela abandonado sobre ella, pero ahora que miraba con atención, aquello ya no le parecía tanto un trapo roído. No. Aquello no era un paño roto, sino una mochila abierta; aquello no estaba cubierto de polvo y hecho jirones, sino que mostraba buenas costuras y estaba limpia. Aquello, en resumen, no llevaba años pudriéndose en esa mesa, porque alguien lo acababa de dejar ahí.

Un quejido

El lamento sonó tan agudo y aterrado que a Blasco lo asaltó una alerta de inmediato. Un grito como ese era fácil de reconocer, pues solo un humano era capaz de perder la hombría de esa manera, porque quien había gritado era sin duda un hombre.

Corrió hacia la ventana y enfocó la vista. Allí, frente a los robustos troncos de los árboles que daban paso al bosque, Blasco pudo contemplar a un hombre sujetando a otro con fiereza. Al tipo

empujado no lo reconoció bien, pero al otro, sí. Su figura, a pesar de los años transcurridos, era fácil de distinguir. Al menos para él. Allí, bajo las espesas ramas de árboles igualmente espesos, Celso, el dueño de Los Riscos, arrastraba a quien debía ser sin duda Javier Izaguirre. Tiraba de él con violencia y prisa, como si el tiempo lo apremiara, y lo hacía a arreones mientras agitaba en el aire algo que centelleaba con talante homicida en su mano. Entrecerró los ojos y lo observó con minuciosidad hasta que lo vio. Sí, era eso. Era algo que no debía estar allí. Era algo que ese hijo de puta ya había demostrado que sabía utilizar. Allí, entre sus dedos rudos y curtidos por el trabajo, Blasco pudo ver con nitidez la hoja de un cuchillo.

—¡No, no!

Los gritos de Javier erizaban la piel. Sin saber por qué, el tabernero había entrado corriendo al cobertizo, le había quitado las cadenas y ahora tiraba de él con furia hacia el interior del bosque. Era evidente que iba con urgencia, porque su respiración era jadeante y sus labios retemblaban con agonía. El montañero, al ver cómo agitaba en el aire el afilado cuchillo que portaba en la mano, de inmediato comprendió que aquellas prisas iban acompañadas de oscuros augurios, y en esos vaticinios, salir con vida de aquel bosque era del todo una quimera.

Por eso peleaba.

Al principio se había dejado arrastrar hacia los árboles, pero cuando atisbó a lo lejos un espacio de tierra removida, un pálpito le hizo hincar rodilla en tierra. Allí había una hendidura excavada con diligencia, un agujero que sabía que se había horadado para él.

—¡No, no!

Javier aullaba como un perro malherido que no quiere que lo rematen. Celso, sorprendido por la pérdida de docilidad de su presa, apretó los dientes y hundió sus dedos en los brazos del hombre, pero este detuvo su avance. Si quería salir de allí sin los grilletes que traía Blasco consigo puestos en las muñecas, no le quedaba otra que acabar con Izaguirre y esfumarse en el bosque. Ya no hacía falta consensuar con Lorenzo qué hacer con el montañero, porque la vorágine lo había obligado a tomar decisiones desesperadas, pero tenía que darse prisa antes de que Blasco reparara en él. Apenas le quedaba tiempo.

—¡Vamos, joder! —farfulló Celso entre reniegos.

Pero Javier, recostado contra el barro, se aferró al suelo. El tabernero gruñó y devoró el aire mientras trataba de tirar del otro, pero el tipo era terco. Se notaba que ya, a esas alturas, era consciente de que luchaba por su vida, así que no se lo podía reprochar. Entonces, levantó la cabeza y miró hacia la casa. Aún nadie había salido tras su rastro, pero eso iba a cambiar pronto. El teniente Blasco

andaba por allí, y solo era cuestión de tiempo que lo viera tirando de ese tipo, pero ese mismo tiempo era lo que no tenía, de modo que detuvo un instante su acometida y meditó con celeridad cómo proceder: tan solo le quedaba una alternativa. Turbia y obligada, pero única. Miró al hombre que se debatía en el suelo frente a él y valoró el gesto: si no podía llevarlo hasta el agujero andando, lo haría a rastras, y para ello era preciso que este no siguiera con vida. En esa situación, con el hedor de una soga fresca alrededor de su cuello inundando su imaginación, Celso no encontró otra opción más que degollarle.

De un salto, el tabernero, con los ojos abiertos por la adrenalina y la tensión, se situó a la espalda de Javier y sujetó la frente del hombre con una mano mientras volcaba todo su vigor en la que portaba el cuchillo. Izaguirre, sobrecogido por el pánico, trató de desembarazarse del abrazo y boqueó desesperado intentando pedir auxilio, pero su secuestrador era fuerte y actuaba convencido, de modo que el montañero sintió pronto que su defensa naufragaba. El miedo atenazó de golpe sus miembros y el cuchillo de Celso se acercó homicida a su cuello.

El filo resplandeció...

Javier abrió la boca y gruñó ahogado…

La hoja rozó su tensa piel hasta que un hililllo de sangre brotó de la hendidura…

Y entonces, el cuerpo de Celso se desplomó violentamente contra el suelo.

Tan agonizante estaba el ánimo de Javier, que no reparó en aquel sonido hueco cuyo eco se perdió en la montaña. Aún horrorizado, el hombre se echó a un lado a tiempo de ver cómo Celso se retorcía en el suelo. Observó cómo de su costado manaba un espeso líquido rojizo, que de inmediato empapó sus ropas. Balbució palabras sorpresivas que no pudo vocalizar y miró hacia el otro lado, hacia la casa, hacia una figura que se recortaba contra la fachada. Esta caminaba hacia ellos con las manos levantadas. De primeras no lo reconoció, pero al instante sus trémulos ojos se enfocaron y a su vista se trazó la silueta del teniente Blasco. Este avanzaba con la mirada fija en Celso, apuntándole con una pistola de la que emergía una leve humareda. Javier contempló la escena y organizó sus ideas. Lo que había ocurrido estaba claro. Justo antes de que el tabernero le quitara la vida, el agente se la había salvado pegándole un tiro a su verdugo. Ahora las tornas habían cambiado. Ahora no era él quien lidiaba con la muerte.

Celso, quebrado por el dolor, tocó la herida con sus dedos y, al alzarlos, comprobó con angustia que estos estaban cubiertos de sangre. Se removió en el suelo buscando el origen de la bala que había atravesado su cuerpo, aunque ya imaginaba de dónde provenía. Al

poco, sus ojos repararon en Blasco y su gesto, antes disgustado, ahora se volvió desdeñoso. Le miró con inquina y recelo, y con rabia, y con hartazgo. No podía ser otra persona. Joder, no podía haber sido otro.

La herida de su costado tenía mala pinta, pero una urgencia mayor lo hizo revolverse. Pese a estar caído y desarmado, el teniente no dejaba de apuntarle. Caminaba hacia él con pasos tensos, pero pausados. Lo miraba con desdén, pero también con furia. Había unas extrañas sombras en sus ojos del todo indignas de su posición, impropias de quién representa a la ley, porque en su rostro, velado entre sus labios fruncidos y sus párpados vencidos, había ira. Celso, entonces, buscó su cuchillo. Sabía que de nada valdría frente a una bala, pero al menos plantaría cara. Sin embargo, este parecía haber caído lejos de su cuerpo. Delante de él, al desliz, atisbó con el rabillo del ojo el brillo del acero. Entonces tomó aire y lo contuvo en sus pulmones. Debía ser raudo y voraz en el salto para alcanzar el cuchillo antes de recibir un nuevo balazo, de modo que apretó los dientes y giró su cuerpo para facilitar el impulso.

Contó uno.

Contó dos.

Y…

La patada fue tan brutal que incluso Izaguirre se estremeció. Blasco había sido consciente de lo que Celso pretendía, así que se había adelantado al gesto del otro y había corrido hasta impactar con su pie sobre la nariz del herido. Esta se había quebrado al momento, y un chorro de sangre saltó de ella en todas direcciones. La cabeza del tabernero cayó hacia atrás en un gutural gemido, y todo su cuerpo enrojecido se estampó contra el barro. Javier, aún acongojado, miró al hombre y, al momento, al teniente, pero este apenas parecía reparar en él. Seguía apuntando al caído con la misma firmeza que antes, solo que ahora mostraba los dientes con saña. Es como si esa patada de antes hubiera brotado de un deseo muy profundo, de algo anhelado.

—Frente a la casa hay un coche —dijo Blasco de repente ante la sorpresa de Izaguirre, que no esperaba que le hablara—. Vaya y métase en él. No tardaré.

Por un instante, Javier dudó. El teniente no lo miraba a él, pero aquellas palabras sí que lo hacían. Las había pronunciado con autoridad y cierta calma, con exigencia, de modo que el montañero, solícito cómo era, y más cuando su vida había estado meciéndose al borde de un precipicio, poco tardó en ponerse en pie y correr hacia la casa. Blasco lo miró de reojo y esperó a que desapareciera tras la puerta. Después, giró su cabeza hacia Celso a tiempo de observar cómo este trataba de enderezar su postura hasta quedarse de rodillas. El herido se irguió con dolor, inclinado sobre su costado herido y escupiendo la sangre de su nariz rota. Aun así, todavía tuvo fuerzas

para levantar la cabeza y enseñarle los dientes enrojecidos al agente. Cabeceó y emitió un leve carcajeo ahogado fruto de la resignación.

—Tenías que ser tú, Joaquín. Tenías que ser tú.

El teniente no contestó. Tenía mucho que preguntarle, y todavía más que echarle en cara, pero la tensión mitigaba su lucidez. Sus dudas chocaban contra sus odios dentro de su cabeza. Sin embargo, la lengua de Celso, pese a su boca encharcada, parecía más resuelta.

—¡Deja de apuntarme, hostia! No me voy a ir a ningún sitio.

El tabernero apretó los labios, mientras trataba de encontrar una postura que no le hiciera rezongar, y escupió al suelo un sanguinolento salivazo. Después, alzó levemente la cabeza y guiñó un ojo al ver cómo el teniente seguía apuntándole. Le observó bien: su talante, su expresión, su silencio… y sintió que algo iba mal. Blasco no necesitaba seguir apuntando con esa intensidad a un tipo derrotado y rendido, pero lo hacía. La boquilla aún humeante de aquella pistola seguía firme dirigida hacia su cabeza.

—Venga, Joaquín, no me jodas. Eres un guardia civil, no puedes hacer esto.

Pero Blasco siguió sin abrir la boca. En su lugar, apretó con aún más fiereza la pistola y rozó con un dedo el gatillo. Un leve temblor hizo que su cuerpo vacilara por un segundo. El dedo de antes, ahora se posó por completo sobre ese mismo gatillo, y este comenzó a ceder. Los ojos de Celso se abrieron de par en par, y un balbuceo sofocado, similar a una súplica, surgió de sus labios, pero Blasco no lo escuchaba. En su cabeza rugía una tormenta de aquellas que opacan al cielo hasta convertir al día en noche; una de esas que dan miedo; una que amenaza con destruirlo todo. El dedo, de repente, dejó de temblar, y el rostro de Blasco se iluminó por la satisfacción, por el objetivo cumplido, por la meta anhelada… por la venganza. Celso, aterrorizado, levantó ambas manos en un acto reflejo, y trató de protegerse de lo que sabía que no tenía defensa. Entonces…

Entonces, el ruido de una multitud de pasos acelerados y un griterío les hizo voltear la cabeza a ambos. Celso miró, y su rostro se ruborizó por la esperanza; Blasco también lo hizo, pero su gesto fue engullido por la desilusión.

—¡Teniente!

La cabo Ibáñez, Lorente y dos guardias más corrían hacia ellos con las armas sujetas con ambas manos apuntando al frente. A su espalda, Izaguirre corría también manteniendo las distancias. Blasco ladeó la cabeza y soltó un reniego ante lo que entendía era un agravio contra la decisión que había tomado, lo que estaba a punto de hacer. No sabía cómo demonios habían dado con ellos tan rápido, pero eso daba igual. Ahora todo había cambiado.

Carla miró a ambos y torció el gesto. Era evidente que Celso

estaba malherido, tanto por su nariz desfigurada como por la sangre que empapaba sus ropas, y también estaba claro que el teniente era el responsable de ello. Izaguirre se lo había dicho a grandes rasgos, pero la imagen que tenía ahora delante era aún más dantesca de lo que había imaginado. Sin embargo, estaba claro que ese tipo era el culpable que buscaban. Celso, el principal sospechoso de las muertes de Rafael y de Blanca, estaba vencido en el suelo a merced de su compañero… pero este lo apuntaba como si no fuera así. Había algo en el gesto de Blasco que alimentaba fantasmas que no debían estar ahí; había algo en los ojos de su teniente que no debía estar ahí.

—Agente —rogó entonces en un grito Celso alzando ambas manos —. ¡Deténgame! ¡Hágalo ya!

Carla se detuvo a unos metros y contuvo el aliento mientras bajaba su arma. Los otros tres guardias hicieron lo propio. También Izaguirre se detuvo. Algo en el ambiente hedía más allá del miedo y la sangre. Algo apestaba allí.

—Agente… —quiso suplicar de nuevo Celso, pero la grave voz del teniente lo silenció.

—¡Cállate, Celso!

Blasco ya no miraba a Carla. Ahora sus ojos se fijaban en el tipo que se arrastraba frente a él. La cabo, consciente de que aquello no marchaba como el protocolo exigía, levantó levemente su arma sin apuntar a nadie.

—Teniente, ya se ha acabado todo. Deja que lo espose.

Pero Blasco no la miraba. En su lugar, sus ojos enardecidos observaban al tabernero con más inquina de lo que lo había hecho nunca contra nadie. Celso, a su vez, miró de reojo al teniente, y el terror le hizo encogerse.

—¿Por qué tuviste que matarlos? —preguntó de repente Blasco—. ¿Por qué mataste a Rafael?

El tabernero pensó en negarlo todo y defenderse de aquella acusación, pero era evidente que aquello no podía llevarle a ninguna parte más que al patíbulo. En aquel momento, a expensas de un arma cargada que apuntaba a su cabeza, el hombre comprendió que huir hacia adelante ya no era una opción. Allí, lo único que podía hacer era aguantar hasta que alguien sanara la herida de su costado por la que la sangre salía a borbotones, y eso sería más fácil confesándolo todo. Cuanto antes abriera la boca, antes lo curarían.

—Por bocazas —confesó Celso en un hilo de voz—. Rafael era un puto bocazas. Le dije mil veces que cerrara la boca, pero en cuanto bebía unos tragos se ponía a largar mierdas para joderme. Para jodernos a todos. Rafael siempre fue un imbécil.

—¿Y a Blanca? ¿Ella también era una bocazas?

Celso afirmó con vehemencia.

—Otra imbécil. Ya la oíste gritar en el cementerio. Yo no podía permitir que me colgaran el muerto de lo de *Las trece casas*.

Carla agitó su cabeza al oírlo y miró de reojo al teniente. La boca de este vibraba entre reniegos ocultos y verbos silenciados. Había esputos en aquellos labios que estaban deseosos por saltar. Había rabias que aullaban entre dientes.

—Pero fuiste tú… —señaló Blasco con cierta pesadumbre en la voz—. Mataste a Inés…

Celso agitó la cabeza y tosió.

—Aquello fue un puto accidente. Sí, prendí fuego a la casa en obras que tenían al lado para darla un susto. Se supone que aquello debía ser solo una advertencia. Nunca imaginé que aquel fuego ardería tan rápido. Cuando quise darme cuenta, todo estaba en llamas.

—¿Y por qué no intentaste apagarlo?

Entonces, Celso resopló, hastiado.

—Porque no se me pasó por la cabeza. No hubiera valido de nada.

Blasco, al oír eso, volvió a rozar el gatillo con sus dedos. Había tensión en sus facciones, se notaba que estaba mordiendo el aire. Consciente de ello, Carla dio un paso adelante y miró al tabernero. Estaba confesando secretos que hacía casi treinta años que estaban enterrados, y tenía que aprovechar para sacárselo todo. Por cada palabra que dijera sería un año más de cárcel para ese asesino. Había que insistir.

—¿Por qué quemaste aquella casa? —intervino entonces la cabo.

—¡Pues porque iba a jodernos! Iba a contarlo todo y nos íbamos a ir a la mierda. Por eso.

Carla entrecerró los ojos y se inclinó un poco más hacia adelante.

—¿Qué es lo que iba a contar?

—¿Cómo que qué iba a contar? Pues lo de los Horcada, claro. Iba a confesar…

—¡Cállate, Celso!

La tosca orden de Blasco hizo que el herido cerrara la boca de golpe. Carla miró a su superior y abrió la suya, perpleja. De esa historia no sabía mucho, pero aquel apellido había aparecido en el horizonte como una luz brillante para iluminar todo ese maldito asunto. Lo malo es que no sabía los pormenores ni los porqués, y eso tenía que averiguarlo. Que el teniente exigiera silencio a un detenido en mitad de una confesión, le hizo vacilar. Que su propio compañero acallara a un asesino, le hizo sospechar.

—¿Hablas de Alberto Horcada? ¿El chico que cayó por el barranco?

Celso, entonces, enarcó mucho las cejas y miró a Blasco con indolente asombro.

—¿Que se cayó? ¿Esa es la mierda que le has contado a tu

compañera, Joaquín? —Y entonces giró la cabeza para centrar su vista en la cabo—. Ese muchacho no se cayó, agente, no. A ese muchacho lo dejamos caer.

Ahora fue Carla quien palideció. Miró al tabernero y, después, a Blasco: sus ojos se deshacían de sufrimiento. Lo observó bien y no comprendió nada. Joaquín Blasco, su teniente, su compañero, ahora mostraba un rictus de deshonor.

—¿Cómo que lo dejasteis caer? —preguntó Carla vocalizando con tiento.

El tabernero volvió a mirar al teniente de soslayo.

—¿Ella no lo sabe? —preguntó con sorna, y volvió a centrar sus miras en la cabo—. Yo te lo contaré. Nosotros no matamos a ese chico, no lo empujamos, pero tampoco lo impedimos. ¿Te acuerdas, Joaquín?

—Cállate… —murmuró Blasco, pero Celso ya no le hacía ningún caso. Su lengua estaba desatada, y sus confidencias eran como virulentos desahogos.

—Teníamos todos una inmobiliaria —continuó—. Lorenzo, Teresa, Inés, Vicente, Rafael, Joaquín y yo. Sí, tu puto teniente, también. Y teníamos un comprador para las tierras de los Horcada. Había mucho dinero en juego, el suficiente como para solucionarnos la vida a todos, pero los muy cabrones no querían vender, así que fuimos a envenenar sus viñedos. Si aquellas plantas morían, podríamos comprar barato, así que un día, al atardecer, nos colamos en sus tierras y lo hicimos… pero el entrometido de su hijo nos descubrió, y cuando lo vimos, echó a correr.

—Cállate… —volvió a susurrar Blasco, aunque su voz sonaba ahora tan quebrada que apenas se escuchaba.

—¿Lo recuerdas, Joaquín? —siguió el tabernero—. ¡Cómo corría el cabrón! Pero se equivocó de camino. Fue directo al barranco y resbaló. Así que nos encontramos allí, los siete, viendo cómo ese chico pataleaba agarrado a una rama pidiendo auxilio para no caer al vacío. Estábamos tan cerca que apenas hacía falta alargar una mano para salvarle, pero no nos movimos. No sabíamos qué hacer, porque ese chico nos iba a delatar, pero entonces Lorenzo dijo aquellas palabras. ¿Cómo era? Dijo: «sin él, todo será más fácil». Eso es… «Sin él…, todo será más fácil». Y lo fue, ¿verdad, Joaquín? Dile a tu compañera por qué no ayudaste al chico, por qué dejaste que se matara —afirmó, y esa aseveración hizo que Blasco bajara la cabeza, avergonzado—. Si nos hubiera denunciado, tú no habrías seguido siendo guardia civil, igual que Vicente habría perdido su trabajo como profesor, y yo mi taberna. Pero al final todo se jodió. Inés, Vicente y tú, Joaquín, nos abandonasteis, nos dejasteis tirados. Después Lorenzo y Teresa montaron su empresa y se forraron con lo del hotel, mientras que a

Rafael y a mí solo nos dieron unas putas migajas para que calláramos, pero Inés… Joder, la hija de puta de Inés nos iba a vender a todos.

Entonces, ante ese desprecio, el teniente levantó la cabeza con tanta ira en sus ojos que, Carla, que seguía boquiabierta ante todo lo que escuchaba, se estremeció. Sin embargo, Celso, a quien la flaqueza comenzaba a enturbiar la lengua, tosió con ronquedad y volvió a mirar a la cabo.

—Inés amenazó con contar lo que habíamos hecho, y eso no podíamos permitirlo. Vicente y tú nunca supisteis nada, y hubiera seguido siendo así si el puto borracho de Rafael se hubiera quedado callado. Pero no. Él, no. Él tenía que hablarle de *Las trece casas* a cada jodido extraño que entraba en la taberna. ¡Joder! Se lo advertí. ¡Os juro que se lo advertí!

Carla notó cómo sus manos temblaban. Lo que acababa de escuchar era una confesión completa que aclaraba no solo todas esas muertes recientes, sino que desempolvaba dos cruentos episodios del pasado que parecía que estaban sumidos en el olvido. Lo malo es que todo aquello iba a arrasar con el compañero al que más admiraba en el cuerpo. Un hombre al que tenía por un tipo íntegro y digno como pocos. Un oficial de raza del que estaba aprendiéndolo todo y que ahora aparecía dibujado como cómplice en la muerte de un muchacho, apenas un niño. Toda una aberración. Los cimientos del mundo en el que se sustentaba, se habían resquebrajado de golpe, y sentía que todo lo aprendido, todo aquello en lo que había creído, no era más que una mota de polvo desvanecida en el viento. La nada. Entonces miró a Blasco, que no dejaba de apuntar a Celso, y casi tartamudeó una exigencia.

—Joaquín… ¿Todo eso es cierto?

El teniente la miró de reojo y se mordió los labios, con tal agitación, que estos enrojecieron de inmediato.

—Todo aquello nunca debió ocurrir —contestó, apenado.

Pero aquellas palabras no sonaban a disculpa ni a excusa ni a nada parecido. Aquellas palabras sonaban huecas, pronunciadas por inercia, como si pertenecieran a un ensueño triste y lejano. Y Carla lo comprendió al instante. Blasco, desenmascarado en sus secretos más ocultos, ya había decidido: no iba a bajar su arma. La cabo, consciente de que su compañero estaba transitando por una delgada línea entre lo correcto y lo irracional, trató de contenerle.

—Teniente, baja el arma, ya se acabó.

Pero este no atendía.

—Joaquín, por favor, baja la pistola —rogó.

Nada.

Blasco seguía apuntando a Celso, y su dedo comenzó a ejercer una tenue presión contra el gatillo. La cabo entrevió el ademán, y su celo

profesional le hizo levantar el arma y apuntar a su superior. Lorente y el resto de los agentes dudaron ante lo que parecía una traición contra el escalafón del cuerpo, pero al poco emularon el gesto de Carla, conscientes de cuál era su obligación, aquello por lo que juraron antaño. Celso, viendo que su vida pendía de un hilo, abrió mucho los ojos y sintió un escalofrío. Izaguirre hizo lo mismo y se echó hacia atrás.

—¡Teniente, tira el arma! —ordenó, ahora, Carla.

Sin embargo, la vista de Blasco se turbó, y de sus labios comenzaron a brotar unas palabras susurradas llenas de rabia y dolor.

—Mataste a Blanca…

Carla dio un paso adelante apuntando a Blasco con más diligencia y gritó.

—¡Teniente!

—Mataste a Rafael…

—¡Joaquín! —vociferó la cabo, desesperada.

—¡Disparadle! —aulló Celso, aterrado.

Pero Blasco, entonces, dejó de vacilar. Su cuerpo se templó y sus ojos tintinearon por un destino que no había planeado, pero que sentía suyo. De pronto, todo cobraba sentido, y su decisión se volvía clara y nítida como el cielo en una soleada mañana de verano. Para Blasco, todo en ese instante debía suceder así.

—Mataste a Inés…

La detonación fue tan voraz que nadie pudo reaccionar a tiempo, y se hizo el silencio. El cuerpo de Celso se desplomó contra el suelo, y un reguero de sangre junto a pedazos sanguinolentos de piel, huesos y masa encefálica saltaron por los aires desde su cabeza abierta. Blasco, que había aguantado el aliento mientras apretaba el gatillo, soltó el aire de golpe al no recibir en su propio cuerpo las balas que había imaginado saldrían de las armas de sus compañeros. Estos, que aún lo apuntaban, contemplaban la escena con los ojos fuera de las órbitas y el corazón encogido. No solo habían escuchado un terrible relato sobre las muertes de Vadealobos, sino que habían asistido a una ejecución consumada por alguien al que siempre habían tenido por una persona recta y honrada: un ejemplo a seguir. En una situación como esa, cualquiera de esos agentes debía haber disparado al teniente antes de que este matara a Celso, pero ninguno lo había hecho. En su lugar, sus dedos se habían contraído ante la perspectiva de una muerte que no deseaban.

Blasco tiró el arma al suelo y bajó la cabeza. Para él, todo había terminado, aunque sabía que lo que le esperaba iba a ser todavía más duro. Carla, tan consternada como él, bajó la pistola y la guardó en su cartuchera. Se acercó a Blasco y trató de mirarle a los ojos, pero este, esquivo y atormentado, desvió la cabeza. Entonces, de los labios

vencidos del teniente, brotó el amargo y doloroso lamento que ya había vocalizado antes.

—Todo aquello nunca debió ocurrir.

El teniente levantó sus manos y ofreció sus muñecas a su subordinada, pero esta puso una mano sobre su hombro y moldeó su voz para que la tensión brotara serena.

—Eso no va a hacer falta. —Y entonces se giró e hizo un gesto a Lorente, que acudió raudo para coger por el brazo a Blasco—. Llévatelo.

Mientras el guardia se llevaba al teniente hacia el coche patrulla que estaba frente a la casa, la cabo puso sus brazos en jarra y miró de soslayo a un Izaguirre que aún no había podido salir de su asombro. Después miró el cuerpo inerte de Celso y se mordió la lengua. Lo que había pasado, lo que había visto y escuchado, había puesto patas arriba todo su mundo, y ahora no estaba segura de cómo continuar. Miró al cielo, a las nubes dispersas que jugueteaban con los halos del sol, y soltó una maldición entre dientes. Entonces recordó aquello que le había dicho Blasco el día que se incorporó al puesto bajo su mando: «no te preocupes por nada, aquí estarás bien. Vadealobos es un pueblo tranquilo en el que nunca pasa nada».

Las trece casas
Mayo, 2024

SOBRE EL AUTOR

Jose Antonio Cámara (Madrid, 1979).
Maquetador gráfico y apasionado de las palabras. Con su primera novela, **“Un hombre cuerdo”**, autopublicada en 2021, logró ser **finalista** del **Premio Literario Amazon Storyteller 2021**. Autor, también, del relato **“Jugando a ser Dios**”, en el año 2022 autopublicó su segunda novela **“Lo que callan las montañas”** y en 2023 una tercera obra titulada **“Aquellos días oscuros”**. En 2024 presenta el que es hasta ahora su último trabajo **“Las trece casas”**.